

**Una inmersión en la
industria del reciclaje:
el trabajo de las minadoras
en Quito**

Catalina Rivadeneira Suárez

Una inmersión en la industria del reciclaje: el trabajo de las minadoras en Quito

Editorial
 FLACSO
Ecuador


5
FLACSO ECUADOR
1974 - 2024


ABYA
YALA

© 2024 FLACSO Ecuador
Ediciones Abya-Yala
Impreso en Ecuador, julio de 2024

Cuidado de la edición: Editorial FLACSO Ecuador

ISBN: 978-9978-67-689-9 (pdf - FLACSO Ecuador)
ISBN: 978-9978-67-688-2 (impreso - FLACSO Ecuador)
ISBN: 978-9942-46-057-8 (pdf - Abya-Yala)
ISBN: 978-9942-46-056-1 (impreso - Abya-Yala)

<https://doi.org/10.46546/2024-57atrio>

FLACSO Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito, Ecuador
Telf.: (593 2) 294 6800 Fax: (593 2) 294 6803
www.flacso.edu.ec

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Apartado postal: 17-12-719, Quito, Ecuador
Telf: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
abyayala.org.ec

Fotografía de portada: Krizjohn Rosales / Pexels

Rivadeneira Suárez, Catalina

Una inmersión en la industria del reciclaje : el trabajo de las
minadoras en Quito / Catalina Rivadeneira Suárez.-
Quito, Ecuador : FLACSO Ecuador : Abya-Yala, 2024

xi, 232 páginas : ilustraciones, figuras, mapas. – (Serie ATRIO)

Bibliografía: p. 225-232

ISBN: 9789978676899 (pdf - FLACSO Ecuador)
ISBN: 9789978676882 (impreso - FLACSO Ecuador)
ISBN: 9789942460578 (pdf - Abya-Yala)
ISBN: 9789942460561 (impreso - Abya-Yala)
<https://doi.org/10.46546/2024-57atrio>

SOCIOLOGÍA ; ANTROPOLOGÍA SOCIAL ; POBREZA ;
DESEMPLEO ; SOCIOLOGÍA LABORAL ; RECICLADORAS ;
DESECHOS ; ECONOMÍA DEL TRABAJO ; CAPITALISMO ;
MEDIO AMBIENTE ; ECUADOR

301 - CDD



A Patricio, mi compañero; a mis hijos,
Antonio y Emilio; a mi nieto Julián,
por hacer que la vida valga
la alegría de ser vivida.

Índice de contenidos

Acrónimos y siglas	IX
Agradecimientos	X
Introducción	1
Capítulo 1	
Entornos implacables: capitalismo global, precariedad y violencia	17
Emergencia del fordismo y el Estado de bienestar	18
Postfordismo y acumulación flexible	27
Violencia	36
Capítulo 2	
La basura y sus sujetos	40
Las quebradas de Quito	43
Las minadoras	50
Inicios y desarrollo de la industria del reciclaje en Quito	61
De minadoras a recicladoras: estrategias de consolidación del régimen de valor del reciclaje	65
Las minadoras y los actores no estatales	67
Minadoras y actores estatales	77

Índice de contenidos

Capítulo 3	
Desigualdades de clase y género en la cadena de suministro del reciclaje	92
Etnografía de la cadena de reciclaje en la ciudad de Quito	97
Capítulo 4	
Herederas del desecho	152
Momentos del ser.	157
Byron.	168
Capítulo 5	
Minadoras: vidas significativas en medio de desechos	185
Blanca	186
Elvira	204
Conclusiones	220
Referencias.	225

Ilustraciones

Figuras

Figura 2.1. Obras de canalización de la quebrada Ullaguangayacu, circa 1904	44
Figura 2.2. El círculo del reciclaje	64
Figura 3.1. La cadena del reciclaje	97

Mapas

Mapa 0.1. Mapa físico del Distrito Metropolitano de Quito.	2
Mapa 2.1. Quebradas abiertas en Quito, circa 1930.	48
Mapa 3.1. Barrio América: el recorrido con Ana.	101

Acrónimos y siglas

Cegam	Centro de Educación y Gestión Ambiental
Dinapen	Dirección Nacional de Policía Especializada para Niñas Niños y Adolescentes
EMASEO EP	Empresa Municipal de Aseo
EMGIRS EP	Empresa Municipal de Gestión
ODNA	Observatorio de los Derechos de la Niñez y la Adolescencia
Renarec	Red Nacional de Recicladores del Ecuador
RUC	Registro Único de Contribuyentes
SRI	Servicio de Rentas Internas

Agradecimientos

Sin el apoyo y la generosidad de aquellas personas que comparten conmigo el camino de vida en el que transito no habría sido posible la realización de esta obra, que no es tan solo mía, sino suya también.

Quiero agradecer muy especialmente a Ana y Byron, nombres ficticios de dos seres humanos maravillosos, dos minadores, a quienes les bastó unos cuantos encuentros conmigo para entregarme con generosidad sus historias de vida, sus experiencias y percepciones. De ellos y de las minadoras Blanca y Elvira, me quedan no solo sus aportes a este libro, sino verdaderos ejemplos de vida, humildad y de lucha por el ser.

Agradezco a quienes, ante mi curiosidad por conocer, me abrieron las puertas y me enseñaron, desde su perspectiva, la realidad del mundo de la basura. A los actores de la cadena del reciclaje, actores estatales y no estatales, mi reconocimiento.

Esta obra se nutrió de discusiones y aprendizajes entre profesoras, profesores, compañeros y compañeras en las aulas de la FLACSO. Se guio, además, por las perspectivas críticas de mi asesora Gioconda Herrera. Les agradezco a todos por esos enriquecedores momentos del ser.

Escribir no es una tarea fácil. Lograr un texto inteligible y coherente para una escritora inexperta requiere de apoyo y seguimiento de un equipo editorial, yo conté con uno excelente. Mi agradecimiento sincero al equipo editorial de la FLACSO Ecuador.

Agradecimientos

Ninguna obra se logra sin motivación. Patricio Trujillo, mi compañero de camino, con atenta escucha y permanente aliento, se mantuvo siempre a mi lado hasta terminar esta obra. Antonio, Emilio y Julián están en mi vida dándole sentido a mis sueños y mis logros. A ellos quiero expresarles mi amor y agradecimiento más profundo.

Introducción

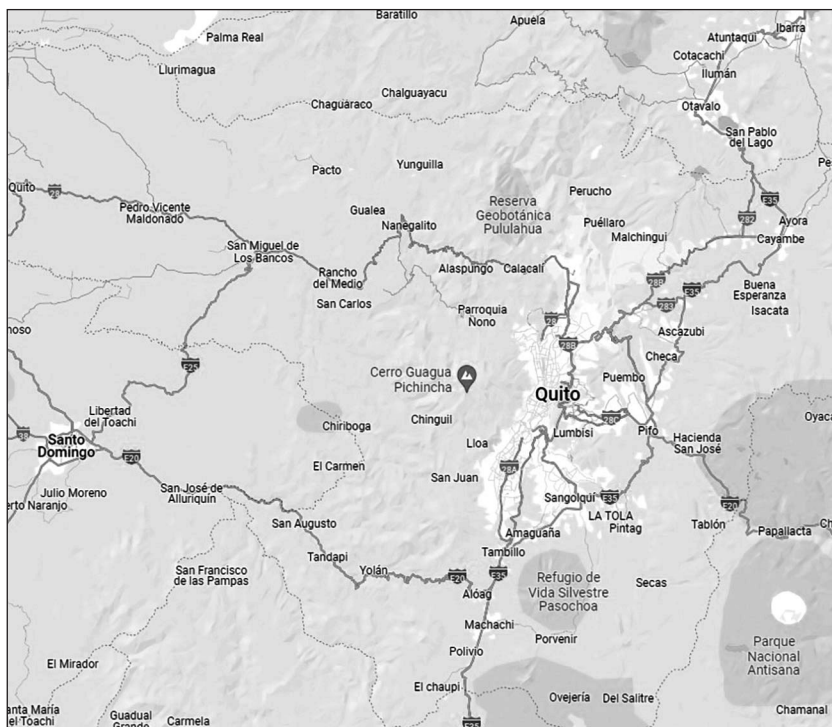
El libro que tienes en tus manos nace del esfuerzo por comprender a las personas que sobreviven de su trabajo con el desecho producido como consecuencia de actividades de extracción, producción, distribución o consumo en la ciudad de Quito. A estas personas se las llama localmente “minadoras”. La categoría minadora es nativa, es decir, no fue elaborada teóricamente por expertos, sino que proviene del habla común de la gente de Quito y de la serranía ecuatoriana en general. En las instituciones deliberadamente se ha cambiado esta designación por las de recicladoras de base o gestoras ambientales de menor escala, nominaciones que intentan señalar su función de cuidadoras del ambiente y agentes económicos en el círculo del reciclaje. A pesar de ello, la categoría “minadora” se mantendrá a lo largo de este libro, no por un afán naturalista de conservar la autenticidad de las representaciones de los sujetos (Hammersley y Atkinson 2007), sino porque dice mucho acerca del fenómeno del trabajo que ellas realizan –la mayoría son mujeres–, igual que los mineros transforman el filón en oro, ellas convierten en materiales reciclables lo que para otras personas es basura.

De acuerdo con la Empresa Pública Metropolitana de Aseo de Quito (EMASEO EP), en el año 2016 la ciudad contaba con 2 597 989 habitantes, quienes generaban 2208 toneladas de residuos sólidos al día, lo que significaba una producción de residuos por persona de 0,85 kg al día. De esos residuos, el 24 % eran considerados por EMASEO EP reciclables: cartón, papel, plástico, vidrio y metales. El 76 % (1678 toneladas al día) eran

desechos orgánicos considerados no reciclables; a pesar de que existe la posibilidad de reutilizar estos residuos, no se los contemplaba en la política pública de gestión de residuos sólidos. En cuanto al reciclaje de los residuos sólidos, según EMASEO EP (2017), el 10 % de los generados en Quito (mapa 0.1) entran en procesos de reciclaje. De esa cantidad, el 58 % es recuperado por minadoras y el restante 42 %, a través de sistemas formales.

Las minadoras buscan asiduamente materiales reciclables entre las fundas y contenedores de basura ubicados en las calles y plazas de la ciudad, aunque también recogen objetos que para ellas tienen valor de uso para sobrevivir. Otras acuden a buscar los materiales en las estaciones de transferencia de basura o las escombreras ubicadas en distintas partes de la ciudad.

Mapa 0.1. Mapa físico del Distrito Metropolitano de Quito



Elaborado con Google Maps.

Para la mayoría, sus únicos instrumentos de trabajo son sus manos desnudas, con las que hurgan en la basura, y sus espaldas, en las que cargan los objetos que encuentran. En todo caso, las minadoras transforman lo que para otras personas es basura en objetos que aún conservan valor, sin tener que pagar por ellos. Allí radica su principal estrategia económica.

Las minadoras trabajan con el desecho, lo huelen, lo palpan, se contaminan con los líquidos producidos por su descomposición, con una materialidad que marca sus experiencias de vida. Su trabajo se produce en un contexto en el que las formas de acumulación del capitalismo global configuran entornos laborales de alta explotación y precariedad. Trabajan con objetos cuyo sentido se ha perdido y, por eso, han dejado de ser algo concreto y se han convertido en el genérico basura, que ofende y avergüenza el orden que damos a las cosas del mundo. En medio de esas estructuras materiales y simbólicas, las minadoras, como todas las personas, dan sentido a sus vidas en un mundo en el cual el trabajo se ha convertido en uno de los ejes sobre los que se estructuran las subjetividades (Zangaro 2011).

En este libro examino cómo las minadoras producen esos sentidos de vida. Para ello adopto la perspectiva existencial de Jackson (2005), con la cual se mira la producción de esos sentidos como una “lucha por el ser”. Esa lucha, sin embargo, no consiste simplemente en un esfuerzo de autorrealización, sino que es el resultado de una relación dinámica entre las circunstancias sobre las que se tiene poco control y la capacidad de vivirlas de muchas formas (Jackson 2005). Examino, entonces, cómo se desenvuelve la voluntad de ser de las minadoras en medio de una estructura material y simbólica que las condiciona.

El argumento central es que, dentro de la férrea estructura que condiciona el ser de las minadoras, ellas construyen sus subjetividades mediante las narraciones de sus experiencias de vida, fuertemente marcadas por su trabajo con el desecho. Se trata de una construcción del ser, marcada por aquello que “no es”, por aquello que ha perdido valor social y sentido (Kristeva 2006). Se trata, en parte, de una lucha por establecer una diferencia entre “trabajar con el desecho” y “ser desecho”.

En gran parte de la literatura sobre el reciclaje y sus sujetos se resalta la importancia de los aspectos simbólicos que reestructuran la forma en

que las minadoras se asumen a sí mismas y a su trabajo. Pablo Chamber (2008), por ejemplo, aborda al reciclaje en cuanto fenómeno social que se intensifica debido a la crisis de la deuda argentina y las políticas de ajuste estructural en la década de los ochenta. Argumenta que las políticas económicas neoliberales arrojan una cantidad considerable de trabajadores y trabajadoras formales a la desocupación, quienes, por necesidad, optan por el reciclaje como medio de subsistencia. Si bien el autor habla de las pésimas condiciones en las que trabajan quienes reciclan (riesgo de sufrir accidentes, insalubridad, etc.), rescata su capacidad de convertir la basura y el desempleo en mercancía y trabajo. La modernización de la recolección, según el autor, no debería agudizar la exclusión. Al contrario, argumenta que en tanto la tendencia global propicie el reciclaje, existe la oportunidad para acceder masivamente a empleos. Esta posición tiene, desde mi punto de vista, dos problemas. Por un lado, coloca en segundo plano la materialidad de trabajar entre la basura, es decir, borra el hecho de que quienes reciclan manipulan desechos, los huelen, los palpan y se mojan con los lixiviados que despide la basura en descomposición. Este aspecto pierde importancia cuando se piensa en los sujetos: lo importante es que tengan trabajo sin considerar la manera precaria de participar en el mundo del trabajo en el capitalismo global. Por otro lado, se sobredimensiona el plano simbólico y se mira a los sujetos como seres capaces de reinventar su entorno entre la basura, con el fin de sobrevivir.

En la misma línea, Perelman (2011) se enfoca en estudiar las resignificaciones de las masculinidades de los sujetos en Argentina que trabajan en el reciclaje. Argumenta que el trabajo formal operaba como uno de los ejes de la identidad masculina de los sujetos en un contexto en el que se incentivaba un tipo de familia donde el proveedor era el hombre. Trabajar con la basura perturba las identidades de estos sujetos, quienes perciben con vergüenza el trabajo del reciclaje; sin embargo, “los nuevos cirujas van re-significando su presente y la vergüenza, el estigma, la humillación se entrelazan con la noción de dignidad al reconstruirse como sujetos útiles, al enmarcar la actividad dentro de la idea de ‘trabajo’” (Perelman 2011, 236). Se destaca aquí que, en el plano simbólico, los sujetos son capaces de reconstruir su identidad al dignificar una actividad a la que llegan a asumir

como trabajo. Tampoco en este estudio se problematiza el hecho de que los sujetos laboran con desechos dentro de una estructura económica que los explota y precariza.

El estudio de Álvarez (2011) se acerca de manera crítica al proceso de recuperación de la basura desde la perspectiva de las relaciones sociales que implica. La basura son aquellos materiales que propietarios/as tiran cuando consideran que ya no tienen valor, pero desde la perspectiva de su posición social. Para sujetos ubicados en otra posición en la estructura social, los materiales pueden conservar valor, tanto de uso como de cambio. Así, la estimación de su valor no es unitaria, depende de la posición de los sujetos en la estructura de clases de la sociedad.

Álvarez (2011) considera que el acto de recolectar materiales en la basura tirada por las otras clases sociales implica reproducir la diferencia de clases y la desigualdad social. Sin embargo, parece ser más importante para el autor resaltar el hecho de que sujetos excluidos puedan apropiarse de los objetos desechados por las otras clases sociales fuera de relaciones capitalistas, llegando a hablar del “derecho a la recuperación de basura”. Por lo tanto, para Álvarez, la actividad del reciclaje es una forma de luchar contra la propiedad, es una forma de resistencia en la que las personas sacan valor de la nada para sobrevivir. Sin embargo, este autor, al igual que los precedentes, sobredimensiona el plano simbólico y se queda en consideraciones acerca del valor social que se asigna a los objetos; ignora lo que supone trabajar con la materialidad de la basura dentro de los nuevos regímenes de acumulación del capitalismo global que implican explotación y precarización laboral.

En la misma línea de Álvarez se sitúan otros autores que reflexionan sobre el trabajo de las minadoras desde otras latitudes del sur global, como Kalyan Shankar y Rohini Sahni (2018), quienes describe la desposesión de la que son objeto las minadoras cuando se privatiza la gestión de la basura en la ciudad de Pimpri-Chinchwad, en India. Las autoras entienden esas privatizaciones como una forma de acumulación primitiva en la cual los productores son separados de los medios de producción. Aplican esta idea al caso de las minadoras quienes son separadas del desecho. Aquí radica precisamente uno de los dilemas del reciclaje inclusivo, pues se da a entender que, del mismo

modo en que los productores tienen una relación intrínseca con los medios de producción, las minadoras tienen esa misma relación, pero con lo que las otras clases sociales desechan, con la basura. El problema es que esta perspectiva en el fondo naturaliza las desigualdades sociales, pues plantea que las minadoras tienen una relación connatural con los desechos de los otros.

Otros trabajos se enfocan en la organización como la forma en que quienes reciclan se empoderan, y ponen especial énfasis en la necesidad de empoderamiento de las mujeres. El argumento principal es que mediante la organización se desarrollan mecanismos de protección y mayor solidaridad, que permiten a quienes reciclan obtener mejores precios por los materiales recolectados; esto asegura mayores remuneraciones y aumenta la autonomía económica (Díaz y Fernández 2012). Sin embargo, en la misma línea de los estudios anteriores, no se reconoce que esa autonomía económica se logra sobre la base de un trabajo que implica palpar, oler, contaminarse con desechos, que se trata de una autonomía lograda a partir de una explotación que, además, aprovecha las desigualdades de género para lograr mayor rentabilidad.

En otros análisis se argumenta que muchas mujeres, aun cuando contaran con otras alternativas laborales, al encargarse de personas dependientes en sus familias, tienen poca posibilidad de cumplir los horarios rígidos de estos empleos formales. Trabajar como recicladoras les permite la flexibilidad necesaria para atender a las dos esferas (Riofrío y Cabrera 2012). Además de que no observan la superexplotación del trabajo remunerado de las minadoras, en estos estudios se aplaude la posibilidad que el reciclaje ofrece a las mujeres para que cumplan con las labores no remuneradas de reproducción socialmente asignadas a su género.

En Ecuador son escasos los estudios sobre las minadoras. Se destaca el de María Fernanda Soliz (2013), “Procesos psicosociales en recicladores(as) del basural a cielo abierto de Portoviejo”, en el que analiza cómo los contextos sociohistóricos que generan inequidad condicionan sus modos de vida y los arrojan a situaciones de enfermedad y violencia. Esta misma autora aborda, en su tesis doctoral, cómo el metabolismo social capitalista determina las condiciones de vida y salud de las comunidades afectadas por el sistema de disposición final de residuos. Soliz resalta la crisis de la

basura a nivel global que, en Ecuador, se expresa en el colapso del sistema de desechos el cual destruye la salud y la vida (Soliz 2014). En sus investigaciones critica las estructuras económicas y políticas que generan las condiciones para que surjan las minadoras. Sin embargo, ante la inminencia de su presencia y su situación de precariedad, alienta el fortalecimiento de sus organizaciones e indica: “En concordancia con otros muchos estudios, enfatizamos en el fortalecimiento de las redes asociativas de recicladores, locales, nacionales y globales, como base fundamental para la reivindicación de condiciones laborales dignas y derechos sociales, económicos y políticos” (Soliz 2014, 405). Presta atención a la materialidad del trabajo con los desechos, que influye en la salud y la vida de las minadoras. No obstante, ante las circunstancias, termina aceptando que se las incluya en un sistema que ignora las condiciones materiales precarias en las que laboran, al colocar por delante el ejercicio de su derecho al trabajo.

En los estudios que he analizado se promueve una línea de acción política en torno al manejo de residuos sólidos, no solo a nivel regional sino mundial, denominada “reciclaje inclusivo”. Según esta línea, si no se automatiza el sistema de manejo de residuos sólidos en los países en vías de desarrollo, se permite que la población pobre de esos países obtenga fuentes de ingresos para sobrevivir (Schamber y Suárez 2011). Para el reciclaje inclusivo, es primordial generar fuentes de sobrevivencia en un contexto en el cual el capitalismo global arroja a miles de personas al desempleo. Desde esta perspectiva, las minadoras son sujetos “sobrevividores” a quienes hay que apoyar para que puedan acceder a los materiales reciclables fuera de relaciones capitalistas. Se las impulsa a organizarse para apropiarse de los objetos como un acto de resistencia frente al sistema. Las minadoras son construidas como “otros” distintos a “uno”. Su ser se constituye en una sobrevivencia que debe solventarse a cualquier precio, incluso a costa de manipular y contaminarse con basura, y ser incluidas en un sistema económico en condiciones de explotación extrema y de precariedad.

En contraste con esa línea, Dimarco (2013) coloca la labor de las minadoras en cuanto expresión de los cambios laborales que dan valor al “trabajo a cualquier precio”. Resalta los procesos de desempoderamiento político y social con los que se han enfrentado trabajadores y trabajadoras

dentro del sistema capitalista en los últimos años: desde iniciativas individuales encaran un mercado laboral cada vez más precarizado. Siguiendo el argumento de Dimarco, considero que las políticas y las prácticas del reciclaje inclusivo toman en cuenta a las minadoras en perfecta armonía con las nuevas lógicas del capitalismo. Además, que ellas se apropien de los materiales reciclables constituye un buen ejemplo de las relaciones que promueve el capitalismo global: una precarización disfrazada de emprendimientos que reproducen las condiciones de la violencia estructural que las minadoras experimentan en su vida cotidiana. Los estudios sobre reciclaje inclusivo se refieren a resignificaciones de la actividad del minado, de ajustes en las subjetividades de las minadoras para asumir su trabajo con dignidad, así como de empoderamiento y autonomía, sobre todo de las mujeres. Se apela a transformar el orden simbólico relacionado con la basura, pero estas visiones resultan acríicas frente a las estructuras materiales y a las relaciones que están detrás de ellas.

En esta obra examino las estructuras simbólicas y los materiales sobre las que se desarrolla la vida de las minadoras, para comprender los entornos en los que experimentan su ser. Mi estudio se alinea, en parte, con la postura de Douglas (1973, 14), que enfatiza el carácter simbólico de la suciedad asociada con el desecho.

La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe solo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende el orden, su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno.

Asumo la perspectiva de que existe un orden simbólico que asigna un lugar a los objetos del mundo y a las personas relacionadas con ellos. La basura o el desecho no forman parte de este, ya que existen determinados sujetos –que para el caso de Quito son mayoritariamente mujeres pobres– que han de lidiar con ese desorden. Sin embargo, el orden social relacionado con el desecho no es estático, cambia constantemente. Los objetos se organizan de

acuerdo con las categorías de valor a las que pertenecen. Según Thompson (2017), existen tres categorías: transitorio, en la que los objetos van perdiendo valor con el tiempo hasta llegar a cero –por ejemplo, los objetos de consumo masivo que se convierten en basura–; durable, en la que los objetos tienen un valor permanente o incluso se incrementa con el tiempo, como las obras de arte; y el desecho o la basura. Este último corresponde al grado cero y es el límite invisible del valor social (Frow 2003). Lo relevante del reciclaje es que los objetos transitorios van perdiendo su valor hasta llegar a cero. En ese punto intervienen las minadoras, que vuelven a valorizarlos; de esta manera dibujan un círculo que hace que los objetos mantengan su característica de transitorios o que por lo menos alarguen su vida útil.

La teoría del valor de Thompson (2017) no se queda allí. Para este autor resulta obvio que la propiedad de los objetos durables está relacionada con el estatus social, mientras que la marginalidad lo está con la basura. La clase de cosas que poseo o que uso hablan de quién soy y de quién quiero que se crea que soy (Frow 2003, 25). Por lo tanto, esa reducción u ordenamiento de los objetos del mundo en categorías de valor no es imparcial, sino interesada, por lo que no se puede llegar a un acuerdo general de cómo efectuar esa reducción.

La asignación de las cosas a una u otra de esas categorías es una función del juego social con reglas fijas en la que aquellos con control de tiempo, espacio y conocimiento realizan la asignación y así: pueden asegurarse de que sus propios objetos son siempre durables y aquellos de los otros son siempre transitorios. La tercera y anómala categoría de cosas con un no intercambiable valor cero, la “basura”, sin embargo, no está sujeta a mecanismos de control y de esta manera, es capaz de conceder el camino para la aparentemente imposible transferencia de un objeto de lo transitorio a lo durable (Thompson 2017, 6).

Asignar a los objetos del mundo una u otra categoría genera lo que Frow denomina regímenes de valor. Estos regulan y controlan los traspasos de valor de los objetos entre categorías, lo que ocasionaría cambios en el estatus y otorgaría poder a aquellos que poseen y usan los objetos (Thompson 2017, 7). En el caso del reciclaje, estos regímenes se regulan al recuperar el valor de ciertos objetos. Este esfuerzo provocaría que quienes usen y

posean objetos socialmente considerados materiales reciclables tengan un estatus social más alto que aquellos que usen y posean objetos con valor social cero. Entre quienes controlan el tiempo, el espacio y el conocimiento en el mundo del reciclaje y establecen las reglas de juego dentro del régimen de valor están los dueños y representantes de las empresas para cuyos intereses el reciclaje constituye un nicho económico. A través del mercado, imprimen el mayor impulso al régimen de valor del reciclaje cuando ponen un precio a los materiales reciclables, el principal incentivo para recuperarlos y reutilizarlos.

En años recientes, nuevos poderosos actores estatales y no estatales intervienen en el juego. Estos intentan hacer visible y valorar positivamente la recuperación de materiales reciclables de entre los desechos recolectados por las minadoras, para elevar el estatus social que las relacionaba con la basura. Entre las estrategias para consolidar el régimen de valor del reciclaje están la capacitación y el empoderamiento de las minadoras, mediante los cuales se procura transformar su identidad, que continúa fuertemente ligada con la basura, es decir, con el no valor. Los actores institucionales buscan construirlas como agentes económicos y ambientales al denominarlas recicladoras de base, y relacionarlas con los materiales reciclables, o gestores ambientales de menor escala, para enfatizar su rol en el cuidado del ambiente.

Coincido con Hughes et al. (2016) en este movimiento de valorización positiva de las minadoras, que se enmarca en las iniciativas del reciclaje inclusivo y enfatiza los aspectos no estigmatizados del trabajo de minado; y desconoce que la basura o el desecho no son simplemente una abstracción discursiva, sino que tienen una materialidad que marca los cuerpos físicos y da forma a las experiencias vividas por ellas. En este libro, por tanto, tomo en cuenta las estructuras simbólicas que ordenan el mundo en el que se desenvuelven las minadoras, pero también presto atención a las condiciones materiales que dan forma a sus experiencias de vida.

Sostengo que detrás de esa estimación positiva de las minadoras por parte del régimen de valor del reciclaje se encuentra el impulso de la “racionalidad neoliberal” (Gago 2015). Mediante un discurso cimentado en las libertades, esta actúa sobre las subjetividades de las minadoras, a las que capacita para

mirarse a sí mismas como recicladoras de base o gestoras ambientales de menor escala. El objetivo es crear las condiciones para convertirlas en microempresarias de los desechos de consumidores/as. Se da impulso, entonces, a una racionalidad que no se despliega solamente a nivel macropolítico, sino que pone en juego “las subjetividades y las tácticas de la vida cotidiana” (Gago 2015, 22), y alinea las estrategias de sobrevivencia de las minadoras con el régimen de acumulación global del capitalismo.

Siguiendo a autores como Tsing (2009), sugiero que la inclusión de las minadoras, impulsada por el régimen del reciclaje, se enmarca en cómo el sistema capitalista contemporáneo usa las desigualdades. Es decir, en las formas en las que el sistema aprovecha los nichos económicos atravesados por las vicisitudes de la raza, la clase y el género. Para garantizar los nuevos regímenes de rentabilidad global, el sistema capitalista adopta las cadenas de valor o de suministro (Tsing 2009; Pérez Orozco 2006; Vara 2006), como las que gobiernan la actividad del reciclaje en el Ecuador. En estas, las minadoras entran en una dinámica en la que ser mujeres, pobres y dispuestas a meter sus manos en la basura las convierte, quizá, en el eslabón fundamental de la cadena. El objetivo principal de organizar el trabajo mediante cadenas de suministro en el capitalismo es disminuir al máximo los costos de producción, entre ellos los de reproducción de la fuerza de trabajo (Tsing 2009; Vara 2006). Para ello, las empresas acuden a dos estrategias: subcontratar el trabajo y promover culturas corporativas que lo resignifican. El análisis de las cadenas de suministro pone de relieve las relaciones que se establecen entre la economía y la cultura, pues los factores culturales las vuelven rentables. Las empresas acuden a la superexplotación, “una explotación que depende de factores no económicos como el género, la raza, la etnicidad, nacionalidad, religión, sexualidad, edad y estatus de ciudadanía. [...] Es una explotación mayor de la que podría esperarse de los principios económicos generales” (Tsing 2009, 158 [traducción propia]).

La superexplotación se suma a la autoexplotación (Tsing 2009), en la que trabajadores y trabajadoras ponen por delante del trabajo su identidad. Así, a la hora de negociar sus escasas remuneraciones, las minadoras anteponen su identidad de mujeres pobres dispuestas a meter la mano en

la basura. Así se configura lo que Gago (2015) llama “neoliberalismo desde abajo”, en el que las minadoras instrumentalizan la razón neoliberal sobre la base de la idea de ser inversoras de sí mismas. Utilizan sus identidades en términos de desigualdad como estrategia de sobrevivencia, lo que les permite mantenerse en la cadena del reciclaje.

Las estructuras simbólicas, con las cuales se procura resignificar y dignificar el trabajo de las minadoras por medio del reciclaje inclusivo, se armonizan con las nuevas modalidades de explotación en el capitalismo contemporáneo, que establecen sus entornos cotidianos. A pesar de estos abrumadores entornos, las minadoras deben tratar de adaptarse de la mejor manera posible para poder sobrevivir. Mediante las narrativas de sus experiencias intentan dar un sentido a sus vidas más allá de las constricciones impuestas por el mundo en el que les ha tocado vivir (Scott 1992; Jackson 2005).

Existe un problema cuando se piensa que esas experiencias son vividas por individuos, por sujetos cognoscentes que en su vida cotidiana observan los eventos o que reaccionan ante influencias externas. En estas posiciones no se preguntan sobre cómo se producen las concepciones del yo de los sujetos y de sus identidades, sino que los individuos se convierten en el punto de partida del conocimiento. De esta manera, se naturalizan categorías como hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, etc., en las que no cabe preguntarse acerca de los procesos de constitución de los sujetos (Scott 1992).

La experiencia, para Scott, en cambio, es el proceso por el cual se construye la subjetividad de los seres sociales. Este proceso implica cómo se ubica el mismo individuo o cómo lo hacen otros dentro del espacio social. A partir de esa posición, el sujeto percibe y entiende como subjetivas las relaciones materiales, económicas o interpersonales que son sociales e históricas (Scott 1992). Analizar la experiencia, por lo tanto, implica enfocarse en los procesos de producción de la identidad y requiere reconocer su carácter discursivo. La experiencia tiene, entonces, un carácter discursivo, con lo cual la narrativa adquiere un papel central: “La narración es un modo de acción intencional (praxis) que simultáneamente revela nuestra singularidad subjetiva y nuestra conexión intersubjetiva con los demás, así como las fuerzas ambientales a las que todos estamos

sujetos” (Jackson 2013, 13). La experiencia, entendida como las situaciones que viven los individuos es descentrada del análisis, lo que importa son sus narraciones, aquello que se dice de las experiencias. Las narraciones, según Jackson, son en cierto sentido no verdaderas, pues en ellas se arreglan y transforman nuestras experiencias. Estos arreglos sirven a diferentes intereses y pueden “transformar nuestras experiencias, remover nuestras emociones y facilitar la acción sin la mediación del pensamiento conceptual y en oposición a las narrativas oficiales” (Jackson 2013, 14).

Jackson sitúa el poder creativo de las narraciones en el espacio de lo público, donde las experiencias se objetivan y se hacen inteligibles. Mediante las narraciones no solo se da voz a lo que está en nuestra mente o a los propios intereses, sino que se objetiva la experiencia, se la hace observable, audible a los otros (Jackson 2013). De esta manera, se pone de manifiesto lo que tenemos en común con los demás: “No solo ‘quién’ pensamos que somos sino ‘qué’ circunstancias compartidas soportamos sobre nuestras vidas y nuestro destino” (Jackson 2013). Las narrativas sacadas al espacio público muestran la necesidad de extender en el espacio y en el tiempo nuestra humanidad individual. Existe, según Jackson, una necesidad poco reconocida de los seres humanos de enraizarse más allá de la propia individualidad, de crear sentidos de pertenencia. Pertenecer es, por lo tanto, creer que el ser está integrado y forma parte de un campo más amplio, que la propia vida se funde con las de otros predecesores, sucesores, contemporáneos y consocios, así como los mundos superpuestos de la naturaleza, el cosmos y lo divino (Jackson 2013, 32). Las narraciones manifiestan esta necesidad de pertenecer a una comunidad, a un grupo social, a la sociedad en general. Por eso los relatos muestran las continuas producciones de las identidades. Las narraciones de las experiencias pueden ser vistas como agencia, como actos de lucha, pero de una lucha por el ser,

pues la misma existencia humana es una lucha entre fuerzas contendientes e imperativas. Esta necesidad del ser puede tomar la forma de una búsqueda de uno mismo, en otras ocasiones puede consistir en trabajar para transformar el mundo en el que uno es arrojado, en un mundo en el que uno ha tomado parte en construirlo. A veces implica una lucha por vivir

dando la cara a la adversidad y la pérdida. A veces la lucha es contra la nada, para hacer que la vida valga la pena ser vivida en lugar de una vida sin esperanza, sin provecho, inútil (Jackson 2005, X).

En todo caso, para Jackson (2005, XI), la lucha por el ser no consiste en realizar nuestra voluntad de ser en un esfuerzo de autorrealización. Se trata del resultado de una relación dinámica entre las circunstancias sobre las que se tiene poco control y nuestra capacidad de vivir esas circunstancias en una variedad de formas.

Jackson, sin embargo, reconoce el enorme peso de las circunstancias sobre los sujetos. A pesar de ser consciente de que la eternidad es infinita y la vida humana finita, que el cosmos es grande y el mundo humano pequeño, y que nada que alguien diga o haga puede inmunizarlo de las contingencias de la historia, la tiranía de las circunstancias, la finalidad de la muerte y los accidentes del destino, cada persona necesita un poco de elección, ansía cierto grado de comprensión, exige algo que decir y espera cierta sensación de control sobre el curso de su propia vida (Jackson 2013, 34). Este autor deja de lado la cuestión de si realmente existe libertad de acción humana y se centra en “la necesidad humana de imaginar que la vida de uno pertenece a una matriz más grande que uno mismo y que, dentro de esa matriz, las propias acciones y palabras importan y hacen una diferencia”. Lo importante, para Jackson, no es la agencia en sí misma o la capacidad de actuar sobre el mundo, sino la necesidad existencial de crear un “sentido de agencia”.

Pretendo comprender, entonces, cómo se constituyen las subjetividades de las minadoras de Quito, en un contexto en el que el trabajo con el desecho afecta las experiencias de vida de estos sujetos. Me acerqué a ellas, a sus experiencias y a sus relatos para intentar captar cómo construyen su propia imagen, cómo la valoran, mientras su cotidianidad discurre en medio del desecho, la precariedad y la pobreza. Sin embargo, acepto que aquello que logro mirar y escuchar de las minadoras es tan solo lo que me lo permiten mi propia experiencia y los sentidos comunes culturalmente configurados que me condicionan. Adopto una posición reflexiva en la que, lejos de negar mi influencia en el contacto con las

minadoras, exploto esa participación y me convierto en la interlocutora de sus relatos, mediante los cuales ellas dan realidad a sus experiencias de vida y expresan su lucha por el ser.

Los relatos de las minadoras que expongo en esta obra son narraciones de eventos importantes de sus vidas; entiendo por evento a “una ocasión, un acontecimiento en el que algo vital está en juego y en riesgo, cuando algo memorable o trascendental es experimentado y donde cuestionamientos acerca de conductas correctas o incorrectas son sentidas como cuestiones de vida o muerte” (Jackson 2005, XXX). Si bien no narro los eventos en un orden cronológico, las minadoras procuran dar coherencia a sus relatos, pues las creencias o las ideas que se pueden observar en las narraciones son, con frecuencia, resultados de una actividad o un resumen retrospectivo que ayuda a dar coherencia a lo que ha sucedido (Jackson 2013).

Presento los relatos de las minadoras en dos capítulos. En uno de ellos están los relatos de una minadora y un minador que tienen en común haber vivido procesos largos de socialización con el desecho, pues sus madres fueron también minadoras, por lo que el trabajo con el desecho está naturalizado, es parte de sus relatos desde temprana edad. En el otro capítulo, recojo las narraciones de dos minadoras que en un momento de su vida adulta deben aceptar el trabajo de minado; el desecho tuvo que ser resignificado para ellas. Además, estas minadoras están involucradas en organizaciones promotoras del reciclaje inclusivo, que procura el empoderamiento simbólico del trabajo de minado e influye también en las experiencias de las minadoras.

Este libro se divide en seis capítulos. En el primero recorro los acontecimientos que posibilitan que la precariedad y la violencia aparezcan en las sociedades capitalistas, y cómo estas configuran los contextos en los que se desarrolla la cotidianidad de las minadoras. En el segundo capítulo me sumerjo en el mundo de la basura y sus sujetos, para describir el espacio social en el que se gestionan los desechos materiales sólidos de Quito y para comprender el contexto en el que las minadoras experimentan su existencia. En la descripción observo a las minadoras y a los otros sujetos que se relacionan con ellas, en medio de los conflictos y los dilemas que el mundo contemporáneo de la basura implica. En el tercer

capítulo analizo la cadena de suministro del reciclaje y observo cómo las minadoras entran a ser parte de ella, en una dinámica en la que ser mujeres, pobres y dispuestas a meter sus manos en la basura las convierte en el eslabón fundamental de una cadena que se inserta en los regímenes de acumulación del capitalismo contemporáneo. En los capítulos cuarto y quinto me enfoco en observar y examinar cómo se construyen las subjetividades de las minadoras y presto atención a las narraciones de las experiencias en las que se expresan su lucha por el ser. En el sexto capítulo presento las conclusiones, en las cuales resumo los principales temas tratados y destaco los puntos que me permiten comprender el mundo del reciclaje en el Quito contemporáneo.

Capítulo 1

Entornos implacables: capitalismo global, precariedad y violencia

El diario vivir en el mundo de las cosas transcurre en medio de la continua lucha por hacer que valga la pena la existencia. La lucha por el ser de las minadoras, como de muchas trabajadoras alrededor del planeta, se desarrolla en un entorno económico, social y cultural cada vez más inhóspito, en el que la moderna promesa de que el trabajo garantizaría una vida digna queda lejana, ajena a una cotidianidad marcada por la precariedad. En este capítulo describiré y analizaré las condiciones de la precariedad. Por eso, haré un sucinto recorrido por los acontecimientos que generan las condiciones para que aparezcan la precariedad y la violencia en las sociedades capitalistas.

Con los nuevos modelos de acumulación del capital, mediante los cuales se ha apostado por sobrellevar las cíclicas crisis del sistema en un retorno a la explotación desregulada del trabajo como la fórmula para garantizar la renta, han recrudecido las desigualdades que afectan a los tradicionales sujetos del trabajo: las mujeres, las personas bárbaras y vagabundas. Las mujeres se encuentran atrapadas en una explotación desbordada y muchas veces invisibilizada en el ámbito productivo y reproductivo. Las personas bárbaras son esas otras racializadas que o bien están fuera o vienen de fuera. Esas desiguales por naturaleza que habitan las periferias geográficas y simbólicas y que se constituyen en la mano de obra barata que necesita el capital. Muchas transformadas en migrantes, expulsadas por las guerras, refugiadas económicas o simplemente quienes salen de sus localidades en

busca de una vida diferente y, en los lugares de destino, se convierten en presa fácil de explotación de su trabajo. Las personas vagabundas habitan el mundo sin más posesión que sus brazos y sus mentes, las llamadas proletarias que no tienen otra salida que venderse al mejor postor para conseguir los medios para sobrevivir. Así, el género, la raza y la clase son los ejes sobre los que se despliegan las formas contemporáneas de explotación, que generan los violentos entornos donde los sujetos del trabajo construyen y justifican su habitar en el mundo.

En las siguientes páginas abordaré las condiciones para que el fordismo se iniciara y se desplegara. Luego lo contrastaré con el despliegue de los modelos de acumulación flexible y enfatizaré en la vulnerabilidad de trabajadores y trabajadoras frente a los cambios en los modelos de acumulación que les llevan a experimentar entornos de precariedad, es decir del “conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto” (Precarias a la Deriva 2004, 28).

Emergencia del fordismo y el Estado de bienestar

A pesar del significativo aumento de la riqueza que generó la Revolución Industrial en la segunda mitad del siglo XVIII, el fenómeno del pauperismo estaba generalizado para los trabajadores europeos de esa época. Despojados de los medios de producción y del relativo poder que les otorgaba conocer cómo fabricar los productos, los trabajadores veían desvanecerse las promesas del liberalismo, entre cuyos principios estaba que la pobreza no sería la consecuencia de no tener propiedad, sino de no tener trabajo. Estos principios chocaban con una realidad contraria.

Dejando de lado las “exageraciones”, no hay duda de que cientos de hombres, mujeres y niños, trabajaban hasta catorce o dieciséis horas por día, durante su corta vida, en las primeras concentraciones industriales, a cambio de salarios de miseria, totalmente librados al arbitrio patronal, reducidos a la condición de máquinas para producir ganancias y rechazados en cuanto dejaban de servir (Castel 2004, 226).

Si bien para el capitalismo de esa etapa fue necesario el libre acceso al trabajo, no se hizo nada por promover la condición salarial; al contrario, la producción de plusvalía, objetivo central del orden económico, dependió, en gran parte, de la explotación del trabajo. Entonces, aunque el trabajo devino central para las sociedades, no pasó lo mismo con trabajadores y trabajadoras, cuyas condiciones de vida empeoraron sustancialmente y originaron el fenómeno del pauperismo. El drama del vagabundo en el contexto feudal europeo fue estar fuera del orden productivo, y sus lamentables condiciones de vida lo llevaban a la indigencia. Con el pauperismo, producto de un proceso de industrialización librado a sí mismo, grandes masas de población se veían al borde de la desafiliación social, pero esta vez inscritas en el centro mismo del proceso de producción de la riqueza (Castel 2004, 230).

El taylorismo y el fordismo, desplegados en Norteamérica y posteriormente en Europa occidental a inicios del siglo XX, fueron procesos que permitieron que aumentara la productividad del trabajo, así como la explotación de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, el taylorismo se desarrolló debido a la recomposición de la clase obrera en Norteamérica que, a lo largo de un siglo (entre 1815 y 1915), recibió fuertes oleadas de inmigrantes europeos y, en menor medida, asiáticos. Estos consistían en escasos obreros de oficio y artesanos, y a una gran masa de “pobres diablos” sin especialización ni conocimiento del trabajo industrial. El taylorismo encontró la oportunidad de desarrollarse en la enorme reserva de trabajadores que llegaron en esta etapa y en su dispar composición técnica, pues los sindicatos liderados por artesanos y obreros de oficio no podían dar cuenta de la enorme masa de trabajadores desposeídos que desembarcaron en Norteamérica. La hegemonía del taylorismo se produce por la capacidad del *time and motion study* de incorporar a la producción obreros no especializados,

descomponiendo el saber obrero, ‘desmenuzándolo’ en gestos elementales –por medio del *time and motion study*– haciéndose su dueño y poseedor, el capital efectúa una ‘transferencia de poder’ en todas las cuestiones concernientes al desarrollo y la marcha de la fabricación. De esta forma Taylor

hace posible la entrada masiva de trabajadores no especializados en la producción. Con ello el sindicalismo es derrotado en dos frentes. Pues quien progresivamente es expulsado de la fábrica no es solo el obrero de oficio, sino también el obrero sindicado y organizado (Coriat 1998, 31).

De esta manera, la producción industrial capitalista se nutrió de trabajadores desposeídos, migrantes, esas otras personas que vienen de fuera atadas a la necesidad y, por tanto, más baratas, sin ninguna organización y sin capacidad de resistencia. Por otro lado, según Marx (2009), una de las paradojas del desarrollo de la gran industria es que la máquina, creada con el objetivo de eliminar trabajo y obreros, al mismo tiempo disminuye la importancia de la fuerza muscular de los obreros en el trabajo. Libera al proceso productivo de las limitaciones de la fuerza de trabajo e incorpora el trabajo de mujeres, niñas y niños en las fábricas. La máquina se convierte así en un medio para multiplicar el número de trabajadoras y trabajadores, y coloca a todos los miembros de la familia obrera bajo la dependencia inmediata del capital.

Junto con esa explotación se generalizó la mercantilización de los medios de subsistencia de la familia obrera, lo cual llevó a la necesidad de generalizar la forma salarial. Sin embargo, esta tenía dos exigencias contradictorias: por un lado, suplir con medios monetarios los bienes de subsistencia y los valores de uso que antes se solucionaban con medios domésticos, y, por otro, cuidar que esa sustitución no gravara demasiado la tasa salarial y, por tanto, la tasa de explotación del trabajo y el nivel de acumulación (Coriat 1998, 79). Esta exigencia doble se logra saldar al instaurar el salario indirecto, es decir, una serie de prácticas asistenciales selectivas dirigidas a la clase trabajadora y que consistía en protección en caso de paro y jubilación; todo esto mediante los aparatos parapúblicos de seguridad social que reemplazaron a los sistemas patronales de seguro. Para Coriat, estos sistemas estatales cumplen funciones de regulación y de control de la fuerza de trabajo.

La asistencia al estilo americano aparece claramente como un instrumento de regulación y control de las fuerzas de trabajo, donde unas instituciones parapúblicas reemplazan a los sistemas patronales de seguro para completar el dispositivo de reclutamiento que necesita el capital para asegurar su

expansión. Como señalan Piven y Cloward, el rasgo nuevo e importante es que, en adelante el sistema americano de ayuda pública se combina con el sistema de trabajo y lo refuerza (Coriat 1998, 81).

Hacia los años treinta del siglo XX se produjo una de las más citadas crisis del capitalismo, causada por la insuficiente capacidad de las sociedades para absorber la creciente producción en masa que generó el fordismo (Harvey 2012). Las respuestas a esta crisis, propuestas por John Maynard Keynes, traen al centro de la escena al Estado, pero a un tipo de Estado nuevo, regulador, que se correspondería con las nuevas prácticas de producción en masa: “Tras la teoría y práctica de la producción en masa en el taller, la teoría y la práctica del tipo de Estado que le corresponden” (Coriat 1998, 88). El Estado, entonces, empieza a regular la economía bajo el principio de que aumentar el consumo es la respuesta más idónea a la crisis. Las corporaciones podrían salir adelante si se multiplicaban los consumidores. Por lo tanto, el Estado empieza a regular los salarios para asegurar la capacidad adquisitiva de la clase obrera, así como la seguridad social y el crédito.

Para estos países y regiones, nace así el capitalismo del bienestar y el Estado plan, cuyo resorte son la política del trabajo y el salario, que según Coriat (1998, 99), tiene tres objetivos. El primero es fijar reglas y normas sobre la relación de explotación, “duración del trabajo, horas extraordinarias, trabajo de los niños, salario... En el fondo se trata de poner al día y actualizar esta legislación de fábrica”. El segundo objetivo es instaurar el salario indirecto relacionado con los beneficios de la seguridad social, que aseguran sobre una base duradera la existencia de mano de obra barata para la industria. El tercer objetivo es promover la asistencia a las personas en paro y accidentadas, concebida como “un medio de incorporación y control de las fuerzas de trabajo coincidente en mantenerlas ‘en reserva’ para la producción capitalista y el salariado” (Coriat 1998, 99).

El papel de las mujeres como amas de casa, naturalmente destinadas a reproducir y cuidar la fuerza de trabajo, se consolida en el capitalismo fordista y, como señala Federici (2010), el salario del esposo se convierte en el lazo que las ata al capitalismo mediante su trabajo no remunerado. La división sexual del trabajo constituye unidades domésticas semiproletarias,

en las que parte del coste de la reproducción de la vida se resuelve fuera del mercado, con lo cual se abaratan los costos de producción en beneficio del capital (Wallerstein 1988).

Desde la perspectiva de Coriat, todas las mutaciones que ocurren en el orden económico y social están en función del capital. El negocio es redondo. Por un lado, se intensifica el trabajo de la clase obrera a niveles nunca experimentados, lo cual aumenta la productividad de las corporaciones. Por el otro, y con la ayuda del Estado, se convierte a esos mismos obreros y a esas mismas obreras en asiduas consumidoras de los bienes que produce la industria, lo cual asegura una constante y lucrativa acumulación del capital. Esta versión instrumentalista del Estado sostiene que la clase capitalista, en tanto poseedora de los medios de producción, y debido a su poder económico, lo utiliza como instrumento de dominación (Míguez 2010, 646). Desde la perspectiva de Castel, en cambio, la principal función del “Estado social” es la cohesión social, por lo que este

inició su carrera cuando los notables dejaron de dominar de modo absoluto y cuando el pueblo fracasó en resolver la cuestión social por propia cuenta. Se abrió un espacio nuevo de mediaciones que daba un sentido nuevo a ‘lo social’: no se trataba ya de disolver los conflictos de interés mediante el manejo moral, ni de subvertir la sociedad por obra de la violencia revolucionaria, sino de negociar un compromiso entre posiciones diferentes, superar el moralismo de los filántropos y no caer en el socialismo de los partidarios de la comunidad de bienes (Castel 2004, 269).

Castel concede al Estado y a sus políticas una autonomía relativa sobre las clases sociales, pues, desde una postura más estructuralista, lo ve como la condensación material de una correspondencia de fuerzas entre clases y fracciones de clases, que se produce por la conexión del Estado con las relaciones de producción y la división social del trabajo (Míguez 2010, 649). El Estado social, para Castel, toma un rol mediador entre las clases; aunque no toca la propiedad privada, interviene para que la protección social no dependa de la propiedad, sino del trabajo; de esta manera, eleva a la calidad de “derecho” al trabajo, la salud, la educación y la seguridad social. El Estado, entonces, garantizaba los derechos sociales de trabajadores y trabajadoras

con la condición de que abandonaran sus aspiraciones de generar modos alternativos de asociación del trabajo y de propiedad.

Mientras en Europa occidental y Norteamérica la Revolución Industrial, el taylorismo y el fordismo consolidaban el proceso de salarización, en América Latina persistían paralelamente formas de trabajo coaccionado. Los empleadores y el Estado debían lidiar con un problema crónico desde la Colonia: la escasez de mano de obra que, en lugar de actuar en favor de trabajadoras y trabajadores, se constituyó en un estímulo para imponer el trabajo. Si bien el esclavismo desaparecía poco a poco, era reemplazado por formas de contratación de trabajo coaccionado, como el peonaje por deudas (Rutledge 1977).

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, se notaba una tendencia hacia la salarización. Sin embargo, muchas veces, los salarios quedaban desvirtuados por la inexistencia de mercados de bienes de consumo, pues los empleadores no pagaban en dinero sino en especie, mediante fichas o vales que los empleados y empleadas intercambiaban por alimentos u otros insumos en las tiendas, propiedad de los mismos empleadores, lo que devaluaba sus salarios (Pérez Sáinz 2014, 140).

Desde la perspectiva de Wallerstein (1988), si bien avanzaba la salarización¹ en las regiones periféricas del mundo, lo hacía de manera incompleta. Mientras algunos miembros de las unidades domésticas se salarizaban, otros, principalmente mujeres, jóvenes y ancianos, contribuían con la economía familiar mediante actividades realizadas dentro de la unidad doméstica, destinadas al mercado o al consumo inmediato. De esta manera, se constituían en unidades domésticas semiproletarizadas que abarataban en gran medida los salarios, en beneficio del capital. Así, se consolidó uno de los signos del desarrollo del capitalismo en Latinoamérica: “la semiproletarización”.

Debido al aumento de la población, a causa del crecimiento de la tasa de natalidad y de la inmigración sobre todo europea y en menor medida asiática, el acceso a la tierra y a otros recursos para la sobrevivencia se hacía cada vez más problemático, lo que empujó a trabajadores/as a entrar en la

¹ Término específico de la ciencia económica que utilizaré en este libro.

salarización. Por otra parte, la demanda de la tierra para ser ocupada en la agroexportación acorralaba al campesinado y a quienes las arrendaban, lo que les presionaba para dejarla e incorporarse al salariado. Los terratenientes, por su parte, vieron conveniente reemplazar los caros y odiosos mecanismos coercitivos por trabajadores “libres”, baratos y flexibles (McCreery 2016).

El comercio internacional latinoamericano se hacía mediante un número limitado de puertos. Generalmente estos atraían la inversión, tanto la gubernamental como la extranjera, allí se desarrollaron mercados más o menos extendidos que demandaban productos importados, pero también manufacturas domésticas. La caída de las exportaciones y de las importaciones debido a la Primera Guerra Mundial provocó la expansión de la manufactura local. Estas empresas, sin embargo, adolecieron de muchas limitaciones, como escaso capital, altos intereses para acceder a crédito, mercados insuficientemente amplios para absorber los costos de amortización; estos problemas impedían adquirir tecnología o maquinaria para aumentar la productividad y mantener la competitividad. Las ganancias de estas manufacturas se lograban, en gran medida, a costa de los bajos salarios. Esto se constituyó en la característica de la producción industrial latinoamericana apoyada por los procesos de semiproletarización, mediante el trabajo doméstico no remunerado y otras actividades realizadas en el espacio doméstico destinadas a producir bienes para el autoconsumo o para el mercado.

La gran depresión de los años treinta en Europa y Norteamérica y la Segunda Guerra Mundial marcaron una época de urbanización e industrialización en muchas áreas de América Latina; esto ocurrió incluso hasta finales del siglo XX. Un sector agroexportador capitalizado que requería cada vez menos mano de obra, sumado a la concentración de la propiedad de la tierra y a la transformación de las que habían sido áreas de producción campesina de alimentos en plantaciones para la exportación y ranchos ganaderos, estimuló la migración de trabajadores/as desde el campo a las ciudades, sumada a la atracción por el acceso a educación y salud y por las nuevas oportunidades económicas. Algunas personas encontraron empleo en las industrias que se expandían para proveer bienes baratos para el consumo local.

América Latina entra en la etapa de industrialización por sustitución de importaciones que no estuvo exenta de problemas. El más notorio era la escasa capacidad adquisitiva de la población latinoamericana, lo que evitaba que se expandieran los mercados, con lo cual aumentaban los costos de producción para las industrias nacionales. A esto se sumaba la dependencia de la importación de bienes de capital, e incluso de materias primas y de energía. Estos problemas estructurales en la industrialización latinoamericana impidieron que se expandiera y que absorbiera mano de obra. Quienes residían en las zonas urbanas, sobre todo mujeres que no encontraban empleo en las fábricas o en las tiendas, adoptaron como estrategia de sobrevivencia autogenerarse trabajo en el llamado “sector informal”, en actividades como pequeños comercios, elaboración de artesanías, etc. (McCreery 2016). Se echaron a andar pequeños emprendimientos que esconden nuevas formas de semiproletarización de las unidades domésticas. Así, fue posible que el salario mínimo aceptable para un trabajador o una trabajadora bajara considerablemente.

Lo que sucedía entonces en estas unidades domésticas semiproletarias era que quienes producían otros tipos de ingresos reales —es decir, básicamente la producción doméstica para el propio consumo o para la venta en el mercado local, o para ambas cosas a la vez—, ya fueran diversas personas de la unidad doméstica (de cualquier sexo o edad) o la misma persona en diversos momentos de su vida, creaban excedentes que hacían que bajara el umbral del salario mínimo aceptable. De esta forma, el trabajo no asalariado permitía a algunos productores pagar un salario inferior a sus trabajadores, reduciendo así sus costes de producción e incrementando sus márgenes de ganancia. No es de extrañar, pues, que, por regla general, todos los que empleaban mano de obra asalariada prefirieran que sus asalariados vivieran en unidades domésticas semiproletarias en lugar de proletarias (Wallerstein 1988, 17).

La etapa de sustitución de importaciones se caracterizó por el crecimiento del sector terciario, que evidenciaba la heterogeneidad interna de la estructura de producción capitalista en América Latina. Se encuentra, entonces, asalariados/as y no asalariados/as. Entre el primer grupo se erigía una barrera

que les dividía entre formales, es decir las personas cuyas condiciones de trabajo tenían un estatuto no mercantil que regulaba los salarios y la seguridad social, y quienes no tenían ningún tipo de protección. A estas últimas se sumaban, en gran número, trabajadores/as informales no asalariados/as que se autogeneraban trabajo vinculado a las economías de subsistencia. De su lado, las ganancias de los grandes empresarios “combinaban la explotación de su fuerza de trabajo, atemperada por la regulación de las relaciones laborales en el ámbito formal, y el acaparamiento de rentas oligopólicas en el mercado interno en detrimento del resto de los propietarios” (Pérez Sáinz 2014, 173).

El papel del Estado latinoamericano en esta etapa tuvo efectos desiguales al proveer de derechos sociales a la clase trabajadora. Si bien en toda la región el Estado social aparece diferenciado del oligárquico de la etapa anterior –pues regula las relaciones entre la empresa y los trabajadores y provee garantías como educación, salud, vivienda y, en menor medida, seguridad social–, los nuevos roles del Estado tienen marcadas diferencias entre los países que lograron mayores niveles de modernización e industrialización y aquellos atrapados en el modelo proveedor de materias primas para el mercado mundial. Se desarrollan, así, diferentes tipos de Estados proveedores de servicios sociales.

Se configuró, en primer lugar, un primer tipo (Argentina, Chile y Uruguay) con cobertura universal pero estratificada y donde se habrían alcanzado importantes niveles de desmercantilización tanto en la oferta de servicios como en transferencias monetarias para la población económicamente no activa; no obstante, el acceso fue estratificado y se beneficiaron los trabajadores informales de manera más tardía y limitada. El segundo (Brasil y México) tenía carácter dualista y acentuó la estratificación, incorporando dimensiones territoriales, sin alcanzar el universalismo del primer tipo. El tercero (Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y República Dominicana) habría tenido efectos excluyentes porque los beneficiados habrían sido muy pocos (empleados públicos y ciertos grupos ocupacionales) con la mayoría de la población excluida de todo tipo de beneficio (Pérez Sáinz 2014, 419).

Con una trayectoria de salarización distinta de la europea y norteamericana, América Latina se caracteriza por una amplia presencia de trabajadores baratos, flexibles y desprotegidos, que pertenecen a unidades domésticas semiproletarias que les obligan a aceptar los bajos salarios que garantizan los beneficios del capital. La precariedad es uno de los signos de las trayectorias del trabajo en la región, de ahí que la conmoción causada en la sociedad salarial de los llamados países de capitalismo central, debido a las transformaciones en los modos de acumulación global contemporáneos (Castel 2004), se experimente de manera distinta en una Latinoamérica históricamente atravesada por profundas desigualdades sociales.

Postfordismo y acumulación flexible

La crisis del fordismo se puede explicar de manera superficial por su rigidez. Debido a que se trataba de un modelo de acumulación basado en la producción y el consumo en masa, necesitaba constantemente expandir mercados de gran escala. La crisis empezó a presentarse a mediados de los años sesenta, cuando Europa y Japón estaban ya recuperados de los estragos de la guerra y con sus mercados internos saturados, empezaron a buscar otros; esta etapa también coincide con las políticas de sustitución de importaciones en regiones como América Latina. Además, el capital transnacional empezó a buscar ambientes más amigables para la producción y trasladó sus industrias fabriles a otras regiones (Harvey 2012, 165). Las estrategias del capitalismo frente a la crisis estaban encaminadas a solucionar la rigidez del fordismo.

Apelan a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas de consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa (Harvey 2012, 165).

Los procesos de automatización de la industria, que empezaron a desarrollarse desde los años cincuenta y que llevaron a la revolución científico-técnica de los años ochenta y noventa, sirven de base para una forma relativamente distinta de acumular capital, que da como resultado una estructura de producción más flexible. Tal estructura utiliza nuevas técnicas de organización laboral que implican la participación horizontal de trabajadoras y trabajadores. Este rasgo se diferencia del fordismo, en el que el trabajo se organizaba de manera vertical y jerárquica, aunque las condiciones preservan su carácter alienado. Las compañías requieren de un nuevo tipo de trabajador/a: versátil, multifuncional y calificado/a, así como una estructura organizacional más horizontal que pueda integrarse con otras firmas, inclusive con las subcontratadas, con el objetivo de reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción (Antunes 2013, 37).

Con las nuevas tecnologías, disminuye el trabajo directo, aquel que llevaban a cabo personas especializadas con poca calificación, enfocado en tareas de alimentación, vigilancia, diagnóstico y algunas reparaciones. En cambio, cobra importancia el trabajo indirecto, llevado a cabo por personas calificadas que se encargan de programar las máquinas, diagnóstico, ajuste o mantenimiento. El trabajo se vuelve cada vez más abstracto y depende de la capacidad de lectura, interpretación y decisión de quienes están más calificados/as; esto no necesariamente significa que fuera más complejo, pues podía asumir formas rutinarias (Míguez 2008, 5). Entonces, el capital necesita cada vez menos de personas especializadas no calificadas y de un grupo todavía menor de calificados/as, lo que repercute en el aumento significativo del desempleo, que se convierte en una característica estructural del capitalismo en esta nueva etapa.

A diferencia del fordismo, en el nuevo modelo de acumulación se considera más exitosas a las empresas con altas tasas de productividad, pero con la menor cantidad de personas empleadas. Algunos autores argumentan incluso que aplicar las tecnologías de la información y la comunicación a la producción podría significar el reemplazo completo del trabajo humano vivo. Otros autores argumentan que no existe la posibilidad de reemplazar totalmente el trabajo vivo, pues este sigue siendo necesario para la valorización del capital. Sin embargo, afirman que sí se ha intensificado

la explotación del trabajo vivo, pues ya no se explotan solamente las capacidades físicas, como en el fordismo, sino también las capacidades cognitivas, afectivas y de participación (Hardt y Negri 2004; Virno 2003), y se hace uso productivo del “intelecto general”.

No habría excedente si la producción no estuviera animada por la inteligencia social, por el intelecto general y al mismo tiempo por las expresiones afectivas que definen a las relaciones sociales y gobiernan sobre las articulaciones del ser social. El exceso de valor está hoy determinado en los afectos, en los cuerpos cruzados por el conocimiento, en la inteligencia de la mente y en el puro poder de actuar (Hardt y Negri 2004, 323).

Parecería, entonces, que presenciamos un proceso en el que la separación del trabajo de las otras actividades humanas, que según Durkheim caracterizaba a las sociedades modernas, se invierte, puesto que el trabajo y la producción está cada vez más “determinado en las profundidades de la viscera de la vida” (Hardt y Negri 2004), es decir, el límite entre el trabajo y la vida misma es cada vez más borroso.

En este contexto, ante el debilitamiento del pacto fordista entre el capital (formas organizadas de representación del trabajo y el Estado), empezaron a proliferar diferentes modalidades de contratación laboral flexible que desplazaron al empleo regular hacia contratos o subcontratos de trabajo a medio tiempo o de trabajo temporario (Harvey 2012, 173). Como resultado de este proceso, se reestructuraron los mercados de trabajo. Las compañías se constituyeron sobre la base de un núcleo de personas calificadas con todas las garantías: tiempo completo, permanencia, seguridad laboral, pensiones, seguros. Todas estas garantías se ofrecían a cambio de una fuerza de trabajo adaptable, flexible y, si es necesario, móvil geográficamente (Harvey 2012, 173).

En la periferia se encuentran dos subgrupos. El primero conformado por empleados/as de tiempo completo pero con menores capacidades que trabajadores/as del núcleo, enfocados/as en labores de secretariado y trabajos manuales de rutina; este subgrupo presenta una alta rotación, pues es fácil reemplazarlo. El segundo subgrupo, aún más prescindible y con

menos seguridad laboral, consiste en quienes se emplean a medio tiempo, temporalmente, bajo subcontratos, etc. (Harvey 2012, 174). Nos encontramos, entonces, frente a un mercado de trabajo que tiende a reducir trabajadores/as del núcleo y que apela cada vez más a una fuerza de trabajo fácil de reclutar, así como de despedir.

Si bien es cierto que el nuevo modelo de acumulación afecta a los trabajadores clásicos que fueron los sujetos del sindicalismo fordista –los hombres blancos–, esto no quiere decir que no se haya afectado a trabajadores/as excluidos/as, como mujeres, migrantes, negros/as o latinos/as. Sobre esto, Harvey (2012, 175) afirma que “mientras que algunas mujeres y minorías han logrado acceso a posiciones más privilegiadas, las nuevas condiciones del mercado laboral han vuelto en esencia a acentuar la vulnerabilidad de los grupos en desventaja”. En este mercado laboral segmentado y flexible, estos grupos llevan las peores condiciones. Además, se evidencia el crecimiento de economías informales o clandestinas en el mundo capitalista avanzado, lo que, para Harvey (2012, 176), tiende a una convergencia con la estructura del trabajo en el llamado Tercer Mundo. En esta estructura, la estrategia de acumulación de capital que se adoptó en Latinoamérica fue la semiproletarización; es decir, no se les desposeyó totalmente de sus medios de producción, que obtienen de manera autónoma, generalmente mediante iniciativas de baja productividad. Así se logró mantener salarios bajos en contextos en los que el Estado promociona el ser emprendedor,² al tiempo que deja de garantizar incluso el salario indirecto pensado en su origen para garantizar la reproducción social de trabajadores y trabajadoras sin gravar las tasas de ganancia del capital.

La necesidad de flexibilizar el sistema desató un proceso de globalización nunca experimentado, pues la compresión del espacio tiempo, alimentada por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, volvía más accesible el mundo entero para el capital, con lo cual se aceleraron los flujos y patrones transcontinentales de interacción social. En este sentido, Held y McGrew (2003, 13) afirman que “la globalización remite a un cambio o transformación en la escala de la organización humana que

² Término específico de la ciencia económica que utilizaré en este libro.

enlaza comunidades distantes y expande el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes de todo el mundo”. La globalización ha permitido que emerjan nuevos circuitos translocales de movilidad del trabajo y del capital. Estos circuitos producen nuevas geografías que se pueden advertir a través de las cada vez más globalizadas operaciones de firmas y mercados; la multiplicación de firmas afiliadas y consorcios, mediante el trabajo migrante y redes de tráfico de personas, así como también a través de procesos no tan conocidos, como nuevas formas de movilidad a través de la digitalización y subcontratación virtual y, en el otro extremo, mediante la venta ambulante global (Sassen 2008, 458). Esta movilidad se produce en consonancia con el declive de la soberanía de los Estados nación, que cada vez tienen menos poder de regular estos flujos y de imponer su autoridad en la economía.

En el nuevo contexto, va quedando atrás la sociedad en la que salarizar consistía en “comprometer la disponibilidad y pericias del trabajador a largo plazo” (Castel 2004, 406), sistema bastante extendido en las economías de capitalismo avanzado. El salario se constituye en la retribución a la necesidad de ajuste del trabajador moderno y la trabajadora moderna a su tarea, lo que se asemeja más a antiguas formas de contratación. Las certezas de tener empleos estables y seguridades laborales se transforman en un cúmulo de incertidumbres que amenazan cotidianamente a trabajadoras y trabajadores. Como señala Castel, parecería que se ha regresado a la escena en que estaba en primer plano una obligación muy antigua impuesta a lo que hoy llamaríamos pueblo: “vivir al día” (Castel 2004, 415). Reaparece la figura de los “trabajadores sin trabajo” de los siglos XVII y XVIII, pero también la del pauperismo del XIX, es decir, de quienes, aun teniendo trabajo, están en peligro de desafiliación social. Desempleo y precarización del trabajo son manifestaciones de un déficit de posiciones de utilidad social y reconocimiento público, de lugares en la estructura social.

Todo ocurre como si nuestro tipo de sociedad redescubriera con sorpresa la presencia en su seno de un perfil de poblaciones que se creían desaparecidas: los ‘inútiles para el mundo’ que viven en él pero no le pertenecen realmente. Ellos ocupan una posición de supernumerarios, flotan en una

especie de tierra de nadie social, no integrados, y sin duda, inintegrables, por lo menos en el sentido en el que Durkheim habla de la integración como pertenencia a una sociedad formada por un todo de elementos interdependientes (Castel 2004, 416).

Otros autores utilizan el término masa marginal para referirse a esa población excedente, pues este término ilustra de mejor manera el proceso de rechazo del sistema económico a una población creada por el propio sistema, de ahí su carácter de marginal (Kilanski y Auyero 2015).

Cabe, en este punto, preguntarse nuevamente qué significó su paso por el capitalismo para las mujeres, el proletariado, esclavos y esclavas convertidos/as luego en obreros/as. Con el paso del modelo de acumulación fordista al flexible se ha evidenciado de manera cruda la vulnerabilidad y la dependencia de la clase trabajadora. Los anhelos de la sociedad fordista de que el bienestar no dependa tanto de la propiedad sino del trabajo se vinieron abajo por las propias contradicciones del capitalismo.

Las expectativas modernas de progreso en América Latina fueron frustradas una y otra vez desde su incorporación al capitalismo. A pesar de los esfuerzos por seguir los pasos de los países industrializados a los que las élites nacionales percibían como la meta o el modelo a seguir, el proceso de industrialización latinoamericano empezó a desmantelarse luego de tan solo medio siglo. La industrialización empezó a revertirse entre las décadas de los ochenta y los noventa. Bajo el peso de la deuda adquirida en los setenta y los principios neoliberales, los gobiernos latinoamericanos quitaron los incentivos y las protecciones que habían promovido la sustitución de importaciones.

Una tras otra las empresas y tiendas cerraban sus puertas. Algunas empresas sobrevivieron en cooperación o con capitales de empresas extranjeras que capitalizaron los negocios con equipos más eficientes, pero que recortaron las nóminas de trabajadores/as. Un proceso muy parecido ocurría en el campo, donde verdaderas factorías se levantaban ligadas a inversiones extranjeras que dominaban más y más la agricultura de exportación, aumentando la productividad y disminuyendo los empleos (McCreery 2016). En otros casos, las empresas, sobre todo las medianas y pequeñas,

se reestructuraron externalizando lo más posible sus actividades mediante la subcontratación. Esto, sumado a la eliminación de puestos de trabajo en el sector público, hizo que las familias, cuyos ingresos disminuyeron, incrementaran su participación en el mercado laboral en condiciones de informalidad (Pérez Sáinz 2014), es decir, sin beneficios laborales. De esta manera, la barrera que separaba el trabajo formal del informal se difuminaba. Por otro lado, ante el aumento del desempleo muchas familias tuvieron que autogenerarse trabajo con iniciativas de baja productividad.

Parecería ser, como propone McCreery, que la mano de obra barata, característica de la forma de explotación del trabajo en América Latina, ya no garantizaba la competitividad o la ganancia de productores y productoras. Como señalan varios autores, la fuerza de trabajo se ha polarizado entre unas pocas personas con buenos salarios y protecciones sociales, y una población masiva de “supernumerarios” sin un lugar en la estructura social (Castel 2004; McCreery 2016; Pérez Sáinz 2014).

La salida para mucha población desplazada del trabajo fue la migración. A inicios de siglo XXI, el 4 % de la población total de la región era emigrante (Pérez Sáinz 2014), mucha compuesta por quienes se insertaron en los circuitos globales de circulación del trabajo. Es importante indicar que en esta etapa la migración tiende a feminizarse. Ante la crisis, las mujeres se ven atraídas por los centros del capitalismo mundial, en los que se requiere que laboren en el área de servicios de las compañías. También, muy frecuentemente, asumen tareas relacionadas con la reproducción social, es decir, el trabajo de cuidado del hogar y de hijas e hijos de trabajadores y trabajadoras altamente calificados/as de las compañías multinacionales (Dalla Costa 2006; Hochschild 2001; Sassen 2008).

El proceso de desindustrialización dejó a mucha gente latinoamericana sin empleo y el nuevo modelo económico creó poquísimas nuevas oportunidades. Entre ellas aparecen las maquiladoras, sobre todo en México y América Central. Se trata de plantas de reensamblaje que utilizan mano de obra barata, especialmente de mujeres jóvenes, para procesar piezas semiterminadas enviadas desde los Estados Unidos, que luego se reexportan a través de la frontera pagando impuestos solo sobre el valor agregado (McCreery 2016).

Los mercados laborales que se han generado en América Latina no han sido homogéneos, pues con las categorías jerárquicas de clasificación social se ha diferenciado el acceso. El acceso a trabajos formales donde la salarización adquiere las mejores condiciones, por ejemplo, se ha limitado para mujeres, indígenas, negros/as, entre otros. La informalidad y la precariedad se presentan como fenómenos notoriamente feminizados, pues las mujeres, sobre todo a partir de los años ochenta, se incorporaron masivamente al trabajo remunerado como trabajadoras por cuenta propia –como las minadoras–. Ellas han engrosado considerablemente las filas de la informalidad con iniciativas de baja productividad (Pérez Sáinz 2014), y han buscado alternativas de ingreso dentro de unidades domésticas semi-proletarizadas (Wallerstein 1988).

Muchas mujeres pasaron también a ser parte del trabajo asalariado, pero en contextos de desregulación de los mercados laborales y de su generalizada segregación a los niveles más bajos en la escala laboral, lo que repercutió en insuficientes remuneraciones (Pérez Sáinz 2014). La respuesta a las privaciones en los hogares más pobres ha sido incorporar al trabajo remunerado a prácticamente todos los miembros de la unidad doméstica. La incorporación de las mujeres se ha caracterizado por la inestabilidad en las entradas y salidas dependiendo del momento de su ciclo de vida (Barquet 1994). Muchas, sin embargo, debieron optar por estrategias que les permitieran combinar el trabajo remunerado con el trabajo reproductivo no remunerado. De esta manera, actividades de producción y reproducción se llevan a cabo en un mismo espacio-tiempo, lo que ha problematizado las categorías analíticas que tienden a separar las actividades en el ámbito público y en el privado (Benería 2006). La incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo y a la informalidad repercutió en largas jornadas laborales, pues ellas han debido asumir mayores responsabilidades con el trabajo remunerado, al tiempo que han continuado a cargo del reproductivo y de mantenimiento de la fuerza de trabajo dentro de los hogares (Benería 2006).

Autogenerar iniciativas de baja productividad que les permitan apenas sobrevivir en condiciones precarias no es una situación nueva para las minadoras, pues la han experimentado a través de sus familias durante varias

generaciones. Sí son nuevas las miradas positivas que sus medios de sobrevivencia reciben del resto de la sociedad, pues la informalidad en la que despliegan su trabajo, y que anteriormente no se ajustaba al ideal, ya no se sanciona en la medida en que crece, se generaliza y se tolera como trabajo desdibujando la línea que antes separaba el formal del informal (Pérez Sáinz 2014). El neoliberalismo es una manera de gobernar que despliega saberes, tecnologías y prácticas que dan origen a una racionalidad no solo presente en el aparato estatal, sino que se arraiga en las subjetividades.

Foucault ha dicho que la innovación radical del neoliberalismo es que se trata de una forma de gobernar por medio del impulso a las libertades. Lo que a primera vista parece una contradicción, se vuelve una forma sofisticada, novedosa y compleja de enhebrar, de manera a la vez íntima e institucional, una serie de tecnologías, procedimientos y afectos que impulsan la iniciativa libre, la autoempresarialidad, la autogestión y, también, la responsabilidad sobre sí. Se trata de una racionalidad, además, no puramente abstracta ni macropolítica, sino puesta en juego por las subjetividades y las tácticas de la vida cotidiana (Gago 2015, 24).

No solo se impone el neoliberalismo desde arriba, mediante políticas de privatización, reducción de protecciones sociales, desregulación financiera y flexibilización laboral (Gago 2015, 23). También se arraiga en los sectores populares informales mediante una subjetividad que asume el cálculo racional como motor de su economía (Gago 2015, 27).

Moulier-Boutang (2006) señala que una de las características de los trabajadores es la necesidad de huir de la dependencia del esclavo frente al amo, del sirviente frente al señor, del asalariado frente a su empleador. La racionalidad neoliberal desde abajo, que promueve la iniciativa libre, la autoempresarialidad y la autogestión, intenta resistir a la explotación, la desposesión y la dependencia, en un contexto institucional donde se promueve la semiproletarización. En el camino, sin embargo, muchas, como generalmente ocurre con las minadoras, no lo logran y terminan inmersas en contextos de auto y superexplotación.

No es con el neoliberalismo que la gente desposeída se enfrenta a la precariedad. En América Latina, particularmente, la precariedad y las

desigualdades son rasgos persistentes del desarrollo social y económico. Lo que se presenta como un fenómeno nuevo es la extensión de la precariedad a escala global. Esta afecta también a los países del centro, que experimentan como una “conmoción” (Castel 2004) el paulatino deterioro de la sociedad salarial. En América Latina se resiente el derrumbamiento del ideal del Estado planificador, proveedor de servicios y regulador que ponga en el centro de la escena social el empleo pleno. Esto no quiere decir que los cambios en la estructura del capitalismo y el retroceso del Estado regulador no hayan afectado de manera negativa las economías y la vida cotidiana de la población latinoamericana. Si bien la precariedad no es nueva, se extiende y profundiza mucho más en esta etapa, y se constituye en el telón de fondo de diversas formas de violencia.

Violencia

En América Latina los procesos de industrialización, sobre todo en la etapa de sustitución de importaciones, aunque de manera desigual a lo largo del continente, produjeron un crecimiento de la riqueza cuyos beneficios se concentraron en las áreas urbanas. Sin embargo, este proceso estuvo acompañado del aumento de la pobreza en las ciudades y de la generación de una masa marginal, es decir de una población que no fue absorbida por el deficiente capitalismo industrial (Kilanski y Auyero 2015). Las consecuencias visibles para esa población fueron el desempleo masivo, bajos ingresos, deterioro de las condiciones laborales y precarización del empleo, a las que se suman, décadas después, diferentes formas de tercerización como consecuencia de las reestructuraciones postfordistas (Kilanski y Auyero 2015). Esas condiciones permiten comprender el constante crecimiento de la violencia en las ciudades latinoamericanas. Así, marginalidad y violencia se presentan como dos fenómenos interrelacionados.

Una plétora de factores económicos y políticos, desde insultantes niveles de desigualdad, hasta la informalización de las relaciones sociales y la consiguiente precariedad, hasta un estado punitivo y/o delincuente, producen

marginalidad urbana y fomentan la violencia que la invade. En otras palabras, la violencia que desgarrar el tejido de la vida de los hombres y mujeres que viven en los márgenes urbanos tiene su origen tanto en las estructuras económicas y políticas como en las acciones e inacciones de los Estados y los actores políticos establecidos (Kilanski y Auyero 2015, 3).

Desde el inicio del siglo XXI la violencia se ha incrementado de manera notable en el continente, Por ejemplo, se puede notar cómo se ha incrementado la violencia criminal y callejera en la vida cotidiana, con disturbios, limpieza social, arbitrariedad policial, actividades paramilitares, guerrillas, entre otros. Han aumentado también otras formas de violencia, como la interpersonal, la relacionada con las drogas, la sexual y la doméstica. Según Kilanski y Auyero (2015, 6), estas formas “se han multiplicado hasta tal punto que la brutalidad en gran medida sin control parece estar derrotando a muchas de las democracias recién establecidas en la región”. Además, la violencia estructural, aquella causada por la pobreza, el hambre y la marginalidad, que usualmente es invisible, pues forma parte de las bases de la rutina, inevitablemente se traduce en violencia íntima y doméstica. Esta no solamente es cuestión de ataques físicos que infringen dolor, sino que se ataca a la personalidad, a la dignidad y al sentido de valor de la persona agredida (Scheper-Hughes y Bourgois 2004).

Sin embargo, lo que constituye o no violencia está mediatizado por la dicotomía entre lo legítimo y lo ilegítimo. Por eso, muchos actos violentos son socialmente permitidos, fomentados e incluso impuestos como un derecho moral o un deber (Scheper-Hughes y Bourgois 2004). La violencia legítima, entonces, se impone también como dominación simbólica. Un ejemplo es la violencia de género, tan profunda y extendida (aunque no exclusiva) en familias pobres como las de las minadoras.

La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división

sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos (Bourdieu 2002, 22).

Segato (2003), desde una perspectiva estructuralista, interpreta el orden patriarcal como parte del eje vertical y jerárquico del sistema normativo de las sociedades modernas. Las relaciones, en estas sociedades, son de exacción forzada o de entrega de tributo, mientras que en el eje horizontal, el eje del contrato entre iguales, se alternan relaciones de competición o alianza. Ambos ejes constituyen un solo sistema.

Estos dos regímenes o coordenadas normativas son, en realidad, dos economías simbólicas articuladas en un único sistema y su interacción puede ser representada gráficamente como el cruce de ambos ejes. Esto es así porque la capacidad de exacción en una economía simbólica de estatus es justamente el requisito indispensable para formar parte del orden de pares. El tributo obtenido es la propia credencial que los miembros de este orden se exigen, unos a otros, para incluirse como semejantes (Segato 2003, 254).

Este sistema se caracteriza por su inestabilidad; las dos coordenadas se influyen mutuamente, pues “los términos de cada uno de los ejes son vulnerables a la presencia y a la seducción de la retórica del otro”. De esta manera, el estatus de relaciones desiguales y el contrato entre pares se contaminan mutuamente, y necesitan de un esfuerzo, de un *input* violento, de una inversión agresiva para mantener el orden interior (Segato 2003, 256).

La violencia de género, como sucede también con otros tipos de violencias que reequilibran relaciones jerárquicas, es legitimada y tolerada, solo se sancionan sus excesos. Emerge como un instrumento para garantizar la obediencia de los sujetos en el orden jerárquico.

En el ejercicio de la función patriarcal, los hombres tienen el poder de determinar la conducta de las categorías sociales nombradas, recibiendo autorización o, por lo menos, tolerancia de la sociedad para punir lo que se les presenta como desvío. Aunque no exista ningún intento, por parte de las víctimas potenciales, de trazar distintos caminos del prescrito por las

normas sociales, la ejecución del proyecto de dominación-explotación de la categoría social hombres exige que su capacidad de mando sea auxiliada por la violencia. En efecto, la ideología de género es insuficiente para garantizar la obediencia de las víctimas potenciales a los dictámenes del patriarca, teniendo este la necesidad de hacer uso de la violencia (Saffioti 2018, 585).

Detrás de los actos particulares de violencia, se asientan de manera persistente estructuras materiales y simbólicas que mantienen y reproducen las desigualdades en las que se basan las lacerantes condiciones de vida de miles de familias trabajadoras. Resulta lógico pensar que las inseguridades que experimentan los segmentos más desfavorecidos de la población se intensifican si en el mismo individuo se entrecruzan identidades en términos de desigualdad de raza, clase o género. Las condiciones precarias para la reproducción de la vida descritas en este capítulo se constituyen en parte del entorno en el que trabajadoras como las minadoras experimentan su ser, les dan significado a sus vidas y justifican su modo de estar en el mundo.

Capítulo 2

La basura y sus sujetos

Con el propósito de comprender el espacio social en el que se gestionan los desechos materiales sólidos producidos en la ciudad de Quito, en este capítulo me sumerjo en el mundo de la basura y de sus sujetos. Al adentrarme en ese mundo me encuentro de frente con un entramado de relaciones de poder en varios niveles, en las que se involucran sujetos diversos: minadoras, consumidores/as, negociantes, empresarios, industriales, actores estatales y no estatales; todos ellos, con algún tipo de interés, entran a jugar en el ordenamiento de este espacio social. Ante la abrumadora realidad que se despliega, enfocaré mi descripción en las minadoras, pues me interesa comprender el contexto en el que estos personajes de la ciudad experimentan su existencia.

En el mundo del minado, ellas dan valor a objetos que para quienes los consumen no lo tienen; es decir, transforman la basura de otros en objetos valiosos para ellas. En los últimos años este sector se ha visto atravesado por el desarrollo de la industria del reciclaje, que reutiliza materiales como papel, cartón, plásticos, metales, entre otros. El interés de la industria por los materiales reciclables ha impulsado la actividad del minado de manera significativa, lo que ha desencadenado relaciones entre las personas que realizan esta actividad con poderosos intereses económicos. En medio de una actividad que implica palpar, oler, manipular, contaminarse con basura, se puede observar la efervescencia de una economía popular que, como señala Gago (2015, 25), asume al cálculo económico como su

motor y “mixtura de saberes comunitarios, autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una auto-empresarialidad de masas”. Se evidencia cómo la razón neoliberal se arraiga en las iniciativas económicas populares que no cuentan con garantías en las condiciones de competencia en el mercado. De esta manera, puede emerger la violencia entre las personas vulnerables como mecanismo de unas para ejercer poder sobre otras y, así, obtener privilegios para acaparar la posibilidad de acumular materiales reciclables y comercializarlos. Mediante la violencia y el miedo, un grupo de personas que se dedica al minado silencia a otros y logra que estos reacomoden sus rutinas de trabajo ante el impacto de la brutalidad de sus métodos, instaurando un verdadero régimen de terror (Bourgeois 2015), al que, sin embargo, algunos se resisten.

Además, las minadoras no solo están inmersas en las relaciones de dominación que emergen entre ellas cuando llevan a cabo sus actividades. El minado es muy importante para la industria del reciclaje pues, según varios actores institucionales como la Empresa Pública Metropolitana de Gestión de Residuos (EMGIRS EP), este aporta aproximadamente el 50 % de la materia prima que utilizan las industrias relacionadas. Por esto, en los últimos años, actores económicos, estatales y no estatales, han puesto su mirada en las minadoras al tornarlas visibles en el espacio social, nombrándolas y categorizándolas, que etimológicamente quiere decir “acusar públicamente” (Bourdieu 2014), es decir, las minadoras son visibilizadas como entidades diferenciadas en el mundo social. Esta categorización se produce cuando el reciclaje se convierte en una lucrativa actividad económica, lo que sugiere que hacerlo visible corresponde a la intención de controlar una fuerza de trabajo que deviene importante para un sector económico. Este sector presenta capacidades para absorber mano de obra de trabajadores y trabajadoras baratos/as, flexibles y dispuestos/as, que pululan en los márgenes de la sociedad en busca de oportunidades de sobrevivencia.

En un movimiento de legitimación de la actividad del minado y de quienes la realizan, estos agentes cambian deliberadamente la denominación y las convocan no como minadoras que trabajan con basura, sino como recicladoras de base que trabajan con materiales reciclables; de esta manera se las construye como agentes económicos. En otros espacios institucionales se las

denomina gestores ambientales de menor escala, para enfatizar su rol como cuidadoras del ambiente. En todo caso, se puede observar un esfuerzo por dignificar la actividad del minado y de sus sujetos para cambiar el estatus social de quienes, por trabajar con basura, es decir con objetos sin valor social, han sido miradas como personas sin valor social.

Este movimiento podría considerarse como lo que Bourdieu (2014, 12) denomina “acción de Estado”, es decir “acciones políticas con pretensión de causar efecto en el mundo social”, un efecto de ordenamiento de ese mundo en el que las minadoras ocupan un lugar asignado. Así, sin importar si los sujetos representan a una ONG, una empresa, la banca o un ministerio de Estado, se los puede considerar agentes de Estado, en tanto su discurso habla de orden, de organización, de formalización, de derechos, como el que pretende regular las actividades de las minadoras. Estos agentes constituyen el régimen de valor del reciclaje que persigue controlar hoy un espacio: el de la basura que pasaba inadvertido.

El régimen del reciclaje impulsa la racionalidad neoliberal de la que habla Gago. Esta, mediante un discurso cimentado en las libertades, actúa sobre las subjetividades de las minadoras, a las que capacita para mirarse a sí mismas como recicladores de base o gestores ambientales de menor escala. El objetivo es crear las condiciones para convertirlas en microempresas de los desechos de la gente que los consume. Se da impulso, entonces, a una racionalidad no solo referente a la macropolítica, sino que pone en juego “las subjetividades y las tácticas de la vida cotidiana” (Gago 2015, 22). Debido a esta racionalidad, las estrategias de sobrevivencia de las minadoras se alinean con el régimen de acumulación global del capitalismo, lo que debilita las estrategias que ellas desarrollan para la reproducción de su vida y la de sus familias, y da paso a una racionalidad productivista en la que el cálculo económico se transforma en el eje de su trabajo. El minado, que muchas minadoras asumen como una forma de resistencia a la explotación, la desposesión y la dominación patriarcal basada en el rol reproductivo asignado a las mujeres, se ve enfrentado, por las acciones de Estado, a la simple estrategia del cálculo productivista.

Se trata de un espacio social complejo, lleno de ambigüedades y dilemas, en el que los sujetos se disputan objetos reciclables que se encuentran

mezclados con basura. Las minadoras aportan gran parte de la valorización de esos objetos al separarlos de otros considerados desechos. Trabajar entre la basura, sin embargo, las coloca en una posición subordinada en el espacio social en cuestión. En el régimen del reciclaje que pretende ordenar ese espacio se procura elevar el estatus social de las minadoras categorizándolas con denominaciones que cambian muy poco las condiciones laborales y el hecho de que trabajan con basura. Se intenta organizar, capacitar y formalizar a sujetos asumidos como parte del sistema de gestión de residuos sólidos de la ciudad por tratarse de personas vulnerables: mujeres pobres. Así, se reproduce un orden social que muy poco ha cambiado desde la etapa colonial y republicana temprana, en la que determinados sujetos se hacían cargo de las tareas sucias en las ciudades.

El régimen del reciclaje, sin embargo, proyecta acciones políticas a futuro que puedan consolidarlo en la sociedad y cuyas consecuencias sean que estos sujetos dejen de trabajar con basura. Se proyecta que quienes consumen separen de la basura los objetos reciclables y que las minadoras se conviertan en microempresarias de esos materiales ya separados. El dilema del reciclaje es que, por la lógica productivista microempresarial, probablemente muchas minadoras tengan que salir de la actividad, no solo porque esa lógica implica que la menor cantidad de gente posible acapare objetos reciclables, sino porque el reciclaje dejaría de ser una actividad en la que muchas puedan combinar el trabajo reproductivo con el productivo.

Las quebradas de Quito

En lo alto de los Andes ecuatoriales, a 2850 metros sobre el nivel del mar, se enclava Quito, la capital de la República del Ecuador. Uno de los rasgos de esta ciudad es su conocido relieve irregular marcado por quebradas, hendiduras de lomas y montañas propias de su paisaje.

En la región de Quito, las quebradas son verdaderos barrancos con bordes agudos, que pueden alcanzar frecuentemente de 15 a 20 m de profundidad. Son arroyos de montaña de fuerte pendiente, con régimen intermitente, que

corren solo algunos días al año en crecidas brutales y violentas durante las precipitaciones más intensas; solo los más importantes tienen un escurrimiento permanente (Peltre 1989, 46).

Desde los inicios del Quito colonial, las quebradas han significado un problema y un reto para la ciudad (figura 2.1). Muchas de estas gargantas naturales han sido rellenadas para permitir que la ciudad se expanda tanto hacia el norte como hacia el sur. Por ejemplo, Peltre (1989, 47) afirma que “desaparecen primero los cursos inferiores de las quebradas Manosalvas y La Marín. [...] A partir de 1914, se cubre la quebrada Jerusalem (o De la Cantera) que pasa a ser la Av. 24 de Mayo”. Posteriormente, entre los años treinta y cincuenta, se impone la necesidad de rellenar quebradas que atraviesan los barrios nuevos que emergen en la ciudad: “La Mariscal Sucre al norte, La Magdalena y Chimbacalle al sur del Panecillo. Luego, a partir de los años 50 se rellenarán progresivamente las grandes quebradas que bajan del Pichincha en los sectores de La Carolina y del aeropuerto al Norte” (Peltre 1989, 47).

Figura 2.1. Obras de canalización de la quebrada Ullaguangayacu, circa 1904



Obra anónima. Archivo Histórico del Museo Nacional del Ecuador, código 80.F0000.0704.

Quito y sus numerosas quebradas sin relleno han tenido, a lo largo del tiempo, una relación estrecha que no siempre ha sido amable a pesar de lo serviciales que estas han sido para la ciudad.

En el imaginario de la gente, las quebradas son el lugar oscuro, detestable, sucio, abyecto, en el que se depositan las inmundicias no solo materiales, sino también del espíritu. Por ejemplo, así lo recoge una de las leyendas más populares de la ciudad colonial, “La Capilla del Robo”, en la que se cuenta que en 1649 unos ladrones robaron de la iglesia de las monjas clarisas el tabernáculo y los vasos sagrados llenos de hostias. En realidad, los ladrones pensaron que la caja del Santísimo era de plata maciza y que contenía valiosas joyas, pero, al ver que solo contenía el tabernáculo y los vasos, arrojaron su sacrilegio a la quebrada de Jerusalén (hoy bulevar 24 de Mayo) y huyeron (Foros Ecuador.ec, s.f.). Las quebradas, en la fantasía de quienes viven en Quito y de quienes viven en las serranías en general, son, además, el hogar de espíritus, humores, vientos malignos, como indica Anhalzer (2009, 33): “De toda esa familia de vientos, el más soplador y, por lo tanto, el más conocido, es el mal viento o mal aire. Habita quebradas lúgubres y casas abandonadas, es un vaho, una fuerza mágica y maligna, capaz de enfermar a la gente con dolores de cabeza, cansancio y mareos.”

Estas y otras narrativas creadas alrededor de las quebradas no han hecho sino fijar en el lenguaje una idea negativa de un espacio separado de la ciudad destinado a albergar el desorden, la suciedad y la insalubridad. Con estos relatos se procuraba influenciar el comportamiento, en este caso, de la población de Quito, en su relación con la basura, pues, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, se la consideró una fuente de contaminación y de enfermedad. El propósito de los primeros higienistas de Quito era que la ciudadanía no botara los desechos en las calles, plazas y acequias que atravesaban la urbe, sino que lo hiciera en las quebradas que funcionaban como alcantarillas naturales (Luzuriaga Jaramillo 2015, 39). Por medio de estas, el agua de los abundantes aguaceros quiteños arrastró por mucho tiempo la basura y las inmundicias de sus habitantes. Las quebradas fueron un pilar fundamental en los sistemas de manejo de basura propuestos por los agentes municipales. Luzuriaga (2015, 39) cita una ordenanza municipal de 1887 al respecto.

Sobre los bordes de las calles que dan a las quebradas se levantarán muros con sus respectivos “aleros”, que “se dejará en dichos muros las aberturas necesarias a juicio del ingeniero, a fin de construir comunes públicos y buzones para arrojar las basuras”, que “el mayordomo de Aguas distribuirá estas convenientemente y cuidará que no falten en las quebradas” y que “en los puntos donde sea posible a juicio del ingeniero, se construirán orinales”.

Lo que está en juego con estas iniciativas es la instauración de una idea de orden, pues, como lo sugiere Mary Douglas (1973, 14),

la suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende el orden, su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno.

Sin embargo, el análisis de Douglas sobre la suciedad y la contaminación no se queda allí. Lo más interesante para esta autora es que las creencias sobre la contaminación pueden usarse como reivindicación de una categoría social.

A medida que examinamos las creencias de contaminación descubrimos que la clase de contactos que se consideran peligrosos acarrear igualmente una carga simbólica. Este nivel es el más interesante; en él las ideas de contaminación se relacionan con la vida social. Creo que algunas contaminaciones se emplean como analogías para expresar una visión general del orden social (Douglas 1973, 16).

Lo que está en juego con estas iniciativas es instaurar una idea de orden en la ciudad, que consistía, entre otros aspectos, en colocar la basura en su lugar para preservar el ornato de la ciudad. Este precepto estuvo presente a lo largo del siglo XIX; sin embargo, las ideas salubristas modernas que relacionan desechos con enfermedad aparecieron con los higienistas de finales de ese

siglo. Ellos se constituyeron en un pilar de la administración de la ciudad y desarrollaron un aparato burocrático dedicado a preservar el orden y la limpieza (Kingman Garcés 2006; Luzuriaga Jaramillo 2015).

En Quito, desde la etapa colonial, hombres y mujeres indígenas fueron los sujetos asociados con los desechos y la obligación de limpiarlos, de ponerlos en el lugar que les correspondía.

Era el sentido común ciudadano lo que llevaba a utilizar, de modo natural, a los indígenas y no a los blancos en cualquier tarea relacionada con la limpieza de la ciudad o el traslado de los enfermos. Las oposiciones incorporadas al habitus entre puro-impuro, limpio-contaminado estaban estrechamente relacionadas con las clasificaciones raciales. Las actividades públicas de cuidado de la ciudad estaban reservadas a los indios. Las acciones de la Policía respondían a esta situación práctica (Kingman Garcés 2006, 279).

En este orden social racializado, la gente blanca se negaba a contaminarse, a efectuar tareas ajenas a su condición por derechos adquiridos. Los indígenas estaban obligados a realizar el “trabajo sucio”.

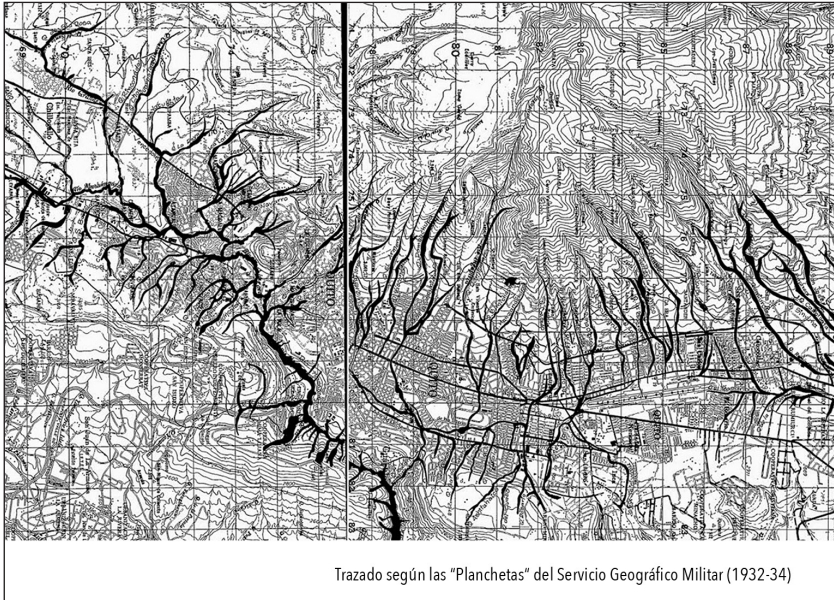
Los indígenas de los asentamientos cercanos a Quito y los traídos de las haciendas en calidad de huasichamas, no sólo se ocupaban de la limpieza de las calles y del cuidado de las acequias, sino del acarreo de agua desde las pilas ubicadas en las plazas hasta las casas, del manejo de los miasmas y el traslado de los muertos y de los enfermos durante las pestes. En esto último, compartían tareas con los indigentes, los presidiarios y los llamados “vagos” (Kingman Garcés 2006, 282).

Incluso en el Quito republicano mujeres y hombres indígenas continuaron encargados de lidiar con lo impuro, contaminado y sucio, tanto en el ámbito privado como en el público: “Inclusive, después de haber sido eliminado el sistema de trabajo subsidiario, la división racial del trabajo continuó reproduciéndose en el seno del Municipio: los antiguos mitayos de la ciudad se convirtieron en los trabajadores municipales encargados de las ‘tareas bajas’” (Kingman Garcés 2006, 279). Indígenas de los

alrededores de Quito eran llamados a realizar esas tareas, especialmente quienes pertenecían a los pueblos de Zámbez y Nayón, como lo muestra una nota de la Dirección de Policía de 1876 citada por Kingman (2006, 282).

Cuando existía la Contribución de Indígenas, por estar exonerados de esta contribución los pueblos de Zámbez y Nayón, eran estos los únicos llamados al aseo público, ganando medio real por sus labores y que, una vez eliminada esta contribución, se distribuyó el trabajo del aseo a los pueblos de las cinco leguas, abonándoles el jornal que gana cualquier peón'. La nota aclaraba además, que los pobladores de esas parroquias no podían eximirse del trabajo cuando les tocaba su turno o 'cuando había necesidad de atender con mayor número a las obras públicas'. A inicios del siglo XX, los indígenas de la parroquia de Zámbez seguían comprometidos con este servicio.

Mapa 2.1. Quebradas abiertas en Quito, circa 1930



Fuente: De Noni et al. (1986) citado en Cuvi (2022, 179).

Así, indígenas, desechos y quebradas se conformaron como una de las partes del ordenamiento tanto espacial como social de la ciudad de Quito que se inició en la etapa colonial y continuó durante el periodo republicano (mapa 2.1). El manejo de la basura en la ciudad estaba atravesado por categorías de raza, clase y género.

Con el crecimiento de las ciudades y los procesos de modernización que cobraron fuerza desde 1950, las parroquias que antes eran consideradas territorios rurales aledaños a Quito de donde provenían los *capariches*¹ o barrederos de las calles de la urbe, se fueron convirtiendo en territorios urbanos. La ciudad pasa a un tipo de urbanización de base regional: “la cual promueve nuevas formas de centralidad urbana caracterizadas por la fragmentación y el policentrismo” (Ziccardi 2019, 14).

Este nuevo tipo de urbanización, sin embargo, reproduce la tendencia a espacializar las desigualdades sociales que, en el caso de Quito, son muy claras cuando se observa dónde se asientan los centros en los cuales se gestiona la basura de la ciudad. En la parroquia de Zámbriza, lugar en el que se asentaba una de las quebradas de Quito, se creó la Estación de Transferencia Norte en donde se acopian los residuos sólidos del norte de la ciudad. La Estación de Transferencia Sur se asienta en la parroquia Quitumbe al sur de la ciudad en el barrio semirrural Tambo del Inca. Desde las dos estaciones la basura es recopilada y llevada al relleno sanitario ubicado en la parroquia de Pifo en el sector del Inga Bajo a 45 km del centro de la ciudad. Los pequeños depósitos de materiales reciclables rescatados de la basura se ubican, generalmente, en barrios populares de la ciudad. Lo que tienen en común todos estos lugares es estar ubicados en sectores segregados de la urbe, donde el suelo es barato y habitados por personas de bajos ingresos que viven en condiciones de pobreza, como las minadoras. Se puede ver claramente cómo las desigualdades sociales se materializan en el espacio urbano.

¹ Del verbo *kaparina* que en quichua significa gritar.

Las minadoras

Las personas que barren las calles o *capariches*, como se los conoce popularmente, aún forman parte de la administración municipal en Quito. Son trabajadores formales, generalmente varones, de la Empresa Municipal de Aseo (EMASEO EP), encargados de recoger con escoba y pala la pequeña basura arrojada en las calles y plazas. Otros trabajadores de la empresa, también varones, se encargan de recoger en grandes camiones las fundas y otros contenedores de desechos producidos por los hogares, empresas e industrias. Se trata, en ambos casos, de sujetos que trabajan con desechos, pero que reciben un salario y realizan su actividad en condiciones formales. Ellos contrastan con las minadoras, cuya principal tarea es hurgar en bolsas y contenedores de basura desechados por la gente que vive en la urbe, para rescatar de allí algún objeto que tenga valor de uso o de cambio, en condiciones de informalidad y precariedad laboral.

Almeida Cadena (2013) indica que las primeras minadoras de la ciudad aparecieron en los años cuarenta del siglo XX, cuando el Municipio empezó a rellenar las quebradas con basura. Sin embargo, me parece difícil asumir que la actividad del minado haya aparecido tan tarde en Quito, puesto que las quebradas fueron, desde los inicios mismos de la ciudad, el lugar de la basura por excelencia. Además, como señala Calafate Faría (2013), personajes que hurgan en la basura aparecen en muchas descripciones de las ciudades, no solo latinoamericanas sino europeas, incluso antes de que se conformara la ciudad moderna. Lo que sí se puede rastrear con más certeza es cuándo se incorporaron las minadoras en la industria del reciclaje, fenómeno que ocurre alrededor de los años setenta del siglo pasado. En ese tiempo, la fábrica de papel La Reforma, una empresa que producía cuadernos de papel, empezó a ampliar su oferta produciendo diferentes tipos de papel e incorporando en su producción el primer molino de papel del país. En este se utilizaban materiales reciclados recuperados por las minadoras en los botaderos de Quito y otros lugares del país.

El primer botadero de la ciudad, según Almeida Cadena (2013), se rastrea en las quebradas próximas al río Machángara, a la altura del molino El Censo; luego de completado el relleno, el botadero se trasladó al sector

del Cumandá. Posteriormente, se convirtieron en botaderos las quebradas de la Villaflores, en el sur de la urbe; La Isla, en el barrio Las Casas, y las quebradas de Los Chochos y el Inca, en el norte de la ciudad. Al iniciar la década de los noventa del siglo pasado, la administración municipal dispuso el “cierre técnico” de todos los botaderos y escombreras de Quito y decidió iniciar el relleno de la quebrada de Porotohuaico, ubicada cerca de la parroquia de Zámiza. Sobre el origen de los primeros botaderos de Quito, Mauricio, quien es propietario de una empresa intermediaria de materiales reciclables, mencionaba:

MAURICIO. De inicio, como la gente no conoce mucho de reciclaje, se empieza el primer proceso en los botaderos (generalmente quebradas), en los botaderos empieza la gente a incorporarse. Como había también bastante desconocimiento, no había normas de salud y entran muchas familias a los botaderos del país a extraer materiales reciclables que los valorizaban. En ese instante eran muy precarias las condiciones de trabajo de todas esas personitas que estaban ahí, muchos de ellos vivían ahí, hacían su vida ahí.²

Al cerrarse los otros botaderos de Quito, muchas minadoras pasaron a realizar sus actividades en el único lugar permitido para el minado: el botadero de Zámiza, como se lo conocía popularmente. Byron, un hombre de 37 años, recuerda vívidamente su paso por ese lugar. Cuando era niño, su madrastra era minadora allí, y él solía acompañarla durante los fines de semana, cuando no tenía que ir a la escuela. Posteriormente, convertido ya en adulto, Byron trabajó allí durante tres años, antes de que, en 2003, el botadero de Zámiza se convirtiera en la actual Estación de Transferencia Norte. A este lugar llegan todos los desperdicios del norte de la ciudad para ser transportados luego al relleno sanitario de El Inga, ubicado en uno de los valles aledaños a la ciudad. Byron recuerda la quebrada de Zámiza como un lugar enorme y peligroso, pues los deslizamientos de tierra y basura eran muy comunes. Rememora los relatos de su madrastra de cómo

² Entrevista a Mauricio, propietario de una empresa intermediaria de materiales reciclables, Quito, junio de 2017.

la gente desaparecía entre los escombros, incluso una vez le contó que la garganta se tragó a un camión que solía comprar plásticos y se llevó la vida de cinco minadores.

Durante la etapa en la que Byron trabajó en Zámbez, lo hizo en el horario nocturno, pues el horario matutino estaba acaparado por una familia que es una leyenda en la historia del reciclaje de Quito: los López. La madre de esta familia, la señora Carmen, ha sido tema de conversación en varias entrevistas. Todas las personas en el entorno del reciclaje la conocen o han oído hablar de ella. Esta mujer logró amasar una no despreciable cantidad de dinero gracias al negocio del reciclaje. La clave de su éxito fue que, como minadora –ella y toda su familia–, se convirtió en pequeña intermediaria entre las minadoras y las empresas intermediarias, o incluso las industrias.

Para Byron, el éxito de Carmen consistió en comprar los materiales reciclables a las minadoras, pero también a los propios recolectores de la EMASEO EP, pues ellos, en aquella época, también podían comerciar con los materiales reciclables que se depositaban en el sistema público de recolección de basura de la ciudad. Byron relata que Carmen compraba a estos recolectores incluso la carne caducada del Supermaxi, una de las cadenas de supermercados más grandes del país, para luego rematarla entre las mismas minadoras y otros compradores. Carmen y su familia controlaban el botadero de Zámbez. Sus métodos eran la violencia y el miedo. Muchas minadoras abandonaban el botadero por su causa, pues esa familia accedía a los mejores recolectores y no permitía que las demás minadoras se acercaran a los vehículos hasta cuando ya hubieran acaparado los mejores materiales. Él comenta:

BYRON. Nosotros, como ya les conocíamos, nos poníamos a un ladito. Ellos, como era la preferencia, se ponían más cerca de donde estaban botando, siempre. ¿Qué pasa? Que aquí sabían estar ellos parados, entraban una camioneta, una volqueta un camión, ellos siempre cogían, sabían coger, se subían en la camioneta y aquí abajo descargaban, es que ellos siempre se cogían, siempre hasta ahora, se cogen siempre lo mejor...³

³ Entrevista a Byron, minador en Zámbez, Quito, julio de 2017.

Los López defendían su manera de minar con insultos e incluso con armas blancas. Los incidentes entre esta familia y el resto de minadoras eran frecuentes. Byron recuerda como Los Flacos, otra familia de minadores, ejercieron violencia en contra de él y su grupo.

BYRON. Acá hay otro grupito que les dicen los Flacos, ellos son de San Roque. Entre ellos cuando había roces [...] porque se murió el papá y el hijo, de los Flacos, los que eran más aguerreados. Ellos no les tenían miedo a estos de acá [los López], así sean veinte, no les tenían miedo [...]. Antes de que se mueran ellos, eran las peleas entre ellos. ¿Qué pasa? Que a este muchacho, el que se ahorcó, le cogen uno de estos guambras⁴ de acá [de los López] y “pum” le rompen una botella aquí, y este pelado, este flaquito, él era de [...] la mujer era de San Roque [...] de La Colmena, algo así eran. No no, del Placer son [barrios populares de Quito]. ¿Qué pasa? Que este muchacho se da la vuelta, así lastimado y se va, y viene trayendo, en una temporada, dos camionetas de gente de allá. Estos señores [los López] no quedaron ni pa'l cuento, toditos se escondieron, se corrieron, les corretearon con cuchillo, con machete, usted hubiera visto cómo era eso, que venían “trac” querían [...] hasta a uno mismo vea, yo me quedé paradito. No, no, no dice, como él ya sabía con quién era la pelea, él estaba al frente y dice: “¿Estos manes te hicieron algo?”. No, no, no, con estos manes no pasa nada, con estos otros de acá, y con cuchillo y machete en mano, hasta a los más chiquitos. Guambritos,⁵ guambritos de ocho a diez años agarrados tubos, piedras. Estos López no quedaron ni pa'l cuento, ahí ya no se hicieron los machos ya, trayendo ya la gente que trajo.

Para evitar enfrentamientos con la familia López, Byron decidió acudir al botadero en el horario nocturno, pues, aunque era más duro trabajar en la oscuridad y con ese horario, también era más tranquilo. Entonces, los recolectores y demás vehículos botaban los desperdicios en dos turnos: de 22:00 a 01:00 y de 02:00 a 04:00. Byron tomaba uno de esos dos turnos

⁴ Guambra: muchacho, muchacha joven, en quichua.

⁵ Muchachos jóvenes.

para trabajar, aunque a veces tomaba ambos. Además, durante el día, trabajaba con El Mole, un hombre que tenía un camión y compraba el material a los minadores para revenderlo a los depósitos.

Byron acompañaba a El Mole a comprar los materiales a las minadoras y cargaba los pesados bultos hasta el sitio donde aparcaba el camión. Cuenta como una hazaña que para él 80 kg es una carga liviana y que ha cargado bultos de más de 180 kg, aunque hoy su espalda no le permita trabajar como antes, pues fuertes dolores se lo impiden. Cuando le pregunté a Byron a qué hora dormía, pues trabajaba en el día y en la noche, me aseguró que él nunca necesitaba demasiadas horas para dormir, con dos o tres horas le era suficiente; en Zámbezica descansaba cuando podía entre turno y turno o en ocasiones en la mañana.

Byron describe a Zámbezica como una profunda quebrada que se rellenaba en capas. En el horario de la noche, por ejemplo, los vehículos depositaban la basura en la capa que se estaba trabajando y allí se amontonaba desde las 22:00 hasta las 04:00, ese era el tiempo que tenían las minadoras para realizar la primera recolección de materiales. Luego, alrededor de las 06:00, venía una máquina niveladora que dispersaba uniformemente la basura, y las minadoras tenían una segunda oportunidad para recolectar materiales reciclables. Luego se cubría esa base con una capa de tierra. Cuando la capa alcanzaba aproximadamente los 100 metros de altura, se comenzaba una nueva capa de relleno más arriba de la quebrada. Se iba dibujando así una gradiente de basura y tierra de abajo hacia arriba.

En los alrededores de la parte superior de la quebrada se disponían “los puestos”, un espacio de aproximadamente 10 metros cuadrados que las minadoras separaban para sí, lo cercaban con tablas de madera y en el que almacenaban los materiales que acumulaban durante la semana para luego venderlos a los intermediarios una vez clasificados, generalmente los viernes. Las minadoras bajaban a la capa que estaba rellenándose en ese momento y subían para dejar el material recolectado en sus respectivos “puestos”. Byron dormía en el puesto, pues su trabajo en la noche no le permitía regresar a la casa en la que habitaba su familia, en el sur de la ciudad. Él, así como otros compañeros de trabajo, hacían de su vida cotidiana en el botadero de Zámbezica una experiencia más llevadera.

BYRON. Por ejemplo, aquí, este era el puesto y una cuarta parte era una choza, ahí teníamos camas, teníamos trastes para cocinar, no ve que ahí mismo cocinábamos [...] es que nosotros teníamos, póngase⁶ verá, teníamos colchones, cobija, uno mejor que otro tenía, o sea, bien acomodado y ahí mismo dormían.

Quienes minaban en el horario de la noche, según Byron, amenizaban sus escasas horas de ocio con partidos de fútbol. Se las arreglaban para iluminar la improvisada cancha envuelta en tinieblas, con hogueras estratégicamente localizadas, hechas con pilas de llantas encendidas. Así, se hacían de un tiempo que les permitía compartir con los demás, generando un ambiente social más amable en comparación con el horario del día, en el que la gente tenía, además, que tratar con la temida familia López. El botadero, sin embargo, era un lugar inhóspito. Junto a quienes minaban, hurgaban en la basura perros, cerdos, vacas, pero lo que más había, relata Byron, eran ratas. En los días lluviosos el lodo mezclado con desechos les llegaba hasta las rodillas. “La vida era dura en el botadero”, asegura Byron, ya que vivían entre la basura.

BYRON. Por ejemplo, ahí nos encontrábamos un pollo y ahí mismo nos comíamos, en la noche más que todo, yo como era del turno de la noche, ahí mismo prendíamos candela y ahí mismo nos comíamos, nos comíamos pollos o salchichas de lo que venían en los recolectores, o si no, de lo que vendía la señora Carmen, nosotros comprábamos las salchichas, prendíamos candela, nos hacíamos arroz y come. Ahí sí comíamos abajo, porque cocinábamos. Es que la vida de abajo sí era dura, dura, dura.

Uno de los recuerdos del botadero de Zámbezita más impactantes para Byron es el penetrante olor del lodo y basura con el que convivían.

BYRON. Tonces⁷ la gente nos veía y sabía decirnos: “Ya vienen los hediondos”, porque verá, en una parte, tenían razón, porque la basura botaba un

⁶ Póngase: suponga usted.

⁷ Tonces: entonces.

un, ¿cómo le dicen?, un lixiviado, un agua y ese líquido, como no teníamos nada debajo, esa agua se concentraba ya y olía de más, de más, de más, de más olía. Entonces cuando nosotros salíamos, digamos el viernes, póngase de aquí, por no salir así recto por la calle, a veces se pisaba con las zapatillas el lodo y ese olor es tenaz. Una vez a mi compadre cuando estábamos tomando, se le había hecho el talón del pantalón, ni los taxis no nos querían llevar, es que, bueno, olía de más. Entonces nosotros qué hicimos, cogimos el pantalón, botamos y le compramos un calentador para poder andar con él, es que olía de más.

La recompensa por el esforzado trabajo de Byron en el minado y cargando para intermediarios bultos de material era una remuneración semanal que oscilaba entre los 270 y 300 dólares. Estos eran suficientes para mantener a su esposa y a sus cuatro hijos, para quienes había arrendado, por primera vez, un lugar separado de la familia ampliada.

BYRON. No teníamos nada y es en esta época. Por ejemplo, cuando yo me pasé a vivir en la casa que vivo ahorita, créame que teníamos una cama que me regaló mi mamá y un colchón, solo teníamos un cuarto lleno con mis cuatro hijos, los tres cuartos eran vacíos, la sala era vacía la cocina era vacía. Ahí me compré, me compré primero los muebles, me compré asimismo la cocina, me compré el refri, me compré tres televisiones, compré camas para mis hijos, colchones, en esta época.

Le pregunté a Byron por el trabajo de las mujeres en el botadero y me comentó que este no difería mucho del suyo. Las mujeres, al igual que él, recolectaban materiales en los bultos y los cargaban hasta el puesto o pagaban un dólar para que un vehículo cargara el material. La diferencia más grande era que casi todas trabajaban en el día y la competencia era muy dura, además de tener que lidiar con los abusos de la familia López. Su madre y su abuela, por ejemplo, podían obtener entre 50 y 120 dólares en la semana. Sin embargo, ellas, como muchas otras minadoras, desistieron de trabajar en el botadero y decidieron aventurarse en las calles de la ciudad hurgando en fundas y contenedores depositados en las aceras.

La salida de las minadoras para trabajar en las calles se convirtió en un fenómeno que ocurrió marcadamente cuando el botadero se transformó en la Estación de Transferencia Norte. Allí, según Byron, fácilmente las minadoras podían entrar a formar parte de la asociación, que es el requisito básico actual para acceder a trabajar en la estación. Sin embargo, muchas decidieron no entrar en la asociación y minar en las calles. La principal razón, para Byron, es que la asociación controla la venta del material; es decir, las minadoras no pueden vender el material a cualquier intermediario como antes, sino que la asociación se encarga de negociar. Ellas entregan a la asociación los materiales y reciben su remuneración de acuerdo con el peso alcanzado. Además, tampoco les es permitido sacar de la estación el “chiche” o material metálico, que antes podían vender afuera.

Al parecer, lo que influyó en la salida de Zámbriza fue la desconfianza que generó la nueva organización del trabajo, que les quitaba autonomía para vender sus materiales, aunque seguramente tuvo mucho que ver que la directiva de la asociación con la que trabajaba la flamante Estación de Transferencia Norte estaba liderada por la familia López. Para el año 2017 trabajaban en la estación aproximadamente 250 personas. Las estaciones de transferencia, que se crearon tras cerrar los botaderos a cielo abierto, son un intento de las administraciones municipales por modernizar el sistema de recolección y tratamiento de los residuos. Tal modernización se efectuó sobre la base de las mismas redes tradicionales familiares quienes minaban en los botaderos, y que resistieron con violencia los intentos de las administraciones por desarticular estas redes, que incluyeron la incursión de la fuerza pública. Por eso, las administraciones tuvieron que adaptar sus iniciativas de modernización con las formas tradicionales de organización del minado.

El que muchas minadoras de Zámbriza salieran para trabajar en las calles cuando la Estación de Transferencia Norte inició sus actividades a inicios de este siglo, no quiere decir que antes no hubieran existido minadoras que trabajaban “a pie de vereda”,⁸ pues muchas se iniciaron en las calles. Sin embargo, de acuerdo con los datos del último censo

⁸ Quien trabaja hurgando en fundas y contenedores de basura depositados en las calles.

(Fundación de Investigación, Capacitación y Desarrollo Integral Panel 2014),⁹ se puede notar que en los últimos años se ha incorporado un importante número de población a la actividad del minado, sobre todo en las calles. En Quito existen 3472 personas dedicadas a la “recolección y reciclaje de residuos a menor escala”. El universo con el que se trabajó en el censo fue, sin embargo, de 2264 personas. La nomenclatura utilizada por los autores del censo se refiere a personas que realizan varias actividades: recolección, transporte, recepción y almacenamiento de los materiales reciclables. Del universo trabajado, 2171 personas se dedican a la recolección, es decir, esta es la cantidad de minadoras que fueron registradas en la ciudad, en 2014. Sin embargo, muchas realizan actividades combinadas, por lo que extraen los materiales, pero pueden también transportarlos y almacenarlos. Aproximadamente el 45 % de esa población se había incorporado a esta actividad en apenas los últimos cinco años con respecto a 2014, mientras que cerca del 54 % habría tenido más de seis años en la gestión ambiental de menor escala, según la nomenclatura utilizada en el censo para nombrar a las minadoras.

Existen otros datos que pueden dar luces acerca de quiénes son las minadoras. Del universo trabajado, el 68,95 % de la población son mujeres. El 66,48 % está en un rango de edad de entre los 18 y los 55 años. Los datos acerca del nivel de educación indican que el 23,45 % no ha recibido ningún tipo de instrucción, mientras el 56,32 % tiene nivel de primaria y tan solo el 17,76 % llega a tener educación secundaria. El trabajo del 67,1 % de las minadoras involucra a otros familiares. Otro dato importante es el nivel de ingresos. El censo registra que el 36,27% de la población tiene un ingreso mensual menor a 100 dólares; el 26,94 %, entre 100 y 199 dólares; el 21,59 %, entre 200 y 400 dólares, y el 10,25 %, entre 400 y 1000 dólares (Fundación de Investigación, Capacitación y Desarrollo Integral Panel 2014). Entre las minadoras de mayores ingresos están quienes trabajan en las estaciones de transferencia, que son, sin embargo, una minoría. A estos lugares llegan los desechos de la ciudad que transportan

⁹ Censo realizado por la Fundación Panel para la Secretaría del Ambiente del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito en 2014.

los carros recolectores del Municipio, por lo que el volumen es mucho mayor que el de quienes trabajan “a pie de vereda” buscando materiales en las calles sacándolos de fundas, tachos y contenedores que encuentran en el camino.

Otro indicador de desigualdad es el género, pues el ingreso de los hombres es el 69,20 % superior al promedio de las mujeres. Además, la organización a través de asociaciones también influye en los ingresos. Las personas que pertenecen a alguna asociación perciben un promedio mensual de 219 dólares, mientras que la mayoría de quienes no pertenecen a organizaciones no llegan a esa cifra. Los indicadores de asociatividad, sin embargo, son bajos; el 74,12 % de la población no pertenecen a una asociación. Según los datos censales, las minadoras consideran que el entorno y las condiciones materiales en las que laboran implican algún tipo de riesgo. La mayoría considera que el mayor riesgo al que se exponen son las enfermedades, los accidentes y la delincuencia (Fundación de Investigación, Capacitación y Desarrollo Integral Panel 2014).

Los datos del censo apuntan a que el minado en Quito es una actividad feminizada, que se corrobora con los datos etnográficos de este estudio. Así, por ejemplo, quien inicia con el negocio del minado y lo constituye como una mafia familiar en el botadero de Zábiza es una mujer: Carmen. Asimismo, para Byron el minado se convierte en la principal actividad económica por línea materna. Los personajes que más adelante aparecerán en este libro, todos sin excepción, entran en el mundo del minado de la mano de una mujer. Se puede notar la fuerte presencia femenina en el liderazgo de las escasas organizaciones y asociaciones de minadoras.

Examinar el trabajo del minado puede ayudar a comprender la mayoritaria participación femenina en esta actividad. Se puede observar que para emprender en esta actividad las minadoras no necesitan de ningún capital semilla, pues los materiales están allí, en las calles, disponibles fuera de relaciones capitalistas. Además, está la ventaja de poder venderlos de manera inmediata en cualquiera de los pequeños depósitos ubicados en muchos sitios de la ciudad o en las empresas intermediarias, siempre ávidas por captar los materiales; incluso algunas industrias compran sus materiales por pequeño que sea el volumen. Así, las minadoras pueden

acceder a dinero fresco todos los días. Para minar tampoco se requiere de materiales de trabajo complicados. Si bien un carrito o algún vehículo con ruedas puede ayudar, muchas de ellas tan solo necesitan de sus manos, sus espaldas y, si acaso, un saco o costal o simplemente un pedazo de tela para sujetar la carga.

La actividad del minado contempla saberes que se aprenden en la práctica. Diferenciar entre tipos de papel es importante: si se trata de papel blanco o mixto, el precio es distinto. Asimismo, si se trata de papel virgen o reciclado, pues no se vende el papel ya reciclado, al igual que el cartón. En algunos casos, es importante saber si el papel o el cartón encontrado están plastificados o simplemente encerados, pues en el primer caso el precio será demasiado bajo y lo más probable es que no valga la pena cargarlo. También conviene diferenciar el material de las botellas y otros plásticos, pues no es lo mismo cargar un costal de PET (polietileno tereftalato), un tipo de plástico que tiene un alto valor en el mercado, que otros tipos de plástico, cuyo precio es demasiado bajo. Los materiales metálicos tienen siempre buen precio; sin embargo, las minadoras muchas veces deben dejarlos debido al peso. Estos aspectos, entre otros, son importantes para hacer que el duro trabajo de carga tenga el mejor rendimiento posible. Este es un conocimiento que se adquiere con la práctica.

Una de las ventajas más atrayentes de la actividad es que las minadoras no tienen que responder a un horario fijo de trabajo. Pueden salir a minar con relativa autonomía de tiempo, prácticamente todos los días; tienen que observar, claro está, los horarios y los días en los que los hogares o los negocios sacan su basura a las calles. Asimismo, deben tomar en cuenta los días y horarios en que los depósitos y empresas pueden recibir los materiales, sobre todo si no cuentan con un lugar en sus hogares donde almacenarlos. Sin embargo, ellas pueden decidir si un día salen o no a minar o en qué barrio de la ciudad pueden hacerlo tal o cual día. Para las mujeres esta es una ventaja muy importante, pues pueden combinar el trabajo remunerado con el de cuidado familiar, en un entorno social y económico que no les permite dedicarse únicamente al trabajo no remunerado. Las minadoras son mujeres como Ana o Elvira, para quienes al principio el minado fue la oportunidad para obtener un ingreso que complementara el de sus

maridos, quienes tenían inestables trabajos en la construcción. El minado les permitía acceder a un ingreso y al mismo tiempo cuidar de sus hijos e hijas o, como en el caso de Blanca y más tarde también de Elvira y Ana, que les permitió asumir en su totalidad la responsabilidad de aprovisionar materialmente a sus descendientes, ante la falta de sus parejas, además de proveerlos de afecto y cuidados, aspectos indispensables para la reproducción de la vida (Benería, Berik y Floro 2016).

Así, el rostro de las minadoras de Quito se va dibujando: es un rostro femenino, de edad adulta, de bajos ingresos, con bajos niveles de educación formal, que involucra a familiares en la actividad, pero con muy poca capacidad de organización social. Son mujeres con la responsabilidad de aprovisionar material y afectivamente a sus familias. Están expuestas a diferentes tipos de riesgo y de violencia, como muestran los datos censales y etnográficos.

Inicios y desarrollo de la industria del reciclaje en Quito

Mauricio ha estado ligado a la industria del reciclaje desde muy joven. Inició su contacto con el reciclaje hace 37 años, cuando comenzó a trabajar en la fábrica de papel La Reforma, pionera en esta industria. Mauricio es dueño de una de las empresas intermediarias de materiales reciclables más grandes de Quito, y tiene conocimiento de primera mano de las rápidas transformaciones de esta industria en el país, pues ha estado involucrado en ella desde el principio. Relata que la industria del reciclaje, que se inició hace aproximadamente 45 años, utilizó los materiales recuperados por las minadoras. El material que se obtiene en los botaderos se caracterizaba por estar lleno de impurezas. La industria en ese momento no tenía otras alternativas, pues el comercio de materiales reciclados no se había globalizado aún. Con el tiempo, la situación cambió. Por ejemplo, la industria gráfica nacional se desarrolló y empezó a producir materiales residuales limpios que eran demandados por los productores de papel y, por otro lado, el mercado de estos materiales se fue globalizando. Según Mauricio, aproximadamente el 40 % de los materiales reciclables

provenían del trabajo de las minadoras, el restante 60 % se obtenía del reciclaje en fuente o de la compra de materiales reciclables en el mercado internacional.¹⁰

La industria del reciclaje, según Mauricio, fue creciendo con el tiempo. En el caso del papel, por ejemplo, luego de que se instalara el primer molino en la fábrica de papel La Reforma, se fueron incorporando nuevas empresas con sus respectivos molinos para procesar papeles reciclados. Mauricio relata el proceso.

MAURICIO. Luego se incorpora otro molino que es Papelera Nacional, que también hace cajas de cartón, también se incorpora luego Incasa, que también hace papel absorbente, cartulinas y algo de papeles kraft, y empieza sus actividades, porque había un convenio de la Comunidad Andina de Naciones, una cartonera que se llamaba Agamas Andina para hacer papeles especiales para el grupo Andina. Esa papelera quiebra y vende sus acciones a un grupo papelerero que ya se había instalado hace unos treinta años que se llamaba Tecnopapel, y luego este, que hacía cartones especiales, se convierte en lo que ahora se llama Cartopel. Tecnopapel luego vende sus acciones, hace sus negociaciones y venden al grupo Familia. Este es un grupo internacional que hace papeles absorbentes, productos Familia, una empresa muy sólida y muy consolidada ya. [...].

Hace unos 15, 17 años arranca un negocio ahí el grupo Juan Eljuri, porque ellos tienen muchos negocios, entonces querían hacer sus propias cajas de cartón y empieza Cartorama, que es una empresa de hacer cajas de cartón y también ponen un molino y, hace unos seis años aproximadamente, empiezan. Había una cartonera que se llamaba Procarsa que era del grupo Dole, que venden a otro grupo económico e instalan ellos un molino, posiblemente uno de los más grandes del país, eso se llama ahora Surpapel, que también hacen papel, papeles absorbentes. Incasa crea una empresa pequeña filial que se llama Intersa, que utiliza solamente papeles especiales y, allá igual como hace unos dieciocho años, empieza la producción una

¹⁰ Entrevista a Mauricio, propietario de empresa intermediaria de materiales reciclables, Quito, 2017.

empresa que se llama Favalle que, con la quiebra de los bancos, cerró. Esa empresa, luego de que cerró, fue adquirida por la AGD, por un grupo que es gran distribuidor de productos de consumo masivo, tonces pasan ellos a convertir y a hacer sus propios rollitos de papel higiénico. Hace tres años empieza la producción [...].

Hay un ícono del reciclaje que empezó sus labores hace 45, 46 años, cuando recién arrancaba todo este proceso de reciclaje que ha ido evolucionando e innovando en forma muy acelerada y es un referente en el reciclaje en el país. Había hecho ya varios movimientos para industrializar sus materias primas recicladas y ese grupo de empresas cumple su sueño que es montar un molino de papel, o sea, incorporar en línea todo el proceso, desde el reciclaje hasta la producción de papel. Esta fábrica pasa a heredar, porque compró varios de los activos de lo que fue la pionera fábrica de papel La Reforma, que allá como en el año noventa y cinco quiebra y cierra todas sus operaciones y quedan abandonadas y luego todos esos activos pasan a la AGD. Luego este grupo económico de recicladores compra los activos ya obsoletos y todo y restaura, renueva y compra una nueva máquina de papel y hace como unos tres años, monta un nuevo molino de papel absorbente, tonces es un negocio integrado, se llama Impaecsca, entonces ellos tienen desde la compra de la materia prima hasta la producción de rollitos de papel.

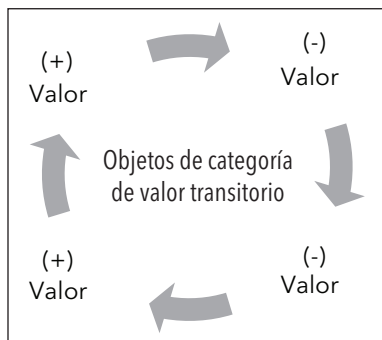
La industria de producción de plásticos, especialmente PET, con el que se fabrican las botellas de agua y refrescos, también se ha desarrollado en los últimos años rápidamente. Grandes empresas, como Enkador e Intercia, transforman el material reciclado en materias primas y productos terminados. Asimismo, ya entrado este siglo, la industria del acero incorpora materiales reciclados a su producción mediante grandes empresas como Adelca o Novacero, que transforman la chatarra. El interés por los materiales reciclables ha aumentado de manera vertiginosa debido al desarrollo de la industria. Gran parte de la materia prima que obtienen estas grandes empresas proviene del trabajo de las minadoras. Por eso, algunas industrias han desarrollado estrategias comerciales para atraer la mayor cantidad posible de proveedores de materia prima, entre los que figuran minadoras individuales o asociaciones.

A pesar del desarrollo de la industria del reciclaje, los consumidores consideran basura a esos materiales reutilizables, lo que indica que el valor de los objetos “es un proceso, un movimiento, un ciclo, más que una cualidad de las cosas” (Frow 2003, 35, traducción propia). Este proceso, según Michael Thompson (2017), tiene que ver con la cualidad de los seres humanos de otorgar valor a las cosas del mundo, pues, en la misma línea de Mary Douglas (1973), el autor considera que “damos sentido a nuestro mundo reduciéndolo a proporciones manejables”, en otras palabras, ordenándolo.

Los objetos se ordenan según las categorías de valor a las que pertenecen. Según Thompson (2017), existen tres categorías de valor: transitorio, en la que los objetos van perdiendo valor con el tiempo hasta llegar a cero, como los objetos de consumo masivo; durable, en la que los objetos tienen un valor permanente o incluso se incrementa con el tiempo, como las obras de arte, y el desecho o la basura,¹¹ que corresponde al grado cero y, por tanto, es el límite invisible del valor social.

Lo relevante del reciclaje es que objetos de categoría transitoria no llegan a tener valor cero, sino que van perdiendo valor hasta un punto en el que interviene la cadena del reciclaje, que vuelve a valorizarlos. Así, se dibuja un círculo (figura 2.2) que hace que los objetos mantengan su característica de transitorios o, por lo menos, se alargue su vida útil.

Figura 2.2. El círculo del reciclaje



¹¹ El autor utiliza la palabra *rubbish* para designar a la categoría con valor cero.

Sin embargo, en Quito y en Ecuador en general, los objetos con los que trabajan las minadoras con potencial reciclable como papel, cartón, plástico, metales, etc., sí pasan de la categoría de transitorio a basura. Esto ocurre porque quienes los consumen los desechan como basura en el sistema público de recolección. Es decir, esos materiales sí llegan a tener valor cero, por lo que el círculo del reciclaje se rompe y quienes minan, al recuperar y separar los materiales reciclables de entre los desechos, los suturan y hacen posible que se los vuelva a utilizar.

El término minadora, para designar a las personas que hacen este trabajo, cobra sentido al sugerir un sujeto que, mediante su trabajo, transforma el no valor en valor. Al igual que con las minas, esos yacimientos minerales que no valen nada hasta que interviene el trabajo humano, los desechos sin valor que botan las personas que los consumen son los recursos con los que trabajan las minadoras. Es necesario señalar que ellas buscan entre la basura elementos con valor de cambio que pueden vender a la industria del reciclaje como materia prima, o puede tratarse también de objetos usados como ropa o zapatos, que tienen un mercado entre la población de más bajos recursos, pero, además, pueden buscar objetos que luego usan ellas o su familia.

De minadoras a recicladoras: estrategias de consolidación del régimen de valor del reciclaje

La teoría del valor de Thompson no se queda allí. Para este autor, resulta obvio que la propiedad de objetos de la categoría durable está relacionada con el estatus social, así como la marginalidad está en estrecha relación con la basura (Thompson 2017). Como menciona Frow (2003, 34, traducción propia):

La asignación de las cosas a una u otra de esas categorías es una función del juego social con reglas fijas en la que aquellos con control de tiempo, espacio y conocimiento realizan la asignación y así pueden asegurarse de que sus propios objetos son siempre durables y aquellos de los otros son siempre transitorios.

La tercera y anómala categoría de cosas con un no intercambiable valor cero, la “basura”, sin embargo, no está sujeta a mecanismos de control y, de esta manera, es capaz de conceder el camino para la aparentemente imposible transferencia de un objeto de lo transitorio a lo durable.

Asignar a los objetos del mundo una u otra categoría genera lo que Frow denomina “régimenes de valor”. Estos regulan y controlan los traspasos de valor de los objetos entre categorías, lo que generaría cambios en el estatus y el poder de aquellos que poseen y usan los objetos (Thompson 2017). En el caso del reciclaje, sin embargo, lo que regularía estos régimenes es que el valor de ciertos objetos no caiga a cero, o sea a la categoría basura. Este esfuerzo provocaría que aquellos que usen y posean objetos socialmente considerados materiales reciclables tengan un estatus social más alto que aquellos que usen y posean objetos con valor social cero. Entre aquellos que controlan el tiempo, espacio y conocimiento en el mundo del reciclaje, y que por tanto tienen el poder de establecer las reglas de juego dentro del régimen de valor, están, en primer término, los dueños y representantes de las empresas, generalmente varones, que vieron en el reciclaje un nicho económico para desarrollar sus intereses. A través del mercado, estos actores imprimen el mayor impulso al régimen de valor del reciclaje, cuando ponen un precio a los materiales reciclables, el principal incentivo para recuperarlos y reutilizarlos.

Sin embargo, en años recientes aparecen también otras poderosas figuras que entran a intervenir en el juego, entre los que se cuentan actores no estatales y estatales. Estos intentan visibilizar y valorar positivamente el trabajo de las minadoras de recuperar materiales reciclables de entre la basura y elevan el estatus social que las relacionaba con esta. Entre sus estrategias está sustituir la categoría minador/a, utilizada popularmente, por la de reciclador/a de base para enfatizar su rol como agentes económicos, o gestor/a ambiental de menor escala, para enfatizar su rol como cuidadoras del ambiente. Así, la categoría minadora/a y sus tradicionales espacios de trabajo cambian sus sentidos, pues también se llena a las quebradas de nuevos significados. Estas se cierran para las minadoras y pasan de ser depósitos de basura a entidades que aportan beneficios ambientales a la comunidad, ya que, como se menciona,

las quebradas ofrecen a los habitantes una serie de servicios ecosistémicos que aunque no sean calificados como tales, se los asume cuando se habla de: fauna y flora silvestres [...], disminución del riesgo de deslizamientos o avenidas de lodo o agua, la opción de recreación a extracción de no maderables, frutas o medicinas y esparcimiento, y la conservación de aspectos culturales (Novum 2014, 7).

Las minadoras y los actores no estatales

Entre los actores no estatales que inciden en el régimen de valor del reciclaje, cobran protagonismo entidades agrupadas en la Iniciativa Regional para el Reciclaje Inclusivo (IRR). Esta fue creada en 2011 por el Fondo Multilateral de Inversiones, la División de Agua y Saneamiento del Banco Interamericano de Desarrollo, Coca-Cola Latinoamérica, PepsiCo Latinoamérica, la Red Latinoamericana y del Caribe de Recicladores y Fundación Avina. La finalidad de esta iniciativa, según se publica en su página web, es

mejorar el acceso de los recicladores al mercado formal de reciclaje en América Latina y el Caribe diseñando e implementando actividades que permitan: mejorar la situación socio-económica de las y los recicladores de base; facilitar su acceso al mercado formal del reciclaje; fomentar el desarrollo de políticas públicas de gestión integral de residuos sólidos con inclusión de recicladores (Latitud R. 2024, párr. 4).

Se trata de visibilizar a recicladoras/es para mejorar sus condiciones socioeconómicas, pues como minadoras son invisibles para el régimen de valor, pues trabajan con objetos de valor cero, la basura. El objetivo es propiciar el paso de minador/a a reciclador/a, un cambio en el estatus social que se lograría al cambiar de categoría de valor de los objetos con los que trabajan de basura a objetos con valor transitorio.

Con el reciente apareamiento de estos actores se empiezan a generar en Ecuador políticas públicas en torno al reciclaje, en los aspectos ambiental, social y económico. Por ejemplo, uno de los actores más relevantes en el juego, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), utiliza un argumento

marcadamente social. Esta entidad regional entrega préstamos a los gobiernos para inversiones, pero también ofrece cooperación técnica en torno a temas como el reciclaje. Uno de sus representantes aclara que el BID brinda sus servicios siempre que se cumpla con el requisito de que el reciclaje sea inclusivo, es decir socialmente responsable. Este requisito obedece a la “política de reasentamiento involuntario”.

REPRESENTANTE DEL BID. Cuando nosotros intervenimos en un lugar y tenemos que desplazar algunas personas o el Gobierno tiene que desplazar algunas personas para, por ejemplo, construir una planta de tratamiento o cerrar un botadero a cielo abierto, y hay personas que viven en estos lugares que se cierran o van a construir una obra, por política, el gobierno que recibe recursos del BID tiene que asegurarse que estas personas tengan una alternativa con un ingreso comparable a lo que tenían antes. Si nosotros cerramos un botadero y ahí viven recicladores de base que están recibiendo un ingreso por el trabajo que están haciendo, el Gobierno, con el apoyo del BID y para cumplir con las políticas de este, tiene que asegurarse de que estos recicladores idealmente sean involucrados en el ciclo de gestión integral de residuos sólidos en el futuro, o que reciban una compensación o capacitación y la posibilidad de tener otros ingresos comparables a lo que tenían antes.¹²

Así pues, los gobiernos que estén interesados en acceder a créditos para proyectos que impliquen reciclaje deben observar el requisito del reciclaje inclusivo. En el BID se señalan también argumentos de carácter ambiental para intervenir en el reciclaje en general, al puntualizar la necesidad del cierre de botaderos a cielo abierto por las afectaciones al ambiente. Se señala, además, el papel de las recicladoras/es de base en el cuidado ambiental, pues, al recuperar los materiales reciclables, ahorran al ambiente y al Municipio el tiempo de vigencia de los rellenos sanitarios de las ciudades. Todo esto sin contar con el beneficio económico que quienes reciclan entregan a la industria del reciclaje, pues mediante un trabajo poco reconocido recuperan el 50 % de los materiales utilizados en la industria, según la representante del BID.

¹² Entrevista a representante del BID, Quito, abril de 2018.

Es interesante, sin embargo, observar el lugar que la representante del BID asigna a las recicladoras en la economía circular que implica el reciclaje. En la cadena de gestión de residuos sólidos de América Latina, a diferencia de otras regiones del mundo, el componente social es indispensable, según señala.

REPRESENTANTE DEL BID. En Europa, en Estados Unidos o en los países desarrollados este componente social no forma parte de la gestión de residuos sólidos y esa es la academia que llega a todas las áreas de estudio. Básicamente [se trata de] una gestión integral de residuos sólidos maquinizada, con plantas de separación, con contenedores, con camiones diferenciados, con plantas de reciclaje, con plantas de incineración; es decir, toda esta cadena que no es real para los países en vías de desarrollo, en donde tienes un componente social que no puedes obviar en la cadena de reciclaje, porque siempre va a haber, porque los niveles de pobreza son mayores en las ciudades y cuando no tienes una fuente de empleo constante vas a terminar recogiendo los residuos sólidos en la calle. Entonces, el componente social forma parte de la cadena de residuos sólidos de Latinoamérica y en este caso del Ecuador.

En tanto exista pobreza, asegura, quienes reciclan son esenciales en la cadena.

REPRESENTANTE DEL BID. Dentro de la economía circular y el reciclaje como tal tiene que haber la cadena de logística inversa; es decir, al momento en que tú dejas un producto en la percha y que ese producto deja de ser funcional y se convierte en residuo, tiene que haber esa logística inversa de recuperación para que llegue al reciclaje y en ese sentido, llámese recicladores de base, recicladores, gestores, empresas de reciclaje etc., forman parte de una logística inversa. Yo creo que esa logística inversa tiene que formalizarse y tiene que existir para que exista el reciclaje, caso contrario, si no está formalizada la logística inversa de recolección de ese residuo reciclable, no va a haber reciclaje. Entonces, los recicladores en el marco de una logística inversa y de una economía circular de donde está transitando o sea la idea de residuos sólidos tiene que existir, sin lugar a dudas, con una

profesionalización, por supuesto, con procesos estandarizados, formalizados, por supuesto, pero tiene que haber la logística inversa y en este caso en Latinoamérica son los recicladores de base que han venido haciendo la logística inversa durante décadas y aportando a la economía circular durante décadas sin que sean reconocidos.

Según este testimonio, queda claro que los sujetos que realizan la logística inversa de recuperación de materiales reciclables en América Latina, y en Quito particularmente, es la gente pobre. Parecería que asignar otra categoría de valor a los objetos con los que trabajan recicladoras y recicladores de objetos con valor cero (basura) a objetos con valor transitorio (materiales reciclables), no transformó demasiado su estatus social ni tampoco sus condiciones de vida y de trabajo.

Ahora bien, en este punto se evidencia la paradoja del reciclaje en Ecuador y de la categoría reciclador/a. La logística inversa consiste en recuperar materiales reciclables. ¿De dónde se los recupera? En el caso de recicladoras y recicladores de base, la mayor parte de esos materiales son recuperados de entre la basura, de entre otros objetos que tienen valor cero. Por lo tanto, la economía circular se rompe, pues al ser arrojados como basura por consumidores y consumidoras, los objetos con potencial reciclable o sin él obtienen valor cero. Después de todo, en el discurso del BID parece que quienes reciclan no trabajan con residuos sino con desechos.

REPRESENTANTE DEL BID. Digamos que el hipotético utópico es el tema famoso “zero waste”, que no haya *residuos* [rectifica] o sea que no haya *desechos* que todo sean residuos y que todo ingrese dentro del sector productivo, ese es el hipotético utópico [...], personalmente yo no creo que vayamos a llegar a eso.

La representante del BID no cree que se llegue a hacer realidad la propuesta de cero basura, es decir, que las sociedades humanas no produzcan desechos sino solo residuos reutilizables. Esta utopía no realizable hace que, en América Latina, las recicladoras y recicladores de base sean indispensables en el sistema de gestión de residuos sólidos.

Entre los actores que conforman la IRR se encuentran dos de las más grandes empresas productoras de bebidas gaseosas del mundo: Coca-Cola Company y Pepsico. Según la representante de Fundación Coca-Cola, su presencia en la iniciativa responde al cumplimiento de las plataformas de sostenibilidad de la compañía, que determinan las políticas a través de las cuales se busca constituir a la empresa como un “ciudadano corporativo responsable”. Estas plataformas contemplan tres ejes: conservación del agua, apoyo a las comunidades y reciclaje. Sin embargo, la representante reconoce que, entre las motivaciones de la compañía para trabajar con plataformas de sostenibilidad, están los índices de reputación corporativa y el reconocimiento de la marca. Coca-Cola ha trabajado en el tema del reciclaje desde hace varios años y en 2011 se unió a la IRR. El discurso de la representante de Fundación Coca-Cola difiere en su argumentación acerca del papel de recicladoras y recicladores de base en el reciclaje.

REPRESENTANTE DE LA FUNDACIÓN COCA-COLA. Hemos podido enseñarles que en algún momento van a tener que dejar de ser recicladores, decirles que está bien, eso es un trabajo y está bien, alguien lo va a tener que hacer, pero lo que debemos buscar es que la gente, el ciudadano común haga ya una separación de sus desechos en la fuente. Eso puede ser que de alguna manera, con el pasar de los años, el reciclador de base ya no sea necesario porque [...] puede ser que la cultura mismo ya no demande que exista un reciclador de base, entonces que no nos veamos siempre como un reciclador de base, sino tal vez como un emprendedor un visionario de qué se puede hacer con ese tipo de material.¹³

Recicladoras y recicladores de base, por ahora, tienen que separar los materiales reciclables de entre los desechos. Sin embargo, el argumento señala que, al consolidarse el régimen que ha asignado valor transitorio a ciertos objetos que quienes consumen botan como basura, recicladoras/es de base desaparecerían del sistema. Con ese cambio cultural y desde una perspectiva empresarial, la salida económica para recicladoras/es de base

¹³ Entrevista a representante de la fundación Coca-Cola, Quito, mayo de 2018.

sería empezar un emprendimiento. Para la representante, se trata de actores momentáneos en la escena del reciclaje.

Fundación Avina es otro actor institucional que conforma la IRR. Según su representante, esta es una fundación internacional que trabaja en temas de desarrollo sostenible, con un buen recorrido en países de América Latina. La fundación para el año 2017 había trabajado en Ecuador aproximadamente 12 años y desarrollaba cuatro programas: acceso a agua potable y saneamiento en zonas rurales; ciudades sostenibles; cambio climático, y reciclaje. En relación con el reciclaje, la fundación se involucró prácticamente desde que empezó sus actividades en el país. Ya tenía experiencia en el tema, pues había trabajado en otros países como Argentina, Chile o Brasil, entre otros. El papel de Avina, según el representante, es, sobre todo, de articulador entre los gobiernos, el sector privado, la ciudadanía y recicladoras/es de base. En alianza con los otros actores de la iniciativa, el trabajo se centra en que las colaboraciones funcionen. Indica que la finalidad de estos esfuerzos es la siguiente:

REPRESENTANTE DE LA FUNDACIÓN AVINA. Lograr que los recicladores de base, que son los que recuperan la mayor cantidad de residuos, se formalicen y se incluyan en la gestión integral de residuos sólidos que manejan los municipios. Entonces, tenemos un diálogo estrecho con los municipios para lograr que haya ese reconocimiento, esa visibilización, capacitación y les incluyan de manera formal en el sistema. Cuando digo de manera formal es que se lleguen a reconocer como prestadores del servicio, que el reciclador también sea reconocido como alguien que ayuda al municipio a que la ciudad esté limpia, a que se entierren menos toneladas de residuos en los rellenos sanitarios y que bajen los costos de operación, porque tonelada recuperada por los recicladores tonelada menos que maneja el municipio generando un beneficio económico. Es un trabajo de fortalecer a las asociaciones, de que trabajen con criterios asociativos, [...] que conozcan cómo se trabaja de manera asociativa y que, fortalecidos, puedan participar en estos sistemas de gestión, también estrechando vínculos con el sector privado. Porque el sector privado tiene una importante responsabilidad en la generación de los residuos,

sea ciudadanía o empresas, pero también hay un sector privado que es la industria del reciclaje que le interesa comprar el material para reintroducirlo al ciclo productivo.¹⁴

Avina se enfoca en lograr que quienes reciclan se formalicen. Su preocupación es que sean visibles para que formen parte del sistema de gestión de residuos sólidos junto con los municipios y las empresas privadas. Uno de los puntos centrales del discurso es la afirmación de que recicladoras y recicladores de base prestan un servicio a las ciudades al recuperar residuos que, en lugar de ir a parar en los rellenos sanitarios, se reúsan en las industrias. Se intenta hacer visible el trabajo de los vulnerables que, además, en su mayoría son mujeres.

REPRESENTANTE DE LA FUNDACIÓN AVINA. Otro problema que se asocia a los recicladores de base es el género. La mayoría son mujeres de escasos recursos, mujeres jefas de hogar, mujeres que migran del campo a la ciudad y que se encuentran sin la posibilidad de un trabajo en la ciudad. Ellas se dedican a recoger los residuos y a subsistir con eso. Entonces, el reciclaje en Ecuador tiene rostro femenino, rostro de mujeres marginales, por eso la apuesta es sacar adelante a este sector, porque estamos visibilizando y empoderando a mujeres que vienen de las situaciones más vulnerables posibles, discriminadas por ser mujeres, por ser pobres, por ser de origen campesino y muchas sin formación, a veces ni siquiera la escuela. La gran mayoría [...] no sabe leer ni escribir, no tienen ningún tipo de apoyo social, es decir si tienen un accidente, tienen que ir a la red pública porque no tienen ningún tipo de seguridad social.

Lograr el empoderamiento, la capacitación es todo un desafío porque tiene que partir recuperando al reciclador como ciudadano, primero como una persona trabajadora que es sujeto de derechos y que debe empoderarse. Ahí hay que hacer un trabajo de autoestima muy grande porque, como vienen asociados por parte de la sociedad civil o el gobierno

¹⁴ Entrevista a representante de Avina, Quito, agosto de 2017.

como personas indeseables porque trabajan en la basura, son vistos como basura, son vistos como cochinos, como dicen ellas: “Nos dicen cochinos, nos dicen sucios y no se dan cuenta de que nosotros más bien estamos limpiando la ciudad, limpiando el planeta, contribuyendo a que funcione mejor no”.

En este extracto, el funcionario enfatiza la diferencia entre trabajar con basura y ser basura. Es decir, no por trabajar con basura las personas son desechables. Sin embargo, naturaliza el hecho de que sean los vulnerables –por ser pobres y por ser mujeres– quienes puedan tomar la opción de trabajar con basura. Se trata de empoderarlos, visibilizando los beneficios que conlleva su actividad.

Como consecuencia de los esfuerzos que lleva a cabo, sobre todo, Avina, se fundó en 2008 la Red Nacional de Recicladores del Ecuador (Renarec). Esta organización agrupa, según su página web, a alrededor de 50 asociaciones de recicladoras/es de base, en las que trabajan 1500 personas, de las cerca de 20 000 que, se estima, se dedican a esta actividad en Ecuador. Su objetivo es “promover los intereses de los recicladores de base del país”.¹⁵ Una de las más importantes actividades que impulsa Avina desde 2011, en cooperación con los otros actores de la IRR, ha sido desarrollar estrategias para promover la asociatividad de recicladoras y recicladores y capacitarlos. Esto ha implicado un esfuerzo por construir la identidad de estas personas y llenar de contenidos la categoría reciclador/a de base. Bajo la pestaña “Quiénes somos”, de la página web de la Renarec, se puede leer: “Somos el primer eslabón de la cadena de reciclaje y uno de los principales actores dentro del proceso de gestión de residuos sólidos en las ciudades. Nuestra labor es clasificar los residuos reciclables en calles, rellenos sanitarios, botaderos y escombreras”.¹⁶

Ha sido un reto construir esa identidad con elementos que afirmen la idea de que las actividades que efectúan son un trabajo digno y que son agentes económicos. Existe un esfuerzo deliberado por distanciar la categoría reciclador/a de base de la de minador/a, pues esta última ha estado

¹⁵ “Quiénes somos”, Renarec, <https://renarec.com/>

¹⁶ “Quiénes somos”, Renarec, <https://renarec.com/>

cargada de nociones negativas, en las que se asocia esta actividad con suciedad y basura. El reciclador/a de base, como se puede leer en la cita anterior, es un clasificador de residuos reciclables. En ningún momento se habla de basura o de desecho, a pesar de que la actividad que llevan a cabo apenas ha cambiado a lo largo de los años, pues aún transforman basura en materiales reciclables.

Otro elemento que conforma la identidad de quienes reciclan es el ambiental, que se convierte en el pilar para reconocerles como trabajadoras y trabajadores. En la misma página web se dice que recuperan miles de toneladas de residuos que se reinsertan en las cadenas productivas de las industrias y que no van a parar en los rellenos sanitarios; esto genera importantes beneficios económicos y ambientales. De esta manera se pueden leer y escuchar consignas como “limpiamos el rostro del mundo con nuestras manos”, “cambiamos el mundo”, “sanamos el mundo”, “somos doctores del ambiente”, “somos superhéroes”.

Otro elemento fuertemente introducido en la identidad de las recicladoras es el valor de la asociatividad. En la siguiente narración, Elvira, una de las más antiguas integrantes y dirigentes de la Renarec, habla de lo que ha significado para ella pertenecer a esta organización.

ELVIRA. Primero he entendido lo que he hecho en treinta años de reciclar. Entendí que eso es un trabajo, que yo he hecho un trabajo [...]. Después entendí que con ese trabajo he sustentado a mi familia, he mejorado la calidad de [vida] de mis hijos [...]. A más de eso entendí que formar organizaciones es salir de la pobreza, porque solo en esta sociedad no se puede luchar tanto, porque organizados se puede luchar y mejorar la calidad de vida de muchos recicladores, esto lo hago encantada. Soy recicladora, con mucho honor [su voz se quiebra], le digo que entendí, donde voy digo que soy recicladora, día a día salvamos al mundo, día a día salvamos los árboles, eso no entendíamos cuando nosotros no estábamos organizados, ahora lo entendemos.¹⁷

¹⁷ Entrevista a Elvira, representante de la Renarec, Quito, abril de 2018.

Sin embargo, la identidad así planteada parece no estar del todo asumida por los mismos sujetos. En una ocasión fui invitada a participar en una de las reuniones de reglamentación del Código Orgánico del Ambiente del Ecuador, el cuerpo normativo más importante en términos ambientales del país. Entre los actores estatales se encontraban funcionarios del Ministerio del Ambiente, quienes lideraban la reunión, pero también representantes de la Asociación de Municipalidades del Ecuador. Adicionalmente participó Avina en representación de la IRR. Asistieron también miembros de Renarec, además de algunos expertos en el tema, “basurólogos” como los llaman en el medio. La reunión duró aproximadamente tres horas, al cabo de las cuales no se llegó a consensos en relación con el concepto de reciclaje inclusivo, ni en lo que se entiende por reciclador/a de base. Desde Avina, quienes más habían trabajado conceptualmente estos temas, se dejaba claro que se denominaba reciclador/a de base¹⁸ a aquellos individuos o colectivos que se encontraban en la base de la cadena de valor del reciclaje. Sin embargo, Elvira, quien representaba a la Renarec, argumentó: “Metemos las manos en la basura, por eso somos recicladores de base”. La discusión evidenciaba que, en el fondo, y a pesar de las capacitaciones, no había consenso del significado de dicho término.

En otra ocasión presencié una reunión de negociación de los precios del papel y cartón entre representantes de la Renarec y de una empresa intermediaria, filial de una de las industrias cartoneras más grandes del país (Surpapel). Los argumentos del representante de la empresa para reducir los precios de compra de los materiales recolectados por las recicladoras eran muy variados, desde la baja en los precios del petróleo, hasta la posible erupción del volcán Cotopaxi. Las recicladoras, en cambio, con menos poder al momento de la negociación, construían su argumento sobre la base de su relación con el desecho.

ROSARIO. Nadie de ustedes, con todo respeto, va a salirse con un coche y abrir una funda [de basura] y salirse a pie de vereda a recoger lo que nosotros hacemos, no muchos están dispuestos a hacer eso y nosotros, como

¹⁸ Entrevista a Elvira, representante de la Renarec, Quito, abril de 2018.

recicladores y recicladoras, estamos dispuestos a eso. Esperemos llegar a un negociado y salgamos a la par todos porque en esto necesitamos salir todos adelante.¹⁹

Estas mujeres, capacitadas para mirarse a sí mismas como recicladoras de base, es decir como trabajadoras que laboran con residuos, no pueden dejar de enfatizar que su trabajo tiene que ver, sobre todo, con desechos, con basura, con el no valor social. Allí radica el valor de esos objetos para ellas: en que para los demás no son más que basura que ellas están dispuestas a convertir en materiales reciclables.

Minadoras y actores estatales

La gestión de los residuos sólidos es una competencia de los gobiernos autónomos descentralizados municipales; sin embargo, el Estado central, a través del Ministerio del Ambiente, empezó a intervenir en el tema de los residuos sólidos a partir de 2010, cuando se creó el Programa Nacional para la Gestión Integral de Desechos Sólidos (PNGIDS). Lo que motivó al Estado central para crear el programa fue que para 2010,

de un total de 221 municipios 160 disponían sus desechos en botaderos a cielo abierto, perjudicando y contaminando los recursos suelo, agua y aire con la consiguiente afectación a la salud de la población y en especial de los grupos de minadores que trabajaban en condiciones inadecuadas. Los restantes 61 municipios presentaban un manejo de sus desechos con insuficientes criterios técnicos, en sitios de disposición final parcialmente controlados.²⁰

Las preocupaciones del Ministerio se refieren a aspectos ambientales y de salud de la población en general. Apenas se menciona a las personas que

¹⁹ Entrevista a Rosario, representante de la asociación de minadoras de Sangolquí, Quito, agosto 2016.

²⁰ Ministerio del Ambiente, Agua y Transición Ecológica, “Programa PNGIDS Ecuador”, <http://www.ambiente.gob.ec/programa-pngids-ecuador/>

trabajan con la basura en los botaderos, y las denomina minadores. El programa se enfocó en el cierre técnico de los botaderos de las ciudades y, según un representante del Ministerio, recién en 2014 se vio la necesidad de incorporar al programa el tema de los minadores, pues se consideraba que se convertían en un obstáculo para cumplir con las políticas de cierre. El Estado empezó, entonces, a asumir el tema del reciclaje y de las recicladoras. En ese año se firmó un convenio interinstitucional entre los ministerios del Ambiente y de Inclusión Económica y Social, y el Instituto Ecuatoriano de Economía Popular y Solidaria con la Renarec. El objetivo fue “mejorar las condiciones socioeconómicas de los recicladores y sus familias”.²¹

El Estado ofreció otorgarles créditos e incorporarles en sus programas de inclusión social, y entró como un actor clave dentro del juego del reciclaje. Así, pasó a ser parte de los agentes que regulan el régimen de valor asociado a esta actividad, al reconocer y valorar el trabajo de quienes reciclan en el país. Esto se evidencia en el mensaje del presidente de la República Lenín Moreno, en diciembre de 2018, por los 10 años de fundación de la Renarec.

Sabemos que su trabajo es tan importante como riesgoso, el país les agradece, el gobierno les agradece por su sacrificada labor, porque nos ayuda a todos a tener una mejor vida. Reciclar la basura es vital, ustedes recuperan más del cincuenta por ciento del material reciclable de nuestras ciudades. [...] La tendencia mundial es cuidar el ambiente, pero también lo es transformar la basura en ingresos. [...] Ustedes tienen todo nuestro apoyo para que lo puedan hacer en condiciones dignas, con más garantías para su salud y más organización, que estén más organizados, los Ministerios de Ambiente y de Inclusión Social y el Instituto de Economía Popular y Solidaria están comprometidos plenamente con todos ustedes (Renarec 2018, página de Facebook).

²¹ Ministerio de Inclusión Económica y Social del Ecuador, “Se firma nuevo convenio para impulsar proyectos inclusivos con Red Nacional de Recicladores del Ecuador”, <https://bit.ly/3BccWfF>

En este extracto del discurso, el presidente califica de importante, riesgosa y sacrificada la labor de recicladoras y recicladores y les agradece porque mejoran la vida de las personas en el país. Además, habla directamente de basura y no de residuos; por lo tanto, el discurso presidencial se dirige a unos sujetos que realizan el necesario trabajo de transformar la basura en materiales reciclables en condiciones no deseables. Por otro lado, el mensaje presidencial tiende a consolidar el régimen de valor del reciclaje, al tiempo que augura, pero también ofrece, transformar al reciclaje en un buen negocio.

Debemos tomar conciencia de la necesidad de clasificar la basura en cada hogar, en cada oficina, en cada escuela, en cada barrio, esa es la enseñanza que debemos dar a la ciudadanía, sobre todo a los más pequeños, porque el reciclaje evitará que el planeta se llene de basura y nos obligará a los Estados a generar mejores políticas ambientales pero además les permitirá a ustedes tener más ingresos para sus familias, trabajaremos juntos para hacer del reciclaje un buen negocio como es en muchos países (Renarec 2018, página de Facebook).

El mensaje se enmarca en el discurso construido por los demás agentes que influyen en el régimen de valor del reciclaje. Se dirige a unos sujetos específicos dedicados a reciclar basura. Es la gente pobre, a la que se auspicia para que se conviertan en emprendedores de un reciclaje que entraña el desecho. Manuel, un funcionario del Ministerio del Ambiente que trabajó para el Municipio de Quito con el tema del reciclaje y que se dedica al tema de cierre de botaderos de basura con los municipios del país, se refiere de esta manera a la labor.

MANUEL. Para mí el papel [de las recicladoras/es] importantísimo, ellos son netamente la mano de obra, los dedos de esta operación, porque ellos son los que recuperan. Entonces todo el mundo te puede decir: “No, yo también reciclo”. Yo, siempre que hago las capacitaciones, les pongo el ejemplo de que esas personas, la mayoría por necesidad hacen un esfuerzo grandísimo. Por ejemplo, yo me voy al banco, me dan el papelito del banco, llego a mi

casa, puse en la basura y me acuerdo después de unas tres o cuatro horas del papel, cómo busco, yo que generé ese papel, chuta un poco más y me pongo guantes y ojalá que esté encimita por ahí, porque buscar basura, buscar residuos de otras personas, entonces realmente es de ponerse [...]. Yo les admiro totalmente porque yo si no lo haría. [...] Pero después ya vienes, analizas y dices, oye no estoy haciendo mal, no estoy robando, para que digas oye, es algo malo, ¿no? Y sí pienso que entra un 90 % de necesidad, la responsabilidad de un ser humano de llevar un pan a la casa de tus hijos, entonces cualquier cosa, ahí preferiblemente voy a la basura que, como te digo, algo que realmente se ve mal, a más de robar, entonces ellos van a algo honesto, entonces es de sacarse el sombrero [...], eso hay que resaltar.²²

El relato enfatiza en la necesidad económica como el elemento que anima a los sujetos a meter las manos en la basura. Manuel confiesa que no haría ese trabajo, a menos que tuviera esa necesidad, y resalta como admirable el hecho de que prefieran hacerlo antes que robar. En la pobreza está el motor del reciclaje, así como allí está la delgada línea que separa el trabajo del reciclaje del robo. Para Manuel, recicladoras y recicladores son indispensables para gestionar desechos.

MANUEL. Es que yo técnicamente te digo que sí [son indispensables] aquí y en toda Latinoamérica, todo el mundo puede decir que no, que no sé qué, yo no quiero recicladores. Te voy a poner un ejemplo del caso hipotético de Otavalo. Llegó el señor y dijo no, la administración es mía. Contrató una empresa, la empresa puso en el mercado: “Se necesita bachilleres de 18 años para separación”, vamos a hacer una clasificación linda, hermosa todo lo que tú quieras. Llegó el momento de la verdad, el primer camión para la separación no había ni una botella, ni una botella. Las habían agarrado los recicladores de base. Para mí, según nuestra idiosincrasia, nuestra realidad como Latinoamérica, entonces son indispensables en Latinoamérica, ¿por qué?, porque hay el caso que te digo. Se te abren dos brechas o tres: una apoyar a los recicladores para obtener los beneficios que yo quiero,

²² Entrevista a Manuel, funcionario del Ministerio del Ambiente, Quito, abril de 2018.

netamente; dos, pago a un policía para controlar en cada cuadra que los recicladores no opinen, y la tercera no hacer nada como la que cogió [...]. Entonces por nuestras necesidades, por nuestra estupidez como generadores, sí son indispensables en Latinoamérica.

A partir de su experiencia, él señala que recicladoras y recicladores son indispensables para el reciclaje. Sin embargo, su argumento es bastante confuso, pues apunta a que la necesidad de su trabajo dentro del sistema de gestión se debe a su presencia en la escena como personas listas para separar y apropiarse de los materiales reciclables. Son necesarias porque, se quiera o no, se planifique o no, están allí, son parte del fenómeno social y económico del reciclaje. El hecho de que existan personas con apuros económicos, pobres, al acecho de materiales reciclables podría considerarse una condición para que sean parte del reciclaje, pues su pobreza es suficiente para intentar incluirlas en los sistemas de recuperación de desechos. No obstante, no se trata de una condición necesaria, es decir no tienen que ser parte del sistema, sobre todo si se piensa en la posibilidad de que se genere que quienes consumen separen los residuos de los desechos, de manera que no se boten los materiales reciclables como basura, sino se los entregue al sistema de gestión. Por lo tanto, el sistema necesita a recicladoras/es de base, siempre y cuando separen materiales de entre la basura. Esta paradoja se repite en los discursos de otros actores, quienes, como en el caso de la representante del BID, intentan formalizar teóricamente este fenómeno.

Los gobiernos autónomos descentralizados municipales son los organismos del Estado responsables de gestionar los desechos sólidos producidos por los ciudadanos. Según un representante de la Secretaría del Ambiente del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, el reciclaje comienza a consolidarse como un tema que debe ser tratado en la entidad a partir de la publicación de la Ordenanza Municipal 332, Ordenanza Metropolitana de Gestión Integral de Residuos Sólidos del Distrito Metropolitano de Quito, emitida en noviembre de 2010. Mediante este instrumento, el Municipio establece las normas para manejar los residuos sólidos en la ciudad. Aquí se disponen los derechos, las obligaciones y las responsabilidades de la ciudadanía, las empresas, organizaciones, personas jurídicas públicas, privadas y

comunitarias que habitan, usan o transitan en el territorio (Concejo Metropolitano de Quito 2011).

Dentro de la ordenanza se establecen responsabilidades ciudadanas en relación con el manejo de los residuos sólidos, entre las que se prevé el reciclaje, es decir, colocar en el ciclo económico y productivo materiales que pueden ser reutilizados. En el artículo 2, literal e, se estipula: “Fomentar la organización social, consciente de su responsabilidad en el ciclo de residuos sólidos, mediante el aprovechamiento de los mismos, su reutilización y reciclaje, generando economía de escala” (Concejo Metropolitano de Quito 2011).

Según la ordenanza, las entidades estatales no son las únicas que deben manejar los residuos sólidos, sino que se conmina a los distintos sectores de la sociedad para que lo hagan. El artículo 2, literal m, establece como uno de los objetivos de la ordenanza: “Garantizar mecanismos y modalidades con sustento técnico y financiero para la participación articulada y responsable de los sectores público, privado y comunitario en las diferentes fases del sistema y en la operación del mismo”. Además, expresa la intención de establecer alianzas con otros actores para gestionar los residuos: “El Municipio promoverá alianzas con grupos comunitarios, empresas, organismos no gubernamentales y otros vinculados a la gestión de los residuos sólidos de tal manera de integrar las iniciativas particulares en un plan global del Distrito Metropolitano de Quito” (Concejo Metropolitano de Quito 2011). Entre esos otros actores, prevé la participación de las minadoras. Si bien no se las nombra directamente, el artículo 5, numeral 8, estipula:

Inclusión Social y Equidad.- El Municipio promoverá medidas a favor de grupos discriminados o marginados y adelantará acciones afirmativas que apoyen la vinculación laboral y asociativa de ciudadanos y organizaciones sociales a los procesos propios de la gestión integral de residuos sólidos, que permitan atender a los trabajadores vinculados a los procesos de reciclaje, en función del nivel de pobreza y grado de vulnerabilidad, articulándolos equitativamente en las distintas etapas de la cadena de valor, en el marco de la legislación nacional y distrital (Concejo Metropolitano de Quito 2011).

Se establece, entonces, incluir a unos actores que, por estar de facto vinculados con el reciclaje en calles y botaderos, y por ser pobres, vulnerables, discriminados y marginados, deben articularse a la cadena de valor. En la práctica, esto ha implicado situarlos en la base de esta cadena; en el caso de Quito, en la fase de recuperación y separación de materiales de entre la basura.

En la ordenanza municipal, siguiendo el mismo movimiento de los demás actores que intervienen en el régimen de valor, se habla también de reconocer el trabajo de las minadoras. Como parte de ese reconocimiento se cambia también la categoría con la que se las nombra y se las designa como “gestores ambientales de menor escala”. La ordenanza procura que esta población participe en el sistema para manejar los residuos sólidos en la ciudad. Justifica esa participación mediante el artículo 89, que se titula Reconocimiento, y en el que se indica:

El Municipio del distrito Metropolitano de Quito reconoce la actividad de los recicladores que realizan labores históricas de: recolección selectiva, segregación, reciclaje y comercialización de materiales recuperados tanto de las aceras del Distrito como de las estaciones de transferencia de propiedad municipal, como una actividad fundamental y de gran relevancia dentro del sistema de gestión integral de residuos sólidos. La Municipalidad del Distrito Metropolitano de Quito deberá emprender programas y proyectos que propendan la inclusión económica y social de los recicladores fomentando su asociación e integración, reconociendo su labor como fuente de trabajo y sustento económico (Concejo Metropolitano de Quito 2011).

El discurso considera un trabajo fundamental para el sistema de gestión de desechos las actividades que llevan a cabo las gestoras/es ambientales de menor escala, y reconoce estas actividades como fuente de trabajo y sustento económico. Esto lleva a pensar que antes de la ordenanza que norma la cotidianidad de la gestión de los residuos sólidos la Municipalidad no consideraba trabajo a estas actividades. Al otorgarles el estatus de trabajo, se les confiere dignidad, aunque la labor en sí misma no haya variado, pues estas gestoras ambientales continúan transformando objetos de valor cero en objetos con valor transitorio, es decir, continúan realizando la labor histórica de transformar la basura.

En el artículo también se menciona: “Los recicladores deberán dentro del proceso de regularización que la Municipalidad realice, calificarse como gestores ambientales de menor escala en la Secretaría del Ambiente”. Por lo que, por un lado, se reconoce el trabajo de gestoras y gestores ambientales y, por el otro, se las norma, al obligarlas a calificarse. Se puede notar cómo se intenta consolidar un régimen de valor que empieza a controlar un espacio, antes inadvertido, en el que se entremezclan objetos de valor transitorio con objetos de valor cero. Se trata de un espacio ambiguo –basura mezclada con materiales reciclables–, al igual que los mecanismos de control, pues si bien se obliga a calificar a quienes trabajan en ese espacio, no se establecen ni plazos ni mecanismos para hacerlo. Lo único que contempla la normativa es priorizar a quienes estén calificados y además pertenezcan a asociaciones reconocidas por el Estado, para incluirlos en las iniciativas, programas y proyectos del Municipio en torno al reciclaje. De esta manera, la gran mayoría de las minadoras de Quito (74,12 %) que no están asociadas quedarían excluidas de los beneficios de las políticas, pero también fuera del control de las entidades estatales.

Esta ordenanza constituye el marco normativo de las políticas de gestión de los residuos sólidos del Municipio. Así, el Plan Maestro de Gestión Integral de Residuos Sólidos 2016-2025 del Municipio de Quito se alinea con los principios de inclusión de las minadoras en la gestión. Sin embargo, es interesante notar cómo en este documento se expresan tensiones entre el desarrollo de tecnologías para gestionar residuos y la inclusión social como principio del sistema. Las minadoras son vistas como un problema con el que tienen obligadamente que lidiar las iniciativas de gestión de residuos, que intentan modernizarse. Así, se dice que la recolección informal de residuos genera

una alteración en los servicios de recolección y un aumento de los vertidos en los viales y calles con las subsiguientes consecuencias sobre la higiene pública. La imposibilidad de obtener información fiable sobre las cantidades recolectadas de esta forma. La imposibilidad de realizar una adecuada trazabilidad de su gestión y aumentando la probabilidad de contaminación de suelo, agua y atmósfera (Consortio Ineco y Tragsatec 2016, 8).

De esta manera, se relativiza el discurso de reconocimiento de la labor histórica de las minadoras que ha generado grandes beneficios a la ciudad y al ambiente. Se destaca la inconveniencia de su generalizada informalidad para modernizar el sistema.

La incorporación de los gestores de menor escala (minadores), que actúan de manera informal, en un sistema formal es compleja. Esta incorporación, dependiendo del proceso utilizado y de las responsabilidades adquiridas, puede poner en riesgo el proceso de modernización del sistema de gestión y las potenciales mejoras ambientales, así como un adecuado control de dicha gestión, que permita conocer su evolución y tomar las decisiones adecuadas (Consortio Ineco y Tragsatec 2016, 81).

Klauss, un funcionario de la Secretaría del Ambiente del Municipio de Quito, enfatiza también la informalidad de las minadoras como uno de los problemas centrales para mejorar la gestión de los residuos en la ciudad. Además, la ve como una de las causas para que las minadoras trabajen recuperando los materiales de entre la basura en condiciones perjudiciales. Al preguntarle su opinión acerca del trabajo de las minadoras señala:

KLAUSS. Es fuertísimo en el final, porque tú abres una funda y no sabes qué está adentro, nosotros desechamos lo que no queremos y otros abren porque quieren y obviamente allá hay cosas. A mí me parece peligroso porque la informalidad deja trabajar niños adentro de eso, que es lo peor que puede pasar, hasta que los recicladores nos dijeron que el Municipio está promoviendo el trabajo infantil, porque no pueden entrar ellos en el contenedor y ponen sus guaguas.²³ Obviamente es como temas supercríticos y superfuertes, por eso a mí me duele mucho de ver que hay niños verdaderamente, ellos aprovechan sus niños en ese sentido. A mí me parece un trabajo durísimo, por eso la idea nuestra es desarrollar un incentivo que es: saca tu funda de reciclaje y reconoce tu reciclador de tu barrio, porque todos los barrios tienen su reciclador, ese es más nuestro mensaje.²⁴

²³ Guagua: niña, niño, en quichua.

²⁴ Entrevista a Klauss, funcionario de la Secretaría del Ambiente del Municipio de Quito, Quito, julio de 2017.

El funcionario percibe como peligroso, duro y penoso el trabajo de los gestores ambientales de menor escala. Según afirma, el propósito del Municipio es incentivar la separación en la fuente, es decir, que la ciudadanía separe desde los hogares los materiales reciclables. Además, se propone formalizar estos gestores ambientales a quienes deben entregar los materiales. La idea sería que los gestores reciban materiales reciclables en lugar de hurgar en fundas y contenedores de basura.

KLAUSS. El plan dice que deberíamos irnos a la separación en la fuente, a un sistema económicamente autosustentable. Sí, yo veo que la informalidad de los sectores de recicladores de base debería desaparecer y deberían ser formalizados a través de microempresarios hasta llegar a un *step* más adelante, un paso más allá que no [esté] solo organizado, asociado, sino capacitado, adentro del programa Quito a Reciclar y tal vez llegar a que ellos son un aporte al Estado, pagan los impuestos porque venden un producto que está entregado gratuitamente, pero ellos hacen la recolección.

Al preguntarle al funcionario si formalizar los gestores ambientales de menor escala podría excluir a muchas personas dedicadas a este trabajo, respondió:

KLAUSS. Sí, pero también mucha gente no se dedica 100 % solo al sector del reciclaje, la mayoría de ellos se dedican unos dos días a reciclar, el resto están haciendo un muro, cortando el césped, o lo que sea; o sea, ellos tienen otras actividades más fuertes que el reciclaje [...], se meten porque dicen: “Hoy no sé qué hacer, entonces me meto”. Obviamente para ellos tenemos otras instituciones como Conquito, que también dan capacitaciones para el desarrollo de otras actividades como carpintería, como artesanía, donde las personas pueden buscarse algún otro ingreso.

Desde la perspectiva del funcionario, las recicladoras de base informales deberían desaparecer del sistema de gestión de residuos, pues deben organizarse y convertirse en microempresarias. Esto se daría en un contexto en donde el régimen de valor del reciclaje, que implica separar en la fuente,

esté consolidado, y en el que solamente aquellas recicladoras de base con dedicación exclusiva a la actividad del reciclaje permanecerían dentro del sistema. Según se plantea en otra parte de la entrevista, esto serviría para procurar una remuneración adecuada. Así, la gran mayoría de las recicladoras, o mejor dicho de las minadoras, que actualmente trabajan en calles, escombreras y estaciones, quedarían fuera. Al ser mujeres que deben afrontar las responsabilidades de aprovisionamiento de sus familias, no podrían ajustarse a estas características básicas que, según el funcionario, son necesarias para modernizar la gestión de residuos. Ellas deben combinar actividades productivas con las reproductivas, de modo que dedicarse de manera exclusiva a las actividades de reciclaje resulta poco atractivo en ese espacio en el que, hasta ahora, han encontrado una alternativa para sobrevivir. Es un discurso que, como se puede entrever, se encamina a controlar el ambiguo espacio que está entre la basura y los materiales reciclables.

Quienes trabajan en otras unidades administrativas del Municipio de Quito no comparten del todo la perspectiva del Plan Maestro y del discurso del funcionario de la Secretaría del Ambiente. Ese es el caso de Carla, quien ha estado ligada desde diversas instancias al tema del reciclaje. Ella trabaja en la EMASEO EP en el proyecto “Quito a Reciclar”, que promueve el reciclaje en la ciudad. Según la funcionaria, el Plan Maestro de Gestión de Residuos Sólidos no contemplaba en un inicio incluir a las recicladoras/es de base; el documento tuvo que transformarse por la presión de la Renarec para que se les tomara en cuenta. Según Carla, el trabajo de las recicladoras de base es muy importante, pues proveen el 50 % de los materiales que se reciclan.

CARLA. Para mí son indispensables, no son personas que puedan salir fuera de la jugada. Si le vemos desde un punto de vista muy blanco y negro y muy técnico, sin el reciclador no existiría el reciclaje en Quito. O sea, sin el reciclador en las calles, recuperando, lamentablemente como lo recupera, el reciclaje en Quito fuera menor al 50 % y entonces para mí sí son indispensables, nuestros indicadores tan altos de reciclaje se deben a ellos.²⁵

²⁵ Entrevista a Carla, funcionaria de EMASEO EP, Quito, agosto de 2017.

La funcionaria tiene una visión del papel de las recicladoras en el sistema mucho más positiva que el funcionario de la Secretaría del Ambiente, para quien estas personas pueden ser un obstáculo para modernizar la gestión. El argumento central de su discurso es que quienes reciclan prestan un servicio de recolección a la ciudad y ahí radica la dignidad de su trabajo, y por eso es indispensable incluirlas en el sistema. Esto se debe a que difícilmente el Municipio podría contratar 3000 personas distribuidas por toda la ciudad para recolectar los materiales reciclables. Ni el Plan Maestro ni el funcionario de la Secretaría del Ambiente están de acuerdo con este argumento, pues la actividad de las recicladoras también deja inconvenientes a la gestión, como se señaló en párrafos anteriores. Respecto al trabajo realizado por recicladoras y recicladores Carla señala:

CARLA. Yo les valoro muchísimo, por eso mismo trabajo en este tema, les valoro muchísimo y creo que son actores clave en la gestión de residuos en el país y en la ciudad. Aparte de eso los recicladores son emprendedores. Es sorprendente cómo personas con una situación de vida tan complicada nos enseñan a ser emprendedores, como de la nada logran tener un trabajo, tener un sustento, en condiciones tan difíciles, entonces para mí es un tema de valorizarles muchísimo como personas. De lo que conozco a los recicladores en todo este tiempo que he trabajado son personas muy honestas, la mayoría son mujeres en Quito, el 73 % de recicladoras son mujeres, entonces tienen una sensibilidad aparte, diferente a la de los hombres, ellas trabajando en esta actividad han educado a sus hijos, con algo tan duro. Son personas bien honestas, bien sensibles, bien humildes, yo he aprendido muchísimo de los recicladores [...] no es justo que como sociedad sigamos invisibilizando a personas tan valiosas.

Carla resalta como una virtud de las recicladoras su capacidad para hacer de la nada un medio de vida, lo que las convierte en emprendedoras. Su virtud está en trabajar con objetos que no valen nada y convertirlos en mercancías. Adicionalmente, la funcionaria valora que la mayoría son mujeres, quienes, por serlo, tienen determinadas características y mediante esa actividad se responsabilizan por sus hijas/os. La funcionaria señala que no

es justo que estas personas realicen su trabajo en condiciones desfavorables. Por eso, el proyecto de EMASEO EP promueve la separación en la fuente, para que reciban los materiales en condiciones más seguras, bajo la premisa del cuidado ambiental y de la solidaridad. Es decir, quienes consumen entregarían los materiales tomando en consideración la situación de pobreza de las recicladoras.

CARLA. Enganchamos mucho el tema de capacitación de la gente con el tema ambiental: “Señora va a tener usted un nuevo servicio, mire está ayudando al ambiente. Le presento, la señora María ella tiene un uniforme y un carnet que le reconoce como la recicladora autorizada de su zona, ella está en tal y tal sector, va a venir a tal hora para que por favor le entregue a ella el material, no lo va a comprar, el material es de la señora, usted está haciendo un beneficio para el ambiente y para la señora, ella vive con ochenta dólares en el mes”.

Nuevamente aparece la idea de las recicladoras de base como pobres, pero que se dedicarían esta vez a recolectar materiales desechados por quienes los consumen, separados por estos, de otros objetos no reciclables. En la propuesta de la funcionaria que representa la del proyecto, el dilema del reciclaje se mantiene, pues si bien quienes consumen no botan los materiales directamente a la basura mezclados con objetos no reciclables, tienen la posibilidad de desechar esos materiales y entregárselos a *otros*, para quienes, por su condición social, sí son valiosos. Se reproducen así las diferencias de clase que ligan la pobreza con el no valor. En todo caso, la categoría minadora, en un escenario en el que se separe en la fuente, perdería su valor descriptivo, pues estas personas ya no se enfrentarían con un montón de basura, los recursos de los que extraen objetos a los que valorizan, sino a clientes, quienes les entregarían materiales reciclables. Se convertirían en algo así como empresarias de objetos desechados por otras personas.

El emergente régimen de valor del reciclaje regula que no caiga el valor de materiales a los que el mercado brinda la posibilidad de volverlos a usar como materia prima. Este régimen, sin embargo, no está consolidado ni en el país ni en Quito, pues consumidoras y consumidores

continúan deshaciéndose de ellos a través de los sistemas públicos de recolección de basura. La actividad del reciclaje se desarrolla, en buena medida, dentro de un espacio en el que basura y materiales reciclables se mezclan. Es, entonces, un espacio ambiguo en el que se juntan objetos con distintas categorías de valor.

Entre las estrategias para consolidar el régimen de valor del reciclaje, desplegadas por actores no estatales y estatales, está transformar el estatus social ligado a las personas que recuperan los materiales reciclables. Así, mediante la capacitación y empoderamiento, se procura transformar la identidad de las minadoras, que continúa fuertemente ligada con la basura, es decir, con el no valor. Los actores institucionales buscan construirlas como agentes económicos y ambientales al denominarlas recicladoras/es de base, para relacionarlas con materiales reciclables, o gestoras/es ambientales de menor escala, para enfatizar su rol en el cuidado del ambiente.

Sin embargo, el dilema del reciclaje en Quito es que los objetos con potencial reciclable continúan cayendo en la categoría de valor cero; es decir, se convierten en basura y las minadoras continúan transformándolos nuevamente en objetos de valor transitorio. Una buena parte de su trabajo consiste en esa transformación del valor, por lo que, en la práctica, están ligadas a la categoría de valor cero de los objetos. En los discursos de los actores institucionales se reconoce este dilema, pero se aboga por un reciclaje que incluya a las minadoras en el sistema de gestión, aduciendo su vulnerabilidad económica y de género. Se tiende a reproducir un orden social que liga a determinadas personas –mujeres y pobres– con objetos de valor cero.

Las entrevistas a funcionarios y funcionarias de las instituciones enmarcadas en la iniciativa del reciclaje inclusivo evidencian la inestabilidad de los discursos y una deficiente internalización de los valores enunciados por el régimen del reciclaje en los propios actores llamados a legitimarlo. Se evidencia un discurso racional modernizador que aboga por incluir a las minadoras en el sistema de gestión de desechos aprovechando las oportunidades que este sector económico brinda para que sujetos con desventajas de clase y género puedan generar recursos de sobrevivencia, al tiempo que generan beneficios ambientales. Son discursos que procuran controlar a sujetos contruidos como actores económicos y ambientales. Al politizar

las organizaciones de minadoras, se promueven iniciativas de autogeneración de trabajo, pero en escenarios de alta precariedad, pues se impulsa el trabajo de mujeres pobres en medio de desechos, lo que acentúa sus condiciones de inserción desigual en el sistema económico. La máxima provocada por el capitalismo global, trabajo a cualquier precio, queda así legitimada. Los discursos institucionales, sin embargo, son mediatizados por funcionarios/as que se manejan en el terreno de lo moral al expresar los propios conflictos que se desencadenan cuando hablan de personas que han de trabajar en medio de desechos.

Capítulo 3

Desigualdades de clase y género en la cadena de suministro del reciclaje

En este capítulo sugiero que la inclusión en el sistema de gestión de residuos sólidos a sujetos vulnerables se enmarca en cómo el sistema capitalista contemporáneo usa las desigualdades, es decir, se aprovechan nichos económicos atravesados por las vicisitudes de la raza, la clase y el género (Tsing 2009). Las cadenas de valor o de suministro, que en la actualidad se han convertido en una alternativa clave para garantizar los nuevos regímenes de rentabilidad a nivel global, son ejemplos paradigmáticos de la manera en que el sistema usa las desigualdades (Tsing 2009; Pérez Orozco 2006; Vara 2006). Por ello, en este capítulo me adentro en la cadena de suministro del reciclaje y observo de qué forma las minadoras entran a ser parte de ella, en una dinámica en la que ser mujeres, pobres y dispuestas a meter sus manos en la basura las convierte, quizá, en el eslabón fundamental. En este capítulo examinaré y describiré cómo operan las diferentes dimensiones de desigualdad apoyadas en la diversidad en cada eslabón de la cadena de reciclaje, y cómo estas se entretrejen con factores económicos para generar las ganancias requeridas para la existencia del reciclaje.

Tsing (2009) reclama a los autores de las grandes teorías acerca del capitalismo contemporáneo su tendencia a considerar irrelevante la diversidad, generadora de desigualdades a la hora de representarlo. Afirma que estas teorías ignoran el género, la raza, el estatus nacional y otras formas de diversidad, por considerarlas particularistas. También hay quienes han reclamado que la desigualdad es parte constitutiva del capitalismo no

solamente contemporáneo. Aníbal Quijano (2014), por ejemplo, sugiere que la incorporación de América al capitalismo mundial supuso inventar la raza como un dispositivo de control y explotación del trabajo; por lo tanto, según este autor, con América nace la división internacional del trabajo con base en la raza. El capitalismo, en general, al usar también la división sexual del trabajo convierte al género en otra categoría para diferenciar a quienes trabajan. La presencia de varias formas de explotación del trabajo en el capitalismo implica que a nivel global coexista una multiplicidad de trabajadores y trabajadoras, que se incorporan de manera diferenciada y desigual en función de su raza, clase y género (Federici 2010; Dalla Costa 2006).

Tsing (2009) reflexiona acerca del uso de la diversidad dentro del capitalismo contemporáneo. Sugiere que este crea las condiciones para la incorporación desigual de personas trabajadoras culturalmente diversas. De esta manera, diversidad y desigualdad se corresponden. Analiza las cadenas de suministro (*supply chain*) como un ejemplo paradigmático del uso contemporáneo de la diversidad en el sistema. Son

cadenas de mercancías basadas en la subcontratación, la externalización y arreglos aliados en los cuales la autonomía de las empresas componentes está legalmente establecida, aun cuando las empresas son disciplinadas dentro de la cadena como un todo. Tales cadenas ligan a emprendedores independientes haciendo posible que los procesos de las mercancías abarquen el globo (Tsing 2009, 148).

Pienso que la cadena de suministro del reciclaje en Ecuador está ligada a la producción de mercancías para el mercado nacional, relacionadas con productos hechos de materiales reciclables como papel, cartón, botellas de plástico, varios tipos de objetos metálicos, entre otros. Se trata de diversas empresas a las que provee la misma cadena de suministro, en la que se involucran, en la parte más alta de la cadena, de manera compleja, medianas empresas legalmente constituidas; estas reciben provisiones, en gran parte, de pequeños depósitos que obtienen los materiales reciclables de las minadoras, quienes, de manera individual, familiar o asociativa, los

recuperan del sistema de recolección de residuos sólidos de la ciudad. Conforme la cadena va descendiendo, se puede observar que la informalidad y la precarización del trabajo son rasgos característicos. Así, según el Servicio de Rentas Internas, en 2016 apenas 356 personas naturales y jurídicas realizaban actividades relacionadas con el reciclaje en Quito. De estas, 38 personas serían recicladoras de base. Estos datos no se corresponden con los analizados en el capítulo anterior tomados del censo de 2014, en el que se estima que al menos 2264 personas trabajan solo en el reciclaje a menor escala. La informalidad, por lo tanto, es generalizada en la actividad del reciclaje a menor escala. Lo interesante es que las empresas que se encuentran en la cúspide de la cadena disciplinan a sus proveedores para garantizar la calidad y los volúmenes de producción que finalmente influirán en los precios de los productos, pero no les interesa controlar otros factores de la producción, como el trabajo de emprendedores individuales o asociados en condiciones de informalidad o precariedad.

Si bien la cadena del reciclaje se concentra sobre todo en el mercado nacional, esto no quiere decir que se encuentre desconectada de los mercados globales, pues allí se deciden, en última instancia, los precios de compra de los materiales reciclables que dependen de la oferta y demanda global, y que inciden directamente en los ingresos de las minadoras. Esos ingresos dependen también de los acuerdos logrados por las grandes empresas que transforman los materiales reciclables, que mediante prácticas oligopólicas pueden intervenir en los precios de compra. Por ejemplo, el plástico PET, un material bien cotizado para reutilizarse, es exportado, en parte, a otros países como Chile o Argentina;¹ de esa manera, el trabajo precarizado que las minadoras realizan en los barrios de Quito puede consumirse en otras localidades de la región. El objetivo fundamental de organizar el trabajo a través de cadenas de suministro es disminuir al máximo, los costos de producción, entre ellos los de la reproducción de la fuerza de trabajo (Tsing 2009; Vara 2006). Para ello, las empresas acuden a dos estrategias: subcontratan el trabajo y promueven culturas corporativas que lo resignifican.

¹ Entrevista a Eduardo, gerente de producción de empresa procesadora de material PET, Quito, septiembre de 2017.

La figura del trabajo, comprendido como el sacrificio de tiempo y esfuerzo a cambio de un salario, queda en segundo plano, y ganarse la vida en el capitalismo contemporáneo pasa a comprenderse como una cuestión de buena administración o manejo de la economía, consumo y emprendimiento (Tsing 2006; Gago 2015). Por otro lado, también se transformó el ideal del empleo formal, que, aunque en América Latina y en Ecuador nunca llegó a generalizarse, en los discursos hegemónicos modernizantes se constituyó en la utopía de quienes trabajan.

Se pasó del empleo formal, sinónimo de modernidad laboral en las décadas precedentes, al trabajo informal que, a través del término “microempresa”, se vio glorificado como uno de los elementos claves para superar la crisis. Esta transformación era congruente con el sentido común que comenzaba a imponerse donde individuo y mercado iban a desplazar al antiguo discurso donde clases sociales y Estado eran centrales (Pérez Sáinz 2014, 657).

En este contexto, la eficiencia de las minadoras para insertarse dentro de la cadena de reciclaje se basa en la figura de mujeres pobres pero aguerridas emprendedoras, que están dispuestas a meter la mano en la basura de otras personas para sacar adelante a sus familias. Si en esta figura el trabajo es secundario, también lo es su remuneración (Tsing 2009), que, para la mayoría, no llega al salario mínimo vital. Las empresas explotan el nicho económico del reciclaje no solo mediante estrategias económicas, sino que apelan a identidades culturales que entrelazan el género y la clase. De esta manera, al analizar las cadenas de suministro se ponen de relieve las relaciones entre la economía y la cultura, pues los factores culturales las hacen rentables. Las empresas acuden a la superexplotación,

una explotación que depende de factores no económicos como el género, la raza, la etnicidad, nacionalidad, religión, sexualidad, edad y estatus de ciudadanía. La superexplotación es una explotación mayor de la que podría esperarse de los principios económicos generales (Tsing 2009, 158 [traducción propia]).

La superexplotación se suma a la autoexplotación (Tsing 2009), en la que las mismas minadoras ponen por delante del trabajo su identidad de mujeres, madres, pobres y dispuestas a meter la mano en la basura, a la hora de negociar sus pingües remuneraciones y como estrategia de sobrevivencia. De esta manera configuran un neoliberalismo desde abajo (Gago 2015), en el que las minadoras internalizan la razón neoliberal basándose en la idea de ser inversoras de sí mismas.

Adicionalmente, la forma de usar las diferencias de clase y género que se utilizan en términos de desigualdad en la cadena del reciclaje puede notarse en la excepcionalidad de este tipo de cadena, al mirarla bajo la lupa de las tipologías elaboradas por Gereffi y Korzeniewicz (1994). Estos autores proponen una tipología de cadenas de valor de acuerdo con el tipo de gobernanza que implican; muestran que existen actores clave dentro de la cadena, responsables de dividir el trabajo entre los eslabones y las capacidades de determinados participantes para mejorar sus actividades. Se distinguen dos tipos principales de cadenas: aquellas impulsadas por quien compra (*buyer-driven chain*) y las impulsadas por quien produce (*producer-driven chain*). Las cadenas regidas por quien compra son características de aquellas industrias intensivas en mano de obra, y en las que los productos y los procesos son estandarizados. Por eso, coordinar las transacciones dentro de la cadena es menos complejo que en la impulsada por quienes producen, pues las especificaciones técnicas de los productos proveídos son de fácil codificación (Gereffi y Korzeniewicz 1994; Kaplinsky 2004). Así, las relaciones de quienes compran y quienes proveen se establecen fácilmente en el mercado. En una cadena de valor con estas características, las capacidades de los proveedores de base deben ser altas, es decir deben contar con conocimientos e infraestructura para realizar su trabajo; lo contrario implicaría que se les excluya de la cadena de valor, pues su trabajo sería fácilmente reemplazable (Gereffi, Humphrey y Sturgeon 2005).

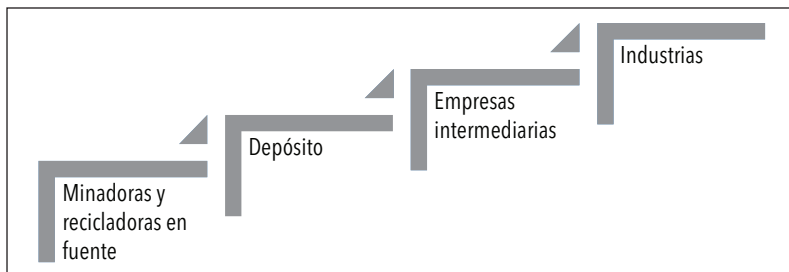
Al observar la cadena de valor del reciclaje en Ecuador, particularmente en Quito, podría decir que es un tipo de cadena regida por quienes compran, pues los productos, es decir los materiales reciclables, son estandarizados y, por lo tanto, fácilmente codificables, lo que permite realizar transacciones

simples en el mercado. En esta cadena existen dos eslabones fundamentales: el compuesto por minadoras y recicladores en la fuente, que obtienen la materia prima, y el que corresponde a las industrias que transforman esa materia prima en productos para consumir. Entre estos dos eslabones se intercalan otros cuya función es recolectar y acopiar los materiales reciclables, hasta obtener volúmenes de materia prima atractivos para las industrias, pero que escasamente le imprimen un valor agregado, es decir, apenas los transforman; su importancia está en ofrecer el servicio de acopio necesario para sostener la producción (Kaplinsky 2004). En la cadena del reciclaje, las capacidades de los proveedores de base, específicamente de las minadoras, son muy bajas. Esto, a decir de Gereffi, Humphrey y Sturgeon (2005), las excluiría de este tipo de cadena, sin embargo, las minadoras se mantienen en ella, aunque en condiciones de intercambio muy desfavorables. Para comprender este fenómeno es necesario ir más allá de los factores económicos. Una entrada plausible es analizar la diversidad como constitutiva de la cadena del reciclaje en términos de desigualdad.

Etnografía de la cadena de reciclaje en la ciudad de Quito

Los materiales reciclables se valorizan paulatinamente a través de una cadena (figura 3.1) en la que se van transformando de materias primas en productos terminados listos para consumir. Cada eslabón lo conforman agentes con características propias y un papel específico en el proceso. En el primer nivel

Figura 3.1. La cadena del reciclaje



de la cadena están las minadoras y recicladores en fuente; el nivel siguiente está conformado por los pequeños depósitos; el tercer nivel por las empresas intermediarias mayoristas, y en el nivel más alto se ubican las industrias. La cadena, sin embargo, puede alargarse de varias maneras. Por ejemplo, desde los intereses de la industria, se puede crear un nuevo eslabón para garantizar el aprovisionamiento del material a nivel nacional. La cadena puede también acortarse de varias maneras, por ejemplo, cuando las minadoras venden directamente a las empresas intermediarias mayoristas, o cuando se asocian y venden a las industrias. También los pequeños depósitos pueden adquirir maquinaria básica y vender a las industrias, sin pasar por las empresas mayoristas. Con el objetivo de entender cómo funciona la cadena de reciclaje y las relaciones sociales que esta implica, decidí seguir a los objetos y a los sujetos relacionados con estos materiales reciclables en su recorrido por cada eslabón de la cadena. Me enfoqué en tres objetos, los más comunes en los hogares ecuatorianos y con los que trabajan fundamentalmente las minadoras: el papel, el cartón y las botellas de plástico PET (polietileno tereftalato), como se conoce a este material derivado del petróleo.

Es importante distinguir entre dos actores que se encuentran en la base de la cadena del reciclaje. Los recicladores en fuente se ubican nuevamente en el ciclo económico de los materiales residuales producidos por sus propias actividades económicas, por ejemplo, el papel residual de la industria gráfica. Otro ejemplo son los materiales residuales de las actividades en los centros comerciales como botellas, cajas y otros recipientes. La característica de quienes reciclan en fuente es que ponen *nuevamente* en circulación materiales con un valor previo. Por otro lado, su actividad principal no es el reciclaje, por lo que no dependen económicamente de este, aunque, en general, tienen la capacidad de producir grandes volúmenes de material, por lo que son muy apreciados dentro de la cadena de reciclaje. En otra condición están las minadoras, que trabajan con objetos que recuperan de entre los desechos depositados en calles, escombreras y la Estación de Transferencia Norte. A diferencia de los recicladores en fuente, ellas convierten la basura en materiales con valor para el reciclaje.

Primer eslabón: las minadoras

Inicié el trabajo etnográfico en abril de 2016, en la esquina de mi hogar, donde, usualmente, deposito las fundas de basura que genera la familia. Allí conocí a Andrea, una mujer que mina en esa zona. Mi interés por las minadoras me llevó a proponerle que todos los miércoles la esperaría con los materiales generados en mi hogar, limpios y separados. Le pregunté si era conveniente para ella que le separara cajas de leche, papeles, cartones, botellas y otros recipientes plásticos. Me contestó que sí, que todo servía para reciclar. Desde entonces, lavé y guardé esos materiales para entregarlos cada miércoles. En una ocasión Andrea me dijo que también recibía ropa usada, para ella y sus hijos, así que también le separé ropa que mi familia ya no utilizaba. La actividad de Andrea entonces valoriza los objetos desechados sobre la base de dos sentidos económicos: el valor de cambio de los objetos que puede luego vender como materiales reciclables en el mercado y el valor de uso que puede dar a artículos como ropa o zapatos.

Las cajas, botellas y papeles rebosaban en mi pequeña cocina, esperando que cada miércoles viniera Andrea a llevárselos. Uno de esos miércoles le pedí que me dejara acompañarla en lo que le quedaba de recorrido por el barrio América. Este barrio, que sirve de enlace entre el Centro Histórico de la ciudad y el moderno norte, es también conocido como el barrio de las imprentas, pues aloja a cerca de 700 locales dedicados a la industria gráfica. Hace más de 40 años se instaló la primera imprenta, y a partir de entonces la actividad se apoderó del barrio y lo convirtió en un sitio de intenso movimiento económico (Rosero 2014). Para las minadoras es especialmente atractivo, pues, durante los días y horarios de recolección de basura dispuesto por el sistema de gestión de residuos sólidos de la ciudad, este barrio puede convertirse en una auténtica mina en las que las imprentas desechan los residuos de papel y cartón, pero también debido a los desechos de hogares y otros negocios asentados allí.

Entregué a Andrea los materiales que había guardado y en la esquina nos reunimos con su madre. Su nombre es Ana, una mujer de aproximadamente 54 años que aceptó de buena gana que las acompañara. Las dos mujeres eran muy hábiles revisando las fundas de basura: apenas las palpaban por fuera

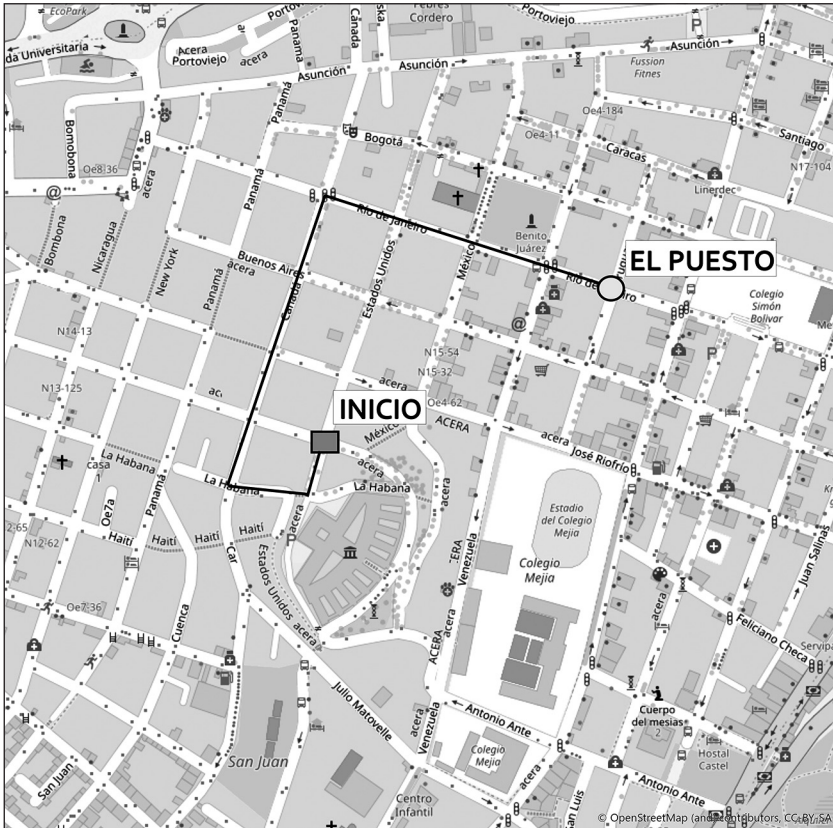
ya sabían si valía o no la pena abrirlas. La pequeña hija de Andrea, que nos acompañaba en el recorrido, abría con sus manitas las fundas y a veces encontraba pequeños tesoros: “¡Una cartuchera!, ¡está sanita!”, dijo. Encontró también un envase de algún dulce con forma de oso y también se lo quedó. La niña se estaba convirtiendo en una experta, “esta funda no la abro porque está babosa”, dijo. Por la forma en la que trabajaban Ana y Andrea se podía notar que tenían mucha experiencia. Ana ha minado por más de 40 años. Se inició en esta actividad desde muy joven al lado de su madre, quien también minaba. Ana, sus hijas, hijos, nietas y nietos se han socializado y continúan socializándose en esta actividad, por lo que naturalizan una determinada forma de relación con los desechos que les permite continuar dentro de la actividad del minado y, por lo tanto, dentro de la cadena del reciclaje.

El recorrido desde mi casa fue corto. Caminamos buscando materiales por la calle Estados Unidos, subimos por La Habana y llegamos a la Canadá, bajamos luego por la Río de Janeiro hasta el cruce con la Uruguay (mapa 3.1). En la esquina nos esperaba el hijo de Ana, Andy, que estaba “cuidando el puesto”. El puesto es el lugar escogido por Ana como punto de acopio. Desde allí, Andrea y Ana recorren las calles recogiendo los materiales. Cuando las cargas están ya demasiado pesadas, vuelven al puesto y descargan; ninguna de las dos mujeres trabaja con carrito o carretillas como otras minadoras que recorren el barrio, ellas cargan todo en sus espaldas. En el puesto se disponían ordenadamente cuatro bultos con los cartones, las botellas y los papeles que habían recolectado desde las cinco de la tarde, cuando empezaba el recorrido.

Unos minutos después llegó al lugar un pequeño camión. Conocí, entonces, a Roberto, la persona que compra el material que Ana recoge. Él y otro hombre pesaron los bultos y los arrojaron al camión. Al final de la jornada Ana y Andrea recibieron seis dólares por su trabajo.² La remuneración que recibieron fue muy baja, considerando que, en ese día, trabajaron ella, su hijo Andy, su hija Andrea y hasta su pequeña nieta. La cadena se beneficia del trabajo mal remunerado de una familia que se ha socializado en la actividad del minado.

² En 2016, año de la recolección de datos, se estableció que el salario básico unificado en Ecuador sería de 366 dólares mensuales. Véase <https://bit.ly/3QapfxE>

Mapa 3.1. Barrio América: el recorrido con Ana



Elaborado con Open Street Maps.

Las condiciones en las que trabajan son muy precarias, pues no cuentan con un espacio físico en el que puedan almacenar los materiales extraídos. Esto hace que se vean obligadas a vender los materiales el mismo día que los recolectan y, por lo tanto, no pueden acumular volúmenes que les permitan mejorar el precio de sus materiales. Tampoco tienen muchas posibilidades de escoger quién les compra, pues al no tener un vehículo dependen de que se recojan los materiales en el sitio en donde los acopian momentáneamente.

La desigualdad se expresa aquí en términos de género y de clase, pero también en otros factores culturales que podrían formularse como una diferencia entre quienes botan desechos y quienes viven de ellos. Esta diversidad empieza a configurarse como una facilitadora para incorporar trabajadoras mal remuneradas en la cadena del reciclaje. Alguna vez le pregunté a Ana si no dudaba del precio que Roberto le ofrecía por los materiales y del peso que le mostraba la balanza que él traía, a lo que me contestó que, por supuesto que dudaba, pero que trabajaba con él porque era el único que le compraba el material a esa hora de la noche; casi todos los otros minadores tienen transporte, pero ella se veía obligada a trabajar con Roberto. Ana está consciente de que los compradores pueden alterar las balanzas con las que pesan el material, incluso conoce las técnicas que utilizan para hacerlo, por ello casi siempre regatea para obtener un mejor precio. “Todos roban”, me asegura Ana, refiriéndose a los dueños de los depósitos.

Ana cuenta que antes entregaba sus materiales en una bodega en el barrio de San Juan, pero que raras veces recibía por ellos cinco dólares; con Roberto, en cambio, en un buen día puede recibir entre 10 y 15 dólares. Ana no relaciona un determinado peso del material con el dinero que recibe. La palabra con la que describe las transacciones es el verbo *dar*. Dice “en este depósito me daban” o “Roberto me da”, como si se tratara de dádivas que dependen de la buena voluntad de quien compra. Le sugiero a Ana que se consiga una balanza y que pese en ella los materiales que entrega, pero me señala que no es posible, que los compradores “se enojan”. Le pregunto por qué se deja robar y me contesta que de algún modo tienen los compradores que asegurarse sus ganancias. Como se puede notar en las transacciones entre las minadoras y los dueños de depósitos, no existen solamente relaciones de mercado, sino que recaen en lo que E. P. Thompson (1995) llamaría economía moral. En esta, las nociones de justo o injusto en las transacciones dependen de relaciones desiguales de poder entre quienes compran y las minadoras; en esas relaciones la diversidad que deviene en desigualdad se torna fundamental. Ana se conforma con lo que Roberto “le da” y este aprovecha la situación de ella: no tiene demasiadas alternativas para buscar otro comprador, a lo que se añade su situación de mujer pobre al frente de la responsabilidad de una familia necesitada de ingresos.

Ana se ha mantenido minando por tanto tiempo porque ha sido una actividad, según sus propias palabras, “rentable”. Me contaba que con lo que ella ha ganado minando ha mantenido y educado a sus ocho hijos e hijas. Noté que sentía cierta satisfacción al contármelo. Ella se había separado de su pareja cuando el menor de sus hijos tenía tan solo tres años. “Con mi trabajo en el reciclaje los eduqué”, me dijo. Además, había dos o tres señoras que le entregaban ropa usada y con ella los había vestido. Claramente se observa que las lógicas económicas de Ana no son puramente mercantiles, se puede decir que recaen más bien en lógicas económicas de aprovisionamiento (Benería, Berik y Floro 2016; Pérez Orozco 2006): ella permanece en la actividad del minado para obtener un ingreso monetario, pero también para proveer a su familia de otros bienes con valor de uso como la vestimenta.

Mientras recorríamos las calles, Ana me enseñaba sobre los materiales, los que servían y los que no. Entonces pude darme cuenta de que muchos materiales que yo reservaba para Ana y Andrea no le servían. Las cajas de leche y los envases plásticos ni siquiera fueron entregados a Roberto. Según me explicaba Ana, solo recogen ese tipo de envases plastificados cuando pueden acceder a ellos en cantidades grandes, pues los precios son demasiado bajos. Las cajas de leche son de cartón “dúplex”, que tampoco se vende bien, pues al ser plastificados no son de mucho interés en la industria. En todo caso comprendí que hacen el recorrido buscando, sobre todo, botellas de agua o refrescos, papel y cartón.

Me pregunté, entonces, por qué Ana y Andrea me recibían las cajas de leche, las botellas de yogur y otros materiales que con tanto afán lavé por meses creyendo que servirían para enganchar a las minadoras en una relación amistosa que me permitiera llevar adelante mi trabajo de investigación. Detrás de ese don había un interés específico de mi parte. Me di cuenta de que su intención al recibir amablemente esos materiales inservibles era engancharme a mí en una relación amistosa que les permitiera acceder a otros materiales valiosos para ellas como ropa y otros objetos que yo podía proporcionarles. Las relaciones que las minadoras buscan dentro de la actividad del minado tampoco son puramente mercantiles como lo muestra la anécdota. Conviene entablar también vínculos sociales de alguna estabilidad con las

señoras que les entreguen objetos con valor de uso para aprovisionar a sus familias. Sin embargo, estas relaciones se entablan en condiciones de desigualdad, pues el intercambio implica dar, recibir y devolver (Mauss 1971). Así, la dignidad del don consiste en que al recibir algo se tiene la obligación de devolver con dones iguales o superiores a los recibidos. En el caso de las minadoras, ellas reciben de las señoras objetos, pero en una situación que no les permite devolver lo dado. Lo que ellas reciben las sumerge en relaciones de poder desiguales en las que sacrifican su dignidad por objetos necesarios para sobrevivir.

Para Ana los ingresos obtenidos de su actividad de minadora han sido suficientes para solventar las necesidades de alimentación y educación de sus numerosos hijos e hijas. Con esta actividad también ha entablado relaciones con personas que le han proveído de vestido para su familia. Se trata de desplegar estrategias de sobrevivencia que le permitan acceder a un umbral material mínimo indispensable para mantener su existencia tanto en lo individual como en lo familiar y social. Solo así se pueden comprender los elementos que hacen que incluso hoy Ana se mantenga dentro de la cadena del reciclaje. La cadena, por otro lado, se beneficia de la necesidad de esta mujer de proveer a su familia, mediante mano de obra barata y dispuesta.

Le pregunté a Ana por qué no se consiguió un trabajo más estable que el de minadora y me comentó que porque su esposo no la apoyaba, y con el reciclaje tenía para el diario. Le dije que en un trabajo estable podría recibir una remuneración mensual que podría gastar poco a poco, pero insistía en que no había tenido ningún apoyo. Le pregunté a qué se refería y me decía que ella sola había tenido que hacer todo, atender a su familia, estar pendiente de la escuela, etc., y un trabajo con horario no se lo permitía. Me contaba que ella siempre estuvo cerca de sus hijos/as en el trabajo, que en ese tiempo no había guarderías en donde dejarles. Ana asume su trabajo de minado de manera muy positiva, pues le ha permitido poner por delante del trabajo remunerado las responsabilidades de aprovisionamiento de su familia.

Esta narración muestra la disyuntiva en la que se encuentran muchas mujeres que deben combinar el trabajo de cuidado con uno remunerado,

en la que las responsabilidades de aprovisionamiento las obligan a conformarse con trabajos mal remunerados. A esto se adiciona el no poder trabajar las horas suficientes para lograr mejores ingresos (Dalla Costa 2006; Legarreta 2006).

La actividad del minado adquiere un marcado carácter femenino; sin embargo, aunque los hijos varones adultos ya no ayuden a Ana a trabajar en el minado, esta actividad funciona para ellos como una especie de salvavidas. El hijo mayor, que es albañil, se quedó sin trabajo, por lo que durante estos meses ha tenido que dedicarse a minar junto con su esposa. Ana permite que compartan el mismo territorio y les ayuda enseñándoles sobre los distintos tipos de materiales y los que vale la pena recolectar, además contacta a Roberto para que les compre el material. Al principio la nuera de Ana se mostraba insegura y no se sentía cómoda recogiendo el material. Le dijo a Ana que tenía miedo de que “le hablaran” las otras minadoras, a lo que ella le respondió que no se preocupara, que nadie tenía por qué hablarle, que la calle es de todas. Me quedó claro, entonces, que en la familia de Ana el minado era una cuestión de mujeres. Su madre le enseñó el oficio del reciclaje. Ana vive del reciclaje, y sus hijas y hermanas lo hacen eventualmente. Los hijos varones solo le ayudaban mientras estaban pequeños. Ahora mismo Ana tenía problemas para que su hijo menor la acompañara. Pude darme cuenta en la mirada, la sonrisa y la actitud del hijo mayor de Ana que la actividad de su madre no era algo serio para él, no era “un trabajo de verdad”, al que, sin embargo, tenía que acudir por necesidad.

Mediante esta narración se puede comprender que otro de los elementos que mantiene a las minadoras en la actividad es la necesidad de ingresos. A través del minado se obtienen ingresos muy bajos aunque relativamente seguros y rápidos, mediante los cuales se pueden afrontar las vicisitudes de la vida diaria en una clara dinámica de sobrevivencia. Se toma lo que hay y lo que se puede para, en condiciones de precariedad laboral, afrontar la incertidumbre acerca del acceso a los recursos que posibiliten reproducir la vida (Precarias a la Deriva 2004). Se puede observar, además, cómo se reproduce generacionalmente la desigualdad, pues esta actividad precarizada es heredada, sobre todo por las hijas de Ana, aunque eventualmente

también por los hijos. Por otro lado, para la cadena de suministro, el minado aparece como una actividad familiar que, sin embargo, esconde las particulares relaciones desiguales de género. Los hijos la asumen como una actividad accesoria, irrelevante, buena solo en situación de emergencia, como una actividad de mujeres, aunque con el minado ellos mismos hayan logrado sobrevivir.

Ana, como muchas minadoras, despliega la actividad del reciclaje sobre la base de un trabajo familiar, constituido típicamente como una estrategia de sobrevivencia de las poblaciones empobrecidas en América Latina. Se acude al trabajo familiar para completar los ingresos necesarios para la reproducción social (Pérez Sáinz 2014). Cuando Ana está sola no sale a reciclar, pues se necesita más de una persona para recorrer las calles recogiendo y cargando los materiales, y al menos otra persona para cuidar el puesto en el que depositan las cargas. En varias ocasiones le ha pasado que, estando sola, acopia materiales en algún punto y cuando regresa alguien más se los ha llevado. Por lo general Andy, su hijo adolescente, cuida el puesto y va a la única imprenta que guarda material para Ana y se lo entrega de manera gratuita. Ana cuenta que antes las imprentas regalaban los residuos de papel y cartón generados por su actividad, pero ahora venden sus residuos a pequeños negocios de acopio como el de Roberto, o a medianas empresas que buscan el material. Este desplazamiento de las minadoras del acceso a los materiales residuales de las imprentas ha sido la consecuencia de un proceso continuado de modernización de la industria del reciclaje. Esta empezó alrededor de los años setenta del siglo pasado y, poco a poco, ha incluido más empresas que entran a producir objetos generados con materiales reciclados, lo cual dinamiza la actividad y atrae a nuevos actores que configuran los eslabones intermedios de la cadena y disputan el material para venderlo a las industrias.

Ana se queda en el puesto unos minutos mientras Andy entra en la imprenta cercana para separar y recoger el papel que ha de llevarse, y dejar limpio y ordenado el local. El muchacho sale con un bulto que apenas puede cargar y lo deja en el puesto, luego empieza con el trabajo de separación del material. Separa el papel blanco del papel con tinta y del químico; estos tipos de papel tienen diferentes precios y Roberto les paga mejor si se lo

entregan separado. Mientras Andy separa el papel, Ana recorre el barrio. La falta de apoyo al realizar las actividades de minado puede dificultar el trabajo e incidir en los ingresos del día. Además, un trabajo adicional al de minado como la separación del material aumenta sus posibilidades de ingreso y para ello también se requiere de cooperación.

En la actividad del minado en el sector del barrio América no es suficiente para extraer los materiales que una minadora haya recorrido un área determinada, pues la basura de las viviendas y los negocios se deja en las veredas desde las cinco de la tarde y permanece allí hasta las diez de la noche, cuando los camiones municipales empiezan a recolectarla. En ese lapso la gente puede sacar la basura en distintos momentos. Ana trabaja usualmente desde las seis hasta las nueve de la noche. A veces, mientras sube y baja varias veces por las mismas calles, se puede encontrar nuevas bolsas; algunas pueden ser verdaderas minas, como la que encontramos subiendo por segunda vez por la calle Río de Janeiro, a una cuadra del puesto, llena de botellas PET. Para Ana es cuestión de suerte tener un buen día o un mal día recogiendo el material. Cuando no tiene suerte, se conforma con las pingües remuneraciones que consigue. Ella asume el riesgo de la actividad y sumisamente acepta las condiciones de su trabajo precario, con altos niveles de autoexplotación, muy convenientes para los otros eslabones de la cadena de suministro.

Ana también relaciona el descenso de volumen de material extraído con el aumento del número de minadores/as que trabajan en el barrio. Ella tiene definido el territorio en el que lleva a cabo su actividad: se mueve entre la calle Nueva York y la avenida América de este a oeste, y las calles La Habana y Asunción, de norte a sur. Disputa con otras minadoras este territorio. Ana conoce a quienes considera legítimas en este territorio y los diferencia de quienes no lo son. En algunas narraciones cuenta que la defensa de ese territorio puede llegar a ser violenta. En ocasiones ha llegado a disputar el territorio a golpes con otras minadoras y ha tenido que mediar la policía. La mayoría de las veces, sin embargo, son reprimendas e insultos los instrumentos para marcar el territorio del reciclaje en el barrio. Con las minadoras legítimas, en cambio, pude observar relaciones de cordialidad e incluso de solidaridad, por ejemplo, cuando se ayudan a cargar los pesados

bultos en las espaldas. En una ocasión, cuando subíamos por la calle La Habana, vimos a lo lejos a una minadora con una gran carga en la espalda. “Ya se han bajado”, exclamó Daniel, un nieto de Ana, refiriéndose a una mujer que estaba minando en un territorio que no era el suyo, pues era minadora del barrio San Juan. Ana comentó que, en contraste con esa mujer y a pesar de que en San Juan había bastante cartón, por no pelear no lo había recogido cuando bajaba desde su casa de camino al barrio América. Dejamos atrás a la invasora y seguimos nuestro camino. Defender su territorio es una de las estrategias de Ana para gestionar la competencia con otros emprendedores que como ella constituyen el eslabón base de la cadena del reciclaje. También aquí se observa cómo Ana asume de manera individual y familiar el riesgo que representa la competencia con otras minadoras. Es interesante observar cómo se construyen códigos de comportamiento frente a otras minadoras, lo que permite una organización tácita de trabajo que asegura una rentabilidad mínima de la actividad; por otro lado, ciertos repertorios de violencia permiten a las minadoras controlar de alguna manera los territorios en los que desarrollan su trabajo (Bourgois 2015).

El territorio en el que Ana trabaja es definido no solamente por las ganancias que genera la actividad, sino también por la seguridad. Ana no recorre por calles a las que considera inseguras. Lo hace únicamente hasta la calle Uruguay. Menciona que desde la avenida América hasta El Ejido deambulan muchos indigentes que, según su percepción, vuelven a la zona peligrosa. Sin embargo, me asegura que nunca ha experimentado sucesos delincuenciales lamentables mientras ha estado trabajando. También observé cómo asume el riesgo de su actividad minando en las calles de Quito.

Por las bajas remuneraciones que obtiene en el minado, Ana se ve obligada a buscar otras alternativas. No basa sus estrategias de sobrevivencia únicamente en el minado en el barrio América, donde trabaja los lunes, miércoles y eventualmente los viernes. Acude también a un depósito de materiales reciclables en Chillogallo, en el sur de la ciudad, a donde la dueña la llama a trabajar informalmente y solo en caso de necesitarla. Por la mañana, las dos mujeres recorren las imprentas en busca de papel. Ana carga los bultos y los arroja al camión; por la tarde, clasifica el papel recolectado. Por ese día de trabajo recibe 10 dólares. Ana, por

tanto, se involucra en la cadena de reciclaje como emprendedora en el primer eslabón, recolectando de entre la basura los materiales reciclables y luego vendiéndolos a un depósito, y también como mano de obra informal en el segundo eslabón, al cargar y separar material en un depósito.

Si la mujer del depósito no la llama a trabajar, Ana busca otros barrios para minar, y generalmente acude al barrio La Vicentina los martes. Los meses durante los que la seguí en su trabajo fueron casi todos fríos y lluviosos, lo que dificultaba el trabajo del reciclaje porque los compradores no aceptaban material mojado. Le pregunté a Ana cómo se las arreglaba para ganar el dinero que necesita para vivir cuando en épocas como esta, de tanta lluvia, no podía salir a reciclar y tampoco la llamaba la señora del depósito. Me contestó que se llevaba a casa la chatarra que recogía en la calle, como latas de cerveza u otros objetos metálicos para acumularlos. En caso de no tener trabajo vende poco a poco ese material. “Es como unos ahorros que yo tengo”, me asegura. Cada vez que sale a vender la chatarra obtiene más o menos 5 dólares. Luego me aclara que el padre de Andy le pasa una cierta cantidad de dinero mensual que ocupa en comprar lo más esencial para la alimentación, como arroz o papas. Con lo que obtiene del reciclaje solo compra los acompañados como carne o pollo, y le sirve para otras necesidades de ella y de su hijo. Además, los sábados y domingos vende papel higiénico en la entrada de los baños del cementerio de San Diego, donde trabaja el padre de su último hijo. En el cementerio existen ocho baños, el administrador le dio a Ana y a su hijo un puesto en uno de los baños y a su hija Andrea otro. La familia cuida los puestos celosamente, pues en un día de vender papel higiénico pueden obtener 10 dólares o más. También utiliza los envases de las botellas PET de un litro, los corta y los vende como floreros para colocar las ofrendas a los difuntos, a 25 centavos cada uno, con lo que tiene una entrada extra.

Como se puede notar, los ingresos de Ana pueden variar mucho de mes a mes, pues dependen de varios factores: el clima, la necesidad de trabajo en el depósito, la suerte para encontrar materiales en los recorridos por los barrios, en los que pululan otras minadoras y hasta la época del año, pues existen temporadas muy marcadas en las que se consumen y desechan más materiales reciclables, como Navidad, año nuevo, días del Padre y de la

Madre, etc. Sin embargo, la característica de las estrategias de sobrevivencia de Ana es la diversificación, pues si no recibe ingresos desde una de las fuentes, lo hace mediante otras.

Le pregunté cuántos años ha trabajado en el minado. Me pidió que calculara, pues su primer hijo ya tiene 35 años. Calculé entre 40 y 45 años, pensando en las anteriores narraciones de sus inicios en el trabajo del minado. “Sí ha de ser”, me contestó. “Si yo salía con mi mamá desde que era guambra”, me comentó. Le pregunté si no le habría gustado tener otro trabajo, uno con más garantías sociales. Después de pensarlo un poco, me dijo que sí habría sido bueno porque ella ahora ve cómo otros tienen seguro social y seguro médico, en cambio ella no tiene nada. “Cuando sea mayor me tocará vivir arrimada de mis hijos”, me dijo. Ahora que han pasado los años para Ana, se da cuenta de la vulnerabilidad que representa no tener un seguro de pensiones que le permita afrontar sus años de vejez en los que sus facultades para trabajar disminuirán.

Tantos años de trabajar en el minado han afectado la salud de Ana. Lo que más le molesta son las rodillas. Al ir al centro de salud la doctora le inyectó Neurobión. La medicina le había hecho muy bien, pero para mejorarse completamente la doctora le recomendó que no caminara mucho, que no subiera gradas, que no alzara cosas pesadas, etc., etc., lo que para Ana es imposible, pues ese es su trabajo: caminar y cargar. La doctora del centro de salud de Toctiuco atiende a Ana desde hace varios años, controla su salud y está pendiente de las vacunas que debe recibir por el riesgo que conlleva su trabajo. Cuando le pregunté si alguna vez se había cortado revisando las fundas de basura, me contestó que sí, pero que estaba vacunada de todo, que su doctora estaba pendiente. Además, en muy pocas ocasiones compra la medicina para ella o para su hijo, pues se la proporcionan en el centro de salud. Sin embargo, al parecer, por sus narraciones, estas prolijas atenciones en el centro de salud del barrio no corresponden a una política de Estado en relación con las minadoras, sino a una cordial relación personal de años con la doctora que allí trabaja. En todo caso, las políticas de Estado de salud universal han significado para Ana un cierto grado de seguridad para afrontar las posibles afectaciones en su salud y la de su familia que, de otra manera, no podrían ser sorteadas debido a los

bajos ingresos que sus estrategias de sobrevivencia le proveen. Sin embargo, esta relativa seguridad no puede evitar para Ana una vejez en enfermedad, pues no puede dejar un trabajo que es el causante del paulatino y progresivo deterioro de su salud, así como tampoco puede evitar la desprotección social ante la ausencia de una pensión que le permita sortear con dignidad sus años de vejez.

Este recorrido etnográfico me permite adentrarme en las formas que toma la actividad del minado en el primer eslabón de la cadena del reciclaje. Se trata del trabajo de una mujer empobrecida en gran parte por el funcionamiento de una cadena de suministro que obtiene sus ganancias del trabajo precarizado. Para facilitar la incorporación de trabajadoras en esas condiciones, la diversidad que se torna en desigualdad es central, pues su identidad de mujer pobre, al frente de la responsabilidad de aprovisionamiento de su familia, establece la conformidad con la que asume las bajas remuneraciones obtenidas por su trabajo y todos los riesgos económicos y sociales que la actividad implica. Se dibuja así un escenario de superexplotación (Tsing 2009), en el que la rentabilidad de la cadena depende, en gran parte, de aspectos culturales, entre los que se cuentan, además de aquellos referidos al género, otros que tienen que ver con la socialización de una mujer y su familia con una forma de relacionarse con el desecho. En el caso de Ana, el minado es casi una tradición en su familia; su madre reciclaba, también lo hacen sus hijos y nietos; esta socialización permite naturalizar una relación particular con el desecho. Son personas que pueden abrir fundas de desperdicios de otros con sus manos desnudas para extraer de ellos aquello que consideran valioso de alguna manera, ya sea por su valor de uso o su valor de cambio. No todas las personas estarían dispuestas a realizar un trabajo de esa naturaleza. Ser mujer, pobre y dispuesta a trabajar entre la basura son elementos no económicos de los que depende la cadena de suministro del reciclaje en Quito.

Segundo eslabón: los depósitos

En el siguiente nivel de la cadena están los depósitos. Estos son pequeños negocios que fundamentalmente reciben y almacenan los materiales hasta obtener volúmenes atractivos para comercializarlos. Las minadoras

pueden tener pequeños depósitos, pero generalmente quienes los tienen son comerciantes que compran a las minadoras, aunque sus materiales pueden provenir también de otras fuentes. Estos son, en general, negocios informales, cuyo rol es concentrar el material en un espacio. Existen, sin embargo, depósitos en los que se realiza un trabajo de separación de los materiales; en el caso del papel, por ejemplo, se lo separa por tipos, que tienen diferentes precios en el mercado. El trabajo de clasificación incide en el precio al que será vendido el material al siguiente eslabón de la cadena. Estos negocios se caracterizan por contar ya con algún medio de transporte que les permite acarrear materiales a grandes distancias y llegar hasta las medianas empresas intermediarias o incluso a las industrias. Las ganancias de estos negocios, en general, son bastante altas y dependen de los volúmenes alcanzados, que repercuten en el diferencial entre el precio de compra y venta del material.

Desde que supe que a Ana le servía solo el papel, el cartón y las botellas PET que yo podía reunir para ella, solo guardo ese material, que luego se lo entrega a Roberto. Una de esas noches en que acompañé a Ana en su trabajo, me contacté con Roberto, con el propósito de pedirle que me permitiera observar el trabajo que se realiza en el depósito; acordamos día y hora. Me dirigí al depósito y allí conocí a Luisa, la esposa de Roberto, quien me recibió amablemente y me permitió entrar al local. El lugar no era muy grande, pero estaba lleno de enormes bultos de papel. Según me explicaba Luisa, en su depósito se trabaja con diferentes tipos de papel y cada uno tiene diferente precio, de acuerdo con el costo que implique reutilizarlo en la industria. También reciben en el depósito plástico duro, plástico suave, chatarra, cobre y bronce.

En el depósito estaban Luisa, su hijo —un pequeño de tres años— y una mujer que en ese momento se encontraba separando los tipos de papel. En este negocio familiar, Roberto se encarga de recolectar en su camión el material rescatado de la basura por las minadoras, mientras Luisa atiende el establecimiento al que las minadoras y otros agentes van a vender materiales reciclables y también separa el material. Para ello la familia emplea a otra mujer, quien también separa el material además de cargar y apilar los pesados bultos para aprovechar el escaso espacio disponible en el local.

Según me cuenta Luisa, ella no maneja las finanzas del negocio; Roberto lo hace y ella solo recibe como remuneración el dinero que obtiene por la venta de las cajas de cartón, que tienen buena demanda en el sector. Roberto, entonces, maneja los ingresos del negocio y la economía familiar. Ellos son una joven pareja de aproximadamente 30 años que tienen tres hijos, el menor de ellos acompaña a Luisa en el local, los dos primeros van a la escuela para luego reunirse en el depósito con su madre. Para Luisa el trabajo en el depósito es visto como una forma de colaborar con la economía familiar administrada por Roberto, por lo que se conforma con una pequeña remuneración. Según me relata, prefiere trabajar allí porque así tiene tiempo de cuidar a sus tres hijos. Indica, orgullosa, que ella misma cuida de sus hijos, mientras la hermana de Roberto, una exitosa comerciante del reciclaje tiene a sus hijos “botados”. Luisa pone su identidad de madre por delante de la de trabajadora; la escasa remuneración que recibe es para ella secundaria, pues primero se encuentra el bienestar de su familia. Se puede notar aquí una ética de la maternidad (Sau 1991) en la que Luisa busca ser reconocida fundamentalmente por su condición de buena madre, que resulta conveniente tanto para Roberto como administrador de la economía familiar y propietario del negocio, como para la misma cadena de reciclaje, que reduce los costos de producción de los materiales reciclables.

Además, está el trabajo de la empleada contratada bajo palabra para separar el material. Se trata de la contratación informal de una trabajadora precarizada sin ningún tipo de beneficio laboral. Esta situación también es muy conveniente para la ganancia de la cadena. En este eslabón se evidencia cómo la cadena del reciclaje, a través de un emprendimiento familiar, usa las diferencias de género y clase. Los datos etnográficos que luego presento muestran cómo logran obtener altas tasas de ganancia, pues conocer con exactitud las ganancias de estos negocios es difícil, debido a que, como en el de Roberto y su familia, muchos son informales.

Luisa me decía que su trabajo en el depósito consiste en separar el papel para luego entregarlo a las empresas intermediarias. El trabajo de separación tiene un costo, que es el que mueve su negocio, pues lo que más se comercializa es el papel mixto que se produce como residuo en las

imprentas y que requiere de un arduo trabajo de clasificación, se separan papeles de diferentes texturas: los gruesos y blancos tipo bond, de los papeles copia más delgados. Al entregarlo a las empresas intermediarias sin separar, no se obtiene la suficiente ganancia. Las minadoras pueden o no entregar el papel separado; si lo hacen, como en el caso de Ana, reciben un mejor precio; en caso contrario, el depósito recibe el papel y el trabajo allí consiste fundamentalmente en separarlo.

En otra ocasión en la que fui al depósito con el propósito de observar el trabajo que allí se hacía, pude ver que, en la calle, frente al local, estaba estacionado un camión. Unos seis o siete hombres conversaban animadamente en la parte de atrás del vehículo. Eran trabajadores de la empresa intermediaria que compraba el papel que Roberto y su familia acumulaban durante la semana. Al verme Roberto me saludó y me explicó que la empresa intermediaria envía un camión para recoger el material acumulado. Allá el papel iba a ser pesado para luego compactarlo y enviarlo a la industria procesadora, que lo convertiría en nuevos productos. En la empresa intermediaria también se realiza la separación, me explicaba Roberto, porque otros proveedores entregan el papel sin separar, pero no en su caso, pues él aumentaba las ganancias de su negocio con el trabajo de separación realizado por su esposa y la trabajadora. Por otro lado, la ganancia del negocio consistía en la posibilidad de almacenar el material suficiente. Así, la empresa intermediaria tenía el incentivo de enviar su propio vehículo a retirarlo.

Mi curiosidad por entender el trabajo en el depósito me llevó a pedirles a Roberto y a su esposa una entrevista para conocer con mayor profundidad su trabajo. Finalmente, después de mucha insistencia, logré concretar una reunión con Luisa. Su relato fue muy vívido y me proporcionó información importante sobre el funcionamiento de su negocio. Le pedí que me contara sobre los inicios de sus actividades en el reciclaje. Me contó que Roberto y sus hermanas y hermanos migraron desde Latacunga a Quito, todos a temprana edad. La primera en migrar fue la hermana mayor, quien se puso un negocio de venta de granos. Luego migró el hermano mayor, quien por un tiempo trabajó con la hermana en su negocio y luego se dedicó al reciclaje, en el que se involucró gracias a la familia de su esposa.

En realidad, al principio, la actividad de los pequeños depósitos consistía en limpiar los locales donde funcionaban las imprentas, por ello quienes lo hacían recibían una botella de gaseosa y adquirían el material de manera gratuita. Con el pasar de los años y con el desarrollo de la industria del reciclaje, las imprentas empezaron a vender el material. En esa época empezó a trabajar el hermano de Roberto, quien se montó un negocio de compra y venta de material reciclable. Uno a uno los hermanos de Roberto migraron a Quito y todos trabajaron en algún momento con el hermano mayor en el reciclaje ayudando a limpiar los locales y cargando el material. Por ello recibían pingües remuneraciones que, sumadas al alojamiento en casa del hermano, hacían posible vivir en la capital. La actividad del reciclaje significó para la familia de Roberto la posibilidad de abrirse camino y de encontrar oportunidades fuera de su ciudad natal.

Cuando Roberto se casó, aproximadamente hace 13 años, aún vivía en casa de su hermano y continuaba trabajando para él. Las necesidades de la naciente familia hicieron que él y Luisa buscaran otras alternativas, pues la remuneración que recibían por trabajar en el depósito del hermano de Roberto no era suficiente. Él consiguió un empleo en el que le ofrecían una remuneración de 200 dólares mensuales que estaba dispuesto a aceptar. Luisa sugirió a su esposo aprovechar que él conocía a la gente de las imprentas e intentar por un día trabajar en el reciclaje. Así lo hicieron, aquel día visitaron las imprentas y obtuvieron el papel a crédito. Colocaron los bultos de papel en los exteriores de los locales hasta conseguir un transporte que trasladara el material a la empresa intermediaria. Algunos de los bultos fueron sustraídos, pero los que alcanzaron a reunir fueron suficientes para llevarlos a la empresa. El dueño permitió que separaran el papel en sus instalaciones. Al final recibieron por el trabajo de un solo día 200 dólares. Para Luisa y Roberto no cabía duda de que la mejor decisión era dedicarse al reciclaje a pesar de no tener los recursos necesarios para comenzar.

El relato de Luisa muestra la historia de sujetos migrantes que vienen a la capital en busca de oportunidades; las encuentran en el reciclaje, un sector que ofrece favorables tasas de ganancia. Al cabo de más o menos cinco meses de haber iniciado, el negocio había adquirido más clientes, por lo que la pareja pudo arrendar un pequeño local en el mismo sector de las

imprentas. El negocio mejoraba día a día y los volúmenes acumulados les permitían obtener mayores ganancias.

Una de las hermanas de Roberto le pidió trabajar en su depósito, pues ella, al igual que Roberto, luego de salir del negocio del hermano mayor, quien la explotaba, había iniciado con un pequeño negocio de reciclaje. Roberto tenía acceso a un local y ella, en cambio, había adquirido una camioneta. Al final esta asociación no duró mucho, la hermana continuó con el negocio de manera independiente. Hoy ella tiene dos locales, una máquina embaladora, un montacargas, maneja volúmenes de material más grandes y logra entregar el material directamente a las industrias, por lo que tiene mayores márgenes de ganancia. Además, en estos 12 años aproximadamente, ha logrado acumular un patrimonio. Al preguntarle a Luisa por qué la hermana ha acumulado más que ellos, contesta:

LUISA. Porque para qué, le voy a ser sincera, el dinero no lo manejo yo, maneja mi esposo, ¿qué le puedo decir?, es responsable de todo, pero [...] no tiene un buen manejo del dinero. Por ejemplo, mi cuñada ya tiene casa de tres cuatro pisos con el negocio, yo en cambio no tengo casa, lo que mi esposo se ha propuesto es comprar carros.³

Al cabo de seis meses de haber conseguido el local compraron a crédito una camioneta, con la cual el negocio prosperó y consiguieron incorporar a un trabajador. Al poco tiempo compraron un auto, que, según Luisa, les resultó defectuoso. Vendieron el auto y dieron la entrada para comprar una casa, pero hicieron el negocio con una constructora fraudulenta y perdieron no solo la entrada, sino las cuotas que habían pagado en su totalidad. Hace aproximadamente tres años compraron a crédito un camión que, por solidaridad familiar, entregaron a otro hermano de Roberto y que fue robado.

LUISA. Es que mi esposo es bueno, él tiene un hermano que vivía en Cuenca, entonces veía que él pasaba mal allá, le ofrece y le dice ven a trabajar acá yo te ayudo, dice, [...] ven acá trabaja, métete en el negocio, el negocio es

³ Entrevista a Luisa, propietaria de un depósito de materiales reciclables, Quito, julio de 2017.

bueno y le presta el camión a él para que trabaje y él se metió a trabajar con un chico, un negrito, tonces trabajaban trabajaban y un día llegan a conversar de negocios, sería las nueve de la noche y se pusieron a conversar en la sala de los negocios. Ahí es lo que nos roban el camión, dejan afuera parqueado, después vuelta que ya se iban a la casa, salen y el camión no había.

Al cabo de un tiempo, y a pesar de la oposición de Luisa, Roberto adquirió nuevamente a crédito otro camión para su hermano con el argumento de que lo necesitaba para trabajar. El crédito está a punto de ser cancelado en su totalidad. Es importante notar cómo la ganancia del negocio del reciclaje, basado en el trabajo precario de Luisa y otra trabajadora, permite comportamientos de solidaridad enfocados hacia la familia, pero también permite a los negocios crecer y acumular en corto tiempo, un patrimonio o, como en el caso de Roberto, sortear las vicisitudes de la vida cotidiana y las malas decisiones.

Como mencioné, uno de los rasgos más sobresalientes de los pequeños depósitos es la informalidad con la que se los lleva adelante. La hermana de Roberto optó por formalizarse y tiene un pequeño local de acopio en el barrio América. Esta mujer vende directamente el papel reciclable a la empresa Familia, una transnacional que lo utiliza como materia prima de sus procesos industriales. Luisa comenta que ella y Roberto quisieron hacer lo mismo, pero se presentaban dificultades en relación con la formalización del negocio.

LUISA. Eso una, otra toca facturar todo lo que se manda, todo, todo, todo, tiene que facturar, no puede quedar nada. Nosotros vendiendo directo [a las industrias] tendríamos más precio, tonces nosotros podríamos por ejemplo como mi cuñada hace, ella le compra a mi cuñado, compra a otras personas así como nosotros que compramos, les compra porque tiene más precio, tonces ya es más cantidad de material que ella tiene, tonces los embarques, ella tiene que pagar la plataforma del embarque ir allá, hace cuentas, toca esperar creo que ocho días o quince días para los pagos, tonces hay que tener dinero también para invertir y [...] como que nos animamos. Hay que formalizarse y usted sabe con eso del SRI no hay como descuidarse nada, facturar mucho igual no hay cómo, ya es más riesgoso.

Por eso más le corrió mi esposo, porque hay que facturar y eso del SRI que es medio raro, hay que saber bien eso de las facturas y todo eso. Tocaría pagar contadora, pero igual a veces fallan.

Para Luisa la formalización de su negocio significa una dificultad y un riesgo que eventualmente ella y su esposo estarían dispuestos a correr, pues vender de manera directa a la industria implica mayores márgenes de ganancia. Sin embargo, les detiene el desconocimiento de los procesos del Servicio de Rentas Internas (SRI). Además, temen entrar en una nueva forma de negocio que implica otras maneras de organizar el trabajo, adquirir maquinaria, conseguir y manejar mayores volúmenes de material. Tal vez son estas las razones de la baja formalización de este tipo de negocios, pues en 2016 el SRI apenas registraba 297 personas naturales y jurídicas dedicadas a esta actividad en Quito (Zabala 2018).⁴ La informalidad del negocio de Luisa y Roberto no solo se refleja en su resistencia a la facturación, sino en cómo se incorporan a su negocio trabajadores y trabajadoras.

LUISA. Para cargar bueno cargan, pero para clasificar así conmigo, no rinde la gente, ya aprenden a clasificar así todo, pero, por ejemplo, ahí en esas tulas que está ahí, yo por lo bajo me hago una tula⁵ diaria, cuando el material está un poco más bueno se hace dos diarias y cuando vienen a trabajar le juro que no llegan ni a media tula [...]. Yo sí ya decidí no coger a nadie. [...] [La señora que trabajaba antes] en la semana me sacaba dos coches [tulas] y créame con el peso de 250, 200 kilos a la semana. A la semana hay que sacar el viaje prácticamente, por lo bajo ella tenía que sacar cinco coches [...]. Le teníamos porque a veces me ayudaba a alzar todo eso [...]. Hasta que un día antes de que empiecen a trabajar se les dice que el negocio no

⁴ La actividad de los depósitos se describe formalmente en el Servicio de Rentas Internas de la siguiente manera: “G466930, venta al por mayor de desperdicios y desechos, chatarra metálica y de materiales para el reciclado, incluido la recolección, clasificación, separación y el desguace de productos usados, como: automóviles, ordenadores, aparatos de televisión y otros tipos” (Zabala 2018, 37).

⁵ Tula o coche son las palabras con las que se designa a los bultos en los que se introduce el papel clasificado.

está legal, no aseguramos, no tenemos nada de esto. Sí les ofrecemos pagar el sueldo básico lo que es de la ley y el almuerzo, pero asimismo siempre y cuando vengan trabajen como es y me ayudan porque de aquí mismo sale para pagarles, les decimos. Pero la señora no trabajaba ya [...], si es que ella quería trabajaba y no había cómo decirle nada, ya no sacaba ni medio coche, no barría. Mi esposo decía ya no es ayuda, a veces ni para el almuerzo saca. [...] Mi esposo le había dicho si quiere seguir trabajando que trabaje, pero según lo que ella haga y hay que ver al peso para poderle pagar porque sueldo no puedo pagarle y en eso se molestó la señora, que tienen que pagarle el sueldo que ella viene todos los días [...] normalmente venía de las ocho hasta la cinco de la tarde, horario completo. La señora se molestó dijo que no [...]. Fue grabando aquí, había estado grabando lo que yo estoy trabajando. Dice no, don Roberto, yo no trabajo más aquí, ya no trabajo y sabe qué, me voy. El Roberto le dice bueno yo no le puedo obligar a que se quede a trabajar. [...] Venga tal día yo le cancelo porque ahorita igual no tengo, tengo que sacar material, vendo el material y le cancelo. Dice la señora, yo me voy a ir al Ministerio, cuando le llamen allá, va allá y ahí me paga o sea que nos iba a denunciar.

El relato de Luisa muestra la naturalización del trabajo informal. En este caso, se trata de una mujer que acepta condiciones de precariedad e informalidad, pues al final de todo ella decidió no demandarlos. A pesar de que Luisa está consciente de la ilegalidad, lo justifica debido a la supuesta baja productividad de la trabajadora. La sinceridad al confesar, antes de contratar, que su negocio no es legal y que no ofrecen prestaciones sociales, sumada al ofrecimiento de un salario mínimo que es percibido casi como un privilegio, es suficiente para exigir una determinada productividad. El riesgo de sanciones por parte de las autoridades involucradas en controlar que se cumplan los derechos laborales es visto como gajes del oficio, aunque Luisa prefiere no correr ese riesgo y trabajar sola por más esforzado que sea, antes que contratar a una persona ofreciéndole los beneficios de ley. Se puede intuir, sin embargo, que esta forma de asumir el trabajo en el depósito dificulta mucho el despliegue del negocio, pues gran parte de su ganancia depende del volumen de material adquirido, que requiere de mayor cantidad de mano de obra.

Existen dos formas de generar ganancia en los centros de acopio. La primera de manera informal, sin pagar impuestos y precarizando a quienes trabajan; se recibe el material mediante transacciones, en parte, no mercantiles, pero con bajos volúmenes que se venden a los intermediarios más grandes. La otra manera de generar ganancia es manejando grandes volúmenes para entregarlos directamente a las empresas industrializadoras que ofrecen mayores márgenes de ganancia. Para esto es necesario formalizar los negocios, lo cual no implica que se formalice a trabajadores y trabajadoras ni se adquiera la materia prima solo mediante transacciones mercantiles. Elegir una u otra lógica de negocio determina el eslabón en el que cada uno se posiciona dentro de la cadena del reciclaje. La segunda manera de generar ganancia permite el *upgrading* dentro de la cadena, es decir, abre posibilidades de ascenso o desplazamiento hacia actividades de valor superior (Supervielle y Rojido 2009).

Escalar el eslabón parece muy conveniente, pues se genera mayor ganancia sin necesidad de formalizar a quienes trabajan dentro de los propios negocios. El eslabón ascendido compra el material a otros negocios que, a su vez, como en el caso de Roberto, precarizan el trabajo familiar y de otras personas. Además, permite continuar adquiriendo el material de trabajadoras que laboran en condiciones de informalidad y precariedad. Mientras más se escala en el eslabón, más posibilidades de explotar las diferencias, es decir, la condición de mujeres pobres y dispuestas a un trabajo mal remunerado y sin garantías sociales.

El negocio en el depósito de Roberto se nutre del material reciclable que consigue acopiar. Es decir, la viabilidad del negocio y su ganancia dependen de adquirir un volumen mínimo atractivo para las medianas empresas intermediarias, de manera que estas envíen sus propios vehículos a retirarlo. El depósito se provee de material mediante dos fuentes principales. La primera son los recicladores en fuente, en este caso las imprentas ubicadas, casi todas, en el barrio América; la otra son las minadoras, aunque también Roberto ha conseguido como clientes a personas que residen en el barrio y acumulan material en sus hogares.

Al preguntarle a Luisa sobre los mecanismos que utilizan para reclutar clientes, su primera respuesta estuvo referida a los negocios de las imprentas.

LUISA. De lo que me conversa mi esposo, él se gana los clientes por la rapidez de la empacada, por ejemplo en las imprentas dice que hay señores que tienen mejor precio que nosotros, pero [...] por ejemplo mi esposo ayer se fue a una imprenta, una nueva que consiguió, el señor dice que ha tenido tres, cuatro personas que estaban en opción para darles a ellos y una amiguita de nosotros nos avisó ayer [...] y se fue, dice que le conversa el dueño que los precios que ellos le han dejado son mucho más altos que los que le está dando. Mi esposo le ha dicho vea, yo le soy sincero, yo le doy precios para poder trabajar, para poder venir a sacar el material siempre, porque si yo le alzo los precios a los precios que ellos le han dejado, yo le vengo a sacar una o dos veces y de ahí ya no vendré a sacarle. Él le ha dicho que con una persona que iba a las ocho de la mañana y dice que ha sabido salir a las cuatro de la tarde, empacando y creo que clasificando, han sabido demorarse todo el día utilizando el local y, claro, les estorba que trabajen ahí. Mi esposo ha ido ayer, ha llegado allá a las doce y ha salido de ahí a las dos de la tarde. El señor le ha dicho vea, a mí no me importan los precios, lo que me importa y lo que me gusta es su rapidez. Lo que sí, Roberto hace en costales grandes, él mete en costales grandes y a veces los de las imprentas tienen pesas. El señor ha tenido una pesa de plato, una pequeña, y le ha dicho, pesemos aquí. Mi esposo le ha dicho esa pesa es para unos sesenta kilos. Esos costales pesan más de sesenta kilos, si usted quiere le peso ahí, pero su balanza se le va a dañar. Por qué hace tan pesados, le ha preguntado. Esa es mi forma de trabajar le ha dicho o sea mi rapidez de trabajar porque si yo cojo costales pequeños a estar empacando, me voy a demorar más, mi rapidez es coger el costal grande y meter lo que más avanzo, esa es mi forma de hacerle lo más rápido que yo pueda, mi balanza igual es trabajada para que avance el peso que yo trabajo, esa es mi manera de yo ayudarle, de trabajarle rápido y dejarle el espacio limpio para que usted pueda seguir trabajando.

En este extracto del relato se puede notar cómo Roberto organiza su trabajo y utiliza estrategias para obtener clientes que le garanticen el aprovisionamiento de material, así como para maximizar sus márgenes de ganancia. Por un lado, él aprovecha el hecho de tener un local para clasificar

el material y de esa manera no utiliza los locales de las imprentas, como, al parecer, hace la competencia. Esto constituye una ventaja a la hora de negociar los precios de los materiales, pues ofrece rapidez en el desalojo del material de los locales a cambio de un mejor precio. Por otro lado, Roberto hace lo posible por utilizar sus propias balanzas, pues es conocida la desconfianza en todo el sector del reciclaje, ya que se pueden alterar las balanzas mediante múltiples mecanismos. De esta manera asegura un peso conveniente para él y maximiza sus ganancias.

La competencia con otros agentes que realizan el mismo trabajo que Roberto es ardua. Lo interesante de esa competencia en este sector de la ciudad es que esta se produce entre familia, pues, según me cuenta Luisa, casi todos son parientes. En varias ocasiones entre hermanos se han cruzado los clientes, lo que ha ocasionado fricciones familiares que con el tiempo han aprendido a manejar.

LUISA. Al principio sí, para qué le voy a decir. Al principio sí se peleaban, se enojaban, unas veces el uno se ponía a sacar papel y el otro se ponía a pelear, pero después ya creo que han ido poco a poco comprendiendo que hay espacio para todos, hay imprentas, por ejemplo, que sacan al que llega más primero, el que ya no ganó, ya le ganó el otro, pero ya no pelean, ya no discuten. [...] Aquí es familia casi la mayoría que vienen a sacar. Con la familia de la esposa de mi cuñado tuvieron problemas al principio, una vez con mi cuñada se pegaron por el papel mismo, porque ella estaba sacando papel y llega la otra señora y le armó un relajo, pero demasiado y ahí se pegaron.

De la narración se puede intuir que entrar en el negocio estando afuera de las redes familiares no debe ser nada fácil, pues el sector está prácticamente tomado por la familia de Roberto. Esta es una manera de establecer barreras de entrada a este eslabón de la cadena, impidiendo el ya mencionado *upgrading*, especialmente para quienes están más cerca de ella como las minadoras. Así disminuye la competencia con otros agentes del mercado y aumentan las posibilidades de manejar, favorablemente, las transacciones con proveedores y con las empresas que compran el material. Poseer

capital social (Portes y Vickstrom 2012), es decir, pertenecer a una red de relaciones familiares que garanticen acceder a este eslabón es un elemento fundamental en la organización de la cadena del reciclaje. Capital social y acaparamiento de oportunidades se tornan en formas mediante las cuales se reproducen las desigualdades.

Otra de las fuentes de aprovisionamiento de material en el depósito son las minadoras. Al preguntarle a Luisa cómo consiguen que ellas les entreguen el material contesta:

LUISA. Yo creo que el trato y lo que se les paga ahí la plata, el peso también ven y también el lugar. Por ejemplo, la mayorcita que vino por el parque América, no sé si ha visto usted, hay como dos o tres mayorcitos que reciclan igual, ellos reciclan de noche y en cambio de día le venden a mi cuñada, por ejemplo, la señora vendía arriba, pero empezó a venir acá, no tanto por el precio, sino por el trato. Viene, me pesa y me da mi costalito, no tengo problema con usted, en cambio allá tenía que esperar hasta que venga la señora, hasta que pese a los demás, a veces el tiempo, a veces no me pagaba. A veces decía “más luego le doy”, y vea que la señora baja desde allá, viene cargado el costal.

Según Luisa, el trato mantiene satisfechos a sus pequeños proveedores. Es interesante notar cómo se refiere a un buen trato como estrategia de atracción, lo que sugiere que es normal maltratar a las minadoras en los depósitos. Luisa no mencionó los precios como uno de los factores de satisfacción, pero sí la inmediatez en el pago y el peso, lo que supondría que el peso que les muestran a quienes reciclan es más justo. Sin embargo, ese mismo día, cuando esperaba en la puerta del depósito la llegada de mi entrevistada, pude ver cómo una señora muy entrada en años llegó con un costal en sus espaldas y una funda en las manos. El costal, desproporcionadamente grande para su baja estatura, estaba repleto de botellas de refresco y la funda llena de papeles de cuaderno. Se disponía a vender lo recogido en el depósito. Cuando llegaron sus dueños la mujer se los ofreció, Luisa metió los materiales y Roberto sacó de su monedero tres escasos dólares, la mujer protestó airadamente y consiguió cincuenta centavos más. Nadie

pesó el material, la remuneración se hizo al ojo, por lo que me quedó claro que, en este caso, ni precio ni peso fueron tomados en cuenta para realizar la transacción. La mujer se retiró del lugar no muy satisfecha.

De acuerdo con Luisa, es necesario tener mucha paciencia para trabajar con las minadoras, pues usualmente ellas no están satisfechas con el peso que muestra la balanza del depósito. Por otro lado, suelen mezclar el material que entregan, lo que dificulta calcular la remuneración. La observación ratifica lo expuesto por Ana: en las transacciones poco tienen que ver los precios o el peso justo, pero sí el trato. Pagaron a la mujer inmediatamente, fueron amables y la atendieron apenas entró en el depósito. La mujer, sin embargo, no se fue del todo contenta con la remuneración obtenida, pues no pudo constatar si la transacción fue o no justa; apenas protestó por lo poco que recibió y creo que lo hizo más por costumbre que por la injusticia en la transacción. La escena no permite saber si la mujer, en realidad, vende en el depósito por el buen trato recibido, como dice Luisa. Lo que puedo decir es que el buen trato es una estrategia del negocio, basada en principios tácitos de una economía moral en la que es costumbre para las minadoras aceptar, dentro de relaciones de poder desiguales, lo que el comprador les “dé” por sus mercancías. El hecho de que, en este caso, las mercancías hayan sido obtenidas por una anciana y pobre mujer, sin posibilidades de exigir el mentado precio y peso justos, fue determinante a la hora de decidir el valor pagado. Se puede observar también aquí cómo la desigualdad opera como un factor de generación de ganancia para la cadena, pues a la superexplotación en función de género y clase –y en este caso también la edad– se suma la autoexplotación de la minadora, quien acepta la remuneración probablemente en función de las mismas diferencias de género, clase y edad.

Al otro lado del negocio están las empresas a las que Roberto vende el material. Encontrar compradores para sus cargas no es difícil, pues las medianas empresas intermediarias entre el depósito y las industrializadoras están ávidas por conseguir proveedores. Roberto entrega el material a dos de esas empresas, la una ubicada en el norte de la ciudad y la otra en el sur. Poco a poco el despacho del material se está concentrando en la segunda

empresa. Al preguntarle por qué ya no le venden a la empresa ubicada en el norte de la ciudad, Luisa dice que la razón es el trato a quienes trabajan ahí. Cada semana el depósito despacha material hacia estas empresas, que envían sus vehículos a retirarlo; ambas ofrecen el mismo servicio, la diferencia está en la percepción que Luisa y Roberto tienen del trato por parte de los trabajadores de las empresas. Los de la empresa del norte no quieren cargar los bultos y se molestan porque aducen que en el depósito los hacen muy pesados, mientras que de la otra cargan sin quejarse. No existe diferencia en el precio ofrecido, por lo que la pareja ha optado por venderle a la empresa del sur. Las transacciones, en estos casos, se realizan bajo relaciones de mercado más claras.

Peso y precio determinan las remuneraciones, así como la oferta y demanda. La escasez de los materiales hace que estos tengan alta demanda y quienes los compran compite para adquirirlos. Como se nota en el relato, pesan también otro tipo de relaciones como el trato, con respecto a las empresas que retiran el material. Para Luisa, reusarse a cargar los bultos que su depósito produce sin importar el peso que tengan que levantar quienes lo hacen es maltrato, lo que muestra el poder adquirido por estos negocios frente a sus compradores.

Con relación a los precios de los materiales, Luisa relata que, especialmente los del papel, no varían mucho, pues las empresas industrializadoras no los bajan, a excepción de una ocasión en la que importaron papel reciclable del Perú; en esa etapa sí bajaron los precios y el fenómeno se sintió en todos los eslabones de la cadena. En esta parte del relato se evidencia el poder de las industrias para controlar los precios y asegurar los volúmenes de sus materias primas a nivel nacional, lo que cuenta como un elemento para controlar los costos de la mano de obra que recupera el material de la basura, es decir, de las minadoras y de los negocios intermedios.

Con el trabajo etnográfico de este eslabón de la cadena intento mostrar los altos niveles de ganancia que genera sobre la base de relaciones que recaen en el ámbito económico, pero imbricadas en relaciones no económicas atravesadas por desigualdades, sobre todo de género y de clase. Así, la informalidad y la precarización del trabajo de las mujeres maternizadas, pobres, se desdibujan en relaciones familiares y en transacciones afianzadas

en una economía moral (Thompson 1995; Scott 1985) que, a fuerza de costumbre, generan niveles de conformidad ante la superexplotación de su trabajo.

Tercer eslabón: los intermediarios mayoristas

En el siguiente nivel se encuentran las empresas intermediarias. Se trata de negocios medianos con capacidad para almacenar grandes volúmenes de material. Aquí el trabajo de clasificación y de separación del material se vuelve más riguroso. La característica de estos negocios es que cuentan con la maquinaria necesaria para compactar y embalar el material, y dejarlo listo para que las industrias lo utilicen como materia prima. Estos negocios poseen flotas de vehículos tanto para transportar desde los depósitos y otras fuentes el material que adquieren como para colocarlo en las instalaciones de las industrias. La ganancia de estos negocios depende, sobre todo, de los volúmenes que son capaces de alcanzar, aunque también el trabajo de compactación y embalado incide en sus precios de venta.

El papel, el cartón y las botellas PET que reúno para Ana todas las semanas siguen su camino por la cadena del reciclaje. Del depósito de Roberto pasan a dos empresas intermediarias, una en el norte y otra en el sur de la ciudad. Estas se encargan de recibir tanto el material separado como sin separar, que tiene diferente precio de acuerdo con el caso. Mauricio, el dueño de la empresa del norte, me aclara muy enfáticamente que a empresas como la suya no se las puede llamar intermediarias, puesto que allí se agrega valor al material: clasificación, eliminación de contaminantes y compactación. Solo después de ese proceso las industrias reciben el material. Sin embargo, vi procesos de separación y eliminación de impurezas tanto en la actividad realizada por Ana, como en el depósito de Roberto, por lo que es de suponer que, al menos en parte, el material que llega a la recicladora de Mauricio está ya limpio y listo para ser compactado y embalado. La función de estas empresas, más que agregar valor al material, es el servicio de recepción y acumulación para garantizar el volumen que necesitan las industrias para transformar la materia prima en productos terminados. Así, en este eslabón se invisibiliza el trabajo realizado en los eslabones inferiores.

El lugar donde funciona la empresa de Mauricio es bastante grande, en él trabajan 60 personas entre personal administrativo, obreros/as y choferes. Es una empresa formal que contrata a sus trabajadores con beneficios laborales. La mayoría de los empleados están en el área operativa y la mayor parte de ellos son hombres. Esto sugiere que mientras más se formaliza la actividad, esta se masculiniza y genera una división sexual del trabajo más clara. Parte del personal operativo conduce la flota de camiones que se encarga del acopio; otra parte se encarga de recibir y pesar el material, así como de operar las máquinas compactadoras. Sin embargo, el trabajo de separación y clasificación del papel es reservado para las mujeres, probablemente con la idea de que tienen alguna habilidad específica (O Martínez 2007).

Las trabajadoras se disponen a uno y otro lado de una corta banda que transporta el material mezclado, para luego de separarlo, disponerlo en unos enormes contenedores en los que se transportará el material hasta la máquina compactadora operada por otros obreros. De todos los materiales, el que más trabajo requiere es el papel. El cartón viene también con impurezas, pero no se lo separa por tipos; en el caso de las botellas PET, el trabajo consiste en compactar. Llegan otros materiales como plásticos de distintos tipos y chatarra. La empresa funciona en dos plantas ubicadas a una cuadra de distancia una de la otra. Cuenta con una flota de camiones, varias balanzas, una de ellas especial para camiones, varios vehículos montacargas, una cinta transportadora y algunas compactadoras. Se nota que los procesos están separados unos de otros y el trabajo organizado.

La empresa ubicada al sur de la ciudad es propiedad de Vinicio. Los procesos no se diferencian mucho de los realizados en la del norte, aunque su negocio es bastante más pequeño y está menos mecanizado. Los materiales que allí se procesan son los mismos. Como se puede notar, en estas empresas existe una inversión en bienes de capital y en trabajo, que les permite brindar un servicio adecuado a las industrias, lo que a su vez les ayuda a afianzarse como un eslabón necesario dentro de la cadena.

De este eslabón surgen negocios bastante lucrativos que experimentan un rápido crecimiento, así lo evidencia el relato de Mauricio. Hace 37 años, cuando era un joven ingeniero industrial, se incorporó a industrias

La Reforma, una empresa pionera en el sector del reciclaje del Ecuador que inició sus actividades hace 45 años. Luego de haber trabajado por algunos años ahí, Mauricio fue incorporado al proceso de recolección de materias primas en la Sierra centro del país. Alrededor de 1995 La Reforma quebró, cerró sus operaciones y Mauricio decidió montar su propia empresa de acopio de material para proveer a las industrias. Así relata los inicios y el desarrollo de su negocio:

MAURICIO. Inmediatamente [después de la quiebra de La Reforma], ya teniendo conocimiento del mercado hace 21, 22 años, esta persona [se refiere a sí mismo] empieza en el negocio del reciclaje, en una bodega de 200... 180 metros cuadrados, una bodeguita pequeña, la alquila y empieza ahí sus labores. A los seis, ocho meses ya alquila una bodega de 500 metros cuadrados, en esa bodega permanece, ahí en... prácticamente por unos 10 años diría yo, pero mientras tanto ya va desarrollando otro tipo de negocios. Entonces desarrolla otra empresa que se dedica al reciclaje de metales y también desarrolla y emprende con otros socios una empresa que hace manejo de residuos peligrosos y especiales. Pasan aproximadamente unos ocho años y compra su terreno y construye su primera planta industrial, la primera planta de reciclaje que es esta y posteriormente, pasan como unos seis años y compran la segunda planta de 3000 metros que es la que está por aquí cerca. Posteriormente, visualizando el negocio del reciclaje que iba a desarrollarse en forma agresiva, compran un terreno, ya pensando en incorporar todas las actividades tanto de reciclaje cuanto de producción, por el sector de San Antonio, donde serían incorporadas todas las actividades desde la recepción, clasificación hasta la producción de bienes a partir de materiales reciclables, pero hay una intervención de parte del Municipio y no le permite construir en ese terreno, entonces su proyecto queda terminado. Entonces sus esfuerzos quedan canalizados hacia potenciar la empresa que maneja los residuos peligrosos, empieza a potenciarle y compra unos terrenos, se instalan las plantas, una planta en el Oriente, otra planta en Santa Elena, la planta principal en Pifo, pero esta empresa también se vuelve bastante compleja por las características y por la competitividad del medio. Van pasando los tiempos,

van pasando los años y lo que intenta es consolidarse esta empresa en cuanto a reciclaje.⁶

El relato dibuja al reciclaje como una actividad bastante rentable que permite emprender varias iniciativas alrededor del sector que pueden ir creciendo poco a poco. Esta actividad incluso hace posible sortear con éxito los riesgos. La historia de la planta de Vinicio, un ingeniero comercial, no es muy diferente. Luego de graduarse de la universidad con una tesis sobre reciclaje, decidió emprender hace 20 años, con una planta, siguiendo los pasos de su tío. Él, según cuenta, fue un humilde reciclador de la calle y ahora lidera una empresa industrializadora de papel absorbente, lo que para Vinicio es la prueba de las potencialidades que tiene el sector. Vinicio entró al negocio conociendo del tema, pues trabajó por un tiempo en la planta recicladora de su tío. Su negocio ha ido creciendo y estabilizándose con el tiempo gracias a la ganancia de la actividad del reciclaje. En ambos casos se trata de jóvenes profesionales que descubren en el sector del reciclaje un espacio para sacar adelante sus propias iniciativas comerciales.

La ganancia de las plantas de reciclaje se basa, en parte, en el diferencial entre el valor de la compra y venta de los materiales, pero, sobre todo, se fundamenta en los volúmenes. Por ello, gran parte de los esfuerzos de estas empresas se centran en concentrar la mayor cantidad de proveedores de materiales reciclables. Según Mauricio, el 60 % de los materiales que se adquieren en su empresa provienen de recolección en la fuente, es decir, de los agentes que los generan, como pequeños y medianos negocios, empresas, condominios, centros comerciales, entre otros. Obtienen el restante 40 % de las minadoras, asociaciones de minadoras y pequeños depósitos. Al preguntarle a Mauricio sobre sus estrategias para conseguir y mantener a sus proveedores, contesta que se basan en precio y peso justo. Nuevamente aparece en este eslabón esta especie de eslogan de la cadena de proveedores del reciclaje, cuyo significado real, más allá de la propaganda del establecimiento, es ambiguo. Otra ventaja que ofrece Mauricio es que cuando se trata de depósitos, como el de Roberto, la empresa envía sus propios vehículos a retirar el material, porque estos alcanzan volúmenes mínimos que justifican el transporte.

⁶ Entrevista a Mauricio, propietario de la empresa intermediaria, Quito, junio de 2017.

MAURICIO. Nuestra estrategia es que les compramos todo [todo tipo de material] y los 365 días del año, tenemos horarios flexibles y tenemos cantidades flexibles, acá no hay cantidades flexibles [en las industrias], acá solo al por mayor. Acá tenemos desde una camioneta hasta un camionsote. Nosotros le hacemos un pronto pago, le pagamos lo justo y le pagamos a tiempo. ¿Cuándo es a tiempo? De inmediato.

El relato de Mauricio muestra que su empresa debe competir por atraer proveedores incluso con las industrias que utilizan materiales reciclables como materia prima, que últimamente están desarrollando estrategias que intentan romper el eslabón constituido por empresas como la suya. En relación con el cartón, relata:

MAURICIO. Hay unas estrategias que dicen yo voy a romper todo este sistema. Hay una empresa que dice mi estrategia es que estos [los depósitos] me vendan a mí. Yo les doy un valor diferenciado, que estos [las medianas empresas como la de Mauricio] no les pueden pagar definitivamente estos no podemos pagar. Yo les quiero aquí a todos, yo les quiero aquí a toditos estos, porque necesito cartón, esto es Surpapel. Entonces instala en las principales ciudades del país un sistema en el que dice usted entrégueme [incluso material sin compactar], yo me encargo del resto, porque ellos tienen una megacompactadora, dice, pero entrégueme solo un producto que se llama cartón, el resto mire usted qué hacer.

Las estrategias de Vinicio para atraer proveedores no son muy diferentes. También él intenta ofrecer mejores servicios mandando a los depósitos sus propios vehículos. Ofrece precio y peso justo, y pago inmediato, de esta manera intenta generar ambientes de confianza. En algunos casos ha ayudado a sus proveedores a financiar sus propios vehículos. A pesar de ello, Vinicio afirma que sus proveedores mantienen un constante chantaje, pues aducen que otras empresas les ofrecen mejores precios. Le pregunté si ha logrado establecer relaciones más estables con sus proveedores más allá del negocio, relaciones de amistad o de lealtad. Me dijo que antes era más

fácil, pero desde que llegó Correa,⁷ les ha dividido mucho; con esta idea del pelucón, ha creado resentimientos. Vinicio argumenta que todos creen que los dueños de las empresas como la suya son explotadores y cuando intentan ponerse una recicladora, se dan cuenta de que el negocio no es fácil. Según su opinión, los verdaderos explotadores son los intermediarios dueños de los depósitos, que explotan a las minadoras. Para Vinicio, que estos exploten a las minadoras no tiene nada que ver con su negocio; cómo esos negocios obtengan ganancia no es preocupación suya. Lo que no se observa en su relato es que el trabajo precarizado de la minadoras que venden los materiales a los depósitos a los que él compra posibilita que esos mismos materiales obtengan precios convenientemente bajos para su empresa. Aquí se muestran las lógicas que ha adoptado el capitalismo de cadenas de suministro (Tsing 2009). Las grandes empresas formales, al subcontratar actividades que anteriormente entraban dentro de un proceso de producción centralizado, se desentienden de las formas precarias que ha adoptado el trabajo –en este caso de mujeres pobres– en los negocios tercerizados, aumentando así su ganancia, sin pesar alguno.

Cuando se trata de minadoras que no alcanzan los volúmenes necesarios, ellas mismas deben encargarse de entregar el material a las empresas. Sin embargo, su problema es el transporte, por lo que generalmente, como en el caso de Ana, entregan el material a los pequeños depósitos. Vinicio recuerda que al principio él iba a buscar a las minadoras en las calles. Les dejaba una tarjeta para que lo llamaran y él mismo iba a buscar los materiales. Poco a poco las minadoras le han ido conociendo, pues, según cuenta, muchas de ellas han crecido con él.

Mauricio registra en su base de datos aproximadamente un total de 500 minadoras que le entregan el material directamente, según él porque llegar a la planta implica para ellas varias ventajas.

MAURICIO. ¿Cuál es la ventaja de ellos [quienes minan] en llegar acá [a la planta]? Tener peso justo, precio justo, dignificar su trabajo. No es lo mismo ser atendido en una carretilla, en un lugar de mala muerte que ser

⁷ Presidente del Ecuador entre 2007 y 2017.

atendido por una señorita en forma cordial, cortés y respetuosa, sí, y pagarle el peso justo y el precio justo. Dice, pero págame más. Señor, le estoy diciendo que tengo costos, pero también costos y gastos. Dice y a mí en qué me beneficia que usted pague más luz que el que está recibiendo en un *curucho*⁸ ahí. Es que nosotros no le estamos pagando, porque nosotros, por economía de escala, estamos pagando lo mismo que el señor [del depósito] le paga, pero en otras condiciones. Entonces traiga esta camioneta, aquí le pesa cien kilos [en los depósitos], acá le pesa... aaah no, ha sido ciento siete, porque son balanzas certificadas.

Como se aprecia en el relato, a empresas como las de Mauricio y Viniño no les interesa considerar el trabajo precarizado que realizan las minadoras, y les compran el material al menor precio posible. A pesar de que las minadoras transportan el material hasta la empresa de Mauricio, reciben la misma remuneración que si lo entregaran en un depósito. La supuesta ventaja para las minadoras es nuevamente el mismo ofrecimiento de Roberto: buen trato y peso y precio justo. Justicia y buen trato aparecen nuevamente como factores no económicos fundamentales en las transacciones con las minadoras. Este discurso evidencia cómo el maltrato es la forma de relacionamiento normalizada con mujeres pobres.

Empresas como las de Mauricio disputan arduamente en el mercado a los proveedores de material. La relación con el eslabón de la cadena que está más abajo, es decir con los depósitos, se muestra conflictiva. Por momentos, los depósitos se constituyen para los intermediarios mayoristas en competidores, pues atraen a las minadoras y buscan proveedores en pequeños y medianos negocios como las imprentas. En otros momentos, en cambio, se percibe a los depósitos como un eslabón importante, pues garantizan adquirir materiales reciclables al efectuar un trabajo que para las empresas no es rentable, como salir en las noches a recorrer las calles para recoger pequeños volúmenes que juntan las minadoras o, peor aún, salir a minar, como sí lo hace Roberto. La relación con las industrias es también ambivalente. Generalmente estas son exclusivamente clientes a los que les venden el material, pero en algunos casos se convierten en competidoras

⁸ Expresión utilizada por el entrevistado para referirse a un lugar pequeño e inadecuado.

directas en la captación de proveedores. Las empresas como la de Mauricio y Vinicio no tienen inconvenientes para colocar el material reciclable, pues uno de los retos de las industrias es adquirir materias primas al menor precio. Estas materias primas están en el mercado nacional y son siempre insuficientes y, por lo tanto, de gran demanda.

Las empresas intermediarias mayoristas despliegan sus actividades en condiciones de formalidad. El sueño de los dueños de los depósitos y de las asociaciones de minadores, según Vinicio, es “dar el salto” para convertirse en dueños de empresas como la de él, pero al intentarlo se encuentran con varios problemas. Montar un negocio como el suyo requiere una cierta inversión en máquinas transportadoras, balanza electrónica, empacadoras, camiones para el transporte. Cuando los dueños de los depósitos ya hacen esas inversiones se dan cuenta de que no alcanzan los volúmenes necesarios para mantener el negocio. Además, la recicladora de Vinicio es formal, por lo tanto, sus trabajadores/as deben tener prestaciones laborales y debe pagar impuestos, lo que encarece la actividad y no es tan rentable como los dueños de los depósitos suelen creer. Mauricio tiene la misma percepción: la formalidad de su negocio hace que este se encuentre en desventaja, sobre todo frente a los depósitos. Para Mauricio, la intensa competencia con el sector informal y la carga que la formalidad implica se perciben como las causas de la disminución de los márgenes de ganancia de su negocio.

MAURICIO. Pero vienen en la última década una serie de situaciones que van en desmedro de la actividad como tal, porque hay fuertes controles, fuerte participación de parte del Estado, los costos laborales se incrementan sustancialmente y además hay una normativa ambiental bien fuerte de sostener, pero bien fuerte. Entonces hay licencias, hay patentes, hay permisos, hay seguridad, hay salud ocupacional, hay Ministerio de Relaciones [laborales], entonces hay muchos entes que empiezan a la parte formal a tener excesivos controles. Empiezan a proliferar los pequeños micronegocios que no tienen control de estas grandes actividades de estas plantas de reciclaje, lo cual de alguna forma va debilitando la operación porque estos pequeños emprendimientos, precarizando el trabajo, no cumpliendo ninguna norma, o sea viviendo como hace 15 o 20 años, pues lo logran hacer

evadiendo los impuestos, no justificando los ingresos, los egresos, o sea, sin un mayor componente que se llame aporte al desarrollo social, al desarrollo del país y pasa a competir directamente porque las empresas consumidoras de las materias primas pasan a tener no mucho interés en estas plantas formalmente establecidas con costos muy fuertes, con volúmenes interesantes, pero pasan prácticamente a ponerles un nivel de competencia con los informales de las pequeñas cantidades, en donde, como ya está globalizada la información, pasan a acceder a pequeñas máquinas compactadoras, pasan a hacer, pero todo de una manera que [...] no existe ningún grado de formalidad. Entonces pasa a competir lo formal con lo informal.

Para los depósitos y asociaciones de minadoras aún resulta atractiva la idea de vender sus materiales directamente a las industrias, dar el salto y convertirse en una empresa. Tanto Vinicio como Mauricio creen que el principal impedimento para lograrlo no es ni siquiera la inversión que se requiere, sino la educación, que es la principal causa de que la mayoría fracase en el intento. De la misma manera, para las minadoras, según Mauricio, el progreso económico está fuertemente limitado por la falta de educación.

MAURICIO. Ahí hay falta de preparación, falta de visión, falta de todo, entonces él [quien mina] vive el día. Alcanza a ver hasta el bolsillo. Entonces no hago ningún esfuerzo, lo que sé es trabajar, pero no tengo ningún otro complemento más que saber trabajar. Claro, son todos estos unos panoramas. Dice y este por qué no surgió, cuánto ganó. Porque a este [al minador] lo que le interesaba son solo los dólares. Nunca hubo más allá de la preparación básica elemental ahí. [...] Hay el caso patético de una señora que posiblemente sea una de las primeras personas que empezó en los botaderos de Quito, unos que estuvieron por Chiriyacu, otros por San Bartolo. [...] Esta señora tuvo hijos y ganaba tanto dinero que no sabía qué hacer. [...] Tenía tanto dinero porque tenía a sus hijos trabajando, tenía el dinero debajo del colchón. Alguien le aconsejó y le dijo mira reúne todo ese dinero y cómprate una casita por San Bartolo por ahí, en Chillogallo, Chimbacalle y compró la mujercita una casita. Esa señora se llama Carmen

[López] y trabaja todavía en el botadero de aquí de Zámbriza y todavía sigue recogiendo las botellas y sigue comiendo de ahí y los hijos son ahora los caporales de ahí, que nunca [...] obviamente todos ellos supieron lo que es la fuerza nada más [...]. La señora tiene su casita la que se pudo comprar en ese instante, no tiene un real ahorrado, ellos estaban sacándose con PET y todo, novecientos, mil dólares al mes, que es un buen ingreso, pero al no tener preparación no tuvieron absolutamente nada. Entonces estos individuos el rato que empiezan a manejar recursos que no eran de ellos, así como los recursos de la empresa no son de uno, la utilidad puede ser de uno o el sueldo puede ser de uno, pero no los recursos de la empresa. Entonces ellos lo primero que hacen es decir este whisky, este otro whisky, este otro whisky, como que se les iba a acabar el mundo. Antes tomaban trago o tampico qué sé yo, ahora son whiskys y whiskys y whiskys. Ahora, no está mal que alguien se tome un whisky, siempre y cuando sea con su esfuerzo, con sus recursos. Les pasó su cuarto de hora, pasaron tres, cuatro años manejándose de esa forma con recursos ajenos, dejaron endeudado [...] y ahora siguen escarbando en la basura para sacar algo para el sustento. Entonces es cuestión de preparación, de educación, la gente tiene que educarse.

Para Mauricio, la historia de fracaso económico de Carmen y sus hijos tiene que ver con educación. Según el relato, esta familia carece del capital cultural (Bourdieu 2000) necesario para comprender el mundo que le rodea. El mundo del reciclaje le dio a la familia la posibilidad de jugar a la ruleta y ganar, pero eso no fue suficiente para mantener su capital económico, pues carecen de educación y por ello al final perdieron. Mauricio coloca a Carmen y a su familia en una posición de casi animalidad dentro de la estructura social, pues “solo saben trabajar”, “conocen la fuerza y nada más”; en esas condiciones se atrevieron a comportarse como si tuvieran una posición en la estructura social que no les corresponde, toman whisky en lugar de trago. El capital cultural de esta minadora y su familia no le alcanza para ascender en el eslabón de la cadena. En realidad, Mauricio, al hablar de Carmen, habla sobre sí mismo, pues él sí está en condiciones de ser un empresario exitoso en la intermediación de materiales reciclables al ser un ingeniero industrial, educado y preparado para administrar su negocio.

Mauricio y Vinicio establecen una distancia entre la actividad que ellos desarrollan y la de los participantes en los eslabones inferiores de la cadena: minadoras y dueños de depósitos. Esta diferencia en la posición dentro de la estructura social la establecen en términos de la posesión de un capital cultural que los distingue de los miembros de los eslabones inferiores. Cuando Vinicio se refiere a Carmen y a su familia –a la que también se refiere Mauricio, y que es una leyenda en el mundo de reciclaje en Quito–, lo hace en términos de una otredad absoluta. “Ellos son gente salvaje”, me repetía Vinicio durante una visita; asegura que es gente difícil de tratar porque viven en un “submundo”. “No quieren salir de ahí, quieren que nosotros nos adaptemos a ellos”, relata. Según Vinicio, esta familia vive metida en el mundo de las drogas. Asegura que antes era entendible porque tenían que trabajar cuando Zámbriza era un botadero, entonces se drogaban con cemento de contacto para poder resistir el trabajo y el olor pestilente que emanaban los botaderos. Pero cuando empezaron ya a ganar dinero la madre no se ocupó de educarlos y siguieron en el vicio, solo que cambiaron la calidad de la droga, ya no usaban cemento, sino drogas más caras. Además, los hijos se acostumbraron a ganar dinero muy temprano y en su razonamiento no valía la pena estudiar si podían acceder al consumo mediante el reciclaje. Para Vinicio, el pecado de esta familia es no haber seguido el camino civilizatorio trazado por la sociedad y la cultura para ellos. Lo natural habría sido que la madre procurara la educación de sus hijos e hijas y más cuando el reciclaje le daba una oportunidad para hacerlo. El relato dibuja una madre culpable de unos hijos perdidos en el mundo de la droga.

Mediante el relato de Mauricio y Vinicio, es posible dilucidar la percepción que estos actores tienen de las minadoras y que justifican su posición en la cadena del reciclaje. Mauricio intenta subrayar que el sector del reciclaje ha dado oportunidades para todos, incluidas las minadoras, y saber aprovecharlas ha sido cuestión de educación y de visión, responsabilidad que recae en las minadoras. En estas nociones se reclama a las minadoras el no haber desarrollado las prácticas y saberes necesarios para autogestionar su sobrevivencia. Se les reclama su falta de cálculo para convertir el reciclaje en un modo de vida digno; en fin, se les reclama no haber asumido la

razón neoliberal (Gago 2015), una lógica empresarial para aprovechar las oportunidades. Las condiciones materiales en las que viven las minadoras son responsabilidad propia, de las que ellos, Mauricio y Vinicio, son observadores pasivos, compasivos, indignados, pero resignados.

Lo que muestra la etnografía de este tercer eslabón es la emergencia de negocios lucrativos que se levantan, en parte, sobre la base del trabajo precario de las minadoras. Vinicio y Mauricio señalan que si el reciclaje existe es porque hay pobreza. A pesar de reconocerlo y a pesar de que parte de la ganancia de sus empresas se basa en el trabajo precario de las minadoras, naturalizan la vulnerabilidad en la que estas trabajan, con argumentos que recaen en el ámbito de la cultura. Es una ganancia obtenida no solo en el mercado, sino sobre la base de relaciones sociales que explotan las desigualdades de los sujetos involucrados, pues estos no son solo sujetos económicos, sino, sobre todo, mujeres sin educación, lo que caracteriza la sobreexplotación en la que se encuentran las minadoras de Quito en la cadena del reciclaje.

Cuarto eslabón: las industrias

Como se ha visto, una buena parte del trabajo de las minadoras alimenta uno de los sectores de la economía del país más dinámicos: la industria del reciclaje. Sobre la base del reciclaje se montan complejos industriales y comerciales altamente competitivos. Muchos productos de consumo cotidiano se producen con materias primas recicladas y dinamizan varias de las más grandes industrias del país. Las industrias de los papeles absorbentes, por ejemplo, se sitúan entre las más grandes por sus ingresos. Así, los indicadores financieros de 2015 del grupo Familia Sancela reportan ingresos por 169,22 millones de dólares, utilidades por 26,59 millones e impuestos por 8,11 millones, y se ubica por sus ingresos en el puesto 84 entre las empresas del país (*Ekos* 2016, 102, 106, 108). Las industrias cartoneras se encuentran también entre las empresas líderes del país. Cartopel, una de las más grandes, reportó para 2015 ingresos por 143,69 millones de dólares, utilidades por 7,52 millones e impuestos por 1,6 millones, y se ubicó por sus ingresos en el puesto 106. Acerías del Ecuador (Adelca), que

procesa chatarra, reportó en el mismo año ingresos por 301,54 millones de dólares, utilidades por 24,29 millones e impuestos por 5,74 millones; se encuentra en el puesto 34. Estos son algunos ejemplos de empresas que utilizan materias primas recicladas en el Ecuador.

El último eslabón está constituido por estas industrias. Aquí los materiales reciclables se transforman de materia prima en productos terminados para el consumo. Se trata de industrias bastante lucrativas, en parte porque trabajan con materiales reciclables, pues incorporar materia prima virgen encarece sustancialmente la producción. La materia prima puede provenir tanto del mercado nacional como del internacional. En este eslabón de la cadena los materiales son físicamente transformados a partir de complicados procesos que los vuelven útiles. Existe gran diversidad de productos en el mercado que provienen de esta transformación: papeles absorbentes, cajas, cartulinas, una gran variedad de empaques, productos de hierro, acero y aluminio, productos plásticos, etc. Las industrias, en general, están interesadas en adquirir únicamente lo que consideran materia prima, es decir, materiales limpios, clasificados y embalados que igualan las características y la calidad de los obtenidos en el mercado internacional y que puedan utilizar en sus procesos industriales. Por ello sus proveedores suelen ser empresas intermediarias mayoristas capaces de entregar el material en esas condiciones.

Los materiales entregados por Ana llegan al cuarto eslabón: las industrias encargadas de transformarlos en productos que entrarán en el ámbito del consumo. De esta manera se completa el ciclo del reciclaje: basura-materias primas-productos elaborados. Hasta el anterior eslabón, el papel, el cartón y las botellas PET habían recorrido juntos la cadena del reciclaje; en el cuarto eslabón, cada uno toma caminos diferentes. Así las papeleras, sobre todo las que producen papel absorbente, lo reciben para producir papel higiénico, servilletas, toallas, etc. De la misma forma las industrias transforman el cartón en cajas, cartulinas, láminas, etc. Las botellas PET pasan a las industrias que reutilizan el material para producir artículos que luego se transforman en fibras sintéticas para diversos usos.

Las empresas de Mauricio y Vinicio venden el papel reciclado sobre todo a las industrias de papel absorbente. Decidí seguir el material por una de ellas, una de las más grandes del país, que trabaja con capitales

transnacionales y que tiene presencia en varios países de América del Sur y del Caribe. Según los indicadores financieros de 2015 (*Ekos* 2016, 106), este grupo económico logró en Ecuador ingresos por 169,22 millones de dólares, generó utilidades de 26,59 millones e impuestos por 8,11 millones. Este movimiento se basa en dos actividades: la producción y la comercialización de productos de aseo. Del lado de la producción, en Ecuador se elaboran dos líneas: papeles absorbentes y productos de cuidado femenino. La primera línea se elabora en su totalidad con papel reciclado, la segunda utiliza fibras vírgenes; sin embargo, según Verónica,⁹ la trabajadora encargada de adquirir materias primas en la empresa, el 98 % de la materia prima es papel reciclado.

El papel reciclado necesario para la producción en esta empresa proviene de dos fuentes: la importación y la compra en el mercado nacional. Según Verónica, solo se importa si es necesario, lo que quiere decir que la mayor fuente de materia prima es el mercado nacional. El mecanismo para comprar materias primas recicladas en esta industria es calificar a los proveedores, quienes buscan a la empresa para conseguir los mejores precios. Los proveedores pueden ser personas o empresas que cumplan con requisitos legales y de calidad. Entre los requisitos legales se encuentran estar calificados como gestores ambientales por el Ministerio del Ambiente y tener la capacidad de emitir facturas, es decir, un cierto nivel de formalización. En cuanto a la calidad, se exige que el material llegue a la empresa embalado, sin impurezas y con un mínimo de humedad. El control de calidad es riguroso. Se tolera un material con 1 % de impurezas; si rebasa ese porcentaje, el material es devuelto. En el caso de la humedad se tolera hasta el 10 %, si se excede, se descuenta del valor del material. Ante la imposibilidad de chequear todo el material que llega, la empresa maneja procesos de trazabilidad; es decir, si la materia prima entregada es de baja calidad, se puede rastrear al proveedor en cualquier momento del proceso industrial. Esto puede implicar que se descalifique al proveedor, lo que, según Verónica, ha ocurrido en muy raras ocasiones, pues los proveedores se cuidan de entregar el material en buenas condiciones.

⁹ Entrevista a Verónica, empleada de fábrica productora de papel, Quito, junio de 2017.

Como se puede notar, las especificaciones técnicas del material que utiliza la industria son de fácil codificación, pues se lo acepta con bajos contenidos de humedad y sin impurezas, a lo que hay que añadir que debe llegar correctamente embalado. A pesar de que las condiciones son relativamente fáciles de solventar, la mayoría de las minadoras no puede alcanzar estos requerimientos, pues, al carecer de un espacio físico para almacenar los materiales de forma adecuada, no es posible protegerlos de la humedad. Ana relata incluso que en días lluviosos ni siquiera puede salir a minar, pues ni los depósitos ni las industrias reciben los materiales mojados. La carencia de espacio físico tampoco permite separar el material ni eliminar las impurezas de una manera eficaz. Estas dificultades impiden que las minadoras entreguen sus materiales directamente a las empresas de papel absorbente y así mejoren los precios de venta.

Se puede observar la disposición jerárquica de la cadena del reciclaje, en la que el eslabón más poderoso tiene la posibilidad de imponer sus condiciones a los eslabones más bajos. A la empresa no le interesa si los materiales se obtienen por el trabajo precarizado de las minadoras, ni si los negocios de los otros eslabones vulneran o no derechos laborales; solo le interesa controlar la calidad de la materia prima y cumplir con las normativas del Estado para el funcionamiento del negocio. La empresa, según los datos de su informe de sostenibilidad de 2017, cuenta en Ecuador con una planta de aproximadamente 1000 trabajadores/as. De los datos del grupo en la región, la mayoría labora en el área de producción y apenas el 14 % son mujeres. Estos datos coinciden con mis observaciones etnográficas y corroboran la tendencia a formalizar y masculinizar la cadena conforme esta asciende. Las nuevas formas que adopta el capitalismo de cadenas de suministro permiten que el capital excluya el control, pero, sobre todo, las responsabilidades con gran parte de trabajadores y trabajadoras que hacen posible la acumulación. De esta manera se establece una organización del trabajo en cuyo núcleo se encuentra la empresa principal, con trabajadores/as contratados/as bajo normativas estatales, y en la periferia se ubican los negocios que proveen las materias primas y que toleran altos niveles de informalidad y precarización del trabajo.

Los volúmenes entregados no son importantes para la empresa, pues no afectan al precio que pagan por el material. Recibe las cantidades que los proveedores sean capaces de entregar siempre que cumplan con los estándares de calidad. Esto sucede porque no busca a los proveedores, sino que estos buscan trabajar con la empresa y asumen los costos del transporte, sea de grandes o pequeñas cantidades. Es de suponer que lo que atrae a los proveedores son los precios. Aquí se ve que carecer de vehículos para transportar el material hacia las industrias impide a las minadoras obtener mejores ingresos. Al preguntarle a Verónica sobre cómo se definen los precios de los materiales reciclables en la empresa aclara:

VERÓNICA. De manera general se definen de acuerdo con los precios internacionales. En lo que es el reciclaje se publican los precios internacionales mes a mes, eso puede encontrar en la página de RISI, ahí salen los precios internacionales [...] es una asociación de toda la industria papelerera del mundo. De manera mensual se publican los precios, puede ser que de un mes a otro no cambie [...]. Generalmente los precios son los que se aplican [...] a nivel mundial, ellos suelen separar entre Norteamérica, Sudamérica, Europa, China, entonces en base a esos se fijan los precios. Generalmente los precios que se pagan acá en el país son más altos de los oficiales. ¿Por qué se paga un poco más? Porque hay una escasez en Sudamérica, entonces si el precio baja mucho acá, es probable que el papel salga del país a Colombia o a Perú, entonces nosotros procuramos tener precios un poco más altos para que eso no motive la exportación; si el precio dice cien, nosotros tenemos que pagar un poco más porque el papel en este momento es un material escaso. Entonces usted no le puede pagar un precio bajo a algo que puede perder y dejar de comprar. A nosotros lo que más nos interesa es comprar lo que más se pueda de papel reciclado. Por eso le digo que en la actualidad incluso se importa porque lo que hay no es suficiente, entonces, mal se haría en tener un precio bajo nacionalmente.

Los precios que reciben los proveedores por el material y que afectan a toda la cadena se definen en los mercados internacionales, lo que muestra cuán globalizada se encuentra la actividad del reciclaje y que una parte de

la remuneración de las minadoras se define en estos. Las tasas de ganancia de cada eslabón de la cadena dependen, en gran parte, del comportamiento del mercado internacional, aunque una parte de tal ganancia tiene que ver también con la capacidad de almacenamiento, transporte, algunos equipos y trabajo de clasificación, que correspondería al valor agregado al material reciclado. La empresa entabla relaciones con proveedores capaces de ubicar el material en sus instalaciones en determinadas condiciones. Trata con depósitos pequeños o grandes y con empresas intermediarias mayoristas. Las minadoras, que generalmente no califican como proveedoras, no tienen relación alguna con la empresa.

El cartón sale de las empresas embaladoras y sigue su camino hacia las cartoneras. Decidí seguir al cartón a través de una de las empresas cartoneras más antiguas del país a la que proveía Mauricio. Al llegar allí, Jorge, el jefe de Producción, me explicó que hace apenas unos meses uno de los grupos papeler-cartoneros más grandes del país adquirió la mayoría de las acciones de esta empresa, por lo que ya no tienen autonomía para obtener el material reciclado, sino que lo reciben a través de una empresa filial de este grupo. El cartón llega a la empresa sin que esta tenga contacto alguno con quienes proveen los materiales reciclables. La actividad de la empresa se centra en transformar el material.

El grupo papeler-cartonero que adquirió las acciones de la cartonera ha tenido, durante los últimos años, un proceso de crecimiento que lo ha convertido en uno de los agentes económicos más grandes del sector. Está constituido por varias empresas filiales que producen papeles livianos y cartón, pero que, al mismo tiempo, integran en su actividad servicios de reciclaje e incluso recolectan materiales reciclables, es decir se intenta integrar dentro del mismo grupo toda la cadena de valor de reciclaje para lograr eficiencia sistémica (Kaplinsky 2004, 14). En un reporte, el grupo tuvo ingresos por 52,03 millones de dólares; utilidades por 2,91 millones e impuestos por 0,53 millones (Ekos 2016, 120). En 2016, solamente una de sus filiales productoras de cartón reportó ingresos por 144 268 752 dólares, generó utilidades por 410 284 y declaró impuestos por 724 818 (Ekos 2016).

Entre las empresas filiales, una se dedica a garantizar la provisión de materias primas para las actividades del grupo y de proveedores para la

industria del cartón, entre los que se encuentran Mauricio y Vinicio. Con el afán de seguir al cartón por la cadena del reciclaje llegué hasta esta empresa. Allí me atendió Cristóbal, un joven profesional jefe administrativo de la sucursal en Quito. Esta empresa tiene sucursales en algunas ciudades del país: Guayaquil, Quito, Manta, Santo Domingo y Machala. Según Cristóbal, la materia prima que se recicla en el país no es suficiente para abastecer a la industria cartonera nacional, por lo que una parte del material reciclado proviene de la importación.

CRISTÓBAL. Más o menos aquí a nivel nacional se consumen alrededor de unas 20 000 toneladas al mes y tenemos en el mercado nacional unas 10 000, el resto toca comprar a todos. Nosotros compramos 70 % local y el 30 % importamos, los otros hacen al revés, compran local el 30 % y el 70 % importan.¹⁰

Para cumplir con la meta de aumentar el consumo nacional de materias primas, los ejecutivos de la empresa han adoptado estrategias para diversificar las fuentes con las que se accede a estas. Así, se compra material reciclado tanto a empresas intermediarias mayoristas y depósitos como a minadoras, pero únicamente el material que se requiere: cartón. Para la empresa es importante conseguir la mayor cantidad posible de proveedores. La estrategia, según Cristóbal, se centra en buenos precios y pesos justos; además de comprar el material a todo tipo de minadoras y en todas las condiciones en las que puedan entregar el material. Por otro lado, la empresa tiene un sistema casi diario de seguimiento de sus proveedores, de manera que pueden saber a tiempo si el material se desvía hacia otras empresas o depósitos y realizar visitas para conocer los motivos del desvío.

Como se puede observar, en esta empresa, a través de una filial, se desarrollan estrategias para atraer la mayor cantidad de proveedores; así se acorta, si es necesario, la cadena de reciclaje al comprar a las minadoras. Se trata de estrategias para abaratar costos y acaparar lo más posible la compra

¹⁰ Entrevista a Cristóbal, empleado de fábrica productora de cartón, Quito, septiembre de 2017.

de material de cartón reciclable a nivel nacional, pues su precio siempre es más bajo. Inmersa en una competencia intensa con otras empresas dedicadas al mismo negocio, esta aprovecha las altas tasas de ganancia que pueden generar los eslabones inferiores en beneficio de la empresa central, es decir, la industrializadora. Aquí podemos observar que a la empresa central le interesa controlar el suministro de material para la producción, pero no las formas que toma el trabajo en ese proceso. Diversos factores influyen en el valor al que la empresa compra el material a sus proveedores, y los precios en el mercado internacional son la principal referencia.

CRISTÓBAL. Por ejemplo, en este momento está el mercado de cartón alto, para tener una idea, hace un año comprábamos el cartón a 10 centavos el kilo, ahora ya estamos comprando en 15 centavos, ha subido el 50 %. ¿Por qué? Primero está en base todo del precio del cartón en el exterior. Por ejemplo, todas las plantas como son Surpapel, Cartopel, Papelera Nacional, todos los que hacen papel importan, aparte de lo que compran aquí también importan papel reciclado, cartón reciclado, por decirle un ejemplo. Actualmente compran el papel reciclado ya puesto en puerto en 300 dólares la tonelada, aquí estamos comprando más o menos en 200 en 180, todavía no estamos parejos, pero aquí es mejor todavía. Si es que por A o B en el mercado internacional se dispara el precio para arriba sube a 400, aquí también va a subir al interno, ¿no es cierto? [...] Los precios del mercado están en el internet, están en muchas revistas, así se determina cuándo sube, cuándo baja, cuándo está escaso. En época de escasez internacional todo el mundo se dedica al mercado local y suben precios. Una temporada casi estuvo el precio internacional con el local. [...] Internacionalmente se compra en la costa este de Estados Unidos, se compra en Centroamérica, se compra en Chile, compramos en Colombia. [...] Hubo también un tiempo que se compraba en Rusia.

En la narración se puede observar lo globalizado que se encuentra el mercado del papel reciclado. Los precios de los materiales reciclables a nivel interno se mantienen siempre más bajos que en el mercado internacional por lo que, según relata Cristóbal, para determinarlos, además de las

referencias internacionales, intervienen factores como la oferta y demanda interna. Sin embargo, cuando el precio del cartón sube demasiado y se vuelve inconveniente para la industria, intervienen en el mercado los grupos económicos involucrados.

CRISTÓBAL. Hubo un tiempo también que se elevó demasiado el precio del cartón nacional, entonces hubo una reunión entre todos los cartoneros y definieron pagar un determinado precio, por ejemplo, en el cartón pagar máximo a todos, bajar 20 dólares la tonelada, si antes vendían a 180 la tonelada, ahora van a vender a 160 todos y así se fue regulando. [...] Luego como le decía cuando trajeron de Rusia [...] trajo Cartopel que trajo 2000 toneladas, tuvo que alquilar dos bodegas para almacenar todo el material, pero estaba tranquilo como cuatro meses, entonces el mercado estuvo tranquilo.

La narración muestra que, aparte de la oferta y demanda en el mercado interno de materiales reciclables, juegan un papel importante las prácticas oligopólicas de los grupos económicos al momento de determinar los precios del material. Existen otros factores que inciden en el precio al que la empresa en la que trabaja Cristóbal compra los materiales a nivel nacional.

CRISTÓBAL. Como le digo, las variables son diferentes, compramos cartón suelto y compactado, nosotros vamos a retirar y también compramos cuando nos vienen a entregar acá, todo eso es precio. Es más, para el precio se fija, como le digo, volumen, si es suelto o compactado, dos, si es puesto en planta o es retirado de su bodega es otro precio.

Cuando Cristóbal habla de material compactado, se refiere al material reciclable que ha pasado por un proceso de eliminación de impurezas y de embalaje, este es un factor importante para determinar el precio. La empresa, sin embargo, recibe también material suelto de menor valor, que es entregado por las minadoras y por los depósitos pequeños que carecen de maquinaria básica. Otro factor es el lugar de la entrega: si se lo lleva a la bodega de la empresa, el material tiene mayor valor. Asimismo, el costo

mejora otro tanto si se entrega el material en la planta industrial ubicada en la provincia del Guayas. A esos valores solo tienen acceso aquellos agentes que cuentan con algún tipo de vehículo para transportar el material. Por último, también interviene en el precio el volumen: a mayores volúmenes mejores precios. Las minadoras como Ana estarían muy lejos de beneficiarse de mejores tasas de ganancia que el sector ofrece al carecer de las condiciones para vender sus materiales a mejores precios. Al preguntarle a Cristóbal acerca de su opinión sobre el trabajo realizado por las minadoras, contesta:

CRISTÓBAL. Los recicladores de base son el papel fundamental dentro del reciclaje, o sea ellos son la primera piedra, la primera parte de la cadena del reciclado ¿Por qué? Sin ellos, sin los recicladores de base, no existirían ni los depósitos, ni los intermediarios, ni los medianos, porque todos trabajan en base a ellos, ellos son los que se pasan caminando, días, noches, ellos van por las tiendas, por los centros comerciales, por los almacenes sacando todo el cartón. Usted ha visto que en el centro van subiendo con sus carretillas sacando todo el cartón. Entonces ellos, para mí, personalmente, son la principal parte de toda la cadena del reciclaje.

Cristóbal percibe que, a pesar de que los recicladores son el principal eslabón en la cadena del reciclaje, reciben las menores remuneraciones por su trabajo. Por ello la empresa intenta ayudarlos recibiendo su material a precios reales, a pesar de que ello implica mayores esfuerzos para la empresa, pues recibe material sin clasificar, con impurezas, bajos volúmenes, sin compactar y ofrece su flota de transporte para retirar el material; todos estos factores, sin embargo, disminuyen el precio a los que reciben el material de las minadoras. Otra forma de apoyo por parte de la empresa es procurar que se formen y se formalicen. Cristóbal lo ilustra con un ejemplo.

CRISTÓBAL. Conocí a una persona, una señora que recogía, cobraba sus 100 dólares el viernes, porque se pagaba los viernes y usted le veía la siguiente semana hasta el miércoles deambulando por ahí mismo tomando. Entonces ahí sí personalmente hablamos con la familia, con los hijos, que le ayuden a la señora porque la señora trabaja y trabaja bien [...] lo poquito que ella

sacaba se dedicaba a tomar. Conversamos con la hija [...] a la señora ya no le pagábamos los viernes, le pagábamos los lunes cuando venía con la hija. Cuando venía sola [...] sabe que no, no tengo cheques, no tengo efectivo, no me dieron plata en el banco o lo que sea. Cuando venía con la hija, tenga. La señora poco a poco fue saliendo, ya guardaba un poquito de capital, ya no se gastaba en eso. Los hijos, por ejemplo, ya sabían que la mamá cobraba y ya sabían en qué gastaba, no se gastaba en lo que se gastaba antes. [...] La señora fue saliendo, saliendo, saliendo y ahorita ya está trabajando muy bien. [...] Ha mejorado su volumen, antes entregaba de 100 en 100, ahora ya entrega 200 [dólares]. Ahora ya factura. La mayoría hemos tratado de que se legalicen, de que tengan RUC,¹¹ que sepan lo que gastan.

Una de las formas de apoyar a los recicladores de base, según Cristóbal, es formar a las personas para que sepan gastar su dinero. Saber gastar, según el relato, es guardar capital y mejorar sus condiciones de trabajo, lo que tiene como consecuencia aumentar volúmenes y, por lo tanto, ingresos. Cristóbal considera que las minadoras no saben gastar su dinero y, por lo tanto, la manera de ayudarlas es enseñarles a hacerlo. Por otro lado, tienen costumbres inadecuadas como beber alcohol. La percepción que legitima la superexplotación de las minadoras es que el trabajo de minado puede ser rentable si se lo sabe manejar de manera adecuada, pero que las minadoras no lo aprovechan. Nuevamente aparece la razón neoliberal en el núcleo de la legitimidad del capitalismo de las cadenas de suministro, sumada a razones civilizatorias que lo apuntalan. Para Cristóbal, la falta de cálculo o visión empresarial no permite a las minadoras aprovechar las oportunidades que ofrece la cadena del reciclaje, a lo que se suman costumbres poco favorables como el consumo de alcohol. Para apoyar a las minadoras, se procura formalizarlas; sin embargo, muchas se resisten.

CRISTÓBAL. Si usted está acostumbrada a entregar una cantidad de material y le pago 100 dólares, el rato que se formalizan, primero si es que tiene solamente liquidación de compra que nosotros hacemos, con la

¹¹ Registro Único de Contribuyentes.

liquidación de compra le retenemos el 1 %, ya no va a recibir sus 100 dólares, va a recibir 99 [...] ya es molestia. Si les decimos que facture, obviamente ha habido gente que se ha comido el IVA, porque nosotros les pagamos más IVA, pero el IVA es para que se declare. En la factura le pago el IVA y le descuento el 30 % y ellos el 70 % pensaron que era de ellos y eso tenían que declarar. Tonces empezaron a facturar, a facturar y a facturar y tuvieron problemas con el SRI.¹² Nuestros valores son pequeños, los valores de papel, de botella son mucho más altos y el rato que tuvieron que declarar al SRI, ya intentar pagar obviamente 4000 dólares no podían. Entonces mucha gente tiene problemas con el SRI por eso.

De acuerdo con Cristóbal, la resistencia a formalizarse se origina en no tener la capacidad para relacionarse con la institucionalidad tributaria del país. Sin embargo, opina que formalizarse presenta beneficios para los recicladores como el acceso al sistema crediticio. Eso les permitiría mejorar sus condiciones de trabajo, de ahí que por un tiempo limitado la empresa estableció como política comprar únicamente a los recicladores que emitieran facturas. Otra forma de promover la formalización es pagar las remuneraciones mediante cuentas bancarias, por lo que los proveedores deben contar con una. Con estas iniciativas existe la clara intención de llevar a los recicladores hacia lógicas de trabajo y de acumulación compatibles con las perspectivas empresariales que procuran integrar todos los eslabones del reciclaje dentro del mismo sistema. Se puede observar que el grupo económico al que pertenece la empresa procura generar lo que Gereffi, Humphrey y Sturgeon (2005) denominan gobernanza, es decir, intenta modificar los comportamientos del eslabón de la cadena constituido por las minadoras mediante relaciones de autoridad y de poder. La gobernanza procura que las minadoras adopten el cálculo económico como principal estrategia de supervivencia, y dejen en el lado oscuro, aunque sin negarlo, la especificidad de su actividad como trabajadoras del desecho, ser pobres y mujeres, aspectos que legitiman su superexplotación.

Siguiendo a las botellas PET que Ana extrae de los desechos, llegué hasta una de las industrias que transforman el material en chips de resina,

¹² Servicio de Rentas Internas.

materia prima para fabricar botellas y fibras sintéticas. El producto final de esta empresa se exporta a Chile y Argentina. Esto constituye una diferencia importante con las otras empresas visitadas, que producen artículos terminados para consumir sobre todo en el país y la región. Esta industria, en cambio, se constituye en un eslabón más de una cadena que produce artículos terminados en el exterior y, consecuentemente, los eslabones del reciclaje nacionales se convierten en parte de la cadena internacional. La industria también fabrica productos de fibras sintéticas, pero la materia prima es importada desde Asia. El material PET reciclado en el país no se transforma en las fibras sintéticas necesarias para producir artículos terminados debido al precio.

Transformar el material reciclado en fibras sintéticas en el país tiene costos muy altos, por lo que es más rentable importarlo. La división de la fábrica que produce chips de resina utiliza como materia prima botellas de material PET reciclado en el país. Sin embargo, la planta tiene capacidades de producción mucho mayores que la materia prima que puede conseguir en el mercado nacional, por lo que debe lidiar con una aguda escasez de insumos. La competencia para conseguir el material es muy ardua, pues, según Eduardo,¹³ el gerente de Producción, existen otras industrias a nivel nacional que utilizan este material.

La escasez del material lleva a esta industria a tener políticas bastante blandas con sus proveedores. Reciben materiales de minoristas, personas que llegan a la empresa a vender desde un kilo hasta 800, y mayoristas que llevan desde 800 kilos en adelante. Acopian el material suelto, es decir sin compactar, y también en pacas; limpio y también sucio. Cada forma de recibir el material afecta a los costos. Los que mejores precios perciben son los mayoristas que entregan los materiales en las condiciones necesarias para entrar directamente en producción. Entre los proveedores minoristas se encuentran amas de casa del sector, escuelas y barrios organizados. Curiosamente la empresa no trata con minadoras, no porque ello responda a una política de la empresa, sino, según Eduardo, porque las minadoras desconocen las ventajas de entregar sus materiales a la empresa.

¹³ Entrevista a Eduardo, gerente de Producción, Quito, septiembre de 2017.

El reciclaje de las botellas PET tiene una particularidad. El Estado paga alrededor de 2 centavos de dólar por botella reciclada, con el fin de mitigar los daños ambientales que ocasiona el consumo sobre todo de bebidas en este tipo de recipientes. Se le conoce con el nombre de impuesto redimible, que ha causado que el reciclaje de este tipo de material sea muy apetecido y popular no solo entre las minadoras. El problema, según Eduardo, es que los negocios intermediarios no dejan que el material llegue desde las minadoras hasta las industrias. “Los intermediarios no les dejan desarrollarse [a las minadoras], ni siquiera les pagan el precio oficial”, asegura. Para las minadoras resultaría bastante beneficioso entregar el material a la industria, pues esta, como mínimo, les ofrece 23 centavos adicionales al valor del impuesto redimible, es decir 69 centavos por kilo. A los elementos ya mencionados que inciden en la exclusión de las minadoras de los beneficios hay que añadir el desconocimiento y la falta de transparencia en la información sobre los precios al realizar las transacciones.

Le pregunté a Eduardo si la empresa ha diseñado políticas para incorporar como proveedoras a las minadoras. Me contestó que hace algún tiempo entraron en contacto con asociaciones de minadoras, pero que los resultados no fueron los esperados, pues las personas que lideraban las asociaciones no les pagaban a sus asociados los precios a los que la empresa recibía el material, lo que generó dificultades de coordinación. Por otro lado, asegura que trabajar con la informalidad, entendida como falta de compromiso para cumplir con acuerdos, es muy complicado, pues no permite proyectar la producción de la industria, por lo que la empresa ha optado por echarse para atrás con estas iniciativas. Se ha tratado de iniciativas que buscan incorporar minadoras pero asociadas, que eventualmente les permitiera obtener volúmenes atractivos. La falta de asociatividad puede ser vista como una dificultad al negociar transacciones favorables para las minadoras, pues la mayoría de ellas no están asociadas. Al mismo tiempo, la organización de esa misma asociatividad, según el relato, impide que las minadoras reciban remuneraciones más justas.

En las nociones de Eduardo acerca de las minadoras aparece nuevamente esa falta de cálculo empresarial que les es inherente y que requiere además de formas serias de relacionarse con los otros eslabones, que

permitan a estos planificar su producción, facultad de la que carecen las minadoras. Por otro lado, Eduardo detecta la incapacidad de las minadoras para organizarse, por lo que los líderes de las asociaciones terminaban beneficiándose de entregar los materiales asociativamente. La estrategia de la empresa ha sido abstenerse de buscar a minadoras o asociaciones y obtener los materiales de otras fuentes. Esta estrategia, al parecer, no es efectiva para la empresa, pues no utiliza toda su capacidad instalada.

Falta de capacidades, comportamientos no confiables, corrupción de sus organizaciones son defectos de las minadoras con los que la empresa no está dispuesta a lidiar. A la empresa le interesa controlar la producción y también el suministro de sus materias primas, pero no las formas que toma el trabajo en los otros eslabones de la cadena, aunque la empresa a la que él representa se beneficie indirectamente de él. Para Eduardo, la entidad llamada a preocuparse por el trabajo de las minadoras es el Estado. Su percepción es la de un trabajo muy duro y no reconocido. Al preguntarle a qué se refiere con no reconocido, argumentó que es poco considerado por el Estado y otras instituciones, lo que se evidencia en que no se les brinda la información que necesitan para realizar sus transacciones. Para él, lo duro del trabajo de las minadoras podría ser solventado mediante el apoyo de la institucionalidad estatal para mejorar las condiciones en las que realizan sus transacciones. En el relato de Eduardo se traslada la responsabilidad por el trabajo necesario para la producción desde la empresa al Estado.

La etnografía de este eslabón muestra las formas que toma allí la superexplotación de las minadoras, que implica generar ganancia sobre la base de la diversidad del trabajo en los eslabones de base; es decir, se aprovecha el trabajo de mujeres pobres, dispuestas a minar en la basura. Los representantes de las industrias entrevistados justifican de varias maneras la posición subordinada de las minadoras en la jerárquica cadena del reciclaje en la que las industrias constituyen la cúspide. Estas justificaciones van desde su falta de educación, de cultura –en el sentido de costumbres no adecuadas– y de visión, entendida como carencia de cálculo empresarial para manejar su supervivencia. Una mezcla de razón neoliberal con nociones civilizatorias conforma los discursos de actores representantes de las industrias que reciben los beneficios del trabajo precarizado.

Capítulo 4

Herederas del desecho

Mujeres y pobres son algunas de las cualidades sobre las que se funda la permanencia de las minadoras en la cadena del reciclaje en la ciudad de Quito. Falta, sin embargo, una cualidad, quizá la más necesaria: estar dispuestas a trabajar con desechos. Como dice la presidenta de la asociación de minadoras de Sangolquí: “No todos están dispuestos a hacer lo que nosotros hacemos”, y es cierto. Es que trabajar con desechos, palparlos, manosearlos, aun para extraer de ellos objetos reutilizables, tiene una dimensión material que impacta nuestra experiencia con ellos. Además, en el plano de lo simbólico, es trabajar en los límites de la propia cultura, es arriesgarse a ser parte de lo abyecto, de aquello que no es, de aquello negado, no reconocido, que carece de sentido. El desecho “perturba una identidad, un sistema, un orden, es aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas” (Kristeva 2006, 4). El desecho, por lo tanto, está al otro lado del límite, allá donde el ser no es posible, allá donde los objetos han caído, han perdido su sentido.

El cadáver (*cadere*, caer), aquello que irremediamente ha caído, cloaca y muerte, trastorna más violentamente aun la identidad de aquel que se le confronta como un azar frágil y engañoso. Una herida de sangre y pus, o el olor dulzón y acre de un sudor, de una putrefacción, no significan la muerte. Ante la muerte significada —por ejemplo, un encefalograma plano— yo podría comprender, reaccionar o aceptar. No así como un verdadero teatro, sin *disimulo* ni máscara, tanto el desecho como el cadáver me indican aquello que

yo descarto permanentemente para vivir. Esos humores, esta impureza, esta mierda. Son aquello que la vida apenas soporta, y con esfuerzo. Me encuentro en los límites de mi condición de viviente. De esos límites se desprende mi cuerpo como viviente. Esos desechos caen para que yo viva, hasta que, de pérdida en pérdida, ya nada me quede, y mi cuerpo caiga entero más allá del límite, cadere-cadáver (Kristeva 2006, 3).

Trabajar con desechos es un juego peligroso que no todas las personas estamos dispuestas a jugar, pues hay el riesgo de ser aniquiladas junto con el desecho al otro lado del límite de la cultura, del orden en el que el ser existe. Se corre el riesgo de ser contaminado por lo abyecto, por ese cúmulo de objetos caídos, excluidos de la cultura que habitan allí donde el sentido se desploma (Kristeva 2006).

Para Millar (2018, 7), utilizar metáforas relativas al desecho para describir los cambios contemporáneos en el mundo del trabajo que relacionan desempleo, marginalidad, exclusión, informalidad con vidas descartables podría terminar en imaginar que realmente existe gente descartable, no solo ante los ojos del mercado o del Estado, más aún si esa gente se involucra y trabaja con desechos. Sin embargo, en el caso específico de las minadoras, si bien trabajar con desechos, con objetos que amenazan el orden, las reglas, los valores, en las condiciones laborales que lo hacen, no significa que sus vidas sean descartables, inquieta conocer cómo construyen su ser estos sujetos.

El ser se constituye en la experiencia de los sujetos (Scott 1992; Jackson 2005). Existe un problema cuando se piensa que esas experiencias son vividas por individuos dados, por sujetos cognoscentes que en su vida cotidiana observan los eventos o que reaccionan ante influencias externas. Estas posiciones no se preguntan sobre cómo se producen las concepciones del yo de los sujetos y de sus identidades, sino que hacen de los individuos el punto de partida del conocimiento, y naturalizan categorías como hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, etc., en suma, no se preguntan acerca de los procesos de constitución de los sujetos (Scott 1992). La experiencia, para Scott, es el proceso por el que se construye la subjetividad de los seres sociales. Este proceso implica la posición que la misma persona se

asigne o que otras le asignen dentro del espacio social. A partir de esa posición, el sujeto percibe y entiende como subjetivas las relaciones materiales, económicas o interpersonales que son sociales e históricas. Analizar la experiencia, por lo tanto, implica enfocarse en los procesos de producción de la identidad y requiere reconocer su carácter discursivo.

La experiencia tiene un carácter discursivo, por lo que la narrativa adquiere un papel central: “La narración es un modo de acción intencional (praxis) que simultáneamente revela nuestra singularidad subjetiva y nuestra conexión intersubjetiva con los demás, así como las fuerzas ambientales a las que todos estamos sujetos” (Jackson 2013, 13). La experiencia, entendida como situaciones vividas por individuos dados, es descentrada del análisis, lo que importa son sus narraciones, aquello que se dice de las experiencias. Las narraciones, dice Jackson, en cierto sentido no son verdaderas, pues ellas arreglan y transforman nuestras experiencias. Estos arreglos sirven a diferentes intereses y pueden “transformar nuestras experiencias, remover nuestras emociones y facilitar la acción sin la mediación del pensamiento conceptual y en oposición a las narrativas oficiales” (Jackson 2013, 14).

Jackson sitúa el poder creativo de las narraciones en el espacio de lo público, donde las experiencias se objetivan y se hacen inteligibles a los demás. Mediante las narraciones no solo se está dando voz a lo que está en nuestra mente o a los propios intereses, sino que se está objetivando la experiencia. Se la hace observable, audible a los otros, y de esta manera se pone de manifiesto lo que tenemos en común con los demás: “No solo ‘quién’ pensamos que somos sino ‘qué’ circunstancias compartidas soportamos sobre nuestras vidas y nuestro destino” (Jackson 2013, 16).

Las narrativas sacadas al espacio público muestran la necesidad de nuestra humanidad individual de extenderse en el espacio y en el tiempo. Existe, según Jackson, una necesidad poco reconocida de los seres humanos de enraizarse más allá de la propia individualidad. Los seres humanos necesitamos crear sentidos de pertenencia.

Pertenecer es, por lo tanto, creer que el ser está integrado y es parte integrante de un campo más amplio del ser, que la propia vida se funde con

las vidas de otros-predecesores, sucesores, contemporáneos y consocios, así como los mundos superpuestos de la naturaleza, el cosmos y lo divino (Jackson 2013, 32).

Las narraciones ponen de manifiesto esta necesidad de pertenecer a una comunidad, a un grupo social, a la sociedad en general, por eso los relatos muestran las continuas producciones de las identidades. Narrar las experiencias puede ser visto como agencia, como actos de lucha, pero de una “lucha por el ser” (Jackson 2005), pues la misma existencia humana es una lucha entre fuerzas contendientes e imperativas. Esta necesidad del ser puede tomar la forma de una búsqueda personal, en otras ocasiones puede consistir en trabajar para transformar el mundo en el que nos han arrojado en un mundo en cuya construcción hemos participado. A veces implica una lucha por vivir dando la cara a la adversidad y a la pérdida. En ocasiones la lucha es contra la nada, para hacer que la vida valga la pena ser vivida en lugar de una vida sin esperanza, sin provecho, inútil (Jackson 2005, X). En todo caso, para Jackson, la lucha por el ser no consiste en la realización de nuestra voluntad de ser, en un esfuerzo de autorrealización, sino que es el resultado de una relación dinámica entre las circunstancias sobre las que se tiene poco control y nuestra capacidad de vivirlas en una variedad de formas (Jackson 2005, XI). Sin embargo, Jackson (2013, 34) reconoce el enorme peso de las circunstancias sobre los sujetos.

A pesar de ser consciente de que la eternidad es infinita y la vida humana finita, que el cosmos es grande y el mundo humano pequeño, y que nada que alguien diga o haga puede inmunizarlo de las contingencias de la historia, la tiranía de las circunstancias, la finalidad de la muerte, y los accidentes del destino, cada ser humano necesita un poco de elección, ansía cierto grado de comprensión, exige algo que decir y espera cierta sensación de control sobre el curso de su propia vida.

Jackson (2013, 34) deja de lado la cuestión de si realmente existe libertad de acción humana, y se centra en “la necesidad humana de imaginar que la vida de uno pertenece a una matriz más grande que uno mismo, y que dentro de esa matriz, las propias acciones y palabras importan y hacen una

diferencia”. Lo importante, para este autor, no es la agencia en sí misma o la capacidad de actuar sobre el mundo, sino la necesidad existencial de crear un sentido de agencia.

Para las minadoras, ese sentido de agencia debe construirse en un contexto social y cultural de múltiples violencias que implican exacción, entrega, tributo para reproducir órdenes de estatus de clase y de género (Segato 2003). En medio de una violencia económica que explota su trabajo aprovechándose para ello también del orden de género, como se observó en capítulos anteriores, y de una generalizada violencia familiar que reproduce el orden patriarcal.

En este capítulo y en el siguiente analizaré las narraciones de las experiencias de las minadoras en las que se expresa la lucha por el ser. No obstante, el objetivo así expuesto es demasiado amplio dada la vastedad de variables que tendrían que tomarse en cuenta para lograr tal propósito. Es necesario focalizar el análisis. Para Jackson (2005, XXV), “se pueden producir descripciones edificantes de ‘momentos del ser’ que nos pueden permitir vislumbrar lo que está en juego para los actores y cómo estos experimentan el campo social en el que se encuentran”. Se observarán eventos de las vidas de las minadoras, entendiéndose por evento “una ocasión, un acontecimiento en el que algo vital está en juego y en riesgo, cuando algo memorable o trascendental es experimentado y donde cuestionamientos acerca de conductas correctas o incorrectas son sentidas como cuestiones de vida o muerte” (Jackson 2005, XXX).

Además, me centraré en las narraciones de eventos trascendentales, esas historias que son “recomposiciones selectivas, imaginativas, post-festum de la realidad que hace que esta aparezca menos contingente y a nosotros menos insignificante” (Jackson 2005, XV). Las creencias o las ideas que se pueden encontrar en las narraciones son con frecuencia resultados de una actividad o un resumen retrospectivo que ayuda a dar coherencia a lo que ha sucedido. Para Jackson, las acciones humanas, la mayoría de las veces, no son el producto de una deliberación intelectual o de una elección consciente, pues la conceptualización, la reflexión y la representación tienden a seguir a nuestras acciones, es decir, vienen luego.

Momentos del ser

En este capítulo se observan las narraciones de sujetos para quienes la basura ha sido parte de sus experiencias de vida desde la niñez, es decir, se han socializado tempranamente con la actividad del minado, en contraste con las narraciones del capítulo 5, producidas por minadoras que se han visto enfrentadas a trabajar con desechos ya en su vida adulta. Esta distinción supone que una socialización temprana con el desecho naturaliza la relación de los sujetos con este, mientras que una socialización tardía necesitaría de un trabajo de aceptación y resignificación del desecho.

Ana

Ana no es un personaje desconocido en este libro. A través de su trabajo describo en el capítulo 3 el primer eslabón de la cadena del reciclaje. Vale la pena, sin embargo, recordar algunos de sus rasgos. Es una mujer de aproximadamente 54 años, de complexión gruesa, bajita, de tez morena; tiene ocho hijos, a los que, según me dice, ha cuidado y alimentado sola, en gran parte gracias al trabajo de minado. La conocí en las afueras de mi hogar, cuando hacía mis primeros intentos por entrar en el mundo del minado. A partir de ese momento, la acompañé en sus recorridos por las calles del barrio durante varios meses. La actividad del minado es central para asegurar la sobrevivencia de Ana y su último hijo, Andy. Su trabajo consiste en recorrer las calles hurgando en fundas y contenedores de desechos para rescatar de ellos materiales reciclables.

Conseguir su confianza para recolectar sus narrativas no fue tarea fácil. Debido a la desconfianza hacia las otras personas, generada por su trabajo en calle, sumada a mi propio recelo por crear ambientes hostiles que imposibiliten narraciones fluidas y cómodas, opté por acercarme paulatinamente a través de su trabajo. Así, la acompañé en sus recorridos por las calles. Entre subidas y bajadas, mientras ella hurgaba en las fundas y recogía materiales tirados en las aceras, le lanzaba preguntas y repreguntas que motivaban sus vívidas narraciones. Durante nuestras salidas no utilicé ningún artefacto para registrar sus relatos, pues, además de resultar incómodo para nuestra reciente

relación, habría sido ineficiente, pues las narraciones se producían mientras Ana realizaba su trabajo y la mayor parte del tiempo no se iba en las narraciones, sino en aspectos ligados al trabajo que realizaba en el momento. La técnica que utilicé es la observación. Para ello, inmediatamente después de nuestros encuentros registré las narraciones en el diario de campo. Por ello, estos registros, contienen muy pocas textualidades, solamente las que mi memoria pudo retener.¹

De esas narraciones pude conocer que el minado forma parte de la vida de Ana desde muy niña. Entre sus recuerdos más lejanos está el salir a recorrer las calles de Quito acompañando a su madre, quien criaba cerdos, para alimentarlos, la madre solicitaba a quienes habitaban en los barrios que le entregaran el “agua sucia”, como se llamaba a los desperdicios orgánicos de la cocina que las familias podían reunir para colaborarle a la mujer con la crianza de los animales. También hija y madre hurgaban en los tachos de basura de las casas para sacar de ahí residuos orgánicos y materiales como papel, cartón y botellas que la madre vendía a un intermediario en el centro de la ciudad. Así, para Ana, manipular el desecho ha sido una actividad cotidiana y naturalizada desde que tiene uso de razón, y que, por sus narraciones, parecería no producirle ningún conflicto.

El desecho, así como la violencia familiar, aparecen con frecuencia en sus narraciones como elementos cotidianos a los que tuvo que habituarse desde muy pequeña. Una violencia que, independientemente de quienes la lleven a cabo, expresa la necesidad de reproducir el orden de género. En este contexto opresivo, Ana percibe el trabajo del minado como un elemento de emancipación y empoderamiento (Deere y León 2000) frente a la subordinación de género, aunque a través de él se realice la superexplotación en beneficio de los eslabones superiores de la cadena de reciclaje, que asegura, por otro lado, la reproducción del orden de clase. Las salidas realizadas con ella han sido muy ricas en vívidas narraciones sobre su vida en las que identifica dos momentos del ser a partir de los cuales recompone su vida, y tienen relación con sus parejas.

¹ Las anotaciones del diario de campo se registran en este libro en cursivas.

El primer matrimonio

Le pedí que recordara una escena, un evento, el más lejano atrás en el tiempo, que ella considere importante en la historia de su vida. Su respuesta casi inmediata fue su primer embarazo. La siguiente observación corresponde a la narración de esa interpelación, que escribí en mi diario de campo.

Habiendo roto un poco el hielo, le pregunté sobre cómo fue quedarse embarazada tan joven, a los quince años. Entonces Ana comenzó su narración. Me contó que el carácter de su madre era muy difícil, “si solo de acordarme todo lo que me hizo mi mamá me dan ganas de sentarme a llorar”, me dijo. Me contó que la vida en la casa de sus padres era insostenible para ella debido al comportamiento de su madre, sobre todo con los hijos mayores a los que maltrataba continuamente. “Nosotros le teníamos mucho miedo”, pues si los niños no tenían arreglada la casa y hecha la comida, recibían severos castigos. Con Ana su madre era especialmente cruel, la maltrataba mucho, “nos pegaba y nos pisaba hasta la cabeza”. Por esta razón no quería estar en la casa, cuando podía se iba al cementerio de San Diego, donde trabajaba su padre, para regresar con él a casa y evitar los castigos de su madre. Entonces conoció al padre de su hijo mayor y se embarazó. Fue un momento muy difícil. No les avisó a sus padres hasta casi el momento en que su hijo nacería. La reacción de su padre fue muy impactante para Ana, pues la expulsó de la casa. Afortunadamente su tía vivía cerca y se refugió con ella, la tía le consoló diciéndole “ya les ha de pasar”. El padre culpaba a la madre de Ana diciendo que ella tenía la culpa por la forma en que maltrataba a sus hijas. Pasó un tiempo y el padre recibió nuevamente a Ana, pero no quería saber del padre del niño. “Te ha de pegar, te ha de maltratar, ni yo que soy tu papá no te pego, para que venga otro a pegarte”. Ana tuvo su hijo en casa de sus padres, pero luego su papá accedió a que se casara con el padre del niño, José Antonio.

Ana es la segunda hija y primera mujer de una familia de ocho hermanas y hermanos. El padre, un albañil que consiguió un trabajo estable y formal en el área de mantenimiento del cementerio de San Diego, pudo

ofrecer relativa estabilidad económica a la familia; la madre también aportaba mediante su trabajo de minadora y criadora de cerdos. A pesar de que al parecer la familia gozaba de estabilidad económica, la violencia era perpetrada por la madre, quien maltrataba cruelmente a sus hijas e hijos. En esta parte del relato está claro que el embarazo y primer matrimonio de Ana fueron consecuencia directa de la violencia intrafamiliar. El ser de Ana se construye en torno a la figura de una persona violentada dentro de las relaciones familiares. Alrededor de la violencia se forma una imagen de su padre y de su madre. El padre tiene un papel redentor, mientras su madre se presenta como su victimaria.

La narración continúa con el momento en que Ana sale de la casa de sus padres para ir a vivir con el padre de su hijo, con quien contrajo matrimonio.

Ana y su esposo se fueron a vivir separados de los padres. Me contó que su primer esposo era cariñoso y muy responsable, que les daba todo a ella y a su hijo. “Él era bueno y yo creí que todos eran así”. El esposo de Ana quería ser policía y se estaba preparando para ello. En un futuro tendría que separarse de Ana y del niño para entrar en la escuela de policía, por lo que había pagado el arriendo del lugar donde vivían por adelantado. Todos los sueños de los jóvenes se vinieron abajo cuando José Antonio, su esposo, murió dejándola sola con su pequeño hijo. Ana regresó casi de inmediato a casa de sus padres. El suceso fue una verdadera tragedia para ella, “hasta mi papá lloraba”, me contaba Ana, pues le había tomado cariño.

La violencia estructura también esta parte del relato. Ana construye la imagen de su primer esposo mediante el buen trato, en oposición a lo vivido en casa de sus padres. Él trabajaba como guardia de seguridad en una empresa, por lo que tenía la posibilidad de ofrecerle un hogar fuera de la casa de sus padres en donde ella pudiera ocuparse de cuidar a su pequeño hijo. En este momento de su vida Ana no era una víctima violentada, sino una persona amada. Su primer hijo fue quien le dio la llave para entrar en esta corta pero deseada etapa de su vida. Sin embargo, la tragedia y la pérdida envuelven pronto este momento de su ser.

El esposo, que era tres o cuatro años mayor que ella, recibió un disparo mortal durante un asalto. Los administradores de la empresa lo llevaron directamente a la morgue. Ana dice que los que le recibieron en la morgue dijeron que si lo hubieran llevado a un hospital para atenderlo de manera adecuada probablemente no habría muerto. Ana estaba muy conmovida al recordarlo. La conmoción por la noticia fue tal que no se dio cuenta de qué pasó con su hijo, quien afortunadamente fue atendido por una vecina del lugar en donde vivían ella y su esposo. Ana permaneció toda esa noche en la morgue, esperando que los padres de José Antonio llegaran desde Latacunga, de donde eran oriundos.

En esta parte de la narración, Ana se construye como golpeada por las circunstancias, en este caso la muerte de su esposo. Es interesante notar cómo señala que los empleadores de su esposo, por una razón no mencionada, no tuvieron consideración con él pues lo llevaron a la morgue en lugar de al hospital; así deja la duda de que, si hubiera sido otra persona de mayor valor para ellos, le hubieran llevado al hospital y probablemente se habría salvado. Esto indica que, para Ana, su esposo pertenecía a aquellos que no valen demasiado en la sociedad.

Una de las cosas que más le dolía era tener que regresar a casa de sus padres después de este evento trágico, pues allí le esperaba una vida de maltratos al lado de su madre. Tuvo la posibilidad de quedarse, al menos por un tiempo, en el lugar donde había vivido con su esposo, pero había entrado en una profunda depresión. Los dueños de la casa le recomendaban que regresara con sus padres y le habían dicho que le regresaban el dinero adelantado, pero que no querían verle sufrir de esa manera. También su padre le pedía que regresara a casa. La madre, en cambio, nunca se lo insinuó. Cuenta que, efectivamente, pasado algún tiempo de la pérdida de su esposo, ya en la casa de sus padres, los maltratos de su madre comenzaron nuevamente. En alguna ocasión, Ana había pasado toda la mañana buscando trabajo, regresó cerca del mediodía y empezó a cocinar en la cocina de leña. Al rato llegó su madre, mientras estaba sentada con su hijo en brazos. La madre, encolerizada por no encontrar

la comida lista, le pegó a Ana con un objeto contundente en la cabeza y le abrió una herida. Recuerda claramente cómo la sangre le corría desde su cabeza para mancharlo todo, incluso a su pequeño hijo.

En la narración Ana se piensa a sí misma como vulnerable, como incapaz de lidiar con la pérdida. En estas circunstancias otras personas se compadecieron de ella, los dueños de la casa y también su padre. La madre, sin embargo, aparece nuevamente como la implacable victimaria. Ana es jaloneada por las circunstancias, pues aunque no quiere regresar a casa de sus padres se ve obligada a hacerlo. Su situación psicológica no le permitía encontrar una salida; sumado a esto estaba su condición de mujer, joven y viuda que la volvía aún más vulnerable ante la violencia perpetrada por la madre.

La narración de Ana en este primer momento muestra cómo se ve a sí misma en retrospectiva: una persona joven, madre, víctima de una larga historia de violencia familiar, vulnerable ante las circunstancias y perteneciente a un grupo social subordinado. A partir de este posicionamiento, ella construye su experiencia en esta primera etapa de su vida.

El segundo matrimonio

Para cuando su hijo tenía entre cinco y seis años, Ana conoció al que sería su segundo esposo, era un albañil que estaba haciendo trabajos eventuales en el cementerio donde trabajaba su padre. Ana comenzó una relación que duraría 18 años. Esos 18 años de violencia y de maltrato marcaron su vida. El hombre era borracho y la golpeaba constantemente. Fruto del matrimonio nacieron seis hijos; al hombre, sin embargo, no le importaba que estuvieran allí cuando golpeaba a su madre. Ellos, según Ana, miraban las escenas de violencia entre llantos y gritos. El padre de Ana le decía que se separara que ni siquiera él le había pegado, por qué tenía que permitir que este hombre la maltratara. Su madre, en cambio, le decía que sería una vergüenza que se divorciara que tenía que aguantarse a su lado. El segundo esposo de Ana no se ocupaba de sus hijos. Ana tuvo que minar. La violencia materna fue, según Ana, una de las razones para que se casara con su segundo esposo,

en una segunda fuga. “No tenía ni un mes de conocerle cuando me casé”, recuerda. A pesar de no conocerlo Ana se embarcó en una segunda relación en la que vivó mucha violencia. Ahora era el esposo quien la maltrataba.

En la narración se observa cómo la violencia estructura nuevamente el relato. La violencia perpetrada por la madre la lleva a buscar una salida mediante el matrimonio con un hombre al que prácticamente desconocía. Asimismo, Ana construye la imagen de su segundo esposo alrededor de la idea de crueldad, del vicio y de la irresponsabilidad. En este momento, es una persona aguantadora y resignada a que la violencia forme parte de su vida. En esta parte del relato, empieza a aparecer el trabajo del minado como una salida también resignada ante la irresponsabilidad del esposo frente a las necesidades de crianza de los hijos.

El padre de Ana había comprado un terreno en Toctiuco que lo dividió para entregar un pequeño lote a cada uno de sus ocho hijos e hijas, quienes podrían construir allí, si querían, sus casas. “Eso fue en lo único que me ayudó mi marido”, recalca Ana, pues con él construyeron un cuarto, un baño y una cocina. Allí crió Ana a sus ocho hijos. “Recién ahora es que estoy arreglando”, me comenta, refiriéndose a que está ampliando poco a poco la construcción. El marido de Ana la conoció como una mujer económicamente independiente, según Ana, por esa razón él abusaba y no contribuía en nada para mantener a sus hijos. Ana con su trabajo de empleada doméstica y luego dedicada de lleno al minado se encargaba de todas las necesidades de la familia.

En esta parte de la observación, se mira como una esposa fuerte y trabajadora a pesar de su marido, pues ella se encarga totalmente de la familia. Le ofrece techo gracias a una herencia de su padre y se ocupa de todas sus necesidades materiales y de cuidado. El marido aparece como una persona que se aprovecha de las virtudes de su esposa. Se puede ver claramente cómo propiedad y trabajo son elementos que le proporcionan cierto poder a Ana en su relación marital, pues, aunque él no aporte con la familia, ella es capaz de atender sola las necesidades de su familia. Se puede notar el

papel que tienen la propiedad y el trabajo remunerado para generarle una cierta sensación de autonomía y empoderamiento (Deere y León 2000). Sin embargo, esas mismas seguridades que le dan los activos, cuestionan el orden patriarcal que llevan al marido a violentarla reequilibrando así las relaciones jerárquicas de género.

Mientras el padre de Ana le insistía en que se separara, pues el hombre solo la maltrataba y no colaboraba con la familia, su madre le decía que no debía separarse, que nadie le mandó a casarse y que tenía que aguantarse. Ana me contaba que su madre quería a su marido porque él solía llevarle regalos. La madre le decía que ella quería separarse seguramente porque tenía “mozos”, “no se imagina, señorita, cómo me insultaba mi mamá cuando yo le decía que me quería separar”. La madre y una hermana se encargaban de disuadirle para que no se separara. La hermana era menor; “ella es blanca como mi papá”, me indicaba Ana. “Por eso ella creía que era mejor que yo”. “Vos eres negra”, solía decirle la hermana con el objetivo de ofenderla. La hermana le recalca que debía tener “mozos” para querer separarse. “Él, más lo que me insultó cuando me separé y resulta que la que ha tenido mozo ha sido ella misma”, decía Ana. Me contaba que hace algún tiempo había habido un escándalo en el barrio porque las cuñadas de la hermana de Ana habían ido a pegarle por haberle encontrado con su amante. “A mi hermana le tajaron la cara”, me contaba. “Yo no me metí en la pelea”. Ahora Ana y su hermana se llevan bien gracias a su padre, quien antes de morir reunió a todos sus hijos y les pidió que se llevaran bien. El padre argumentó que no importaba si un hijo o hija es más o menos “blanquito” que el otro, que todos eran iguales para él y que quería que tras su muerte se llevaran mejor. Para Ana la petición de su padre fue muy importante y, a pesar de todas las ofensas recibidas de su hermana, las había perdonado e intentaba llevarse bien.

En esta interesante parte del relato, aparece subjetivado un profundo racismo a partir del cual se expresan los conflictos familiares. A través de la idea de raza se articula este discurso. Para Ana, la blancura del padre aparece como una especie de suerte, de valor, que, sin embargo, él no utiliza en su

provecho. La hermana, en cambio, sí lo hace y la utiliza como instrumento para perpetrar y encubrir sus reprochables actos. Se puede notar cómo el racismo, en general difícil de captar en las narraciones, en realidad atraviesa profundamente las subjetividades y se ubica en el campo social y familiar. Ana compensa su falta de blancura con virtudes morales: fidelidad, perdón y amor filial.

Habíamos llegado a la última parte de nuestro recorrido, así que me animé y le pregunté ¿cómo fue la primera vez que su marido le alzó la mano? Entonces empezó su relato. Habría pasado más o menos un año y medio desde que se habían casado. La primera hija del matrimonio era aún muy pequeña. En esa época había un mercado en la plaza San Francisco, así que la pareja fue a hacer compras. Estaban regresando a casa cuando Ana se acordó de que le faltaba comprar algo, entonces su esposo y la niña se quedaron a esperarla en una esquina. Cuando Ana regresó a esa esquina de la plaza no los encontró. Decidió regresar a casa, pero nadie los había visto. Ana estaba desesperada sin saber de su hija y su esposo. Finalmente, Ana decidió ir a casa del padre de su marido, que vivía en La Argelia, un barrio al sur de la ciudad. Cuando llegó a la casa encontró a su esposo y a su suegro completamente borrachos y dormidos en una cama. Ana tomó a la niña y regresó a casa. Al día siguiente llegó el esposo borracho reclamando a Ana el no haberse quedado en la casa de su padre. “¿Qué?, ¿mi familia no vale...?”, le increpaba a Ana, fue entonces cuando el hombre la agredió físicamente por primera vez. De allí en adelante, la violencia y el licor empezaron a formar parte de la cotidianidad. Hasta ese momento, ella había considerado que el matrimonio era una buena estrategia de fuga de la violencia a la que le tenía sometida su madre. Después de todo su padre era un buen esposo, Ana nunca vio que él maltratara a su madre. Su primer esposo había sido también considerado con ella, “por eso yo pensaba que todos [los hombres] eran así”, decía. Su esquema de pensamiento, su habitus, fue quebrantado por su segundo esposo. Le pregunté si se acordaba cómo se sentía y me dijo que ella solo se pasaba llorando, que le tenía mucho miedo a su esposo y que recibía pasivamente los golpes. Los episodios de violencia se daban siempre cuando el hombre estaba borracho, al otro día

él argumentaba que no se acordaba de nada. “Mentira, ni muy borracho no sabía estar”, me decía Ana. Siempre le pedía perdón y le decía que cambiaría, pero nunca sucedió. En una ocasión, su cuñada, la hermana de su esposo, se quedó a dormir en su casa. Entrada la noche, sin saber que su hermana estaba allí, llegó el hombre borracho y le estampó un golpe en la cara a Ana. Su hermana lo regañó: “¿Qué le pasa, por qué le pega si no está haciendo nada?”. Entonces su cuñada le dijo a Ana que ella solo esperaba que su hermano cambiara porque él era igual que su padre, que siempre agredió a su madre hasta que ella murió.

Para el esposo fue una ofensa que Ana no se quedara con él en casa de su padre, un acto de insubordinación de género que él no iba a tolerar, pues amenazaba el orden patriarcal. La violencia se transforma, como sugiere Segato (2003), en el mecanismo para demostrar la dominación de género. A partir de este momento, la violencia se transformó en la credencial que demostraba que él dominaba su relación matrimonial ante sus pares, entre ellos, su propio padre. En esta parte de la observación Ana se presenta a sí misma como una persona traicionada en su confianza, pues la experiencia de su padre y de su primer esposo le habían enseñado que los esposos eran “buenos” y casarse era una estrategia viable de fuga de la violencia familiar, pero su segundo esposo había roto esta convicción. El esposo de Ana era aquí construido como una persona sin voluntad que había heredado el comportamiento de su padre, un hombre cruel en extremo. Lo narrado por la cuñada le alertaba de lo que podría suceder con ella. Ana se piensa indefensa, en peligro y sin posibilidad de actuar ante la adversidad.

Le pregunté por qué no se separaba, por qué estuvo tanto tiempo con él. Me contestó que su padre le decía que se separara, que ella de todas maneras estaba criando sola a sus hijos, pues su esposo no se preocupaba por ellos, pero que su madre le decía que no debía separarse, que nadie le había mandado a casarse, que tenía que aguantarle porque era su marido, aunque le pegara. “Yo sabía ir a buscarle a él”, me contaba. El hombre solía irse semanas enteras a la casa de su padre y Ana por recomendación de su madre iba a buscarle para que regrese a casa. “Es TU marido, tienes que ir a traerle”, le

decía su madre. La historia se repitió por muchos años más y con ella vinieron seis hijos e hijas. ¿Cuándo decidió separarse?, le pregunté. Me contó que empezó a trabajar como lavandera y a veces también cocinando para una señora que trabajaba en el Mercado Mayorista. En una ocasión, esta mujer encontró a Ana llorando y con la cara hinchada por los golpes. Al saber que el marido de Ana le había golpeado nuevamente, la mujer le dijo que se consiguiera algo con qué pegarle de regreso. “Eres una maricona”, le decía la mujer, “no le tengas miedo. Vos solo le debes respeto a tus padres, pero él es solo tu marido”; “no te dejes pegar”. Ana repetía que la mujer le decía: “Es solo tu marido”, al contrario de su madre, que le recalca que era su marido a pesar de todo. La siguiente ocasión que el hombre llegó borracho a agredirla Ana le golpeó con un palo y le lastimó la rodilla. Las agresiones cesaron y Ana se animó a separarse. Las agresiones tuvieron consecuencias físicas en Ana, pues sus lagrimales quedaron dañados por los golpes recibidos en la cara, sus ojos siempre están húmedos y, según dice, no se puede hacer nada, pues se puede operar, pero probablemente la operación afecte su capacidad visual, por lo que los doctores no lo recomiendan. La violencia dejó también consecuencias psicológicas Ana tiene mucho miedo de compartir la cotidianidad con un hombre. “Pienso que todos son iguales”, dice, refiriéndose a su anterior esposo. Ana perdió la capacidad de establecer relaciones de pareja, el miedo no le permitió mantener una relación estable con el padre de su último hijo Andy, quien le propuso que vivieran juntos, pero Ana se negó.

Se puede subrayar en esta parte de la observación el papel que tiene el trabajo en la construcción de la subjetividad de Ana: es fundamental en su decisión de separarse del marido. El padre, quien encarna el amor, la bondad y la racionalidad, le recalca que no necesita a su esposo económicamente, que ella podía afrontar esa responsabilidad sola, por lo que no tenía que soportarlo. El trabajo y la propiedad se transforman, como lo sostienen Deere y León (2000), en elementos de empoderamiento que cuestionan las relaciones familiares patriarcales, a pesar del fuerte enraizamiento que estas presentan en una tradición, celosamente defendida por la madre de Ana. La violencia, símbolo de dominación del marido, fue contestada con violencia, con ese solo acto simbólico la desafortunada relación terminó.

En estas reconstrucciones selectivas de los eventos que Ana considera importantes en su vida puede notarse cómo en cada narración se expresa su incansable lucha por darle un sentido a sus experiencias de vida. La violencia es parte constitutiva del mundo al que Ana es arrojada; sin embargo, a pesar de que en ocasiones parece que esta vence su voluntad, ella lucha, no la acepta, huye, busca formas de salir. Sus matrimonios son intentos fallidos por lograrlo, pero al final encuentra en el trabajo su liberación. Trabaja y lo hace, en gran parte, mediante el minado, aunque se ocupa en otras actividades que aparecen y desaparecen a lo largo de su vida. Sin embargo, el minado es una constante que hasta hoy le ha dado la posibilidad de sobrevivir y aprovisionar a sus hijos con bienes materiales y cuidados. A pesar de que el desecho es rechazado, aborrecido por los otros, a ella parecería no importarle. Se siente orgullosa de haber enfrentado sola las vicisitudes de su vida mediante su trabajo en el minado.

Byron

Mi primer contacto con Byron fue durante una visita que, como parte de mi trabajo de campo, realicé a la Estación de Transferencia Norte, en donde él trabajaba como presidente de la Asociación Nuevo Amanecer. Esta asociación de minadores tiene un convenio con el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito para permitir que los miembros minen en esta estación a donde van a parar todos los residuos sólidos del norte de la ciudad, para luego ser trasladados al relleno sanitario de El Inga, ubicado en uno de los valles aledaños.

Apenas llegué a la estación donde trabajaba Byron empecé a sentir un olor penetrante a basura en descomposición que perturbaba mi olfato. Un grupo de hombres nos esperaban a mí y a Vinicio, el dueño de una de las empresas intermediarias con las que estaba haciendo mi trabajo de campo. Vinicio me presentó. Ellos eran administradores de la asociación. Vinicio les explicó: “Le traje porque quiere conocer la estación. Ella no cree que todavía hay recicladores aquí”. Mientras tanto, Byron le explicaba a “el ingeniero”, un funcionario de la Empresa Municipal de Gestión de Residuos

Sólidos (EMGIRS EP), que veníamos de visita para ver cómo funciona la planta. El ingeniero accedió y, junto con Byron y otro hombre, empezamos nuestro recorrido. Caminamos por una vereda que nos conduciría a un gran galpón. El olor ahora era mucho más intenso. Allí trabajaban cerca de cien minadoras del turno de la mañana.

Se podían observar cuatro actividades en el galpón. La primera cuando los camiones de basura descargaban. Existen tres tipos de camiones: los de carga frontal, los más demandados por las minadoras, pues traían la basura de centros comerciales, negocios e industrias; los de carga lateral, adaptados para vaciar la basura de los contenedores; y los de carga manual, que se llenan gracias al trabajo de empleados municipales encargados de colocar en los camiones las fundas de basura depositadas en las veredas. Al descargar un camión las minadoras están listas para atrapar las fundas de basura que caen en una lluvia de desperdicios y recoger los materiales reutilizables. La escena me impresionó mucho. Al descargar los camiones aproximadamente cien personas se abalanzan sobre las fundas de basura. Las minadoras no tienen casco y la gran mayoría no utiliza guantes ni ningún otro tipo de implemento de seguridad. Byron, quien estaba haciendo el papel de guía en el recorrido, me indicó que las relaciones entre las minadoras son bastante conflictivas, pues algunas traen sus disputas personales al galpón y frecuentemente hay peleas. Me narró nuevamente el caso de la familia López, conformada por 40 personas que son particularmente agresivas. Me sugirieron que mirara un camión que acababa de llegar. Unas minadoras se subieron a descargarlo manualmente. “Esos son los López”, me dijeron. Según me contaron, en ese camión no se subía nadie más que ellos porque los demás les tenían miedo.

La segunda actividad que se podía observar en el galpón es el apilamiento de la basura. Una vez realizado el primer minado en las fundas de basura, para lo cual las minadoras tienen, aproximadamente, un tiempo de 10 minutos, una máquina se encarga de amontonar la basura conformando una enorme montaña de desperdicios. Las minadoras tratan de aprovechar hasta la última posibilidad de sacar algo de material entre la basura. Vi a una mujer subida en lo alto de la montaña de basura minando. “Eso parece peligroso”, exclamé. Vinicio dijo que la máquina que apilaba

la basura ya había matado a varias personas. Byron lo confirmó, pero dijo que el chofer que ahora se encargaba del trabajo era más cuidadoso.

La tercera actividad es cargar esa basura en los enormes camiones de transferencia que la llevan a su destino final: el relleno sanitario. “Sí ve”, me dijo Vinicio, señalando que las minadoras podían caer fácilmente al camión de transferencia y morir cuando intentaban minar en la montaña de basura. Hasta esta parte del recorrido no me fue permitido tomar fotografías, pues a algunos minadores no les gusta, según me indicaron mis guías.

La cuarta actividad, que se realiza en el galpón es separar y pesar los materiales minados. Byron me indicó que únicamente las minadoras que pertenecen a la asociación pueden trabajar allí. Lo pueden hacer de manera individual, pero suelen trabajar en parejas de marido y mujer, y otros se organizan en grupos, por ejemplo, de 10 personas. La remuneración por el trabajo depende del material que recoge cada persona o grupo.

Aproximadamente cada persona puede ganar unos 300 dólares mensuales. Según Byron, se trata de personas muy difíciles de organizar, por lo que la asociación se encarga de remunerarlas según el peso de material que puedan recoger. Les pregunté si no habían contemplado la posibilidad de pagarles un sueldo, pero me dijo que no todas las personas trabajaban con igual intensidad y entonces venían las peleas y los problemas; en cambio, al peso, obtenían la remuneración por lo que trabajaban. Frente al galpón está una especie de gran corredor, donde las minadoras colocan enormes bultos que van llenando de material en el transcurso del día. Empiezan a las 07:00, y alrededor de las 15:00, luego de haber llenado los bultos, los pesan. A un lado del galpón se disponen varios espacios para amontonar los distintos tipos de materiales: botellas, plásticos, papeles, cartones. Luego de que las minadoras los entregan, se los pesa y se disponen para dárselos a las empresas intermediarias de la industria como la de Vinicio, quien compra botellas PET. En la estación se cuenta también con un turno nocturno que efectúa el mismo trabajo de la mañana. Este empieza a las 19:00 y termina a las 07:00. Es decir, la estación está en actividad durante 24 horas. En esta parte del recorrido se me permitió tomar fotografías.

Un tiempo después de esta visita, decidí contactarme con Byron para proponerle hacer algunas entrevistas sobre su vida. Sus narraciones son las únicas que dan voz a las experiencias de un hombre. Decidí incluir sus relatos, en parte, porque en el minado trabajan aproximadamente una tercera parte de hombres, pero la principal razón es reunir una heterogeneidad de experiencias en las que se construye el ser de quienes minan. En ese momento, Byron había dejado la presidencia de la asociación y había retomado sus actividades como minador de la estación en el turno de la noche. Cuando le pregunté por qué no trabajaba en el día, me dijo que había escogido el turno de la noche por no tener más problemas con los López, aunque también mencionó que en la noche trabajaban sus amigos: “El Rambo”, “El Chamo” y otros trece, todos ellos con sus apodos. El de Byron es “El Trole”, por ser alto. Accedió a contarme sobre su vida. Me pidió que nuestros encuentros se realizaran fuera de la Estación de Transferencia, pues allí no había un lugar adecuado. Acordamos encontrarnos cada semana en la cafetería de la FLACSO.

Por la manera en la que nos conocimos y el entorno de nuestros encuentros, fue más fácil introducir en nuestra conversación una grabadora de voz con la que pude registrar textualmente sus narraciones. A través de sus relatos conocí que el minado, al igual que para Ana, había sido parte de su experiencia de vida desde niño, cuando acompañaba a su madrastra, quien era minadora. Su historia de vida está también signada por la violencia familiar que afectó sus decisiones de vida. En sus narraciones, también las privaciones materiales y afectivas cobran un papel protagónico. Este hombre de 37 años tiene una pareja y cinco hijos. Es muy amable y con excelente disposición para conversar. Cuando recuerda su vida pasada, sus narraciones están plenas de vívidos relatos llenos de eventos, de momentos del ser en los que recompone constantemente sus identidades.

El abandono

Relata una infancia llena de privaciones tanto materiales como afectivas que marcan la forma en la que concibe su yo. Uno de los momentos

cruciales es el lejano recuerdo de un Byron de apenas cinco años que se reencuentra con su madre.²

BYRON. Yo me fui a unas fiestas, creo que tenía cinco años o seis, cuando mis tíos me presentaron a mi mamá, me dijeron: “Ella es tu mamá, abrázale”, y yo hasta la edad que ahorita tengo no tengo ni una imagen, solo de una señora... no me abrazó, o sea yo no le abracé, yo no, ella solo me esperaba, me hacía así... pero yo no me acercaba, me escondía detrás de mi tío. Por eso será que es como un resentimiento que tengo, igual creo que vive todavía por allá por donde mis tíos, pero o sea... créame que no he tenido la idea de irle a visitar.

Para él este evento es decisivo cuando reconstruye su vida. Quiere resaltar ante mí, desde el primer momento, que fue un niño abandonado. En la narración no cuenta por qué su madre lo abandonó, solo muestra un niño muy pequeño que conoce a una mujer extraña a la que le presentan como su madre. En su recuerdo no quiere abrazarla e interpreta este acto como fruto de un resentimiento por el abandono, que aún perdura y que, al parecer, origina el gran sentimiento de carencia afectiva que rodea su niñez.

Entrar como ladrón

Su padre volvió a unirse con una mujer a la que él llama mamá, aunque tiene bien claro que no lo es. Junto a ellos y a la hija de la mujer, a quien llama hermana, transcurre su infancia entre golpes, alcohol y trabajo duro.

BYRON. Eso le digo, vea, creo que uno ha pasado de lo peor. O sea, por ejemplo, mi papá era alcohólico. Bueno hubiera sido que sea un alcohólico tranquilo, o sea porque igual yo tan tomo, pero yo no busco relajó a nadie, ni me peleo con mi esposa, ni nada ya, no me gusta ni meterme con mis amigos, nada, yo hasta ahora no tengo discutido con ningún amigo, pero

² Entrevista a Byron, minador de la Estación de Transferencia Norte, Quito, junio de 2017.

en cambio mi papá llegaba chumado así. A mi mamá, a mi hermana, con la que nos criamos, nos correteaba, nos pegaba, nos correteaba con cuchillo, veré. Nos correteaba con cuchillo [...]. Cuando llegaba chumado nosotros sabíamos esperarle, ya sabíamos, cuando no llegaba temprano era porque ya llegaba chumado, o sea y nosotros el temor, póngase mi mamá decía ya ha de venir borracho [...] Tonces él llegaba y nos correteaba. Veré que en ese tiempo era [...] al frente de donde vivíamos había unos matorrales grandotes, las chilcas que decimos nosotros, y ahí nos amanecíamos hasta que el señor se duerma, le pase. Los vecinos ya le conocían, ya no se metían porque era bien agresivo mi papá. Tuvimos un... yo más que todo, yo me acuerdo de todo, me hacía más que todo a mí más. Por ejemplo, a mí me pateaba, se subía encima, a mí me pisaba... Por eso le digo mi mamá, o sea mi madrastra, nos cogía de la mano nos sacaba corriendo y amanecíamos donde los vecinos, o amanecíamos en esas chilcas y nos sabía decir, a mí me decía, como yo era el mayor, póngase me decía, anda a verle a ver si ya se ha dormido tu papá para poder entrar. Y tocaba entrar como ladrón, como ladrón en casa ajena, tocaba entrar calladito y verle si ya está dormido o si sigue tomando o haciendo relajo.

La violencia intrafamiliar aparece con fuerza en este relato. El padre la usa para demostrar su dominio en el hogar. También cobra relevancia el alcoholismo, que transforma al padre en un hombre muy cruel. El relato muestra un evento que, enredado en recuerdos lejanos, se repite muchas veces. La madrastra, la hermana y Byron se presentan como personas vulnerables ante la agresividad del padre. En el evento él se muestra como la principal víctima. También es él quien hace frente a la situación, pues al ser el mayor, debe arriesgarse para constatar que el padre no pudiera hacerles daño a él, a su madrastra y a su hermana. Él se ve como responsable de su integridad y construye así una masculinidad acorde con lo que las demás personas esperan de él: ser un hombre protector, fuerte, que enfrenta sus miedos (Hardy y Jiménez 2001).

Byron dejó la casa paterna a los 12 años. Cuando reflexiona acerca de las causas de su salida se refiere al cambio de su madrastra cuando se quedó embarazada. A partir de allí la madrastra mostraba más afecto por sus hijas

de sangre que por Byron, y se lo demostraba de varias maneras. El vacío que dejó el abandono de su madre cobra aquí protagonismo.

El pozo de agua

Otra de las causas a las que se refiere para salir de su casa es la carga de trabajo doméstico que tenía que soportar.

BYRON. Yo como me crié... desde los seis años que yo me acuerdo mi mamá me enseñó a cocinar, me enseñó a lavar, imagínese que si yo no lavaba venía mi papá y me pegaba. Me enseñó mi mamá a cocinar y a lavar. Póngase desde los seis años le digo, más o menos hasta los ocho años, yo ya sabía cocinar, arreglar. Póngase y de aquí nos tocaba como a unas cinco cuadras digamos ir a lavar la ropa. Tonces el que acarrea era yo, ahí en la Ciudadela Hospitalaria lavábamos. Para no ir a lavar, nosotros teníamos un pozo séptico. Mi mamá me decía, si me llenas este tanque con agua del pozo, lavo aquí o si no te pasas acarreado todo el día. En ese tiempo el pozo séptico que teníamos sí ha de haber sido de ocho, nueve, diez metros tenía y estar todo, medio día tal vez, estar dale, llena [...] y usted sabe que las lavanderías de antes eran tremendos tanques. A veces prefería acarrear la ropa que estar ahí dale.

Una de las maneras de expresar la falta de afecto de la madrastra hacia Byron es esta alusión al trabajo doméstico que él, un niño aún pequeño, era obligado a realizar. El trabajo doméstico se le presenta como un conjunto de actividades duras que afronta a temprana edad. El niño se siente una víctima del trabajo doméstico, que lo vive como una demostración del desafecto de su madrastra, quien era la llamada a hacerlo. Se configura así una noción del trabajo atravesada por el género en la que el trabajo doméstico aparece como castigo pues, por el orden de género, este no le corresponde, así como tampoco le corresponde debido a su corta edad. Esto muestra que el trabajo doméstico mantiene una división sexual que se sostiene en el trabajo de las mujeres y que, por extensión, alcanza también a niñas, niños y adolescentes.

Cuando habla de su niñez recalca constantemente que no tiene recuerdos agradables. Cuando menciona a su padre siempre lo hace negativamente. Si bien en su relato hay pocas alusiones a su madrastra, su imagen es algo más positiva que la de su padre, pero tampoco se refiere a ella con afecto.

La abuela

Existe, sin embargo, un personaje presente en sus recuerdos más lejanos: la abuela, madre de su madrastra, que aparece con una imagen muy positiva y en quien Byron vuelca su afecto. Desde muy pequeño esta mujer lo trataba con cariño, hablaba con él y le daba consejos e intervenía cuando su padre le golpeaba. En la siguiente narración relata un evento fijado en su memoria, en el que su abuela y sus tíos (todos por parte de su madrastra) intentan protegerlo de la agresividad de su padre.

BYRON. Yo era pequeñito, tal vez unos seis años o menos también, le habían estado cogiendo entre mis tíos [al padre], o sea los hermanos de mi madrastra, cogiéndole para que se calme, ¿no le digo que era loco? [...] Mis dos tíos le cogieron y le tenían, yo pensando que están pegándole, yo en mi desesperación, cogí un banco, un banco pequeñito cogí y le amenacé, o sea a ellos, le dije suelten, no le peguen. [...] Cuando me acuerdo de mi tío, que ya es fallecido, el que le tenía a mi papá, me acuerdo de esa imagen de que yo cogí el banco y les amenacé que le suelten porque si no les voy a dar. De ahí me dice mi abuelita, no Byron, no le estamos pegando, le estamos teniendo para que no te pegue a vos ni a tu mamá.

Byron recuerda así un episodio más de violencia familiar, en el que intervienen también su abuela y sus tíos. Es interesante observar cómo defiende a su agresor, lo que hace intuir que en una situación de violencia repetida muchas veces esta se naturaliza, y Byron reacciona frente a los que intentan detenerla. Cuando le señalé con admiración que él fue capaz de defender al padre agresor, él exclamó: “¿Pero que más se puede hacer?”, es decir, aún hoy, él mira con resignación el trato que recibió de su padre cuando niño.

En todo caso el personaje de la abuela hace que se mire a sí mismo como un niño merecedor de amor y protección.

Byron fue a la escuela hasta que terminó la primaria. Lo hizo en varios establecimientos educativos, dependiendo de los lugares a donde se mudaba la familia. Los recuerdos ligados a la escuela hacen referencia a carencias materiales. Si bien salía a la escuela por las mañanas tomando como desayuno la comida que él mismo había preparado el día anterior para toda la familia, señala que no recibía suficiente dinero para un refrigerio en la escuela. Además, cuando se refiere a su última escuela, recuerda las grandes distancias que debía recorrer para llegar. En general, sus relatos sobre la escuela son escasos y señala no tener buenos recuerdos.

La expulsión

Quiso seguir estudiando la secundaria, pero su padre no lo apoyó. A pesar de ello, entró a estudiar en la sección nocturna. Al cabo de unos meses fue expulsado y así quedó truncada su educación

BYRON. Un compañero mío que les pegaba a todos se metió con él [con su amigo], era más grande que mí incluso, era grandote, pero él era, ¿cómo le digo?, medio tranquilo. Tonces se mete con él, como era mi amigo, no me gustó, yo le dije te vas a meter con él preferible métete conmigo, de ahí empezó pues toda la pelea porque quería, como decíamos nosotros, quería verle las güevas a mi amigo. Yo en eso me meto en la pelea y salgo expulsado yo y el otro compañero [el agresor]. Verá, en el colegio, en la nocturna, se encuentra amigos tranquilos, amigos aniñados, amigos vagos, mal hablados, así entonces él trataba a la gente como él quería y a mí nunca me ha gustado tratarles así y él le trató mal a mi amigo por eso es lo que yo, viendo eso, porque él no puede. Él [el amigo] era alto verá, él tenía otra mentalidad, tenía una mentalidad más inocente ya, o sea por ejemplo, ¿sí ha visto que hay gente tranquilita?, él ve algo medio raro y se espanta nomás, así era él. Entonces mejor en vez de reclamarle o algo, él se callaba y se agachaba. Yo no pues, por eso le digo si te vas a meter con él métete conmigo y entonces nos dimos golpes en el curso.

En la narración se evidencia uno de los valores recurrentes en los relatos de Byron: la amistad. Para él, los amigos son muy importantes y alrededor de ellos se construyen muchos eventos, al contrario de Ana, quien nunca nombra a una amiga. Este rasgo puede interpretarse como la necesidad de los varones de una aprobación homosocial: “Nos probamos, ejecutamos actos heroicos, tomamos riesgos enormes, todo porque queremos que otros hombres admitan nuestra virilidad” (Kimmel 1997). Byron, en este relato, se presenta como un muchacho que no permite que agredan a un amigo. A pesar de que la agresión no era en contra suya, y de que su amigo es incluso físicamente más fuerte, él interviene. Se presenta como un muchacho fuerte, solidario y valiente, capaz de arriesgar su propia integridad por defender a quien, además de ser su amigo, es débil, inocente y sumiso. En el relato se pueden observar las construcciones de la identidad de Byron, que se corresponden con nociones de cualidades propias de la masculinidad.

Los relatos de la etapa en la que dejó la casa paterna son difusos e imprecisos. Señala que a partir de los 12 años vivió con amigos, con primos en distintos lugares de la ciudad. Se quedaba con cada uno por temporadas de seis meses y luego buscaba otro lugar para vivir. No habla de haber vivido precisamente en la calle, pero se puede intuir una vida de adolescente entre drogas, alcohol y violencia.

El baile y la bala

Algunos amigos de la adolescencia de Byron habían muerto ya, otros se habían convertido en delincuentes. A pesar de ello recuerda esa etapa con cierto cariño. En su caso, la homosocialidad es capaz de reemplazar a la familia.

BYRON. Verá, a mí me gustaba la aventura, me gusta la aventura. Yo tenía 16 años, yo les digo a mis amigos: vamos a bailar, éramos una bandita de 15 a 20, estábamos bailando así a lo bien. De los 15 creo que quedamos seis, y ya vieron que nos quedamos seis y vino una banda más grande. Nosotros estábamos así con nuestros panas,³ yo me quedé así. Como antes

³ Panas: amigos.

bailábamos hacíamos una bomba, salía una música y entraban unos, salían y entraban otros. [...] En eso que estábamos bailando nos cae una banda [...] no me acuerdo cómo se llamaban, éramos como pandillas, pero hay unas bandas que ya son de delincuentes que roban, en cambio nosotros no, claro que teníamos nuestra banda, con nombre y todo, nosotros nos llamábamos Reyes, pero no hacíamos daño a nadie, solo nos íbamos a bailar, solo para divertirnos. Entonces nosotros nos quedamos entre los seis, porque los otros tenían baile en otro lado, ahí llegó el otro grupo y como que nos quisieron encerrar. Entonces nosotros para no dejarnos encerrar mejor nos salimos y en eso que nos salimos nos corretean. Eso es porque cuando usted está en un baile la gente se pica y si ven que les gana a bailar, ellos se pican y nos corretearon. Entonces nosotros para poder salvarnos la vida nos botamos a una quebrada, pero ya era de noche como a la una, dos de la mañana y empezamos a oír los balazos, ya oímos los balazos. [...] Nosotros cuando peleábamos era así a palo, no cuchillos ni nada, nunca teníamos armas. Por ejemplo, si nosotros teníamos que darle garrote a alguien, le dábamos, sin cuchillos ni nada.

Byron va creciendo. En la narración se muestra a un adolescente libre, alegre y con ganas de vivir, pero inofensivo, incapaz de hacerle daño serio a otra persona. También aparece la necesidad de un Byron que ha dejado a la familia de pertenecer a una estructura de relaciones. Él, junto con otros adolescentes, forman un grupo, una especie de pandilla no agresiva que se aventura en un entorno agresivo y peligroso.

La paliza

Aproximadamente a los 16 años Byron se unió a su pareja de 14, “La Pila”, con quien convivía. Las narraciones muestran que para Byron termina su etapa de niño de la calle y empieza otra: la de familia.

BYRON. Verá, nosotros ya empezamos como le digo como amigos empezamos a caminar como enamorados, póngase. [...] Como los guambras también, usted sabe que en un grupo los guambras acolitan [...], que sí, que el Trole y la Pila, que el Trole y la Pila. A mí, como me gustaba irme a

bailar, yo le llevaba a bailar [...] ya nos fuimos relacionando con mi esposa, andamos siquiera como un año de enamorados antes de meternos ya y después ya. [...] Mi suegra ya sabía que andaba conmigo, porque ella tiene dos hermanos menores y tiene la hermana menor que se llama Mercedes, esa guagüita era bien chismosa iban donde la mamá: “Que el Trole es con la Pila, que el Trole con la Pila”. De ahí, asimismo le había dicho que si vas a hacer tu vida traerasle a tu mozo para que nos presentes. Ahí había dicho mi suegra que baje a hablar con ella, pero después que ya le habían dado unas pisas [palizas], no ve que le pegaban mucho, ella sí sufría también bastante con mi suegra. Una vez nos encontraron, habían estado buscándole el hermano y el papá, le habían estado buscando como a las 12, 11 de la noche y no asomaba, estaba conmigo, pero nosotros andábamos con la otra hermana, con la prima nos fuimos a bailar, nosotros justo ahí nos encuentran. Solo le cogieron y le fueron llevando, de ahí me conversó [...], la prima que entre los tres le habían dado palo: el padrastro, la mamá y el hermano, le habían dado palo, le habían pateado. Por eso yo así conversé con ella, le dije: “Si es que tú quieres yo me puedo hacer cargo, o sea podemos hacer vida los dos, si es que tú quieres”. Ella dijo no, no. Será que como unos 15 días que dijo no. Los papás le habían dicho que sí, que, si no va a estar bien que se largue, entonces ella decidió y dijo “quiero que hagamos vida”. Entonces hasta el último día que ella me dijo yo no quiero casarme, pero es como que dijo “mis papás me obligan”, entonces ella dijo “ya estoy cansada de todo eso”. De ahí nos hicimos los dos pareja.

La narración muestra a “La Pila” como una niña víctima de la violencia de género que reproduce las jerarquías del orden patriarcal. La madre, el padre, los hermanos la agreden físicamente, en este caso, por empezar a desarrollar su sexualidad. La unión con Byron es una forma fuga de la violencia más que una expresión de afecto. En el relato él asume su posición de varón y muestra su voluntad de proteger a la chica y decide tomar responsabilidad de ella.

Al inicio de su relación, Byron y Pilar vivieron en la casa de los padres de ella y luego en la casa de los padres de Byron. Según relata, la pareja no tenía recursos materiales para empezar su vida de manera autónoma.

Al cabo de un año de unidos, la pareja esperaba su primer hijo. Al parecer la flamante familia reproducía la violencia de género experimentada en su niñez, pues, si bien Byron no pone en primer plano episodios de violencia, esta se introduce por las rendijas de sus narraciones. Luego de un episodio en el que golpeó a Pilar y el hermano de ella le propinó una golpiza a Byron, la pareja se separó y ella regresó a vivir con sus padres.

La policía

Byron se resistía a volver a estar junto a su pareja a pesar de que el niño nació y la familia de ella le insistía en que vaya a ver a su hijo y a Pilar.

BYRON. Yo andaba como joven, como soltero de arriba para abajo, hasta que estaba en los cosmos⁴ y me cogieron los guardias, me coge la policía: “ven para acá”. Yo digo “qué pasa si no he hecho nada”. “No, que tienes aquí que arreglar un problema, vamos”. ¡Pum! Me metieron en un patrullero y me llevaron a un retén por San Carlos y me encerraron. “¡Y ahora por qué me llevan si yo no he hecho nada” y pum!, entran mi suegro, mi suegra y mi cuñada. En el retén me tenían, en uno como calabozo me tenían sentado ahí. Les digo “por qué me traen si yo no he hecho nada”, ¡cuando pac! van entrando y me ven, yo los veo a ellos digo: “chuta ya sé por dónde viene la cosa”. “Sí, que queremos que vaya a verle al guagua, que [Pilar] ya dio a luz, usted como no quiere verle al guagua”. Le dije, “vea señora yo no tengo tiempo”, yo así le dije, yo hasta ahora me acuerdo, le dije, “yo no me voy a ir”. Una mujer policía me dice, “ven acá guambrito, aquí no te vamos a tener encerrado, no tienes cargos, no tienes nada”. Ellos habían pagado a los policías, mis suegros. Esa mujer policía me dice, “ve, quiero que te vayas de aquí, anda a verle a tu hijito, abrázale, cógele y después ves”, me dice, “a ver qué pasa”. Bueno entonces digo, “si me van a encerrar, yo sí dije, enciérrenme”, tonces me soltaron.

⁴ Cosmos: lugar donde se acude para jugar juegos de video.

En la narración Byron se presenta como un muchacho que no estaba dispuesto a perdonar fácilmente el agravio recibido por parte del hermano de Pilar; estaba decidido a separarse definitivamente de ella a pesar de la llegada de su hijo. Narra un resentimiento muy grande hacia la familia de su pareja, al punto de preferir el encierro a acceder a sus peticiones. Él sentía que lo trataban como a un jovencito y no como a un hombre, con autonomía para llevar adelante su vida en pareja, aunque esta incluyera golpes. Algo muy importante para Byron estaba en juego: su masculinidad, es decir, la posibilidad de tener y ejercer poder sobre su mujer (Hardy y Jiménez 2001).

Si los padres de Pilar no lo hubieran buscado, probablemente el niño se hubiera criado sin un padre y la responsabilidad hubiera quedado en las espaldas de ella, tal vez con la ayuda de su familia; de esa manera se hubiera repetido la historia de abandono. Solo la palabra suave y maternal de la mujer policía pudo disuadirlo de visitar a Pilar y al niño.

Nos vamos

Lo que llevó a Byron a unirse nuevamente con Pilar fue la noticia de los maltratos que ella recibía por parte, sobre todo, de su madre.

BYRON. O sea, a mí no me gusta que le marginen a ella, o sea yo con ella tenemos una vida más o menos parecida ya, golpes, todo eso. No me gustó que le marginen a ella y a mi hijo, porque mi suegra, o sea, a mí me conversaba la prima de ella, que mi suegra: “que esto, que tienes ya que levantarte, guambra vaga, a ocho días o 15 días de que ella dio a luz, tienes que largarte a trabajar, acaso que te vamos a dar de comer gratis todo eso [...]” a la propia hija, vea. Yo todo eso me enteraba a través de mi prima, ella me conversaba que ella le conversaba llorando todo lo que la mamá le decía, yo sí le decía que si ella quiere ahorita nos vamos, yo voy, le cojo a ella, le cojo a mi hijo y nos vamos, ella me dijo “bueno”. Yo cogí hablé con mis suegros: “Saben que yo con la Pilar hemos tomado una decisión, nos vamos de aquí”, “¿a dónde se van a ir?”, “no sé, pero nosotros nos vamos”.

Si algo tienen en común Byron y Pilar es una vida imbuida en la violencia intrafamiliar. En la narración él expresa tener una especie de soli-

daridad con Pilar ante los maltratados recibidos. Nuevamente recalca sus cualidades masculinas de protección ante la vulnerabilidad de su esposa en casa de sus padres, aunque paradójicamente él mismo perpetraba la violencia de género en su relación con Pilar. Una incomprendida violencia se introducía en el nuevo hogar y, aunque Byron hable muy poco de ella ante mí, se intuye que es constitutiva de la estructura familiar. Ellos han permanecido como pareja por cerca de 20 años, tienen cinco hijos que, en las narraciones, ocupan un lugar muy importante en la vida de Byron. En varias ocasiones él pensó en separarse y empezar nuevas relaciones con otras mujeres que aparecieron en su vida. Sin embargo, en sus narraciones presenta al amor por sus hijos principalmente, aunque también le da valor a la historia vivida con Pilar, como los elementos que le han hecho echar marcha atrás a sus planes de aventurarse con nuevas parejas.

En las narraciones se evidencia también que el trabajo construye sus subjetividades desde muy niño. Los recuerdos más lejanos, esos momentos del ser, están ya atravesados por estas experiencias. En sus momentos de infancia el trabajo doméstico, percibido como fuera de lugar, que no tiene que ver con su ser, estructura las narraciones de sus experiencias, debido a que él se ve muy niño para afrontar las duras actividades del hogar.

El trabajo marcó además el destino de la vida de Byron. Este fue una de las razones por las que ya no continuó con sus estudios secundarios. Precisamente en el momento de decidir si seguir o no con los estudios, empezó a trabajar como ayudante en “la obra”, en el sector de la construcción, aproximadamente a los 13 años. No lo menciona, pero es probable que el padre no lo haya apoyado con los estudios porque a esa edad los muchachos empezaban a formarse como trabajadores para aportar económicamente a la familia, en un entorno socioeconómico en el que casi la mitad de la población ecuatoriana vivía en condiciones de pobreza (ODNA, Plan Internacional, Save the Children y Unicef 2012). Su padre era albañil y tal vez esperaba que él siguiera sus pasos.

A través del trabajo conoció a Pilar. Por un corto tiempo después de salir de la casa del padre, él vivió con su tía, hermana del padre, quien hacía ladrillos. La ayudaba con el trabajo y allí conoció a Pilar, quien también hacía ladrillos. Byron, quien ya había iniciado su propia familia, que iba

creciendo, trabajó por algunos años de albañil, pero, por la inestabilidad para encontrar un puesto de trabajo, en determinado momento decidió trabajar en el botadero de basura como lo habían hecho siempre su madrastra y su abuela. Allí había trabajo para él. Recuerda sus inicios en el botadero de Zámbriza como una etapa muy intensa. Por la noche minaba y en el día cargaba pesados bultos, lonas de hasta 180 kg de materiales reciclables hasta los camiones de un intermediario, “El Mole”. Este hombre, según relata, le inició en el mundo de las drogas para poder aguantar las extenuantes jornadas.

BYRON. “Ayúdame a cargar” [me pidió]. Yo le dije: “No, ñaño⁵, consígase nomás otro”. “Acolítame”. “No, hoy día sí, no Marcelo” [...] Ese día, del cansancio, me dice: “Pégate eso y verás que vas a trabajar mejor”, o sea yo sí sabía, ni para decir que no, yo sí sabía.

Las drogas, en la experiencia de Byron, aparecen ligadas al duro trabajo con la basura. Cuando le pregunto sobre el trabajo de Pilar, me comenta que ella no trabaja, que se queda en casa cuidando de los hijos, mientras él acude a la estación de transferencia. Sin embargo, comentó que antes de decidirse a laborar en el botadero de Zámbriza estuvo por un tiempo sin trabajo, pues no encontraba un puesto en las obras de construcción. Entonces ayudaba a su mujer a lavar ropa ajena, lo cual era el único ingreso de la familia. Lavar ropa es una actividad femenina que él realizaba solo porque no encontraba un puesto de albañil. Incluso el minado tiene para él un fuerte significado femenino, ya que en su familia lo realizaban las mujeres. Él entró a trabajar en el minado por no tener otra alternativa. Sin embargo, gracias a esta actividad accedió a un trabajo remunerado para mantener a su familia, la función socialmente atribuida a los varones.

Byron sabe que, para mí, así como para la mayoría de la gente, el trabajo con basura es particular. Sin embargo, en sus narraciones esa particularidad desaparece casi completamente. En ocasiones intuyo su intención de causar impresión con narraciones de escenas muy fuertes relacionadas con el entorno de la basura, como aquellas en las que las minadoras se alimentan de desechos o conviven con ratas, o aquellas de consumo de drogas. Sin embar-

⁵ Ñaño, ñaña: hermano, hermana, en quichua.

go, la mayoría del tiempo se olvida de las impresiones que pueden causar en mí sus narraciones y prosigue sus historias con naturalidad, pues para él el trabajo con basura ha sido parte de sus experiencias de vida desde muy niño. Sin embargo, no quiere que sus hijos trabajen en el minado. Me comenta que su aspiración es que estudien para que no tengan que realizar el duro trabajo que él hace. En alguna ocasión en que uno de sus hijos mayores le dijo que no quería continuar sus estudios secundarios, Byron intentó disuadirlo llevándolo a la estación un sábado para que mirara como trabajaba su padre.

BYRON. “Este es mi trabajo, esto es lo que yo no quiero para ustedes”. Él me vía mojado, todito así, todito, porque en la noche se moja así todito, hasta aquí a veces se moja, porque la basura viene mojada [...]. En la noche no se seca la ropa tiene que aguantarse, imagínese. Tonces yo les digo “este es mi trabajo”. Les digo, “este coche sí ha de pesar unos 80 kilos, 80 kilos es liviano” [...] imagínese que un día me cargué 186 kilos.

Percibe a la educación formal como una estrategia para que sus hijos no trabajen como él en el minado. Si bien le ha permitido cumplir su rol como “el hombre de la casa”, y satisfacer lo que la sociedad, la familia y él mismo esperan, lo asume como un trabajo obligado que no quiere para su descendencia. El minado, lejos de ser un trabajo liberador o empoderador, es percibido casi como castigo.⁶ Este castigo tiene que ver también con el hecho de tener que trabajar con basura: la narración pone en primer plano el estar mojado con los líquidos que esta expele y tener que aguantarse, soportar contaminarse de lo abyecto.

En sus experiencias se observa esa relación entre las circunstancias que le toca vivir: la violencia familiar y social, las carencias materiales y afectivas, el trabajo y su necesidad de vivir esa vida de una manera que valga la pena convirtiéndose en cada una de ellas en una especie de héroe de sus narraciones.

⁶ Cobra sentido el significado etimológico de la palabra trabajo, que deriva de *tripalium*, una herramienta utilizada antiguamente para herrar a los caballos o triturar los granos. Además, *tripalium* era un instrumento de tortura utilizado sobre los esclavos, de ahí que las palabras trabajo y tortura tengan un mismo origen y el trabajo haya estado ligado a nociones de mortificación y sufrimiento (Rieznik 2001).

Capítulo 5

Minadoras: vidas significativas en medio de desechos

La lucha por el ser de las minadoras, ese esfuerzo realizado en cada narración por dar significado a sus acciones y a sus palabras para que su paso por este mundo tenga algún sentido, ocurre también entre las minadoras que, en algún momento de su vida, ya en su etapa adulta, aceptaron tener que trabajar entre la basura, en medio de una actividad que supone manipular, imbuirse, trabajar con aquello que ha perdido sentido y se ha transformado en desecho. En este capítulo presento las narraciones de dos minadoras, Blanca y Elvira, quienes en distintas circunstancias se vieron avocadas a trabajar con el desecho. Ellas luchan por dar sentido a sus vidas bajo rígidas estructuras que condicionan su existencia que, al igual que en los casos del capítulo anterior, requieren de explotación y violencia para reproducirse. Para ellas, sin embargo, trabajar con el desecho es un reto adicional, pues deben aceptarlo, darle algún significado para evitar que este contamine los sentidos de su propio yo, pues sus vidas no son desecho, al contrario, son un cúmulo de experiencias de seres que luchan por vivirla de la mejor manera. Estas mujeres no trabajan individualmente como en los casos anteriores, sino que pertenecen a asociaciones de recicladores, lo que les brinda un soporte adicional a la hora de resignificar el desecho.

Blanca

Conocí a Blanca durante la visita al Centro de Educación y Gestión Ambiental (Cegam) Manuela Sáenz, ubicado en el Centro Histórico de Quito. Los Cegam son parte de uno de los proyectos de Municipio de Quito cuyo objetivo es implementar el reciclaje inclusivo, es decir, da soporte a determinadas asociaciones de recicladores para que realicen su trabajo en condiciones que les aseguren remuneraciones mínimas y protección social. El Municipio le proporciona a la asociación un espacio físico para almacenar los materiales; maquinaria para compactar y empaclar; y transporte para trasladar los materiales de los puntos de la ciudad donde los separan y acumulan hasta el lugar establecido para su separación final, limpieza y acopio. Además, les proporciona un administrador que dé soporte en la organización del trabajo y la administración general de la asociación, como pago de remuneraciones, cancelación de los aportes a la seguridad social, impuestos, entre otros asuntos formales.

El Cegam Manuela Sáenz proporciona soporte a la Asociación Buena Esperanza, que tiene 19 miembros. Blanca es una de ellas. Fui al Cegam con el objetivo preciso de buscar una informante que cumpliera con el perfil que necesitaba para enriquecer mi investigación: trabajar asociativamente, no ser una líder y tener socialización tardía con la actividad del minado. Con esa idea me acerqué a la asociación y me contacté con el presidente. Él, sin embargo, me contactó con la funcionaria del Municipio, quien tendría la última palabra ante mi solicitud de entrevistar a un miembro de la asociación. Ella aceptó de buen grado la propuesta, pero me pidió oficializar la solicitud; luego de hacerlo me presentó a Blanca.

Cuando le propuse a Blanca entrevistarla acerca de su vida, aceptó con mucho recelo. Acordamos que, al siguiente día, empezaríamos con nuestros encuentros en las oficinas del Cegam. Ella propuso el lugar, pues había un espacio más o menos adecuado para hacerlo y no tendría que salir de su lugar de trabajo. A mí me pareció bien, pues podríamos aprovechar mejor el tiempo. Al principio estaba un poco nerviosa, me preguntó cómo iba a ser la entrevista. Le conté sobre mi trabajo, le informé que ya había hecho otras entrevistas a minadoras y que estas consistían, sobre todo, en recordar

momentos de su vida, aunque también hablaríamos de su trabajo actual en la asociación. Empezamos por el trabajo y me contó en qué consistía. Luego pasamos a los recuerdos de su niñez. De cuando en cuando, entraba a la oficina una u otra minadora que interfería el fluir de los relatos. Luego entró la administradora de la asociación, una funcionaria del Municipio de Quito, quien tenía su escritorio muy cerca de donde conversábamos. Se sintió también la interferencia al principio, pero olvidamos su presencia, la funcionaria siguió con su trabajo y nosotras con la entrevista. Mientras narraba, de vez en cuando las lágrimas humedecían sus ojos al recordar su vida pasada. Cuando acabamos este primer acercamiento, estaba mucho más cómoda, incluso me dijo que había sido muy bueno hablar.

Blanca es la sexta hija de una familia de ocho hermanos, seis varones, ella y su hermana mayor. Cuando le pedí que recordara su vida pasada, me dijo, con gesto abrumado, que tenía muchas cosas que contarme. “Empecemos por su recuerdo más lejano”, le propuse; entonces sí tuvo que hacer un esfuerzo. Me dijo que no recordaba mucho. Al intentarlo, sus relatos resultaron inconexos y desordenados en el tiempo, pero Blanca sonreía al hacerlo. Los recuerdos de su niñez eran casi todos agradables. Recordó con claridad los juegos junto a sus hermanos mayores, pero también la casa ubicada en Saquisilí, en la provincia de Cotopaxi. Si bien su casa estaba muy cerca del pueblo, tenían espacio para criar animales como cerdos, conejos, cuyes y pollos. Su vida de niña transcurrió entre juegos y su temprana obligación con el trabajo doméstico, que consistía, sobre todo, en dar de comer a los animales y cuidar a sus hermanos menores. Su madre trabajaba todo el día en la agricultura y la crianza de ganado en la propiedad que arrendaban sus padres. Para ella, el trabajo doméstico en la infancia estaba naturalizado.

El carbón encendido

Las extensas jornadas de trabajo de la madre de Blanca, quien salía de casa en la madrugada y regresaba entrada la tarde, hicieron que los niños tuvieran que atenderse los unos a los otros. A pesar de la ausencia de su madre, Blanca sentía su protección y cuidado.

BLANCA. De mi mami me acuerdo que yo no sabía prender fósforos, o sea yo hasta grande no pude prender fósforos, tenía miedo y mi mami dejaba cocinando, dejaba ahí en el carbón para que nosotros comamos, y nosotros al almuerzo sabía estar calentita la comida, o sea se preocupaba más de nosotros, dejaba cocinando así bastante, eso me acuerdo de mi mami, se preocupaba así de nosotros, cuando me fui haciendo más grande igual asimismo cuando no hacíamos las cosas, igual nos castigaba.¹

En el relato pone en primer plano la ausencia materna. A pesar de ello, construye una imagen positiva de su madre: no estaba, pero cuidaba de ella y de sus hermanos, pues buscaba la forma de dejarles comida caliente. Blanca se mira muy pequeña aún y sin las capacidades para afrontar el cuidado de sus hermanos, tenía miedo de prender fuego a pesar de que en casa crecían también dos hermanos mayores que ella. La madre lo comprende y lo soluciona. Blanca naturaliza la relación entre su condición de mujer y la responsabilidad de proveer de comida caliente, a pesar de ser una niña aún, y construye su rol de género dentro de la familia. En el relato habla de una experiencia que, de manera informada, reconstruye la primera escena de la que nos habla Segato (2003, 57), esa escena primigenia en la que todos participamos y en la que subyace una estructura que “se reviste de género, emerge en caracterizaciones secundarias con los rasgos del hombre y la mujer o con los gestos de la masculinidad y la femineidad en personajes dramáticos que representan sus papeles característicos”. A partir de esa estructura se organizan las relaciones de la escena que se repite una y otra vez en diferentes momentos de la vida de Blanca. Sus primeros hermanos no vivían en casa; cuando ella tuvo ya uso de razón habían migrado a Quito y a Quevedo.

Zafando las manitos

Blanca con tan solo seis años atendía a sus dos hermanos menores, niños muy pequeños a los que debía cuidar.

¹ Entrevista a Blanca, minadora del Cegam Manuela Sáenz, Quito, mayo de 2018.

BLANCA. Mi mami se levantaba de mañanita dejaba cocinando para el almuerzo y se iba a trabajar. En la tarde venía y cuando ya me quedaba sola, yo era la mamá de mis dos hermanos, de mi un hermano porque después ya llegó mi otro hermanito. Me hice cargo de mi hermanito, yo le hice crecer a mi hermanito, el más menor. Mi mamá le dejaba así amarradito las manos, le dejaba en la hamaca y yo tenía que calentar así, le daba de comer. A la tarde a veces le zafaba la mano, mi mami me decía: “¿Para qué le zafaste?”. Yo le decía “para cambiarle el pañal”, así inocentemente, igual yo no tenía creo ni sentido completo.

En el relato Blanca se ve asumiendo el rol de madre de sus hermanos menores a pesar de ser una niña pequeña. Siente la responsabilidad de la crianza de sus hermanos, entregada por su madre, pues ella tenía que cuidarlos. El relato muestra una niña que cuidaba instintivamente a su hermano menor, pues ella no tenía casi uso de razón; sin embargo, hacía lo que creía mejor: zafarle las manitos y cambiarle de pañal. Es así como Blanca construye su identidad de mujer relacionada fuertemente con la maternidad; naturaliza su posición dentro de la familia y la sociedad, y reafirma las relaciones que organizarán otros momentos de su vida. Relata este episodio llena de ternura, es un recuerdo especial para ella que da cuenta de las configuraciones que tomarán sus afectos.

El cariño no correspondido

La madre de Blanca crio a sus hijos prácticamente sola. El padre, un hombre oriundo del mismo lugar que ella, la había dejado desde hace mucho tiempo y había migrado a Quevedo, una ciudad en la provincia costera de Los Ríos. Los recuerdos que Blanca tiene de su padre corresponden a las visitas esporádicas que hacía a la casa. Cuando empezaba a faltar dinero o recursos, la madre le pedía que le escribiera cartas a su papá para que fuera a casa. Blanca tenía cierto poder sobre su padre, pues la madre recurría a ella para solicitar al hombre los recursos que necesitaba para criar a sus hijos. Conseguía que su padre fuera a la casa, y, cuando lo hacía, ella era el centro de su atención.

BLANCA. Mi papá, yo que me acuerde, sí me sabía traer para la comida, o sea, sabía traer golosinas de allá de Quevedo, sabía traer caramelos, galletas. Decía: “Esto es para mi mujer, ella es mi mujercita”. Y a veces había asimismo alguna fiesta y me iba llevando a mí, eso me acuerdo, me llevaba a mí en algunas fiestas y decía: “Haz vestir a mi mujer para irme llevando yo me voy con ella”. No iba llevando a mi mamá me iba llevando a mí, cuando estaba ahí. De ahí, para el estudio igual mandaba dinero, mandaba cuadernos de allá, así me acuerdo, hasta que ya tuve uso de razón. O sea, cuando ya tenía uso de razón que yo veía que tenía, asimismo había fiestas y se iba a emborrachar, le pegaba a mi mamá y nos mandaba sacando, nos íbamos a dormir lejos, quizá donde otros vecinos y así. Tantas cosas que pasaron, de todo eso yo casi no me hacía a él, aunque mi papá sí me quería, pero yo me alejaba porque yo veía eso, que él le trataba mal a mi mamá.

En este relato Blanca construye la imagen de su padre como un hombre lejano y violento, a pesar de que cuando venía a casa la llenaba de halagos y regalos. Ella aparece como la razón del padre para ir a casa. Tenía el amor de su padre por encima de su madre y sus hermanos, ella era su mujer en aquella casa. Disfrutaba de los mimos hasta que empezó a tener uso de razón. La razón le decía que su padre era un hombre violento y lleno de defectos, que afectaba negativamente la vida familiar y que maltrataba a su madre, una imagen amada y admirada. Entonces reaccionó al comportamiento del padre y no correspondió a su cariño. Se ve a sí misma como una niña amada y mimada, pero que a pesar de los halagos sabe castigar al padre maltratador alejándose de su cariño. Ella no creció junto a su padre, sin embargo, sus esporádicas visitas bastaron para que pudiera vivenciar la violencia atávica con la que él agredía a su madre cada vez que iba a casa; una violencia que, cuando y dondequiera que se dé, ratifica la necesidad de estabilizar un sistema de relaciones de poder en el que el hombre, el padre, debe tener el control (Segato 2003).

Trabajar para comer

Luego de terminar la escuela, su madre la envió a trabajar de empleada doméstica en la casa de la hija de unos vecinos de su abuelo, oriundos

de Saquisilí. Esa mujer vivía en Balzar, provincia del Guayas. Blanca no quería ir, no quería alejarse de su casa y de su familia. Pensó incluso en escaparse, pero el miedo a la reacción de su madre no se lo permitió. Ella trabajaba cocinando y arreglando la casa y también atendiendo un almacén que la familia tenía en esa ciudad. Durante un año, no volvió a ver a su madre ni a sus hermanos. Los recuerdos de ese tiempo son de trabajo, encierro y soledad. No recibía el dinero de su trabajo: la mujer y la madre negociaban directamente la compraventa de este. Al cabo de un año y medio Blanca regresó a su casa y se negó a volver a Balzar. La mujer fue a buscarla a su casa.

BLANCA. Vino a ver la señora otra vez, ya cuando vine de allá con pretexto de ver a mi madre que estaba enferma, me vine de allá. Yo vine, igual la señora me vino a ver otra vez. Me dijo: “Vamos a trabajar que te esteses ahí”, o sea, yo ya no cocinaba solamente veía la tienda y ayudaba a cerrar, y así pasaba yo, pero después ya no me enseñé, ya no me acostumbré, porque yo ya vine a estar con mi mami, con mis hermanos y allá en cambio yo pasaba sola, tenían empleados, pero ya más grandes que yo. Ya desde esa fecha ya no fui ya, todavía no tenía ni 15 años creo. Mi mamá se enojó, dijo: “Vos verás cómo comes aquí”, dijo, “aquí lo que se tiene que hacer es trabajar”.

En la narración se muestra una Blanca aún muy joven, pero que empezó a sentir la responsabilidad de su propia sobrevivencia. La niña debía trabajar para tener el derecho de vivir en la casa de su madre. La madre no la aceptaba si no trabajaba, aunque ella aún se veía demasiado joven para encarar el trabajo remunerado, sobre todo si debía hacerlo lejos de su familia, en un medio extraño que implicaba tiempos de soledad y añoranza. Así termina la niñez y empieza otra etapa, en la que el trabajo remunerado empieza a ser gravitante en su vida. En el relato, ella se ve obligada al trabajo dentro de un conjunto de relaciones que, debido a su condición de mujer –aunque también está presente el elemento etario–, devienen en la exacción por parte de la familia de la remuneración de su trabajo. Así comienza a articularse su condición de clase y de género que naturaliza esas relaciones.

Al cabo de un tiempo su hermana la llevó a Quito y le consiguió un trabajo como empleada doméstica en una casa al norte de la ciudad. Allí trabajó solo unos meses. No se acostumbró, según me cuenta, porque recibió maltratos de las hijas de la familia. Regresó nuevamente a Saquisilí y hasta allá llegó su tía, la hermana de su madre, para proponerle que trabajara con ella de empleada doméstica en Quito. En realidad, las narraciones no dejan en claro qué tipo de relación la llevó a casa de su tía, ella habló de trabajo, pero no aclaró en qué condiciones, solo al final se comprende que se trataba de relaciones no capitalistas, enmarcadas en lo que Thompson llamaría economía moral, es decir relaciones marcadas por la tradición, en este caso por la familia.

De regreso en la capital, trabajó cocinando y arreglando la casa de la familia de su tía, nada nuevo para la joven, pero lo que sí le entusiasmaba era el negocio que esta mujer tenía: la confección de maletas. La tía le propuso a Blanca enseñarle a coser si ella se apuraba atendiendo la casa. Así lo hizo, ocupó todo su tiempo libre aprendiendo a coser maletas, hasta que al fin consiguió armarlas ella sola. Aquí aparecen relaciones de dominación basadas en el parentesco, pues se explota el trabajo de Blanca y se justifica la relación de subordinación hacia su tía, quien tiene cierto poder sobre ella debido a su estatus generacional. Sin embargo, con seguridad tiene que ver el hecho de que Blanca tiene que solicitar apoyo en la casa de la tía, para sobrevivir en la ciudad.

La discoteca

El tiempo pasaba y Blanca permanecía encerrada en casa de su tía, incluso cuando la familia salía de paseo a algún lugar. Pasados unos meses, la tía le propuso que estudiara para que tuviera un oficio. La matriculó en una academia de belleza. Blanca dedicó con entusiasmo su tiempo a aprender el oficio de arreglar el cabello, uñas, etc. Con la academia vinieron las amigas que le invitaban a distraerse de la vida que llevaba entre la casa de su tía y el aprendizaje del oficio. La joven empezó a salir con sus amigas los viernes, temprano en la mañana, cuando se fugaban de la academia y se iban en busca de diversión.

BLANCA. O sea, yo igual ingenua, decían vamos a bailar, o sea yo no sabía qué era... “Hoy día vamos a salir, pero venimos tempranito como que venimos a estudiar y vamos”, y me llevaron asimismo a bailar a una discoteca, yo no sabía y ahí había sido duro. Y, ahora, ¿yo qué hago aquí?, ahí había espejos, y como ellas ya sabían, o sea eran más grandes que yo, ahí ellas se pusieron a tomar y yo nunca... Yo así en las fiestas, así con mi mami, pero o sea yo para tomar no y esa vez me quedé sorprendida yo y les decía “ya vamos”. O sea, sentía al mismo tiempo miedo, o sea tanta gente ahí tomando, yo estaba asustada. Ya pasó eso y yo decía: “Y, ahora mi tía, ¿cuándo se entera, cuándo se entera?”, como nunca había salido.

El relato muestra una Blanca joven que se aventura a vivir experiencias más allá de las que hasta entonces habían previsto para ella su madre y ahora su tía. Ellas habían ejercido control sobre su vida y su trabajo. Blanca le robaba un poco de tiempo a la academia para probar nuevas vivencias. En el relato se sentía insegura, carente del conocimiento de sus amigas más grandes y tenía miedo, mucho miedo de que su tía se enterara de que se atrevió a vivir por su cuenta. Así Blanca empezó a vivir su vida probando autonomía, atreviéndose a ser ella misma, a pesar del miedo de que pudiera juzgarla quien en ese momento ejercía poder y autoridad sobre ella.

Blanca, a diferencia de sus amigas, no tenía un enamorado. Todas, excepto ella, salían con algún muchacho. En una ocasión Blanca salió con las amigas de la academia al parque de diversiones. Allí, una de ellas, María, le presentó a un joven, para que también ella tuviera compañía con quien disfrutar de las salidas y evitar así situaciones incómodas. El muchacho le pareció respetuoso y delicado, todo habría quedado allí si no hubiera sido por dos acontecimientos. El primero, cuando la tía empezó a darse cuenta de que la muchacha salía con sus amigas. Empezaron los reproches y regaños que llevaban al límite la paciencia de la muchacha. El otro acontecimiento ocurrió cuando María, la amiga de Blanca, huyó de la casa de su marido con su pequeño hijo y convenció a Blanca de que dejara la casa de su tía y se fuera con ella. Las dos amigas fueron a parar en casa del joven pretendiente de Blanca. María, luego de una tremenda golpiza que le propinó el marido, regresó a su lado, dejando a Blanca metida en tremendo

lío, en la casa de su pretendiente. El muchacho le propuso a Blanca que vivieran juntos, pero ella no estaba convencida.

Ya has de estar embarazada

Blanca estaba indecisa, no quería precipitarse y entrar en una relación con alguien a quien apenas conocía, por lo que intentó regresar a casa de su tía.

BLANCA. A los ocho días regreso otra vez donde mi tía, y mi tía me dijo que no. O sea ellos me dijeron: “¿Con quién estás?”... “Con una amiga”, o sea, yo les decía: “Con una amiga”, y ellos igual dicen que me andaban buscando con policías. De ahí yo llegué acá donde mi tía, yo quería regresar, de ahí mi tía me dijo: “No, tú ya has de estar embarazada, coge el camino por donde te fuiste y por allá mismo te has de ir”. De ahí le dije que me dejara llevar la ropa, le dije yo también, como ya me hablaron otra vez. “Ya has de estar embarazada”, me dijo, “mira cómo vienes flaca” y así un montón de cosas. De ahí le dije: “Déjeme llevar mi ropa”. “Ahí está”, dice, “lleva nomás es tu ropa”. Tonces ya, me fui llevando mi ropa. Yo lloraba y a lo que lloraba y regresaba allá donde el que es ahora el papá de mis hijas, yo no sabía dónde me estaba yendo, yo cogí un carro me fui bien largo, bien al sur creo que me había ido, lo que estaba ahí yendo así. Ese bus ya llegó a la parada, yo decía dónde estoy, yo no sabía ni bien dónde era.

En la narración de este evento se muestra a Blanca en una encrucijada. Por un lado, la joven quería regresar a casa de su tía, pero al mismo tiempo luchaba por su autonomía, no quería más regaños ni intromisiones. Ella pudo elegir, tal vez pedir perdón por no seguir las reglas impuestas, pero antes de hacerlo prefirió simplemente tomar su ropa e intentar arreglarse-las por sí misma. Se muestra perturbada por un evento que sabía afectaría decididamente su vida. En el relato se rebela contra una estructura de relaciones en la que se entretajan varios elementos. Está presente una estructura familiar que pesa sobre la individualidad de Blanca, en que el género determina para ella una posición de subordinación. Por otro lado, para su

tía, ella es la hija de la hermana campesina y pobre que debe buscarse la vida en Quito. Ser mujer y la pariente pobre de la familia la deja en una condición de sometimiento que no está dispuesta a acatar.

Blanca me asegura luego que la principal razón por la que quería regresar a casa de su tía era la culminación de sus estudios en la academia. Blanca le decía a su pretendiente: “Después que yo me gradúe, después cualquier cosa, primero yo quiero graduarme”. Para ella era importante recuperar de casa de su tía los materiales que había adquirido durante su paso por la academia, indispensables para rendir los últimos exámenes para obtener su título de Maestra de Belleza. Ante los acontecimientos el muchacho le ofreció a Blanca ayudarle a culminar sus estudios y así lo hizo. Blanca se graduó, pero nunca ejerció su oficio.

La estancia en casa de su pretendiente le trajo un embarazo complicado, lleno de desavenencias con su pareja. La principal preocupación de ellos era procurar el sustento de la flamante familia. El muchacho era albáñil y trabajaba de manera inestable en su oficio. Él consiguió un pequeño puesto en la calle al sur de la ciudad, en donde la pareja armó un kiosco de venta de discos compactos de música. Su pequeño negocio les dejaba escasas ganancias que a duras penas les permitían mantenerse.

Migración

El embarazo de Blanca siguió su curso, la hija nació y con ella una nueva etapa de su vida.

BLANCA. Ya cuando nació mi hija, mi primera hija, hubo una oportunidad. Ya nació, ocho días de nacida, él se fue a los Estados Unidos, me dejó con mi hija² recién nacida y ahí sí... Yo ya salí de la maternidad, me dijeron: “Tienes que salir, hoy sales”. Él se fue de ilegal, yo ahí me quedé, mi hija recién nacida y yo sin nada. Vivíamos en ese cuartito que le digo... Yo me cuidé hasta que pude comunicarme con mi madre, con mi mamá. A mí sí me hacía duro que él me deje sola, no tener a quien decir “sabes que me

² Mija: mi hija.

duele esto, sabes que, ayúdame”... No me dejó nada, teníamos solamente de lo que vendíamos los cidís³, él se fue con todo, seguramente, después de que me dejó en la maternidad creo. A lo que ya salgo de la maternidad mis hermanos me vinieron trayendo compras, ropita para mi bebé, tenía eso. De ahí me levanté, me tocó levantar a mí, compramos pañales de tela, me tocó levantar a mí, me levanté. O sea, como ese rato ya no me dolía, cogí, me levanté y me fui yo a lavar, sin guantes sin nada, yo como no sabía nada de eso yo. Ya pasó eso, después yo no sabía cómo comunicarme con mi mami... Avanzo a comunicarme con mi mami, le digo: “Mami, ya nació”. “¿De cuándo”, dijo. “Ya va a ser ocho días, estoy sola”. De ahí mi mami vino, en la tarde vino, me trajo ropa, me trajo qué comer.

En este relato Blanca muestra un momento de gran impacto para su vida. De pronto, ella se vio sola, enfrentando una enorme responsabilidad: la vida de su hija recién nacida y la de su propia sobrevivencia. El sentimiento de Blanca era de desamparo. Acudió a su madre para afrontar, aunque fuera momentáneamente, la situación y el sentimiento de incertidumbre y abandono.

La relación entre Blanca y su primera pareja no duró mucho tiempo, pues él decidió aprovechar la oportunidad de migrar hacia los Estados Unidos. Sin embargo, se creó entre ellos un vínculo de diferentes intensidades a través del tiempo, que perdura hasta hoy. Al cabo de algunos meses, él empezó a mandarle dinero para sostener a la pequeña y, a partir de allí, se volvió una rutina comunicarse telefónicamente cada semana. Se podría decir, entonces, que se gestó una familia transnacional. El padre intentó repartir los roles de género tradicionales: él, aunque lejos, realizaba el trabajo productivo y enviaba el dinero, y ella el reproductivo, en casa al cuidado de la niña. Blanca sostiene que él no quería que ella trabajara, sin embargo, ocultándose, regresó nuevamente a casa de su tía para trabajar como empleada doméstica. Cuando le pregunto a Blanca por qué quería trabajar su respuesta es de carácter económico, me dice que las remesas no eran estables, pues él trabajaba en la construcción.

³ CD: discos compactos.

De camino a Estados Unidos

Cuando la hija de Blanca tenía tres años, el padre de la niña empezó a organizarles varios intentos para migrar a los Estados Unidos. Blanca recuerda con claridad el primer intento.

BLANCA. De aquí cogimos el carro a Esmeraldas, se me hace que fue la primera vez, y cuando llegamos a Esmeraldas cogimos otro carro para irnos al hotel donde que íbamos a hospedar, pero ya era en la playa, yo tampoco nunca conocía, nos fuimos asimismo a la playa y ahí es así desolado, de ahí estuvimos unos dos días pasamos ahí y de ahí a la media noche nos llevaron... Estuve yendo con una prima del papá de hija, las dos, de ahí a la medianoche nos sacaron asimismo de ahí del hotel, no sé por dónde, pero había arena, nos llevaron al mar, ahí nos teníamos que subir a la lancha, de ahí, estuvimos en la lancha, nos llevaron bien largo. Ya iban desapareciendo los focos y después, cuando ya no se veía nada, estaba un barco ahí, de la lancha nos subieron al barco, en el barco ya amaneció y así ya viajé como unos tres días, ya decían que falta poquito para llegar a tierra y nos coge el guardacostas de Costa Rica, de ahí otra vez regresé.

Cuando Blanca relata este momento lo hace mostrando su capacidad para la aventura. En la narración hay mucha curiosidad y hasta entusiasmo por vivir el proceso que implica llegar a los Estados Unidos. Probablemente lo hace movida por ese trabajo de “imaginación” del que habla Arjun Appadurai (2001, 9): “Cada vez parece que más gente imagina la posibilidad de que, en un futuro, ellos o sus hijos vayan a vivir o a trabajar a otros lugares, lejos de donde nacieron”. Esta se encuentra ligada a una vida en sus lugares de origen que no les permite mejorar sus condiciones materiales, por lo que imaginan la posibilidad de mudarse en busca de trabajo, riqueza y oportunidades.

Al preguntarle a Blanca por qué quería irse, me dio distintas respuestas. Me dijo que para comprarse una casita porque el padre de su hija le decía que allá había oportunidades de trabajo para las mujeres, sobre todo si sabían de belleza. Afirmó que en Ecuador por más que trabajara mucho

jamás iba a conseguir el dinero para comprar una casa para sus hijas. En algún momento, sin embargo, Blanca dijo que en realidad ella no quería irse y si lo intentaba era para que su pareja no creyera que ella no quería ir junto a él. También estaba la presión de su madre y de hermanos, que la incitaban para que se fuera junto a su marido. “Es tu marido, ándate nomás”, le decían. Entre la obligación impuesta por el marido y su propia familia y la imaginación de un lugar mejor, Blanca hizo varios intentos por irse, entre cuatro o cinco; a pesar de ello, nunca lo logró.

Dejarse llevar

En uno de los intentos por llegar a los Estados Unidos, Blanca conoció a un hombre y, como ella dice, “se dejó llevar”.

BLANCA. La primera vez que viajé, salí conociendo a una persona y, no sé, yo me dejé llevar igual. Él estaba yendo también y de ahí le conocí a él, entonces seguíamos yendo y seguíamos conociendo, y el papá de mi hija decía que por qué no quiero ir, que por qué no voy y era bien exigente y tantas cosas, que ya me maleó a mí él. Me dijo de todo, o sea que por estar, no sé con quién, no quieres pasar. Ya me enojé y me dijo que ya no me iba a dar nada y que se olvide de él. Por última vez que yo regresé de Guayaquil, no sé de dónde regresé y me dijo que no quería saber nada porque yo no pongo de mi parte para poder llegar, o sea no era eso y todo eso que él me insulta por el teléfono, me salgo haciendo de compromiso con él.

Blanca, en realidad, no sabe exactamente en cuál de sus intentos por llegar a los Estados Unidos conoció a ese hombre que no era su marido. En esta narración y en las entrevistas en general, casi no se habla de este hombre. En el relato el interés de Blanca es dejar en claro las razones por las que “se dejó llevar”, como ella llama a relacionarse sexualmente con una nueva persona. Blanca quiere mostrar que, en el fondo, quien le llevó a conocer a este nuevo hombre fue su misma pareja, ese marido lejano que la ofendió. Tal vez, todo habría quedado así: su ira saciada por las relaciones con un hombre que no era el marido agresor, de no ser porque ese hombre,

de quien prácticamente no volvió a saber nada, se convirtió en el padre de su segunda hija.

Blanca no sabía cómo decirle a su marido que estaba embarazada por segunda vez, pues estaba en juego la ambigua relación con quien ella y su familia llamaban su marido. El fin de esa relación podía significar también perder el dinero que él enviaba para la crianza de su hija, lo cual hacía dentro de un acuerdo tácito, pues no habría manera de obligarlo a hacerlo. Al conocer la noticia, sorprendentemente el hombre la aceptó y se echó la culpa de lo sucedido. En lugar de cortar los envíos asumió la responsabilidad también de la segunda hija de Blanca. La condición de esos envíos, sin embargo, era que Blanca no trabajara, que se quedara en casa cuidando de las niñas. Ella no aceptó ese acuerdo, pues sentía que trabajar era su derecho. Esto trajo desavenencias con el hombre y Blanca decidió seguir con su vida. El dinero que él enviaba no era suficiente para que ella aceptara el rol de cuidadora que le quería imponer. Blanca se rebeló ante tal condicionamiento y veía en el trabajo la posibilidad de ser más que una madre, que una cuidadora.

Empezó para Blanca otra etapa de su vida. En las fiestas del barrio de la casa de su madre, en Saquisilí, ella conoció a otra persona. Este nuevo hombre le ofreció una vida con él y ella se embarcó en una nueva relación. Asegura que esta vez estaba dispuesta a cuidarse para no quedar embarazada, pero él le mintió diciéndole que no podía tener hijos y se embarazó por tercera ocasión. A pesar de ello, esta vez parecía que las cosas iban a ser diferentes, pues este hombre se mostraba cariñoso, responsable y dispuesto a hacer una familia, hasta que nació la pequeña. Él trabajaba en Archidona, una pequeña localidad en la provincia del Napo.

Nunca me has de ver amarcado

Al haberse cumplido un mes del nacimiento de la hija, la nueva pareja de Blanca le pidió que fuera con la pequeña junto a él. Así lo hizo, y dejó a sus otras hijas al cuidado de su madre.

BLANCA. Me llamó, me dijo: “Quiero que vengas porque yo no puedo ir, por el trabajo yo no puedo salir”. Me fui, yo me fui, yo no conocía nada.

Yo, como no conocía, me he pasado directo al Tena, igual me llamaba, me decía: “¿En dónde estás? “Cerca del terminal de Tena”, le digo. “Chuta, ya te has pasado”, me dijo, “ya bájate y espera nomás ahí que ya te vamos a ir a ver”, estaba con la hermana. A lo que ya llegan allá, yo estaba amarcada⁴ mi bebé. Saludamos y todo y le digo: “Tome”, o sea que le amarque a la nena. Dijo: “¿Yo amarcarle?, yo no”, dice, “nunca me has de ver amarcado”. Bajarme la sangre hasta la punta de los pies... Dije chuta, le digo: “Es su hija, ¿por qué no le va a amarcar?”.

Blanca se emocionó mucho reconstruyendo esta experiencia, no se esperaba la reacción de indiferencia del hombre ante su bebé. Se mostró desconcertada, no lograba comprenderlo. Este decepcionante evento provocó su desconfianza en la capacidad de él para formar la familia que ella creyó que le había ofrecido. La noción de las formas de los afectos no coincidía. Para Blanca el padre de su hija debió emocionarse ante la criatura, pero eso no sucedió. Volvió a Quito con su hija y al cabo de un mes regresó a Archidona junto al hombre. En esta ocasión, ella narra cómo la niña lloraba intensamente y él ni siquiera se acercaba o preguntaba qué le sucedía. Sin embargo, para entonces, el hombre le había montado a Blanca un almacén de variedades en esa ciudad. Blanca relata la emoción que sentía al atenderlo.

Una nueva decepción

Blanca llegó a Archidona desde Quito un viernes, solo atendió su almacén el sábado, y el domingo estaba ya camino de regreso a Quito.

BLANCA. El viernes en la noche dijo: “Cocina, yo me voy a bañar”. Yo emocionada estaba, dije ya mañana salgo voy a ir a vender [en su almacén]. Merendó y ahí en la mesa me dice: “¿Sabes qué? No voy a estar mañana aquí. Es que me voy a Santo Domingo”. Le digo: “Pero si usted se va a ir a Santo Domingo, ¿para qué me llama?, ¿para qué dice que venga?”. “No”,

⁴ Amarcar: cargar.

dice, “me voy a Santo Domingo voy a verle a mi hija”. Se fue y ahí si dije, todavía más que yo no conozco bien, yo pensaba tener el apoyo de él también, o sea que me apoye.

La narración muestra una vez más la decepción de Blanca. Si bien para ella el almacén que él le ofrecía para que trabajara era motivo de gran satisfacción, no era suficiente para construir una relación de pareja, le hacía falta su presencia, su apoyo y también su compromiso para afrontar la crianza de la niña. Este cúmulo de decepciones hizo que Blanca se regresara a Quito y no volviera más a Archidona. El hombre acordó pasarle a Blanca una pequeña pensión por la niña y ella corrió nuevamente por su propia cuenta con tres hijas pequeñas a cuestas.

Blanca se involucró en el trabajo remunerado desde que era una adolescente. Sus primeras experiencias con el trabajo, sin embargo, se construyen enmarcadas en relaciones que tienen que ver más con lo que Thompson denomina economía moral que con relaciones modernas de trabajo. Antes de cumplir 15 años, salió a trabajar fuera de casa, pero nunca recibió una remuneración por ello, pues se trató de un arreglo entre su madre y la mujer para quien trabajaba. Posteriormente, las relaciones de trabajo que tuvo fueron con su tía, para quien trabajó durante casi 10 años, en distintas labores: como empleada doméstica, cosiendo y armando maletas, y atendiendo locales comerciales de la tía. Durante este tiempo, sus remuneraciones no eran fijas y no eran en dinero, pues la tía le daba a Blanca cosas: ollas, comida, entre otros objetos, en ocasiones podía recibir dinero, pero exclusivamente si lo solicitaba. Desde hace cinco años Blanca trabaja en el Cegam y solo desde entonces conoce lo que significa recibir una remuneración estable y mensual.

Si bien en un inicio la madre de Blanca la introdujo en el trabajo de manera obligada, en muchas ocasiones ella ha tenido que reclamarlo como un derecho, aunque ese derecho no tenga nada que ver con una remuneración en dinero ni con prestaciones sociales. Ella ve el trabajo como un derecho. Se trata del derecho a su autonomía, a ser una mujer íntegra e independiente, en pocas palabras, es uno de los puntales de la lucha por el ser. La hermana mayor de Blanca, quien migró muy joven a Quito, encontró en el minado la alternativa para sustentarse ella y sustentar a su

familia. Mientras Blanca vivía y trabajaba con su tía, su hermana ya trabajaba con el minado. No fue sino tiempo después, ante la necesidad de obtener recursos económicos para afrontar las responsabilidades con sus hijas, que llegó a contemplar la posibilidad de involucrarse de lleno con esta actividad.

El minado ha significado para Blanca la posibilidad de acceder a su derecho al trabajo, entendiéndose derecho en ambos sentidos: como el derecho a realizar una actividad remunerada fuera del ámbito de lo privado, y como derecho a un trabajo con prestaciones sociales y remuneraciones estipuladas dentro de los marcos normativos vigentes. A pesar de ello, reclamar al minado como un trabajo digno no ha sido fácil.

Amenaza

En una ocasión Blanca fue convocada para hablar con la psicóloga del colegio en el que estudia su hija mayor.

BLANCA. “¿A qué trabaja?”, me pregunta, de ahí le cuento pues lo que trabajo, le digo de tantas horas a tantas horas yo trabajo allá. “Y los viernes, ¿a dónde se va?”, me dice así, los viernes le digo como es una organización los días viernes yo, yo, le digo, yo escogía, o sea como aquí se duerme, todos los días se duerme aquí, entonces yo escogí los días viernes para quedarme a dormir... De ahí me dijo: “¿El día viernes a dónde se va? ¿Está segura que usted se queda a dormir allá en su trabajo?”. Le digo: “Sí, estoy segura”. “Yo necesito un certificado que diga que usted se queda a dormir ahí”, me dijo así. De ahí le digo: “Bueno, yo he de traer”. De ahí me dice: “¿Usted cuántos maridos tiene hasta ahora?”, me dijo así... Le digo: “Yo no tengo o sea desde que me separé del papá de mi hija, yo vivo así como le digo con mis nenas”. Me dice: “No, dígame ahorita, ¿con quién vive usted, con quién está usted, cómo se llama esa persona?”, me dice... “Usted los días viernes se va a estar bailando, a estar no sé qué cosas más”, me dijo así, “porque usted no trabaja hasta tan de noche, usted ha sabido trabajar hasta más de noche para pagar a hombres para que estesen con usted”. Yo ahí me quedo así, me dice: “Usted delante de sus hijas ha sabido estar haciendo el

amor”, dice así. “¿Usted por qué no puede conseguir un trabajo digno? En este momento sale usted, se va donde su tía porque usted sabe trabajar, ha sabido coser y ahorita se va donde su tía. Si usted no va a trabajar donde su tía, a sus otras hijas le vamos a quitar, va a quitar el Andinapen,⁵ ahorita le van a hacer el seguimiento y le va a quitar si no sale de ese trabajo le va a quitar a sus otras guaguas el Andinapen y ahí para que se quede usted sola o se va a ir detenida no sé cuánto tiempo, si usted sabe cuántos años es que se quede presa por tener a las guaguas botadas”... Ese rato dije no tengo que llorar y no lloré ahí.

En esta narración muestra su indignación por el trato recibido por la psicóloga del colegio. Palabra tras palabra, ella quiere evidenciar la falta de respeto hacia su vida privada, su dignidad como mujer y su decisión de trabajar en lo que considera un trabajo digno. Se le hace inaudito tener que justificar su trabajo y su vida ante esta persona. A pesar de ello, la respuesta de Blanca fue el silencio y mostró una aparente sumisión, el arma de los débiles, como diría James Scott (1985), ante el ejercicio de poder que la psicóloga ejercía sobre ella. Su rebeldía, en cambio, fue no llorar.

Blanca, en sus narraciones, se construye a sí misma como una mujer trabajadora. A través del trabajo pudo liberarse de la necesidad de continuar viviendo junto a su madre en Saquisilí. Asimismo, se liberó de las ambiguas relaciones con su tía, un personaje que ha pretendido manejar su vida. También mediante el trabajo se liberó de las ataduras que su primera pareja pretendía imponerle mediante el envío de dinero. Asimismo, confiando en su capacidad para el trabajo, rechazó una relación no deseada con el padre de su última hija, a pesar de la seguridad económica que él le ofrecía. Para ella ha sido el arma con la que ha podido disputar ante su entorno familiar y social la autonomía de su propio ser, aunque para los demás su trabajo con el desecho no sea digno.

⁵ Se refiere a la Dirección Nacional de Policía Especializada para Niñas, Niños y Adolescentes (Dinapen).

Elvira

La primera vez que tuve contacto con Elvira fue por vía telefónica, en mi primer intento por acceder al mundo de las organizaciones en torno al reciclaje. Ella es una de las líderes de la Renarec y en 2017 ocupaba el cargo de tesorera. Además, en ese mismo año fue presidenta de una asociación de recicladoras que opera en Quitumbe, en el sur de la ciudad. A partir de esa ocasión, me encontré con Elvira en distintas oportunidades: en una reunión de negociación de precios de materiales entre miembros de la Renarec y una empresa cartonera, en una reunión oficial entre autoridades del Ministerio del Ambiente y las líderes de la Renarec, en una reunión de discusión acerca del reciclaje como parte del Código Orgánico del Ambiente del Ecuador, todos estos momentos de carácter formal. Mi curiosidad por el perfil de Elvira, una lideresa de las organizaciones de recicladores, me llevó a proponerle hacer entrevistas acerca de su vida. Se mostró siempre como una mujer muy ocupada y con el tiempo limitado; sin embargo, accedió a mi petición y tuvimos dos escasos, pero muy interesantes, encuentros informales en los que intentó reconstruir su vida.

El gran árbol

Elvira es la cuarta de una familia de siete hermanos. Cuando era niña la familia vivía en la hacienda La Balbina, en lo que hoy es el sector de Quitumbe, donde trabajaban su padre y su madre como obreros. Los recuerdos que ella destaca de esta etapa de su vida son muy agradables, hasta la muerte de su padre.

ELVIRA. En esa fecha, me acuerdo que era diecinueve de junio, mi papá falleció, pero era tan una sorpresa que mi papá se perdió, no se asomó, el viernes. El sábado cayó un árbol inmenso, inmensote, era supergrandisísimo ese árbol, era anchísimo ese árbol y se cayó con todo raíces a las seis de la mañana en la hacienda. Entonces todo el mundo sorprendido porque era un árbol inmenso de anchura, era un árbol anchísimo cosa que era

de preocuparse diciendo que algo pasa y nosotros antes de que se caiga ese árbol fuimos a buscarle a mi papá toda la noche, hasta medianoche, y yo tengo una cosa ahí, que yo justo miré a una casa y diciendo ahí ha de estar mi papá, pero yo no le dije a mi mamá eso, entonces al otro día que mi mami sale y ya se cae ese árbol, mi mami sale en busca a las siete de la mañana después del ordeño, mi mamá se encuentra con la sorpresa de que mi papá ha fallecido.

En la narración Elvira hace una analogía entre su padre y la figura de un gran árbol. Su padre es en la percepción de ella grande y ancho, una figura que evoca estabilidad y fuerza, pero que sin embargo cae. Su padre murió cuando Elvira tenía tan solo 11 años. Para ella, la muerte del padre marca un antes y un después en la historia de su vida, pues a partir de ese evento las narraciones hablan de una vida llena de sufrimiento, violencia y pobreza, pero también de valentía, de superación y de amor.

Elvira dibuja la figura de su padre como la de un hombre trabajador y bueno, preocupado por su familia. Él tiene además un papel protector; por ello, en la percepción de Elvira, su muerte significó para toda la familia, incluso para la madre, desamparo y vulnerabilidad ante el resto de las personas que conformaban en ese momento su entorno social dentro de la hacienda.

La viuda

Tras la muerte del padre, según la percepción de Elvira, su madre empieza a sufrir acoso.

ELVIRA. Le cuento que desde que hubo ese trabajo del machista todo el mundo era machista y en la hacienda, en el momento que mi mamá quedó, mi mamá quedó de 30 años de viuda, entonces de mi mamá todo el mundo se burlaba, le faltaban al respeto. Entonces sufrimos bastante en esa hacienda igual, que todo mundo quería que mi mamá esté con uno y con otro, entonces por eso es que era muy complicado por eso es que una señora con unos hijitos así es muy vulnerable, muy vulnerable, porque toda gente se aprovecha de estas cosas.

En la narración Elvira se mira a sí misma y a su familia en condición de vulnerabilidad debido a la muerte de su padre. Construye además una visión de género en la que la mujer es vulnerable ante la ausencia del marido. La mujer debe tener un respaldo, de otra manera queda desprotegida ante la burla y la falta de respeto del resto de personas. Los demás, fuera de la familia, aparecen como seres asechadores, dispuestos a victimizar a los vulnerables y desamparados que no tienen quién vele por ellos.

Al cumplirse mes y medio de la muerte del padre de Elvira, se solicitó a la familia que abandonara la casa en la que habían crecido pues, a pesar de que la madre de Elvira estaba dispuesta a seguir trabajando en la hacienda, el dueño requería hombres que pudieran asumir las tareas del padre fallecido. La familia salió de la casa en La Balbina para ir a vivir en el barrio de Santa Rita, en el sur de la ciudad de Quito. Los hermanos de Elvira conocían el oficio de la mecánica automotriz, por lo que trabajaban, pero no aportaban a la familia, pues habían dejado ya el hogar. La responsabilidad de afrontar económicamente la situación recayó sobre las mujeres mayores.

Empleada doméstica

La madre, la hermana mayor y Elvira empezaron a trabajar de empleadas domésticas. Su hermana, algo mayor que ella, dejó pronto el trabajo y se fue de la casa por lo que solamente Elvira y su madre sostenían el hogar.

ELVIRA. La que aguantó soy yo, aguanté casi dos años, primero un año en una casa me tocó a mí, me tocó con una profesora, me acuerdo que era profesora... Yo nunca he salido, yo no tenía idea dónde estaba yo porque tenía 11 añitos, no tenía idea ni cómo coger carro, ni cómo irme donde mi mami, no conocía nada. Mi mamá me fue, buscó una agencia de viajes, me fue y me instaló ahí y mi mami venía cada mes a cobrar, pero por eso odio, odio, pero odio trabajar de empleada doméstica, odio, porque fui pegada, no me daba de comer, me tenía hasta las 12 de la noche, me trataba como si fuera una alumna más de ella. Tonce pasé supermal y a mi mamá no le pagó como tres meses y al cuarto mes que fue mi mamá a verme dijo que

yo me he robado los platos, que me he robado las joyas, que me robado todo y nunca, nunca, dios es testigo que nunca topé nada.

En la narración Elvira se ve como una niña obligada por las circunstancias a trabajar. Se mira vulnerable y a merced de las decisiones de las personas adultas que manejaban su vida. Se mira también vulnerable y sin posibilidad de respuesta ante la violencia y el abuso de su empleadora, quien además le acusa de ladrona. Siente la necesidad de asegurarme, bajo la mirada de su dios, que nunca tomó nada de aquella casa. Elvira huyó de la casa de la profesora. A pesar de no conocer el camino, se arriesgó a intentar regresar a casa de su madre. Pasado un tiempo, su madre volvió a colocarla de empleada doméstica en otra casa. Las experiencias que construye como empleada doméstica son muy negativas, al punto que asegura que prefiere cualquier otro trabajo

Sopa de cebollas

Al salir de la segunda casa, conoció a un hombre que cambió el rumbo de su vida.

ELVIRA. A los 14 años salí de esa casa y tenía una visión o sea tenía una visión que casarse uno, el marido le mantiene, tenía esa visión, esa idea. Tonces decía que el rato que me case tiene que mantenerme mi marido, yo me quedo en la casa cuidando los guaguas todo eso, esa era mi visión. Tonces llegué a mi casa por las vacaciones, me acuerdo que mi hermano ha estado tomando ahí en la casa y veo a un señor ahí sentado, y me sonrío, yo solo le miro y me voy al cuarto de mi mami, y mi hermano se pone a tomar dos días con ese señor y comienza a molestarme: y que sí, que ni sé cuánto, que ni sé cómo. Yo digo: “Bueno, si es que me voy a regresar a esa casa mejor me caso”, esa era mi idea, la estupidez de toda la vida que yo hasta hoy lamento mucho. Bueno, yo no medí consecuencias. Pasé como ocho días en mi casa, el señor me visitaba, era superbueno, mayor que mí, tenía 28 años, yo tenía 14 años. Tonces yo pasé ocho días lavando ropa ajena de mi mamá y la mamá de él también ha sabido lavar ropa ajena y nos encontrábamos

ahí en la lavandería, todo eso y conversamos. Hasta que un día me dizque dice: “Yo te quiero, yo voy a cuidar de ti, hemos de estar juntos”. Nunca, nunca me he de olvidar que me dijo: “Aunque comiendo cebollas, la sopa de cebollas, pero hemos de estar juntos”, imagínese, entonces yo estúpida, estúpida me voy con él.

En el relato Elvira muestra a una niña ingenua que pone en juego su idea de que casarse sería para ella una liberación de las responsabilidades que tan tempranamente le había impuesto la vida. El hombre que llevó su hermano a casa fue visto por ella como su tabla de salvación. Él dijo lo que quería oír: “Yo voy a cuidar de ti”. Hoy se juzga a sí misma, se tilda de estúpida por haber llevado adelante sus ingenuas preconcepciones de la vida que dan cuenta de los imaginarios que reproducen el orden patriarcal. Se fue con el hombre durante ocho días a un hotel, tiempo suficiente para darse cuenta de que él no era la persona que ella creía. Al regresar a casa, la familia la obligó a casarse. Ella asegura que su vida empeoró con el matrimonio, incluso más que cuando trabajaba de empleada doméstica. Fue a vivir con el marido en casa de sus suegros.

Violencia

La violencia del marido contra ella pronto se apareció mostrando también en este caso cómo esta estabiliza y reproduce el orden de género.

ELVIRA. Mi suegra era hijitis, amaba a su hijo. Tonce me acuerdo que cuando me pegó y vino mi suegra: “Dejá, Silvio; dejá, Silvio”, así, pero en delante de ella me masacró, me bañó en sangre, yo solo lo que hacía es tarme y me dejaba golpear, me dejaba golpear y me dejaba golpear, como cinco años pasó así. Yo no le topaba, tenía miedo, temblaba como gelatina. Si no tomaba lunes, tomaba martes, si no tomaba martes tomaba miércoles, si no tomaba miércoles tomaba jueves, pero una vez a la semana estaba bien chumado, una o dos veces a la semana. De sobrio me insultaba, él sabía que yo no tenía quien me salve, todo eso, mi mamá estaba sola, tonce no tenía quien me defienda. Mi hermano no me defendía, me decía: “Yo

sí te dije, no te cases”. Ya estaba como un año viviendo con él y no me embarazaba, me pegaba porque no me embarazaba porque decía que yo, yo con él dormía y me cuajaba, me ponía el guagua y el otro me descuajaba, el mozo me descuajaba, me pegaba, “yo duermo con un hombre”, me decía.

Cuando Elvira relata estos episodios se emociona, su voz se quiebra al construir la experiencia de esa etapa de su vida. Ella se ve joven y muy vulnerable, necesitada de alguien para que la defienda de las agresiones del marido, un alguien con quien no contaba. Construye al marido como un hombre injusto, desdeñoso y extremadamente violento, capaz de acusarla y violentarla a ella por no quedar embarazada. Narra este momento con indignación y con mucha lástima de sí misma.

En ese momento en el horizonte de Elvira no estaba la posibilidad de separarse del marido agresor. “Yo me crié en un ambiente con reputación”, asegura, y separarse era como manchar el honor de su familia. Por el contrario, buscó la fórmula para quedarse embarazada y así “salvar su matrimonio”. Finalmente se embarazó y tuvo a su primera hija, pero, según me asegura, no pudo disfrutar de la crianza de la niña porque tenía que trabajar. Ella y su suegro trabajaban reciclando en el botadero del Quito Sur para mantener a la familia, mientras la suegra se hacía cargo de la niña; el marido no trabajaba.

Los maltratos continuaron durante cinco años, hasta que Elvira contestó la violencia del marido y le regresó los golpes. Finalmente, el marido consiguió un trabajo en Bahía de Caráquez, provincia de Manabí, y la dejó embarazada de su segundo hijo. Ella decidió, entonces, abandonar la casa de su suegra e instalarse en un lugar cercano a donde vivían dos de sus hermanos.

En la calle

El nacimiento de su segundo hijo se constituyó en un evento particular en la vida de Elvira.

ELVIRA. Tonce me acuerdo que salimos de donde mi cuñada a las 11 de la noche, llegamos a la casa y yo le digo a mi hermana: “Calienta agua,

bañémonos”, le digo así. Me baño yo, se baña mi hermana y mi hermana le baña a mi hija y nos acostamos. Yo que me despierto a las dos de la mañana he estado con unos dolores, del dolor me despierto y le digo a mi hermana: “Vuélate a avisarle al ñaño”. Llega mi hermano primerito, primerito llega el enfermito, yo camino una cuadra con dolores para poder salir para irme al hospital del sur me acuerdo, llega mi hermano dice “ñaña ven te cargo”, me coge con la mano me pone así prag y me baja el parto, el momento que me aplasta, caminamos una cuadra yo ya no resistía. “Ñaña, voy a dar a luz”. Estaba con una cobija, boto la cobija en el piso, me acuesto y prag salí dando a luz y di a luz en la calle... Mi hermano fue mi partero, después de eso abren la puerta, había una oficinita donde decía vender parquet en una esquina y abren la ventana y dicen: “¿Que pasó?”. Dice: “Señito, mi hermana acaba de dar a luz”. Entonces salió la señora con un ponchito, dice: “Miren qué hermoso el niño”. Mi hermano se pone a llorar viéndome en el piso y temblaba.

En la narración Elvira muestra su parto en la calle y percibe que ese hecho es una especie de confirmación de que ella puede sola con su vida, pues, si bien siente la ayuda de su hermano, de la mujer que la acoge, de su familia, ella, de manera autónoma, solventó los gastos de su accidentado parto. Asegura: “Yo siempre he trabajado, siempre he estado con plata en mano para mis partos”.

La huida

Los maltratos y la violencia del marido continuaron y se incrementaron con el nacimiento de su segundo hijo.

ELVIRA. Lo que pasa que tuve a mi segundo hijo, igual él no estuvo ahí, aguanté todo yo, vino a los 15 días y mi bebé era blanquito, él era morenito mulatito y mi hijo era blanquito. “Ese hijo no es mío”, decía, “hija de tal, ¿con quién estás?”, y comenzó a golpearme. Entonces yo vivía en Santa Rita y mi mamá vivía aquí en Guamaní. Yo le ayudé a mi hermana a enterrar a su hijo, ya regresando del entierro, llegando del entierro mi marido

dice: “Si qué piensas que no fui tonto que fui estúpido que tu familia viene a aprovecharse de mí, que no sé cómo que ni sé cuánto. Que piensas que no sé qué vos estabas mostrando los dientes con fulano, con sultano”, y me dio una pisa. En eso logro salirme de ahí y con una chalinita me cobijé así, cogimos un carro a Machachi y nos dejó en Guamaní.

Elvira se muestra como una mujer fuerte que aguantó sola el nacimiento de su segundo hijo, en cambio el marido, quien no estuvo con ella, solo regresó para agredirla. Ella siente orgullo cuando me dice que su hijo era blanquito, pero también enfatiza que allí estaba su desgracia, pues por esa razón su marido la golpeaba. El marido moreno, mulato, no podía creer que Elvira podía concebir con él un hijo blanquito, y por eso desconfiaba de ella y la golpeaba. A pesar de que la blancura de su hijo se convirtió en una desgracia, quiere mostrar que ella podía tener un hijo con la piel blanca, incluso siendo el padre moreno, lo que señala que para ella el ser blanco es un privilegio que venía de parte de ella; se posiciona en la estructura de dominación atravesada por la raza, en un mejor lugar que el de su marido.

Elvira continuó su vida junto a su marido, quien no duró mucho en el trabajo que el hermano de ella le consiguió en Bahía de Caráquez. Al cabo de algunos meses, el marido regresó a Quito y volvieron a vivir juntos. Pasaron algunos años y se quedó embarazada. El marido sospechaba también de este niño. Los episodios de violencia continuaron, hasta que ella decidió separarse. El marido le pidió que no se separara, pero Elvira, con el consejo de su familia, no cedió esta vez.

La búsqueda

El marido de Elvira la amenazó y terminó llevándose a los niños de su lado.

ELVIRA. En eso llega mi suegra como a los tres meses y me dice que me iba a ayudar a ver a los niños, a cuidar a los niños y yo creí en la buena voluntad, le conocía cómo era, pero, sin embargo. A los cuatro días se fue llevando a mis hijos, se desapareció con mis hijos. No sabía dónde vivían, ocho días busqué a mis hijos como no se imagina, perder a un hijo es muy

difícil, sufrí mucho, lloré mucho, me sentí la mujer más decepcionada, hasta que me escapé a matar verá. A los ocho días logré localizarles donde la señora que ha sabido vivir arrendando con él.

Elvira ve en este evento las consecuencias de haberse separado del marido. Intenta mostrarme los extremos a los que llegó la crueldad de aquel hombre y de su suegra. Se construye como una madre preocupada por lo más importante para ella: sus hijos. Tan importantes eran que incluso pensó en quitarse la vida debido al sufrimiento que le causaba perderlos. Cuando fue en busca de sus hijos, solo pudo recuperar a uno de ellos, al más pequeño que tenía tan solo un año. Los otros dos, de cuatro y siete años, se quedaron con el padre hasta que fueron mayores.

Elvira recalca durante toda la entrevista que su marido no trabajaba, que ella asumía la responsabilidad económica de la familia; sin embargo, asegura haber sufrido mucho con la separación porque se quedó sin apoyo. Cuando le pregunto a qué apoyo se refería, responde que era él quien se encargaba del cuidado de los niños, lo que para ella no era considerado como un trabajo. Mientras estuvo separada, los niños sufrieron mucho, según Elvira, pues se sentían solos. El padre se llevó a dos de los niños y ella se quedó con el más pequeño. En sus relatos recalca el sufrimiento del niño por estar solo, sin el apoyo de la madre, quien trabajaba en el botadero de Zámbez.

El día de la familia

Elvira decidió cambiar de trabajo y se empleó de lavaplatos para el servicio de comidas del personal de Petroecuador (empresa estatal petrolera). Allí trabajó por varios años, pues le permitían llevar al niño. Elvira continúa su relato con un evento.

ELVIRA. Verá, estaba en el jardín [el hijo que ya tenía cuatro años] y me pidió plata para manualidades, me acuerdo de que era el día de la familia. Pasó el día de la madre, el día del padre, pero era el día de la familia en la escuela. Todo mundo estaba con el papá y la mamá, todo mundo, vino y me dio el regalo a mí, era para el papá. “Mami yo no tengo papá, ¿no

mami?”, era fatal, era fatal, hay cosas que nunca me voy a olvidar porque era muy fuerte, me abrazó la piernita y se puso a llorar. En ese entonces el que es ahora mi marido me molestaba, pero yo no quería, ya sufrí, para qué me voy a volver a unir, pero ahí me hizo recapacitar y yo ahí es cuando tomo la decisión de que él llegue a la vida de nosotros.

Para Elvira la figura del padre, del gran árbol, es gravitante en su construcción del ser. En el relato se mira a sí misma incompleta para su hijo, necesita la figura de un padre para ofrecerle. El niño se lo reclama, quería un padre y Elvira se lo consiguió.

Como la cometa

Elvira se unió con su segunda pareja, quien se constituyó en el apoyo que siempre buscó para su vida: “Era tan bueno, tan bueno que ya teníamos una persona que nos respalde”, asegura. Ahora Elvira estaba completa.

ELVIRA. Él me enseñó lo que yo soy, a ser independiente, a tomar mis decisiones, él me dijo: “Tú eres libre, mujer”. Yo era una persona tímida, no me gustaba que me cojan, ni siquiera en la escuela me gustaba que me cojan de vocal, peor de directiva, yo me escondía detrás de las puertas o no me iba yo cuando elegían la directiva, no me gustaba que me tomen en cuenta, o sea sentía recelo, yo sentía que no servía, sentía que no soy capaz de nada de eso. Él me decía: “La forma de uno es cambiar la actitud y tú sí puedes, vamos”. Él dejaba que yo empiece a vivir mi propia vida, él peleaba hasta con mi mamá, porque decía [la mamá]: “¿Y la Elvira?”. [El marido] “Es que ella no está aquí se fue a tal parte”. “¿Y por qué? Usted tiene que cogerle, darle una patada y hacerle sentar aquí en la casa”. “No, señora, ella tiene que aprender a vivir su propia vida”. Entonces él me fue soltando así como la cometa.

En el relato Elvira le da a su pareja todo el crédito de lo que ella es ahora: una mujer independiente, que vive su propia vida, que es capaz de muchas cosas, que sirve. Él es su mentor, el respaldo que la defiende incluso

de la violencia que propone su propia madre. Según Elvira, el impulso de su actual pareja le permitió deshacerse de su extrema timidez y desarrollar sus cualidades de lideresa dentro de las organizaciones de recicladores y recicladoras del país, mediante una carrera que empezó en 2009 dentro de la Renarec. Allí ha cumplido varias funciones. Recientemente fue tesorera de la Red, pero se podría decir que es una de las líderes históricas de esta organización que aglutina a varias organizaciones a nivel nacional.

Cuando Elvira habla de su primer esposo, quiere hacer notar que al contrario de lo sucedido con ella, él y la mujer que hoy le acompaña no tienen una vida deseable; es como si quisiera decir que la vida de su esposo es el merecido epílogo del trato que este hombre le dio.

La prostituta

Elvira relata el episodio de cuando fue a casa de su anterior pareja en busca de sus hijos convertidos ya en jóvenes y conoció a la mujer que vive con él.

ELVIRA. Cuando yo salí después que miya me gritó, salió otra señora, otra señora y me dice: “Señora, ¿usted es la mujer del Silvio?, si usted quiere regresar con él yo me hago a un lado”. Pero él me decía que soy una tal que soy una cual, y se consiguió una persona que trabajaba en La Ronda de prostituta. Él convivía con una persona así, convivía muchos años, pero esa señora conversó una pendejada de cosas de él, y me dijo: “Señora, si usted quiere yo me voy lejos, si usted quiere estar con sus hijos yo me voy encantada porque ustedes son casados”. Tonces dije: “Yo no, yo no pienso regresar, ya tengo mi marido”. “Ah, entonces me voy a avisarle a su marido que está viniendo a verle a mi marido”. Pero le hice entender a la señora que no quería nada de nada con él, o sea. Y se puso a llorar la señora, se saca y dice: “Mire cómo estoy, mire cómo estoy”, alza la falda, “mire cómo estoy”. Era todo el cuerpo verde, solo de mirar retrocedí como cinco seis años atrás y me acordaba de todo lo que me hacía, imagínese.

En el relato Elvira destaca la diferencia entre ella y la actual pareja de su primer marido. Asegura que es una prostituta. De esta forma, se

construye a sí misma como una mujer digna, pero que no fue reconocida como tal por su pareja. Él vive con una persona “así”, dice, dejando entender que, al ser prostituta, es una persona de menor valor que ella. A pesar de eso, siente lástima, pues ahora es ella quien recibe las golpizas. Elvira, sin embargo, se refiere a la mujer como “la señora”, lo cual evidencia cierto respeto.

Los hijos mayores de Elvira crecieron junto a su padre. Volvió a ver a su hijo por iniciativa de él, quien a los 15 años la buscó. Ella intentó recuperar a los muchachos pero, según cuenta, eso no fue posible. Sin embargo, ha estado pendiente de ellos en todo lo que ha podido. El hijo se involucró con el narcotráfico y cayó preso. Ella se hizo cargo del problema y asumió las consecuencias económicas. El hijo salió ya de la cárcel y, según relata Elvira, mantiene una relación cordial y estable con él y con su hermana mayor, pero destaca la diferencia de valores con los que crecieron los hijos que se mantuvieron a su lado y los que vivieron junto a su primera pareja.

El trabajo ha estado presente en la vida de Elvira desde que era muy pequeña, cuando ayudaba a su madre con las tareas de la hacienda. Para ella, el trabajo fue siempre una carga que empezó a sentir en su adolescencia. Tan pesada era su carga, que buscó el matrimonio cuando era casi una niña, pensando que así podría liberarse de trabajar. “Por vagancia yo me casé”, asegura Elvira. Una de las primeras y más grandes decepciones de su vida fue constatar que el matrimonio solo haría su carga aún más grande.

El signo con el que Elvira empieza su trabajo como minadora es el de la decepción y la obligación del trabajo. Asegura que su relación con los desechos fue lejana dentro de su entorno familiar, pues la basura que se producía en casa de sus padres era enterrada o quemada, ya que era eso: desecho. Empezó a mirar a los desechos de una manera distinta cuando una vecina del barrio a donde fueron a vivir luego de la muerte de su padre, al ver la penosa situación de la familia, le aconsejó a su madre que recolectara materiales de entre los desechos. Elvira asegura que el trabajo de su madre no era el de minadora, que era lavandera, pero que, en ocasiones, cuando no tenían ropa para lavar, acudían al botadero a recoger materiales.

Vergüenza

Para Elvira es muy importante evidenciar que su madre no era minadora, que ella proviene de una familia que no trabajó en la basura, así como es importante recalcar que tuvo que empezar a trabajar en el botadero cuando se casó y tuvo que adaptarse a la familia del esposo, que trabajaba con basura.

ELVIRA. Tonce me dediqué a trabajar y ahí empecé a trabajar en el botadero ya, porque la familia de él y él también han sabido trabajar en el botadero, tonce ahí él me llevó a trabajar ahí, ahí comencé a trabajar, tengo treinta años de trayectoria de trabajo. Al comienzo sabiéndole o sea sentía vergüenza, sentía recelo, no quería comentar dónde yo trabajaba, porque la gente, o sea la gente antes de conocer critica, o sea humilla. Yo no comentaba mucho de mi trabajo, o sea mi hermano también, o sea mi hermano me hablaba porque mi hermano ya comenzó a trabajar en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército; mi otro hermano también, mi hermano me criticaba diciendo que yo estoy en la basura, que cómo voy a hacer ese trabajo. Le hablaban a mi esposo diciendo que cómo me tenía ahí.

En la narración Elvira pone de relieve que sus hermanos trabajaban en instituciones importantes y por ello criticaban a su hermana, que trabajaba en un botadero de basura. Mientras ellos tenían trabajos dignos, ella se involucraba con el desecho. Esto le llenaba a Elvira de vergüenza, pues, para su familia, trabajar con desecho era inapropiado. El trabajo en el botadero no era fuente de satisfacción. Elvira menciona a lo largo de las entrevistas que era ella quien tenía que trabajar, pues, para colmo, el marido además de “tenerla ahí” trabajando en el botadero, era un vago. “No trabajaba, se pasaba solo durmiendo”, me asegura. Elvira se ve obligada a trabajar. El marido, sin embargo, al parecer, se encargaba del cuidado de los niños.

Solos

Es evidente que Elvira no considera el cuidado como un trabajo, pero al separarse del marido toma conciencia de su importancia

ELVIRA. Le digo que cuando yo me separé sufrí mucho porque él se fue y me dejó los tres niños sin apoyarme. Él se quedaba con los niños y yo trabajaba. Vuelta se fue y era difícil, porque los niños se sentían solos, sufrí bastante. Se fue, me dejó, me quedé en esa casa, arrendaba, pagaba el arriendo y no había quién vea a mis niños porque mi mamá tampoco no tenía tiempo, como era mi padrastro nomás no se le podía pedir. Trabajaba y estaba al pendiente de mis hijos, trabajar en el botadero que con la mente en mis hijos me escapaba a morir allá en el botadero, porque ya estaba en el botadero de Zámbriza.

La separación fue para Elvira motivo de sufrimiento, no por alejarse de su marido, sino por tener que afrontar sola el trabajo productivo y reproductivo. Ella tiene bien definido el espacio para su trabajo reproductivo: la casa, el ámbito privado, y también el espacio del trabajo productivo, el botadero. No lleva a sus hijos, prefiere dejarlos solos en casa. Este momento de su vida es muy complicado, pues siente que no tiene a quién acudir, en quién apoyarse para afrontar el cuidado de sus hijos.

En un momento de su vida, Elvira cambia de trabajo. Se emplea como lavaplatos en el servicio de comida de una empresa pública. Lo hace, según me cuenta, porque no tenía cómo cuidar a su pequeño hijo. Es interesante notar que el motivo para cambiar de actividad no es dejar de trabajar con el desecho, sino la imposibilidad de cuidar al niño. Lleva al niño a su trabajo, pero expresa su disgusto por el maltrato que se le dan a ella y al niño. Al hablar del trabajo en dependencia, a lo largo de las entrevistas, siempre menciona el maltrato del jefe o el empleador. El trabajo en el botadero prescinde de esa relación de dependencia, siempre conflictiva para Elvira.

Al encontrarse con su segunda pareja, Elvira, por decisión de él, sale del trabajo en la empresa pública, a pesar de haber escalado en funciones, pues se había convertido en la cocinera, según relata. El trabajo implicaba viajes, y eso no le gustaba a su pareja.

Qué lindo cartón

Al sentirse respaldada económicamente por el hombre, dejó el trabajo y, en sus tiempos libres, se dedicó a ayudar a su madre.

ELVIRA. Lo que pasa es que mi mamá como cogía comida de puerco en los conjuntos, mi cuñado dice: “Qué lindo cartón. Qué lindo papel que botan. De gana se está desperdiciando si en Zámbez cogían, ¿por qué ustedes ahora no cogen y buscamos a alguien que quiera comprar?”. Y comenzamos en la carretilla a llevar el material, comenzamos a recolectar, recolectar y pusimos encima en la terraza entre las dositas, mi mamá y yo. Después ya se fue incluyendo mi hermana, después mi otra hermana, después mi sobrina.

Así Elvira empieza otra etapa como minadora, esta vez, a pie de vereda. El trabajo, según relata, cambia completamente de condiciones. Ya no es un trabajo peligroso como ella considera al del botadero, pues allí se tiene que entrar en contacto con materiales sucios y contaminados. En las veredas, en cambio, los materiales están más limpios. Por otro lado, el trabajo se convirtió en un emprendimiento familiar, que más tarde dio lugar a la creación de la asociación que ahora ella preside.

Elvira, con el apoyo de su pareja, quien tenía experiencia como dirigente sindical, empezó a desarrollar su trayectoria como líder de las asociaciones de recicladores. Ante la presión del Gobierno central y municipal para que los minadores se organizaran, ella asumió el papel de afrontar el reto de organizar a la gente del sur de la ciudad en asociaciones, y así empezó su relación con la Renarec.

Entendí...

La trayectoria de Elvira como dirigente la ha llevado a relacionarse con instituciones estatales y no estatales, que han ejercido una influencia fundamental que ha cambiado su percepción sobre el trabajo del reciclaje y sobre sí misma.

ELVIRA. Entendí lo que he hecho durante 30 años de reciclar, entendí que eso es un trabajo, que yo he hecho un trabajo, eso entendí primero, y después entendí que con ese trabajo, he sustentado a mi familia, he mejorado la calidad [de vida] de mis hijos... [Pregunto si sus hijos están en el reciclaje].

No ninguno, mi esposo y yo nomás estamos y a más de eso entendí que formar organizaciones es salir de la pobreza, porque solo en esta sociedad no se puede luchar tanto, lo que organizados se puede luchar porque abre puertas y mejora la calidad de vida de muchos recicladores, esto lo hago encantada, soy recicladora [la voz de Elvira se quiebra], con mucho orgullo, le digo que entendí y a donde voy yo digo que soy recicladora. Día a día salvamos al mundo, día a día salvamos los árboles.

El trabajo del minado, para Elvira, es bueno ya no solamente porque la libera de la relación de dependencia, sino porque descubre que es un trabajo que le da dignidad en tanto le permite sustentar a su familia, mientras cuida del ambiente. Para Elvira, el reciclaje y sus actividades de lideresa quedan ensambladas, pues el reciclaje le permite ser lideresa, orientar a los demás. Todo esto le llena de orgullo. Sin embargo, en la narración, aparta a sus hijos del minado, ninguno comparte con ella su trabajo: “He mejorado la calidad [de vida] de mis hijos”, dice. Esto evidencia la persistencia de una subyacente negación de la dignidad del trabajo de minado.

En este capítulo Blanca y Elvira, dos minadoras de ingreso tardío en el mundo del minado, narran sus experiencias de vida. A través de ellas se observa cómo construyen sus subjetividades. Los relatos revelan la construcción de sus identidades de clase, de género y eventualmente de raza, dentro de un entorno social con rígidas estructuras de dominación. A diferencia de los casos que presenté en el capítulo cuatro, para estas minadoras trabajar con el desecho ha conllevado procesos de aceptación y lucha por dar un significado al desecho, para construir su actividad como un trabajo digno. Ha sido un proceso doloroso en el que la intervención de la institucionalidad, que procura constituir el régimen de valor del reciclaje, ha sido un soporte fundamental. En todo caso, para ambas, el trabajo del minado ha sido gravitante para asegurar su sobrevivencia y, en algún momento de sus vidas, para lograr autonomía y empoderarlas frente a las diferentes circunstancias a las que les arroja la vida, aunque ese régimen que las sustenta reproduzca y robustezca una persistente desigualdad de clase y género.

Conclusiones

Todas las personas necesitamos dar sentido a nuestras vidas, un sentido que se construye en el relato de nuestras experiencias. En el relato nos construimos ante los demás y ante nosotras mismas, lo hacemos como si quisiéramos convencernos de que la vida que llevamos vale la pena ser vivida. Es como si cada relato fuera un intento por justificar nuestro ser en el mundo. Con estas ideas en mente me pregunté: ¿de qué manera personas como las minadoras de Quito construyen sus relatos?, ¿cómo quienes trabajan con el desecho de los otros, que sobreviven de objetos sin sentido social les dan un sentido a sus vidas?

Los entornos sociales y económicos en los que las minadoras experimentan su vida cotidiana están ligados a la historia de los trabajadores latinoamericanos signada por la colonialidad y la precariedad que amenazan la misma reproducción de la vida. Si bien como afirma Pérez Orozco (2010), la precariedad es, en realidad, una condición ontológica del ser humano, pues la vida humana es frágil y debe cuidarse para que sea viable, la ausencia de estructuras sociales que protejan a trabajadoras y trabajadores del mercado agrava esa condición, llevando a personas como las minadoras a los límites de la sobrevivencia en entornos plenos de violencias.

El capitalismo industrial en la región nunca logró absorber completamente la mano de obra disponible. Las ganancias se lograban, en gran medida, a costa de los bajos salarios de los trabajadores. Esto se constituyó en la característica de la producción industrial latinoamericana, apoyada

por los procesos de semiproletarización, mediante el trabajo doméstico no remunerado y otras actividades realizadas en el espacio doméstico destinadas a producir bienes y servicios para el autoconsumo o para el mercado.

Las nuevas formas de organización del trabajo del capitalismo globalizado tienden a utilizar cada vez menos mano de obra. Así se deja a trabajadores y trabajadoras sin trabajo y se generaliza el desempleo de las personas; muchas de estas personas se autogeneran trabajo con iniciativas de baja productividad, mientras otras buscan relaciones de dependencia, aunque sea en condiciones precarias. La precariedad de las condiciones en las que los latinoamericanos deben sostener sus vidas es la base de la violencia que aflora de diferentes maneras. Precariedad y violencia son los entornos en los que las minadoras construyen sus experiencias y dan sentido a sus vidas.

Las minadoras de Quito son parte de una masa marginal producto del capitalismo global que debe autogenerarse trabajo. La alternativa que han encontrado estas mujeres es trabajar entre los desechos que se producen en la ciudad recuperando materiales reciclables; así pueden mantener a sus familias, al tiempo que esta actividad les permite también proveerlas de afecto y cuidados. En el minado se entremezclan desechos con materiales reciclables, trabajo no remunerado y trabajo remunerado y un espacio/tiempo que posibilita producción y reproducción en condiciones complejas.

Ante la creciente importancia del sector del reciclaje, actores institucionales, estatales y no estatales intentan regular el trabajo de las minadoras incluyéndolas en la iniciativa del reciclaje inclusivo. Mediante estrategias discursivas, las construyen como actores económicos y ambientales, y procuran integrarlas en el sistema en función de su género y clase. Aducen que, ante la realidad de la pobreza de estas mujeres, el minado es una oportunidad de sobrevivencia para ellas: de la necesidad se hace virtud. Incluir a las minadoras en el reciclaje en determinadas condiciones es una misión para estos actores, pues les brinda la posibilidad de que mujeres pobres, pertenecientes a la masa marginal, obtengan un trabajo, lo que activa el principio del trabajo a cualquier precio.

El recorrido etnográfico que realicé a través de la cadena del reciclaje revela cómo las desigualdades de clase y género son fundamentales para

producir la ganancia de los eslabones superiores. Los discursos de los actores involucrados muestran cómo se apela a nociones civilizatorias y a posiciones de género y clase para justificar la subordinación de las minadoras en la cadena, que se manifiestan en precariedad y superexplotación. Entre los argumentos expuestos en los eslabones superiores se destaca la incapacidad de las minadoras para asumir el cálculo empresarial como estrategia de sobrevivencia. Se aduce que las oportunidades para ellas están a su alcance y que sus limitaciones educativas o de condición sociocultural no les permiten aprovecharlas.

En los discursos se repiten las nociones institucionales sobre la posibilidad de que las minadoras transformen la basura en medios de producción, y se reproducen las renovadas estrategias de semiproletarización de la población para que las familias generen ingresos sobre la base de actividades de baja productividad, pero que no garantizan su reproducción social. De esta manera, ser mujeres, empobrecidas y dispuestas a trabajar con basura se constituye en el conjunto de atributos necesarios para que las minadoras se mantengan como un eslabón fundamental dentro de la cadena del reciclaje. Allí radica su eficiencia dentro de esta cadena, también allí radica el motor de su superexplotación.

Esos entornos de marginalidad, explotación y desechos son el telón de fondo de las narrativas de las minadoras sobre sus experiencias de vida. Estas narraciones están repletas de escenas de violencia, carencias materiales y afectivas, que son el resultado de las férreas estructuras de dominación, materiales y simbólicas, en las que están inmersas. En esas historias se puede observar cómo naturalizan valores y comportamientos socialmente contruidos que refuerzan la dominación, mediante el entrelazamiento de identidades de clase, género y raza. Sin embargo, esos valores y comportamientos no encajan de manera exacta en sus vidas, que se presentan llenas de contradicciones y ambigüedades. Así, se puede presenciar actores que se rebelan de distintas formas ante el maltrato, el abuso o la violencia, dándole un sentido a sus vidas en el que protagonizan los eventos narrados.

En las narraciones se observa cómo las minadoras construyen positivamente su relación con el desecho en un intento por dignificar una actividad que ha sido gravitante para asegurar su sobrevivencia y la de sus

familias y, en algún momento de sus vidas, para lograr autonomía y empoderarlas frente a las diferentes circunstancias que les ha tocado vivir. Sin embargo, son evidentes sus relaciones ambivalentes ante el desecho, pues expresan también el deseo de que sus hijas e hijos no tengan que trabajar como ellas: en la basura.

Quedan abiertas muchas interrogantes. Entre ellas, dentro del análisis de la cadena del reciclaje dejó de lado un eslabón importante para comprender el entorno socioeconómico de las minadoras: quienes consumen. ¿Qué piensan de los desechos y de las minadoras?

Queda abierta otra interrogante: ¿cuál es el futuro del reciclaje en Quito? Los agentes que regulan el régimen de valor del reciclaje proyectan la consolidación de ese régimen, cuando consumidores/as entreguen a las recicladoras de base (minadoras) los materiales ya separados, así el dilema social de determinadas personas (mujeres, pobres) que trabajan con basura parecería resuelto, pues ellas trabajarían con materiales reciclables. Pero desde mi perspectiva, en su lugar aparecen dos nuevos fantasmas que tienen que ver con la inclusión de las minadoras en el sistema de gestión de residuos. A pesar de que se habla de un reciclaje inclusivo, es decir, de que las minadoras no sean apartadas de la actividad del reciclaje, se establece como condición que se formalicen, es decir, deben organizarse para ser parte del sistema. Esto implica que se controle el espacio y el tiempo de su trabajo, que alteraría las condiciones en las que producción y reproducción son posibles en el mismo espacio/tiempo, con los probables obstáculos que esto significaría, especialmente para la permanencia de las mujeres en esta actividad.

El otro fantasma tiene que ver con la gratuidad de los materiales con los que trabajan las minadoras. Separar en la fuente, en los hogares, negocios, empresas, entre otros, implicaría que los objetos conserven su valor, por lo que probablemente las minadoras no los puedan adquirir fuera de relaciones capitalistas. Es decir, tendrían que pagar por ellos, lo cual disminuiría la ganancia de la actividad y las posibilidades de inclusión, a menos que, como lo proponen actores institucionales, se apele a la solidaridad de quienes consumen para que se entreguen gratuitamente a las minadoras considerando su condición de pobreza, y se establezca así una relación que reproduce las desigualdades de clase y género.

El análisis de la vida cotidiana de las minadoras observando las construcciones del ser abrió perspectivas de síntesis en las que no pude dejar de lado los entornos estructurales en los que se desenvuelven. Así, subjetividades y estructuras dan cuenta de las realidades en las que viven las minadoras de Quito, realidades envueltas en contradicciones y dilemas, algunos de ellos, desde mi punto de vista, insalvables, por ejemplo, la valoración simbólica positiva de una actividad cuya materialidad implica al desecho.

Analizar las subjetividades desde la perspectiva del ser revela las formas en las que las estructuras de dominación son asumidas por quienes se encuentran en los estratos más bajos de la estructura social. Parte de la condición humana es siempre intentar, a golpe de cada relato que hacemos sobre la realidad, dar un sentido a nuestra existencia, un sentido que en ocasiones encarna esas estructuras de dominación y en otras se rebela ante ellas. Mediante los relatos en los que se construye el ser se puede comprender cómo los actores justifican su condición o se rebelan ante la marginalidad y la precariedad en la que viven, lo que podría arrojar luces para entender cómo se reproducen y hasta dónde pueden llegar las estructuras de dominación.

Referencias

- Almeida Cadena, Jorge Eduardo. 2013. “De capariche a gestora artesanal: desde el botadero de basura, al relleno sanitario, cambios que han sufrido los minadores en la ciudad de Quito los últimos 20 años”. Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Álvarez, Raúl. 2011. “El derecho a la recuperación de basura desde una perspectiva crítica”. En *Recicloscopio II: miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina*, editado por Pablo Javier Schamber y Francisco Martín Suárez, 75-92. Buenos Aires: Ediciones Ciccus / Universidad de Lanús / Universidad Nacional General Sarmiento.
- Anhalzer, Jorge. 2009. “El mal viento”. En *Entre Nieblas: mitos, leyendas e historias del páramo*, editado por Patricio Mena Vásconez, Henriette Arreaza, Tania Calle, Luis Daniel Llambí, López, María Susana Ruggiero y Adriana Vásquez, 33-34. Quito: Proyecto Páramo Andino / Abya-Yala / Comunidad Andina.
- Antunes, Ricardo L. 2013. *The Meanings of Work: Essay on the Affirmation and Negation of Work*. Chicago: Haymarket Books.
- Appadurai, Arjun. 2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina / S.A.Trilce.
- Barquet, Mercedes. 1994. “Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres”. En *Las mujeres en la pobreza*, editado por Javier Alatorre, Gloria Careaga, Clara Jusidman, Vania Salles, Cecilia Talamante y John Townsen, 73-90. México D.F.: Colegio de México.

- Benería, Lourdes. 2006. “Trabajo productivo/reproductivo, pobreza y políticas de conciliación”. *Nómadas* 24: 8-21.
- Benería, Lourdes, Günseli Berik y Maria Sagarrio Floro. 2016. *Gender, Development, and Globalization: Economics as If All People Mattered*. Nueva York, Londres: Routledge.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- 2002. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- 2014. *Sobre el Estado: cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Editado por Patrick Champagne. Barcelona: Anagrama.
- Bourgois, Philippe. 2015. *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Calafate Faría, Francisco. 2013. “Countercycling: An Ethnographic Study of Waste, Recycling, and Waste-Pickers in Curitiba, Brazil”. Tesis de doctorado, University of London.
- Castel, Robert. 2004. *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Concejo Metropolitano de Quito. 2011. Ordenanza 332. Sistema de Gestión Integral de los Residuos Sólidos del Distrito Metropolitano de Quito.
- Consortio Ineco y Tragsatec. 2016. “Plan Maestro de Gestión Integral de Residuos Sólidos del Distrito Metropolitano de Quito”. Documento público.
- Coriat, Benjamin. 1998. *El taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la población en masa*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Cuvi, Nicolás. 2022. *Historia ambiental y ecología urbana para Quito*. Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala.
<https://doi.org/10.46546/2022-28atrio>
- Dalla Costa, Mariarosa. 2006. “La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida”. En *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista*, coordinado por Matxalen Legarreta Iza, Débora Ávila Cantos y Amaia Pérez Orozco, 59-78. Madrid: Tierradenadie.
- Deere, Carmen Diana, y Magdalena León. 2000. *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América*. Bogotá: TM Editores / Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional.

- Díaz, Sonia, y Lucía Fernández. 2012. "Waste Pickers-A Gendered Perspective". En *Powerful Synergies. Gender Equality, Economic Development and Environmental Sustainability*, editado por Blertha Cela, Irene Dankelman y Jeffrey Stern, 153-155. Nueva York: United Nations Development Programme.
- Dimarco, Sabina. 2013. "Trabajo, desarrollo y clasificación de residuos: transformaciones en el último medio siglo". *Estudios Sociológicos* 31 (91): 203-228.
- Douglas, Mary. 1973. *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Ekos. 2016. "Ranking 1000 2016". *Ekos*, 268: 1-232.
- Federici, Silvia. 2010. *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Frow, John. 2003. "Invidious Distinction: Waste, Difference, and Classy Stuff". En *Culture and Waste: The Creation and Destruction of Value*, editado por Gay Hawkins y Stephen Muecke, 25-38. Lanham, Boulder, Nueva York, Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Fundación de Investigación, Capacitación y Desarrollo Integral Panel. 2014. "Censo a gestores ambientales de menor escala en la ciudad de Quito". Documento público.
- Gago, Verónica. 2015. *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Traficantes de Sueños.
- Gereffi, Gary, John Humphrey y Timothy Sturgeon. 2005. "The Governance of Global Value Chains". *Review of International Political Economy* 12 (1): 78-104. <https://doi.org/10.1080/09692290500049805>
- Gereffi, Gary, y Miguel Korzeniewicz, eds. 1994. *Commodity Chains and Global Capitalism*. Westport: Praeger.
- Hammersley, Martyn, y Paul Atkinson. 2007. *Ethnography: Principles in Practice*. Londres: Routledge.
- Hardt, Michael, y Antonio Negri. 2004. *Multitud*. Buenos Aires: Debate.
- Hardy, Ellen, y Ana Luisa Jiménez. 2001. "Masculinidad y género". *Revista Cubana de Salud Pública* 27 (2): 77-88.
- Harvey, David. 2012. *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Madrid: Amorrortu.

- Held, David, y Anthony McGrew. 2003. *Globalización /Antiglobalización: sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Hochschild, Arlie. 2001. “Las cadenas mundiales de afecto y asistencia, y la plusvalía emocional”. En *En el límite. La vida en el capitalismo global*, editado por Anthony Giddens y Will Hutton, 187-208. Barcelona: Tusquets.
- Hughes, Jason, Ruth Simpson, Natasha Slutskaya, Alex Simpson y Kahryn Hughes. 2016. “Beyond the Symbolic: A Relational Approach to Dirty Work through a Study of Refuse Collectors”. *Sage Journals* 31 (1): 106-122. <https://doi.org/10.1177%2F0950017016658438>
- Jackson, Michael. 2005. *Existential Anthropology: Events, Exigencies, and Effects*. Nueva York: Berghahn.
- 2013. *The Politics of Storytelling: Variations on a Theme by Hannah Arendt*. Copenhagen: Museum Tusulanum Press.
- Kalyan, Shankar, y Rohini Sahni. 2018. “Waste pickers and the right to waste in an Indian City”. *Economic and Political Weekly* 53(48): 54-62.
- Kaplinsky, Raphael. 2004. “Spreading the Gains from Globalization: What Can Be Learned from Value-Chain Analysis?”. *Problems of Economic Transition* 47 (2): 74-115.
- Kilanski, Kristine, y Javier Auyero. 2015. “Introduction”. En *Violence at the Urban Margins*, editado por Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes, 1-17. Nueva York: Oxford University Press.
- Kimmel, Michael. 1997. “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En *Masculinidades, poder y crisis*, editado por Teresa Valdez y José Olavarría, 49-62. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres.
- Kingman Garcés, Eduardo Francisco. 2006. *La ciudad y los otros, Quito 1860 - 1940: Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Kristeva, Julia. 2006. *Poderes de la perversión*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Latitud R. 2024. “Origen”, Iniciativa Regional para el Reciclaje Inclusivo. <https://bit.ly/3QmEnre>
- Legarreta, Matxalen. 2006. “Sobre el trabajo y los trabajos (o las polisemias del trabajo): reflexiones desde una perspectiva feminista”. En *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista*, coordinado por Matxalen Legarreta Iza, Débora Ávila Cantos y Amaia Pérez Orozco, 217-232. Madrid: Tierradenadie.

- Luzuriaga Jaramillo, Sofía Isabel. 2015. "Abastecimiento de agua y políticas de saneamiento en Quito, 1880-1930". *Procesos* 1 (32): 31-56.
- Marx, Karl. 2009. *El Capital. Libro I Capítulo VI: resultados del proceso inmediato de producción*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Mauss, Marcel. 1971. *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Editorial Tecnos.
- McCreery, David. 2016. *The Sweat of Their Brow: A History of Work in Latin America*. Londres: Routledge.
- Míguez, Pablo. 2008. "Las transformaciones recientes de los procesos de trabajo: desde la automatización hasta la revolución informática". *Trabajo y Sociedad* 10 (11): 1-20. <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad>
- 2010. "El debate contemporáneo sobre el Estado en la teoría marxista: su relación con el desarrollo y la crisis del capitalismo". *Estudios Sociológicos* 28 (84): 643-689.
<https://www.redalyc.org/pdf/598/59820671001.pdf>
- Millar, Kathleen. 2018. *Reclaiming the Discarded: Life and Labor on Rio's Garbage Dump*. Durham: Duke University Press.
- Moulier-Boutang, Yann. 2006. *De la esclavitud al trabajo asalariado: economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Madrid: Akal.
- Novum (Consultoría y Asesoría Socioambiental). 2014. *Plan de Intervención Ambiental Integral en las Quebradas de Quito*. http://www.quitoambiente.gob.ec/images/Secretaria_Ambiente/Documentos/patrimonio_natural/quebradas/plan_de%20intervencion.pdf
- ODNA (Observatorio de los Derechos de la Niñez y la Adolescencia), Plan Internacional, Save the Children y Unicef. 2012. *Estado de los derechos de la niñez y la adolescencia en Ecuador 1990-2011*. Quito: Fundación Observatorio Social del Ecuador.
- O Martínez, María Eugenia de la. 2007. "El trabajo de las mujeres en la industria maquiladora de México: balance de cuatro décadas de estudio". *Debate Feminista*, 35: 31-56.
<https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2007.35.1321>
- Peltre, Pierre. 1989. *Riesgos naturales en Quito: lahares, aluviones y derrumbes del Pichincha y del Cotopaxi*. Quito: Corporación Editora Nacional / Colegio de Geógrafos del Ecuador.

- Perelman, Mariano. 2011. “Vergüenza y dignidad: resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas”. En *Recicloscopio II: miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina*, editado por Pablo Javier Schamber y Francisco Martín Suárez, 223-238. Buenos Aires: Ediciones Ciccus / Universidad de Lanús / Universidad Nacional General Sarmiento.
- Pérez Orozco, Amaia. 2006. “La economía: de icebergs, trabajos e (in) visibilidades”. En *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista*, coordinado por Matxalen Legarreta Iza, Débora Ávila Cantos y Amaia Pérez Orozco, 233-252. Madrid: Tierradenadie.
- 2010. “Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida”. *Investigaciones Feministas* 2: 29-53.
http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2011.v2.38603
- Pérez Sáinz, Juan Pablo. 2014. *Mercados y bárbaros: la persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. San José: FLACSO.
- Portes, Alejandro, y Erik Vickstrom. 2012. “Diversidad, capital social y cohesión”. *RES. Revista Española de Sociología* 17: 83-108.
- Precarias a la Deriva. 2004. *A la deriva por los circuitos de precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Quijano, Aníbal. 2014. *Cuestiones y horizontes de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Renarec (Red Nacional de Recicladores del Ecuador). 2018. “Mensaje Presidente Moreno”. Facebook de Renarec. <https://bit.ly/3BPEGHe>
- Rieznik, Pablo. 2001. “Trabajo, una definición antropológica”. *Razón y Revolución* 7.
- Riofrío, Gustavo, y Teresa Cabrera. 2012. *Trabajadoras por la ciudad: aporte de las mujeres a la gestión ambiental de los residuos sólidos en América Latina*. Lima: DESCO.
- Rosero, Mariela. 2014. “El barrio América es otro nexo del Quito antiguo y el moderno”. *El Comercio*, 23 de octubre.
<https://bit.ly/3P9c0ws>

- Rutledge, Ian. 1977. "The Integration of the Highland Peasantry into the Sugar Cane Economy of Northern Argentina, 1930-43". En *Land and Labour in Latin America: Essays on the Development of Agrarian Capitalism in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, editado por Colin Harding, Ian Rutledge y Kenneth Duncan, 205-228. Cambridge: Cambridge University Press.
- Saffioti, Heleieth. 2018. "Contribuciones feministas para el estudio de la violencia de género". En *Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo*, 585-601. Buenos Aires: CLACSO.
- Sassen, Saskia. 2008. "Two Stops in Today's New Global Geographies: Shaping Novel Labor Supplies and Employment Regimes". *American Behavioral Scientist* 52 (3): 457-496.
<https://doi.org/10.1177/0002764208325312>
- Sau, Victoria. 1991. "La ética de la maternidad". En *Mujeres y sociedad: nuevos enfoques teóricos y metodológicos*, compilado por Lola Luna, 177-182. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Schamber, Pablo. 2008. *De los desechos a las mercancías: una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Schamber, Pablo Javier, y Francisco Martín Suárez, eds. 2011. *Recicloscopio II: miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus / Universidad de Lanús / Universidad Nacional General Sarmiento.
- Scheper-Hughes, Nancy, y Philippe Bourgois, eds. 2004. *Violence in War and Peace: An Anthology*. Oxford: Blackwell.
- Scott, James C. 1985. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, Joan. 1992. "Experience". En *Feminists Theorize the Political*, editado por Judith Butler y Joan Scott, 22-40. Londres: Routledge.
- Segato, Rita Laura. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Soliz, María Fernanda. 2013. "Procesos psicosociales en recicladores(as) del basural a cielo abierto de Portoviejo". *Revista Latinoamericana de Psicología Social Ignacio Martín Baró* 2 (2): 91-123.

- Soliz, María Fernanda. 2014. “Metabolismo del desecho en la determinación social de la salud: economía política y geografía crítica de la basura en el Ecuador 2009-2013”. Tesis de doctorado, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador.
- Supervielle, Marcos, y Emiliano Rojido. 2009. “Trabajo de organización y cadenas de valor: el caso de la vestimenta uruguaya”. En *El mundo del trabajo en América Latina*, editado por CLACSO, 237-371. Buenos Aires: Ediciones Ciccus / CLACSO.
- Thompson, E. P. 1995. *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Michael. 2017. *Rubbish Theory: The Creation and Destruction of Value*. Londres: Pluto Press.
- Tsing, Anna. 2009. “Supply Chains and the Human Condition”. *Rethinking Marxism* 21 (2): 148-176.
- Vara, María Jesús. 2006. “Empleo femenino en las cadenas de producción global”. En *Estudios sobre género y economía*, editado por María J. Vara, 63-82. Madrid: Akal.
- Virno, Paolo. 2003. *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Colihue.
- Wallerstein, Immanuel. 1988. *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Zabala, Jhony. 2018. “La industria del reciclaje en la ciudad de Quito: propuesta de modelo de negocio para la industria de reciclaje de plástico PET”. Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador.
- Zangaro, Marcela. 2011. *Subjetividad y trabajo*. Buenos Aires: Herramienta.
- Ziccardi, Alicia. 2019. “Nueva arquitectura espacial, pobreza urbana y desigualdad territorial”. *Revista Polis*, 15: 7-31. <https://www.scielo.org.mx/pdf/polis/v15n1/2594-0686-polis-15-01-7.pdf>



Mientras prevalezcan los actuales patrones de consumo, la cantidad de basura seguirá aumentando. También aumentará la necesidad de que alguien la procese con sus manos e inicie así la cadena de reciclaje. ¿Quiénes conforman este primer eslabón?, ¿cómo esta labor ha moldeado sus experiencias? Catalina Rivadeneira nos responde en este libro, protagonizado por las minadoras y ambientado en el espacio social en el que se gestionan los desechos sólidos de Quito.

La autora comienza situando históricamente el arraigo de la precariedad y la violencia en las sociedades de consumo. Luego revela cómo se entretajan las desigualdades de clase y género en la industria del reciclaje, una actividad bien lucrativa para quienes ocupan los eslabones más altos de la cadena. A su vez, da cuenta del significado que las minadoras otorgan a sus vidas al trabajar con aquello que ha perdido valor para la mayoría de la gente.

Palabra a palabra, *Una inmersión en la industria del reciclaje* es un retrato del oficio mismo de vivir, de esa lucha de las minadoras por ser y pertenecer al mundo en cuanto paisaje global. Cada página convoca a reflexionar sobre el derecho al trabajo digno, sobre cómo la gente sostiene sus vidas en el capitalismo.